

DAVID VELA
EL HERMANO PEDRO
EN LA VIDA Y EN LAS LETRAS



GUATEMALA, MCMXXXV



BX4705.B45 V44 1961
Vela, David, 1901-
Biografbia de la humildad /

JICKLING

G 105



A los virtuosos varones:

Don Herlindo García y

Don Mariano Rossell

dignidades de la Iglesia de Guatemala

D. V.

DAVID VELA

SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

EL

HERMANO

PEDRO

(EN LA VIDA Y EN LAS LETRAS)



UNION TIPOGRAFICA

GUATEMALA, C. A.

1935

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
— Queda Prohibida la reproducción
— y hecho el depósito de ley.

— I —

EVOCACION

«Vuelve, pobre y humilde frailecillo, y vive con nosotros en esta oscura y turbadora noche, porque vamos vagando temblorosos».

Leopoldo Trenor.



A ciudad duerme un tranquilo sueño de piedra, toda ella sumergida en el agua quieta del pasado. Sillares que cimentan los siglos, piedras labradas por la lluvia y el sol, gastadas de recuerdos, incrustadas en la armazón misma de la historia patria.

Se piensa en aquellos hombres cuyos cuerpos eran simple contenido de su guerrera armadura o su severo hábito religioso; cuyas almas eran extraña y consistente mezcla de virtudes y vicios, calmosas ensoñaciones y apasionados arrebatos, en bruscos escalones desde lo ruin a lo noble. Junto al sacerdote en éxtasis, que impregna la tarde episcopal de un olor de santidad, el guerrero cruel que hunde el hierro en las carnes pavoridas de la leyenda y con su reto gallardo hace ponerse en guardia a la aventura. A la vera del muro conventual que cierra el mundo, la inquietud y la audacia del cuartel; alternando la paz, la renunciación y el rendido amor de unos, con las ambiciones, las egolatrías y los rencores arteros de otros; toda la gama dable en un pueblo pasional, que incendiara sus bajeles a la orilla del peligro —fiera noción del honor—, y que alzara la cruz —símbolo de bondad— sobre los horrores de la hecatombe.

El espíritu de aquellos hombres señoorea aún la vida de esta ciudad, que se anclara en una hermosa rada del pasado, y allí quedó, sin tripulación ni guía, flotando sobre el milagro, untada del sabor amargo del naufragio.

Aquí, “los muertos mandan”, hablan con una voz imperativa y convincente. Pensar en ellos, es cumplir un rito, realizar

un destino que se previó con angustiosa clarividencia. Aquellos hombres vivieron intensamente, pero sus existencias eran algo fantástico, fuera de la realidad, o rebasando una realidad actual para explayarla hacia lo futuro.

Su alma, sus hechos, se proyectan así sobre nosotros y se imponen a nuestra atención con irresistible solicitud. A través de generaciones nos alcanza su influencia, acendrada en el corazón del tiempo; son muertos de una robusta, prodigiosa vitalidad; su herencia espiritual no necesita albaceas. (¿No hay en el vulgo la idea supersticiosa de que los muertos no descansan, hasta que alguien sorprende el secreto de su última voluntad, y desenterra sus tesoros, y cumple sus póstumos propósitos, sus proyectos supervivientes?)

Evocarlos es, por eso, desenterrar tesoros, asumir responsabilidades; es el compromiso de trasmitirle al porvenir, acrecentándolo, el legado que pone en nuestras manos aquel ayer glorioso. Pero la ciudad vive ese intenso reposo de las calmas submarinas, bajo trescientas atmósferas seculares de tradición. Para guiarse por las calles laberínticas del recuerdo es preciso poseer la clave de su secreto; no vayan nuestros pasos, o una palabra sin sordina, o un ademán violento, a espantar esos fantasmas huidizos que prolongan la afirmación espiritual de su vida. Hay que ser también oportuno y paciente para lograr, a la orilla del recuerdo, ese momento milagroso en que la ciudad recobra su ritmo vital de antaño, en el plano de trascendente irreabilidad.

Haceos humildes de toda humildad, haceos caritativos en extremo, llenaos de unción, renunciad a vuestras terrenales preocupaciones, y seguiremos los pasos del venerable hermano Pedro de San José de Bethancur por las calles silentes de la antigua y muy noble y leal ciudad de los Caballeros de Santiago de Guatemala. Es una abeja candorosa que liba en las almas los más puros instintos y los sentimientos elevados, para laborar en los apiarios de Cristo la miel de la gracia, el manjar de los elegidos.

Todas las calles de la ciudad se saben de memoria el eco diligente de sus pasos, en todos los oídos anida la música grave y amable de su voz, en todas las conciencias resplandece la virtud de su ejemplo. Yo os exhorto a seguir a este hombre, porque, en verdad os digo, el milagro lame sus pasos y sus manos están ungidas de maravilla.

CUNA Y LINAJE

«Efta fue la Patria, y eftos fueron los Padres del Venerable Hermano Pedro de S. Ioseph Betancur, que dexó enamorado de la perfección de la vida espiritual, como Iacob de la belleza de Raquel, bolviendo las espaldas a la naturaleza, para facilitarfe mas los teforos de la gracia».

Dr. Francisco Antonio de Montalvo.


IENE la cordillera del Atlas una avanzada marítima —que también prestara ocasión para recordar la maravillosa leyenda de la sumergida Atlántida—, la cual forma el archipiélago de Las Canarias: un “paraíso oceánico”, que dijo Humboldt, coincidiendo con el parecer de los antiguos, quienes creyeron que el poder lírico de Homero las hiciera surgir de las ondas, al evocar los Campos Eliseos, y por su feracidad y hermosura las llamaron **Insulae Fortunatae**. “Pero sin duda —argüirá después fray José García de la Concepción—, mejores créditos de fecundas les dió la gracia de su glorioso paisano Pedro, que los que pudo franquearle la naturaleza en la dilatada copia de sus frutos, en la numerosa multitud de canoras aves, y en las abundantísimas cosechas de miel y leche”.

Tenerife es la más extensa de esas islas, joyel de preciados dones naturales que el ojo percibe atento y la mente recoge extasiada, pero que la lengua más rica en concepción y armonía no acierta a describir. En área de terreno relativamente escasa, se hallan muy diversas altitudes y los más variados climas, desde las cumbres perpetuamente coronadas de albas nieves, hasta las playas de ardida arena que abrevan en la perenne agua amarga del mar. El horizonte se abre en un aire limpio y respirable, en

el que las cosas se manifiestan como expuestas en una vitrina, y resaltan en colores y formas con diáfana objetividad.

La vista puede perderse sin límites sobre la vasta llanura marina, bajo el cielo de tranquila persistencia, y regresar a nosotros en el cansado deslumbramiento de una profunda sensación de eternidad; mar y cielo infinitamente jóvenes: inmensas valvas que se abrieron el día mismo de la creación y conservan la virtud de aquel prístino esplendor: impenetrables testigos de todas las contingencias y éxodos, ensueños e inquietudes humanas, porque entre ellas se ha ido cuajando la historia insondable de los hombres...

O bien nuestros ojos alpinistas escalan el pico de Teide, el cíclope de basalto que surge con pasmosa ligereza y viril elegancia de las ondas tumultuosas, para serenar su pensativa cumbre en la plácida región de las nubes y que —conquistado por la España católica y batalladora—, parece por las mañanas un guerrero que vigila dos continentes, y por las tardes, cuando el oca-so recuenta sus vestiduras episcopales, emula con la impresión de un monje austero en éxtasis.

O, ganada de intentos mozos, puede nuestra vista recorrer las colinas ingenuas, morosamente rendidas a las premuras de la vegetación, o los valles rientes, en donde las aguas que vienen cansadas de saltar precipicios y tallar duras rocas se amasan en torno de las palmeras gentiles y discurren con cristalina docilidad por entre la sangre pródiga de los geranios y el azul heráldico que a los cielos han prestado las hortensias. Y, aquí y allá, amparadas a la sombra colosal de las escarpas, las poblaciones enjalbegadas, como nidos prolíficos en que se conserva y perpetúa la vida, o como apriscos que la iglesia pastorea con sus torres vigilantes, desde las cuales se derrama sobre los valles un rutilante vuelo de campanas, en alboroto de repiques festivos, o en pausados soños que sugieren el temor a la muerte e invitan al hieratismo de la meditación.

Razón hubo para que sabios doctores, ante la evidencia de la feracidad y belleza de estas tierras, más que convencidos por las oscuras noticias de los textos sagrados y sus profesionales polémicas, hayan querido situar aquí la perdida existencia del paraíso terrestre o, por lo menos, en las tierras vecinas —de las que éstas son acusada reminiscencia—, que la culpa hundió ha miles de siglos en las voraces entrañas del mar. Y de estar en la isla de Tenerife el escondido asiento del edén bíblico, debió caer éste hacia la parte en que la tierra se hermosea más y refulge con la alegría de una reciente creación...: en el dichoso valle de la Orotava, donde las aguas son más puras y frescas, mejor pintadas las flores y dulcísimos los trinos de los pájaros; donde de las piedras mismas dimana una esotérica posibilidad de inocencia, que las haría caer grávidas de inofensividad de la honda que quisiera lanzarlas...

A ocho leguas de ese valle, participando de los dones que la naturaleza le ha prodigado, existe una humilde villa, iletrada y pueril, que aún convalece de un parto laborioso y sagrado; asiento todavía de las virtuosas costumbres y la tradicional salud campesinas, con doscientos habitantes, fortalecidos en el trabajo cuotidiano y simplemente distraídos en los sencillos menesteres de su vida; infantes grandes, cuya ciencia cabría íntegra en el Padrenuestro, si no tuviesen a la misma naturaleza como maestra de lecciones objetivas.

La villa se llama Chasna, pero también Villa Flor, y este nombre le conviene más, como que podría adivinarlo el extraño recreado en la magnífica decoración de sus agrestes contornos. "Y aunque pudieron sus habitadores idearle este título, dice fray Joseph García de la Concepción, no pudieran prevenirle a su Villa Flor más hermoso fruto, que el que logra en su dichoso hijo", es decir, que en esta villa vió la luz primera el Siervo de Dios, Pedro de San José Bethancur.

Entre las modestas casas que solidarizan su confianza y sus llanos anhelos en la existencia de Villa Flor, una fue marcada por la mirada arcana de un designio divino, y sobre ella iba a derramarse la gracia en su forma súbita e infalible, asistiendo al parto de doña Ana García, la legítima esposa de don Amador González de la Rosa Bethancur, en el fasto año de 1626, por la época del primer equinoccio, fecha que puede muy bien marcar una era en el devenir innumerable de la santidad.

Y ahora, venid agoreros del bien y del mal, auscultadores de los subfondos del sino, agudos espíritus de la doble vista, y trazad el horóscopo de un niño que nace bajo la advocación de Dios, en un hogar religioso, manso y honrado, en una humilde Villa de las Islas Afortunadas, al arrullo inmenso del mar, que abre las perspectivas de múltiples y dispersos senderos, en una tierra de contextura volcánica, que alienta ese fuego único para materializar la comparación de la fe en que se arden los corazones místicos, a orillas de un valle que hace pensar en el paraíso terrestre y exhibe en abigarrado y noble conjunto las incontables posibilidades de la creación.

Para Amador González Bethancur no hay misterio en el nacimiento de su hijo, pues su conciencia se recuesta confiada en la alta misericordia y la suprema sabiduría de Dios; hay sólo una profunda compasión hacia la esposa transida en el dolor de generar, y una vaga inquietud de leve culpa, que se anula en el orgullo instintivo del macho fecundo y en el subrepticio júbilo de la especie satisfecha. Sobre su sonrisa se yuxtapone la sonrisa de sus nobles antepasados, que aprueban bondadosamente ese atávico resurgimiento y esbozan un dengue de malicia en el rostro radiante del padre, corona de un cuerpo ávido y recio, del que emergen los brazos robustos para el trabajo y humildes para la imploración, sólidamente columnado sobre las piernas, que pa-

recen seguir tomando posesión de la tierra con el ancestral gesto de sus antepasados, guerreros y colonizadores.

Sí, don Amador González Bethancur puede, si quiere, glorificarse de las ejecutorias de su estirpe normanda, que trajo las armas vencedoras a esta isla y tuvo el responsable peso de una corona real sobre la cabeza, y ostenta limpios y valerosos blasones, pudiendo la heráldica leer sin vacilación en su escudo la ancha nobleza de su historia familiar.

Desde que Juan de Bethencourt conquistó algunas islas, en 1402, se siguió una larga guerra ganada bajo los auspicios de don Enrique III de Castilla, cuyas cruentas hazañas habría contado Diego García de Herrera, de no caer muerto, desangrado de heroísmo y heridas, en la isla de Tenerife (hay una población, La Matanza, cuyo terrible nombre recuerda aquella gesta); lucha y triunfo que valieron a don Juan de Bethencourt el sobrenombre de grande y real título, confirmado por la viuda de don Enrique, doña Catalina de Castilla, 1417.

Pero, con la lengua inmortal de los símbolos habla más alto el escudo de la familia, "en cuyo diestro lado se muestra un león rampante: y tiene por timbre otro animal de la misma especie, y fiereza. Descúrense en el escudo cinco flores de Lys de oro; y entre ellas del mismo precioso metal cuatro robles, que le hacen singularmente vistoso. A su lado siniestro manifiesta el escudo en campo blanco once armiños negros: y uno, y otro lado se dejan ver ocupados de dos reyes de Guanches (nombre de los nativos: de *guan*, persona, y *chmet*, que recuerda la inmigración de los guerreros berberiscos), que los tienen asidos".

Mas don Amador González se ha hecho otro escudo sin registro en la heráldica vulgar, que sólo lo interpreta su corazón: tiene la forma de la isla de Tenerife; en el diestro lado se alza el pico de Teide rampante, coronado de nubes y en campo marino; a la siniestra, en campo gualda, el valle de la Orotava, esmaltado de flores naturales, no por sencillas menos vistosas, entre las cuales trisca un rebaño entre luces matinales y claros sones de esquilas. De un lado y otro, lo sostienen dos mancebos y dos doncellas, que son sus cuatro hijos, resplandecientes de virtud. Y ahora nace otro que no tendrá escudo, porque su linaje no parece ser de este mundo y ha de tener por guía de su destino y símbolo de su vida la misma estrella que condujo a los tres Reyes Magos hasta la cuna del Dios niño, en los albores de la redención.

"La nobleza de Pedro —dice Montalvo—, si atiendes a su vida, fue tan alta, que más pueden honrarse sus reales antecesores con su virtud, que él con sus coronas".

"Por lo que toca a Ana García —continúa exponiendo fray Joseph García de la Concepción—, no puedo administrar más noticia de su estirpe, que la que se funda en su apellido, y en la común estimación; pero puedo asegurar, que así ella, como su esposo, fueron de vida irreproducible, de loables costumbres, y

de ejemplarísimas operaciones; elevando con sus virtuosos hechos y cristianos empleos la soberanía de su sangre. De cuatro raíces se origina la nobleza en sentir de Aristóteles, que son linaje, riquezas, virtud y disciplina; y todas concurrieron uniformes a hacer insignemente cumplida la nobleza de estos sujetos: pues con su origen tan afortunado en conveniencias, como calificado en sangre, unieron sus ajustados, virtuosos y ejemplares procederes".

La villa de Chasna se santigua con las luces de la mañana, para iniciar cada día la misma vida sin variación ni sobresalto, diluida en ingenuas conversaciones caseras y amables saludos, apenas inquietada por los rústicos menesteres del medio campesino que la rutina preside: el beneficio de la miel entre abejas rumorosas de laboriosidad; el ordeño de las cabras y fabricación de los quesos y la manteca; la molienda del trigo y confeción del pan; las intermitentes transacciones de su rudimentario comercio; el canturreo de las escobas hacendosas; el importante andar del alcalde, que pasea su ocio obligado entre sonrisas condescendientes; y algún amor que nace naturalmente, sin rubores, como los cabritillos en el redil, y que luego sancionará el cura con su bendición.

En las habitaciones más humildes de la población, o en los alrededores de la misma, en cabañas o grutas, aún viven nativos ariscos, altos y rubios, de luenga cabellera y sosegado espíritu, que prefieren el humilde gofio de sus abuelos al pan de los ricos. que tuestan su cebada y "la muelen entre sus dos piedras hereditarias", o se pasan de uno a otro con ritual seriedad y pesada cadencia el pellejo en que se elabora la manteca. En el campo corren a la par de sus ovejas y las capturan en plena carrera, o salvan hondos precipicios con ágil sangre fría en la punta de su milagrosa pértiga.

Señora de almas, en el centro de la villa se alza la fábrica de la iglesia parroquial de Chasna, que hace honor al Apóstol San Pedro; y cuando la vida de un día, que es la vida de un siglo, ha terminado, desde su campanario bajan graves y parsimoniosos los toques de oración a santiguar la fe niña de los habitantes; se encienden luego las velas bajo la advocación del Espíritu Santo, se conversa de las cosechas, las enfermedades de los animales, los injertos y el trasplante de las flores, el rendimiento de las colmenas..., en reducidos coros o íntimos cercos familiares. Don Froylán contara por enésima vez su viaje a Cádiz, episodio heroico que le dió el nombre de Jasón, levanta fanfarronamente su bigote y le ha valido ser siete veces alcalde; se comenta un caso jurídico que tiene perplejos al cabildo, al cura párroco y a los principales, porque un enjambre de don Jacinto determinó ir a posarse en el apiario de don Francisco y ahí tomó querencia; o se habla con infantil rezago y respetuosa indecisión de las cosas que pasan en la lejana corte, cuyo fasto decora fan-

tásticamente en el resollo de sus recuerdos una anciana abuela. Pero las reuniones se disuelven pronta y fácilmente en un ceremonioso "usted la pase con Dios"; acaso sólo quede en el atrio de la iglesia, contrastando con el claror de la luna, la sotana del párroco, prolongada en las sombras que envuelven a la Villa y llena de agujeros hacia arriba, a donde cae el cielo.

La casa de don Amador González Bethancur refleja esa paz inalterable y esa nativa inocencia que hacen una Arcadia de Villa Flor: la severidad de las costumbres y la firmeza de los principios morales tienen ejemplo de solidez en las gruesas paredes de calicanto; la bondad y la fe son copia de la ternura y fragancia de la flora local; las aspiraciones no van más allá de ver levantarse las sementeras al sol y engordarse en regalados valles los apriscos, o se elevan directamente al cielo, por encima del Teide enhiesto.

Pero la verdadera cuna del hermano Pedro Bethancur fue la pila bautismal de la iglesia de San Pedro, en Villa Flor, pues iba a vivir sólo por y para la fe de Cristo; pudiendo decirse por ello que nació el día de su bautizo, el 21 de marzo del año venturoso de su advenimiento. Apenas puede evocarse un hecho de tan sencilla apariencia en la lejanía del tiempo, y de fijo habría quedado sepulto en secular olvido, de no proyectarse sobre el futuro de aquel tierno ser las consecuencias de ese acto, que implicaba su inconsciente alistamiento en las banderas de la fe católica y sería fuente original de su prodigiosa vida en el seno de la religión.

Fray Joseph García de la Concepción, comenta el suceso: "Ordenando así la divina Providencia, que allí se le diese la primera labor de la gracia a este Pedro, que había de ser la piedra fundamental de la religión Bethlemítica, donde era singularmente venerado el dichoso Pedro, que fue fundador de la Católica Iglesia".

— III —

PRECOCES ANUNCIOS

«Las campanas... ¡Despunta el alba! Respóndense unas a otras dolientes, amistosas, tranquilas. Al sonido de sus lentas voces surgen enjambres de sueños, sueños del pasado, deseos, esperanzas, añoranzas de seres desaparecidos a quienes el niño no conoció, y sin embargo formó parte de ellos, puesto que vivió en ellos y ellos reviven en él. Vibran en aquella música siglos de recuerdos».

Romain Roland.



L niño crecía, feliz y gracioso, y tan pronto hubo capacidad de ser doctrinado “halló en sus padres la enseñanza que congruamente se deduce de su cristiana vida”. La historia sagrada no ofrecía complicaciones en la modesta cátedra de los labios maternales, devanada al capricho de una fantasía pueril, en una serie de cuentos y leyendas.

Unas veces era Moisés, patriarca de florida barba, guiando al pueblo de Israel hacia la tierra de promisión, venciendo obstáculos y burlando persecuciones al conjuro de su varita mágica. Otras, la dolorosa tragedia de la redención, que muestra a Cristo, Dios y Hombre, condenado, vejado, coronado de espinas, llevando a cuestas el madero infamante, o expirando en lo alto de la cruz, en una tarde fustigada de truenos y relámpagos, en que la tierra se estremeció de espanto y bajó por el monte Calvario un ardiente arroyo de lágrimas. O el milagro de la natividad del Señor, que reunió en torno de su misérrima cuna, en un pesebre de Bethlén, la inocencia de ángeles y pasteles, a donde vinieran a venerarlo tres Reyes, conducidos por una estrella rutilante, que los astrónomos no han podido iden-

tificar, mas se parece al lucero de la mañana, que es clarín preclaro del sol.

Pero en el ejemplo de la vida hogareña halló Pedro Be-thancur un suave mentor de sus naturales inclinaciones, de suyo propensas a la humildad y modestia, que son amplias puer-tas de la gracia, en el fermento de una tradición hereditaria que llenó los claustros de monjes penitentes y espíritus ilumi-nados, y circundó la existencia terrena de sortilegios y mila-gros. (La edad media fue una monja en éxtasis durante siglos, y dejó en las almas la marca del cilicio y la sombra de una so-tana). Y dice un panegirista: "Era la casa de Amador Gonzá-lez y Ana García una escuela de virtudes, de donde salieron los hijos discípulos muy aprovechados; pero en ninguno logró más gloria su magisterio, que en su hijo Pedro, cuya sabiduría en facultades espirituales fue desde muy luego notablemente grande".

El niño tiene un ánimo quieto y tranquilo, pero ahora pa-rece más sosegado que nunca, embargado quién sabe por qué labor, y la madre se acerca solícita. Lo halla contemplando una cruz que sus propias manos fabricaran, y en su delectación no se traduce el pueril triunfo de la obra personal, sino una pre-ocupación más honda, cercana al sueño, y no parece sino que Dios ha querido ponerle este símbolo en las manos para irlo adiestrando en el entendimiento de su vocación, luego ostensi-blemente manifestada, que en lo futuro iba a arrobarlo en el elán místico ante el misterio de la redención, y lo movería a echarse él mismo sobre los hombros penitentes el madero ex-piatorio. Ana García, inconsciente de una vaga asociación de ideas, piensa: habrá que llevarlo a Las Palmas, para que se le confirme en la fe del Señor.

La fabricación de cruces se hizo un empleo favorito de sus largos ratos de ocio. "De las cruces que hizo el Siervo de Dios, cuando niño —informa fray Joseph García de la Concepción—, se conservaban algunas en la misma casa donde nació, y se crió, por los años de mil setecientos y cuatro"; y comentando su ulterior santidad, agrega: "... y a estas veras daban ensayo las diversiones de sus años tiernos; teniendo por juego aquella devota tarea; y previniendo gustosamente entretenido el ins-trumento, que después había de ser ara, en que seriamente se sacrificase a el Salvador por imitación perfecta".

Don Amador González era un hombre devoto, y con tan ex-cesivo celo trataba de practicar, y practicó siempre, los precep-tos de abstinencia, que los extremados rigores de ésta, al decir de los médicos, fueron la más inmediata causa de su muerte. Y su hijo Pedro, infante aún y sin ser para ello movido de vo-luntad ajena, calcó su vida en aquel severo ejemplo, siendo maravilla que a los cinco años de edad, cuando otros chicos so-bresalen por lo contrario y la menor tentación los engolosina,

él observase cuidadosamente el ayuno, no sólo en lo que respecta a las horas de sus comidas, sino a la limitación de estas, con mortificación de su apetito, y aun la supresión de las mismas, lo mismo si no era taxativamente mandado. Y en esta regular costumbre perduró con espontánea voluntad, llegando a estar hasta por espacio de tres días naturales sin tomar alimento alguno, en el ayuno que vulgarmente llaman del **traspaso**.

Y cualquiera que observase estos hechos, así como su afición por frecuentar la iglesia parroquial y el devoto impulso que lo arrastraba a la veneración de los misterios sagrados que son motivo del culto y clave de los ritos católicos, habría podido predecir su futuro destino, en la quebrada senda de santidad que a sus humildes pasos parecía de antemano decretada.

— IV —

VOCACION

«Rumia en el precipicio una cabra pendiente,
una ternera rubia baila entre la maraña,
y el cielo campesino contempla ingenuamente
la arruga pensativa que tiene la montaña»

Herrera y Reissig.

GEMPRANAMENTE penetrado de la profunda fe, ejemplares costumbres y devota religiosidad de sus padres, que de la conciencia de éstos irradiaba al hogar modesto y tranquilo, y fuera de él se proyectaba en actos de limpísima honradez y reiterada magnanimitad, Pedro de Bethancur hizo pronto de su corazón una vestal que mantenía y avivaba ese fuego hereditario, en el que iba a encenderse toda su vida, hasta el deliquio místico, entre cardos de mortificación y flores de milagro.

Asistía al santo oficio de la misa, bajo la bondadosa y sencilla tutela espiritual de la madre. Fuera distraído al principio por el brillo y detallista fasto de la ceremonia, cuyo profundo sentido, para muchos, se dispersa en el múltiple llamear de los cirios, el erizado reflejo de los áureos retablos y las casullas bordadas, los juegos de luz de los altos vitrales historiados, el olor ascendente de las flores y el incienso, y la parsimonia de los gestos rituales; pero muy pronto llamó la atención el edificante ejemplo de aquel mozalbete que tan a fondo se recogía en sí mismo y algunas veces prestaba la apariencia de una evasión espiritual por la escala impalpable del éxtasis.

Seguidamente se aficionó al ambiente austero y meditativo del templo, donde pasaba largas horas purificándose en la oración, o simplemente ganado por una grata sensación de reposo y confianza, a la manera como algunas ovejas se aquerencian y familiarizan con el pastor y sólo trisan a su alcance o reposan

a sus pies en actitudes de natural mansedumbre y ocio confiado.

Mas, luego iba a frecuentar un templo más amplio, donde toda la decoración es monumental y para cuyo aíño y aseo sobra la mano del hombre: la naturaleza misma, que a los ojos del espíritu místico se manifiesta como una perenne y descomunal sinfonía en que se coordinan universales loores al poder arcano y sin límites de la creación.

Don Amador González, inconscientemente puesto al servicio de los símbolos, determinó que su hijo fuera pastor de ovejas —como más tarde iba a ser un pastor de almas—, y todos los días condujese el rebaño a los montes cercanos, abundantes en pasto y esplendorosos en su virgiliana belleza.

Pronto se aficionó el alma joven de Pedro al espectáculo luciente del campo, uno siempre y diverso: el juego cotidiano de las luces del sol naciente sobre las nieves del Teide majestuoso; el manso cencerro de los ríos conduciendo las aguas con presurosa limpidez; las formas elegantes y juveniles de los árboles, que danzan al viento en el júbilo y la cadencia de su frescura; el azul numeroso de las hortensias que un intento pictórico escalona en las escarpas; los tonos vocingleros de las flores silvestres; la vida misteriosa de la selva odorante, prodigada en vuelos, trinos, crujidos, arrastres...

A su vista diligente se derrama el rebaño en desperdicio de armiñados vellones, y él queda a la sombra de un árbol amigo en cuya savia sigue latiendo el ritmo de los versos del mantuano; pero el registro de su corazón sólo tiene voces humildes y pronto se confunde con el paisaje, y es sólo una florecilla más que rinde sus colores y eleva el aroma de su oración al Señor.

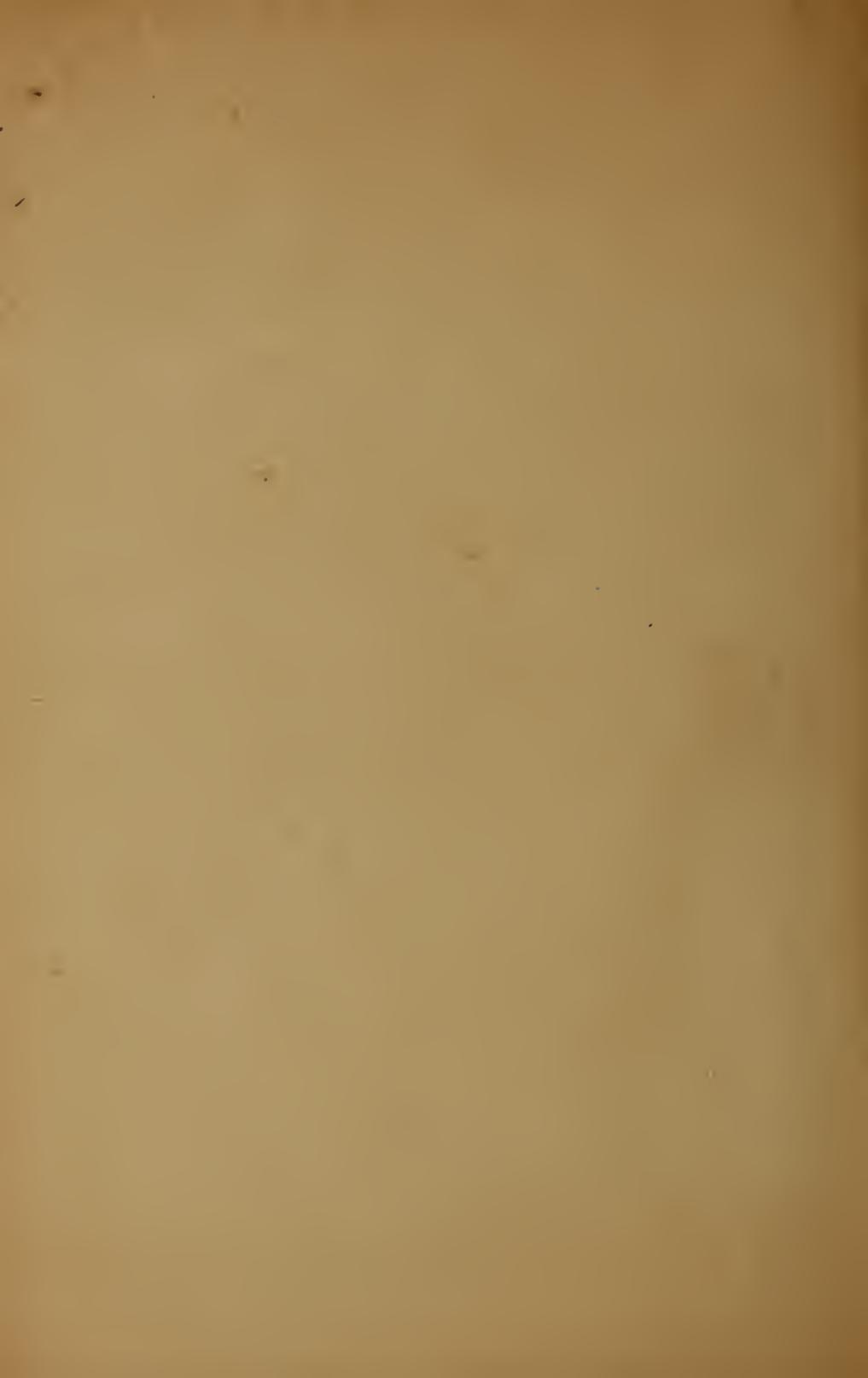
“Había oído decir que si se comía antes, o después de las doce, se faltaba a la forma del ayuno, y como la distancia del paraje le dificultaba la dirección de la campana, para saber las horas: se valía del reloj que la necesitada experiencia de los pastores ha inventado para su gobierno. Clavaba en el suelo su cayado, en cuya sombra observaba atento el curso del sol, y punto de medio día, para hacer su comida: y si algún natural descuido dejaba pasar la sombra de aquel sitio, en que, según sus experimentales reglas, hacía las doce, tomaba la penitencia de no comer aquel día: juzgando con santa sinceridad, que lo contrario sería traspasar el ayuno”.

Y cuando el día cansado de esplender se marchitaba en sombras sobre los campos, y el rumor de los riachuelos se hacía más misterioso entre las hojas, antes de que la noche espesara las frondas y cerrase todas las veredas, juntaba su juguetón rebaño con un grito plañidero que se quebraba a larga distancia en el aire. Ayudábalo fogosamente en la faena un perro leal y oficioso, que pasara largas horas echado a su vera, con las orejas atentas, el ojo vigilante y la roja lengua entre los colmillos ame-

nazadores, o correteara infatigable, en la euforia de su salud muscular.

Regresando al hogar, por los caminos violetas, cuando la tarde se diluye en la penumbra, desangrada de luces, entre olores campestres, y todos los cerros se sacuden con el infantil tintineo de las esquilas, suele Pedro echarse a hombros algún tierro cabritillo, y la madre va muy cerca, celosa, casi dificultándole el paso, tratando de lamer la mano del pastor; así como después iban a cargar sobre sus hombros una iglesia, una escuela y un hospital, sin él sentir el peso...

Y al entrar a Villa Flor, salían a su encuentro, como perros familiares, los toques de oración, y en su alma se encendía una luz ferviente: Alabado Sea el Santísimo Sacramento del Altar!



LA LLAMADA

«Mas al fin, sobre el horizonte rosáceo de la aurora, aparece la visión, la visión ante la cual las mayorías humanas serán ciegas y mudas, burlescas o irritadas, contra los que, en aquella hora de prueba, verán»...

Cabriel Alomar.

**P**EDRO sufre de un mal sin nombre. Sigue siéndole grata, es verdad, la compañía de sus padres; halla amable, sin duda, la vida sencilla de Chasna; el paisaje conserva su frescura y color; ama a su rebaño y lo enternecen los corderos recentales: todo es lo mismo en la isócrona reproducción de los días y, sin embargo, lo trabaja una secreta ansiedad, un sentimiento que no acierta a explicarse, como si desde algún sitio una voz apremiante lo llamase.

¿Cuál será su camino? He aquí a Pedro perplejo; mas esa misma angustia penumbrosa es ya precursora del alba que va a despuntar en su espíritu y ha de llenarlo de claridad. Elemento pasivo de la gracia que lo visita, siente, sin comprender, y aun cuando perdura el íntimo desasosiego, la oscura nostalgia de su alma, materializados en una sensación de ahogo, lleno el pecho de suspiros cautivos, empieza a fijarse el Norte de sus aspiraciones: vago deseo de partir: firme propósito de servir a Dios.

Los teólogos han profundizado, sin agotarlo, el tema de estas iniciaciones místicas, en seres que parecen elegidos y a quienes, según la metáfora de Santa Teresa, Dios amamanta con los rayos de leche que emanen del generoso pecho de la predestinación. Y es corriente que tales aspiraciones aparezcan en la juventud. “Cuando observamos a la juventud, —dice Fumet— nos damos cuenta de que no es sino un punto de partida. Toda su significación reposa en ese elán que le es esencial; encarnación

del deseo, la juventud, que es la primavera, no es bella sino porque encierra ese impulso hacia un objeto que no conocemos en este mundo: la eternidad. Dios espera de su criatura llamada un consentimiento inicial, que ella está siempre en posibilidad de rehusarle; pero como la senda tiene pendientes sobrenaturales, podría decirse que van de abajo hacia arriba y que los caminos tortuosos que seducen a las almas débiles no tienen ningún poder de atracción sobre aquélla —y que así goza ella de favores que la marcan con un signo ostensible—, y es permitido conjeturar que Dios, a la vez, tiene exigencias frente a su elegida que estremecerían a otras almas”.

Pedro acudió atribulado al consejo de una tía: vida ascética que se fuera marchitando como una florecilla entre las páginas doradas de su devocionario, pero cuyo espíritu se impregnara del aroma que trasfunde la eternidad a las almas que abren sus sedientas corolas sobre los anhelos comunes de los hombres. No llamó en vano el mancebo al castillo interior de aquella devota, iniciada en la sabiduría de los humildes, apta ya con anciana experiencia para penetrar en el laberinto de las conciencias y derramar sobre ellas el ministerio del consuelo.

—Ausulta bien tu corazón, hijo mío; física y moralmente sufre la juventud incógnitas premuras, abundan las ambiciones espirituales en la edad de la adolescencia, mas no siempre, hasta casi sólo por excepción, llegan a su plenitud santas vocaciones.

Pedro protestaba la firmeza de sus ideales y la adhesión de su voluntad al fin que comenzaba a condenarse en su alma en la forma de un vehementemente querer; ahora sólo demandaba un camino, mejor si estaba ya marcado por huellas santas y se empinaba a la perfección...

—Dios es fuente ilimitado de sabiduría, manantial inagotable de amor, y gloria final; su ley no se discute, hijo, y si él te ha llamado irás a su encuentro, como Pedro sobre las aguas...

“Ir al encuentro de Dios, como Pedro sobre las aguas”... “Como Pedro sobre las aguas”... Ya estaba hecha la revelación: debía cruzar el océano y marchar a las Indias Occidentales; difundiría el evangelio entre salvajes tribus; quizá sería muerto al servicio de Dios. Su hermana Lucía, “que se conservó virgen toda la vida” y murió en fama de santidad, aprobaba sus planes, y su tía acabara por entusiasmarse con el proyecto, “predicándole, que de aquel viaje fe havia de seguir gran gloria a Dios, muchos provechos a los próximos, y no pocos interefes a fu perfona”.

Conocer un fin para su existencia, y amarlo fervorosamente, y arder en prisa por realizar su destino, todo fue uno para Pedro; su ansiedad está ahora tensa hacia el momento de la partida y sus ojos empiezan a envolver a todas las cosas familiares en un adiós lento y apasionado.

EVASION

«El mar han escogido, no han de volver jamás.
Y luego, si es que vuelven, ¿los reconocerás?»

Paul Fort.

SE ha ido desarraigando Pedro del ambiente. Antes fuera un árbol con raíces profundas en la tierra natal, insensible a las sugerencias migratorias de los vientos libérrimos y sediciosos; ahora es un pájaro que fortalece sus alas en la sed del viaje, y en los latidos de sus venas habla el ancestro aventurero y expedicionario, asesorado por la cercana seducción del mar.

Todavía un sentimiento filial pone lastre a sus propósitos de liberación. No se atreve a afrontar el trance de la despedida de sus padres, aunque la separación está decidida; les escribirá, arrodillado en el combés del navío, presto a levar anclas, una carta presurosa, entre lágrimas que no logran empañar la firme voluntad del viaje, para el cual demanda la aquiescencia y bendiciones de sus progenitores. Al cerrar el pliego, cerraba el ciclo de su vida pasada y cortaba todo nexo familiar, para ser ganado luego por universal fraternidad y merecer el sobrenombre de hermano, llave que le abriría todas las puertas de la confidencia y sería el mejor título para su ilimitada misericordia.

Atrás, anclados en el recuerdo, quedan sus padres y hermanos, puntos de referencia para identificar en lo más hondo de sus ternuras a la luminosa isla de Tenerife. Don Amador González morirá, luego, en la virtud de la abstinencia. Catalina y Lucía se trasladarán a la Villa de Garachico, en la propia isla: casada la primera y ejemplar en sus deberes hasta la muerte; la segunda dedicada al servicio del Señor, dentro de un espontáneo

voto de castidad, en vida y muerte afamada por el prestigio de sus virtudes.

Su hermano Pablo de Jesús, fue un espíritu gemelo del gran benefactor de Guatemala; domiciliado en la villa de Orotava, "se aplicó al servicio de un hospital, donde, habiendo vivido muchos años empleado en la asistencia de los pobres, pidiendo limosna para su alivio, y ejercitando otros semejantes actos de caridad, murió con opinión de virtuoso".

Mateo, joven todavía, también pasó a las Indias, sin que haya después noticia alguna de su vida y su muerte, más que las lógicas deducciones del padre Joseph García de la Concepción. "...pero me aseguraba un sujeto cabalmente verídico, haber conocido a don Jacinto Betantur con empleo de Tesorero, juez oficial de las Cajas de Quito, a don Fernando Betancur, doctor, Dignidad antes en Popayán, y después canónigo en Quito; y a don Pedro Betancur, presbítero; a quienes oyó decir que eran sobrinos del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José; y por consiguiente, eran tan inmediatos descendientes de el dicho Mateo, que según la corta sucesión de tiempo, no podían menos, que ser hijos suyos".

A su madre la recordará siempre Pedro con veneración; hasta en las inmediatas horas precedentes a su beata muerte, la evocará en su testamento: "...y aunque no tengo, ni manejo bienes propios en poco, ni en mucho, causa para no señalar a las mandas forzosas cosa alguna, cumpliendo con lo que por derecho se debe en caso a la presente viva la dicha Anna García, mi Madre, la nombro por mi heredera en los bienes, derechos y acciones que me puedan tocar, y caso que sea fallecida lo ha de ser mi ánima".

— VII —

EL VIAJE

«A minha alma é so de Deus,
O corpo don eu-o eu ao mar...»

Nao Cantharineta, romance popular lusitano.



AN levado anclas, y el barco se aparta de la costa con pesado cabeceo. Entre gritos presurosos y el olor denso de la brea, manipulan los marineros las velas; el viento trata de enredar un mensaje de despedida en las jarcias.

Pedro sigue de rodillas, y entre el agua del mar y el agua amarga de su llanto se sumerge la isla nativa. Ahora la playa es sólo una ceja en el arco del horizonte, pero el Teide sigue erguido, como un ceño en la frente pura del cielo. Con más vigor, en el lienzo de la fantasía, sin duda humildemente entregada a sus rutinarias tareas, decorada de atributos patriarcales y campesinos, alienta la villa de Chasna. Oh!, Villa y Flor, posada como una paloma entre sus colinas verdeantes, cuya belleza es primaveral justificación de la querencia.

La travesía marítima (cursa el año de 1650) es todavía un riesgo de muerte y se acomete con espíritu heroico o ánimo fatalista. El Atlántico sigue escondiendo las asechanzas del mar temeroso y, por eso, los navegantes, al iniciar el viaje, encomiendan su alma a Dios y ofrecen su cuerpo al Océano. Pero son muchos, incontables, los que se alistan en las armadas por donde España se desangra hacia América, en heterogénea mezcla de tipos y aspiraciones: junto al caballero de la aventura, los comerciantes ávidos, la legión burocrática, clérigos seculares y regulares, hidalgos venidos a menos y oscuros hijos de la plebe fascinada. El caso de Pedro de Bethancur no hace excepción, pues

van comúnmente en los navíos "mancebos seglares con deseos de pasar a servir a Dios en las Indias".

La navegación es costosa y molesta. Casi siempre resulta excesivo el pasaje para la exigua capacidad de los barcos; la brea arde al sol y el calor exaspera; pese a la obstinada tarea de las bombas, el agua represa se descompone y se suma a la suciedad de la vida en común para hacer pestífero el aliento de la nao; las raciones son escasas y, escatimándose el agua, las comidas parecen especialmente dispuestas para provocar y recredecer la angustia de la sed; abundan los piojos voraces; es preciso ir echado, sentado o de pie, pues sólo los ojos pueden pasear por la misteriosa llanura marina; acaso, en las noches consteladas, es un alivio escuchar el rasgueo de una guitarra y una voz triste que aflora a los labios desde el fondo dolido de alguna canción. Cuadro inalterable en lento días que inquieta el "traer siempre la muerte a los ojos, y no distar de ella más que el grueso de una tabla pegada a otra con pez".

La salida del puerto es dificultosa, con la mar muy alta, y los hombres de la tripulación juran groseramente y disputan entre sí; pero en adelante la pradera salada se amansa a la vista y un viento dócil sopla las velas en el rumbo que le señala la experiencia del capitán. Mas subsiste el temor a los corsarios, que siguen sigilosos la estela de los barcos y los abordan sorpresivamente, como saliendo del fondo del mar, demonios de codicia y ferocidad.

A la vez, es el mar una reiterada sensación de libertad y la tentación abierta en abanico hacia mil rutas distintas. El espíritu de Pedro bebe a grandes sorbos esa resplandeciente lección, identificándose con el símbolo de su vida liberada, y su alma se abre a los cuatro vientos de la esperanza en la promesa de realizar su destino. Y es gozando de esa íntima fruición y esa reposada confianza, como no siente turbaciones ni molestias, hasta su llegada a La Habana, en la puerta del maravilloso continente que España acaba de inaugurar; como pasa en los beneficiarios de la santa gracia, "tiene inocente conciencia de su elección y el amén que su voluntad profiere a cada hora es una experiencia inmediata de su gran poder pasivo": que se haga la voluntad del Señor.

—VIII—

EN GOATHEMALA

«Toda la formación y hermosura material del cuerpo de esta ciudad de Goathemala la componen y adoran, como miembros principales de su elegante aspecto, diez extendidos y exccentes barrios, sin aquella más decorosa, ilustre parte que llamamos, como la más principal de su cuerpo, el riñón de ella».

Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán.



ECIEN llegado a la isla de Cuba, desorientado y sin más guía que esa impulsión interior que lo moviera a dejar su patria y atravesar el Atlántico, Pedro escucha por primera vez el nombre de Goathemala.

Un barco que usualmente hacía el tráfico entre La Habana y Puerto Cabello estaba pronto a zarpar, conduciendo a varios comerciantes que por dicha vía se encaminaban a la ciudad de Goathemala, que ya a principios del siglo XVII tenía más de cinco mil vecinos, que empadronados entre los 15 y los sesenta años, corresponde a 50,000 habitantes, más o menos. Cabeza de quince ricas provincias, rápidamente acrecía su importancia, consonante con su categoría política y administrativa, ostentando un floreciente ornato, en lujo de bien tiradas calles, amplias plazas y orgullosos edificios, inclusive sus magníficos templos y la sólida fábrica de sus conventos.

Pedro inquirió:

—¿Cómo, decís, que se llama esa ciudad?

Y al repetirle su interlocutor que se llamaba Goathemala, replicó:

—A esa ciudad quiero ir, porque con interior júbilo y superior fuerza me siento animado a caminar a ella, luego que he

oído nombrarla, siendo así que ésta es la vez primera que oigo su nombre.

Embarcóse, pues, al día siguiente, para tocar muy pronto, tras corta y feliz travesía, en tierra hondureña, de donde sin tomar reposo, con vehemente deseo de alcanzar el fin, de su largo viaje, determinó seguir a pie hasta la ciudad de Goathemala, a donde se sintiera atraído por secreta e inexpresable inspiración.

“El camino del Golfo a Guatemala no es tan malo como lo pintan —refiere Tomás Gage— y es más fácilmente practicable durante el tiempo que va del día de San Miguel hasta el mes de mayo, que es la entrada del invierno. Tan sólo el primer tramo, quince largas leguas, es penoso de transitar; pero es “ancho, abierto y trillado por las mulas”, que pasan cargadas de pesados fardos; en fin, siempre se encuentran paradas donde descansar. En las siguientes 15 leguas el camino es mejor, con varios pueblos pequeños de indígenas en su curso, donde se halla alimento y forrajes. Los indios son pacíficos, hasta temerosos del blanco, pero hay una verdadera colonia de negros cimarrones, escapados de la残酷 de sus amos de Guatemala, y en ocasiones asaltan a las caravanas procedentes del Golfo para incautar dinero y mercaderías. Llégase a la población de Acasabastlan, a la orilla de un hermoso río fecundo en sabrosos peces, con un corregidor que extiende su jurisdicción hasta el Golfo, y centro en que comercian los habitantes de muchas valiosas haciendas de ganado que enriquecen la región. El camino sigue hacia Agua Caliente, Las Vacas y, pasado el río de ese nombre, el hermoso valle de Pinola y Mixco; al Occidente de este valle y distante seis leguas de Guatemala, asienta su importancia el pueblo de Petapa (de pet, estera, y thap, agua: cama de agua, nombre sugerido por la mansa superficie del lago de Amatitlán). “Por este pueblo se pasa para venir de Comayagua, San Salvador, Nicaragua y Costa Rica, y la frecuencia de los pasajeros lo ha enriquecido”; con más de 500 habitantes, todos adinerados, y numeroso concurso de indios, cuyas cofradías son también famosas por su riqueza, varias industrias extractivas, agrícolas y minerales, en pleno desarrollo y un molino para elaborar la harina. Bajando de la meseta el camino ofrece malos pasos, sobre todo su empinada cuesta, hasta llegar a Mixco, pueblo de 300 familias, industrioso y rico. Aun hay algunos tramos de fragosa senda, hasta que, acercándose a la ciudad, la vía se hace amplia y llana, anticipando el descanso de sus entradas anchas y sombreadas de árboles.

Vencido, pues, en su mayor parte el cansancio de la jornada, llegando a las mesas de Petapa, y habiendo alcanzado un sitio desde el cual se dominaba el valle de Panchoi, explayado en ocho leguas de superficie, generoso asiento de la ciudad,

Pedro se puso de rodillas y, cubierto el rostro con su capa, rezó la salve, poniendo su destino en manos de la madre de Cristo.

Puesto de pie, luego, y arrobado ante el espectáculo de la naturaleza americana, que por su fecundidad, efusión de luz y riqueza de matices le recordaba los paisajes nativos, exclamó con sincera convicción e instinto profético:

—“Allí he de vivir, y morir!”

Abordó la ciudad por la entrada del Arco, barrio en que se ostenta la hermosa casa de los Agustinos, y, llegado hasta el puente del Convento de la Concepción (hoy “Arco del Matazano”), quiso tomar posesión del nuevo suelo; hincado de rodillas, toda su alma rendida en gratitud a la Divina Providencia, se prosternó humildemente y saludó a la tierra en el transporte de un ósculo amoroso.

Al contacto de aquellos labios dignificados por la plegaria, vía directa de los sentimientos de su corazón ardido en fe, la tierra se estremeció en el violento augurio de la conmoción que las almas de los hombres sufrirían al contacto de aquel hombre bondadoso y humilde. Era el 18 de febrero de 1651, y sacados de sus casas por el sobresalto del sismo, todos los habitantes salieron involuntariamente a recibir al modesto inmigrante que marchaba indeciso y zahareño por las calles inéditas, de la misma manera como el vecindario se atropellaba para formar vallas cuando, en mulas de sonoros jaeces, entraba algún oidor o ilustre prelado a la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala.

La leyenda, que es intuición popular, al servicio de sentimientos que sólo hallan expresión a través de esotéricos símbolos, relaciona el beso de Pedro y el temblor de tierra como causa y efecto. Y los historiadores más reacios al reconocimiento de un milagro no dejan de observar la coincidencia. Un biógrafo anónimo del Siervo de Dios refiere: “El sábado, 18 de febrero de 1651, víspera del domingo de Quincuagésima, poco después del medio día se oyó un extraordinario ruido subterráneo, que alarmó y puso en gravísimo cuidado a los habitantes de la antigua Ciudad de los Caballeros de Santiago de Goathemala. Inmediatamente hubo tres fortísimos terremotos con muy breve interrupción unos de otros, que resquebrajaron y echaron al suelo gran parte de los edificios: volaban las tejas como si fueran ligeras pajas, repicaban por sí solas las campanas, desgajábanse los peñascos, las fieras de los montes, perdiendo su natural instinto, corrían amedrentadas hacia la población: entre éstas se hizo memorable un león feroz, que entrando en la ciudad por la calle del Palacio de la Real Audiencia, llegó a las Casas Consistoriales, rasgó un papel que estaba en una de las columnas, y salió atravesando varias calles sin causar daño a nadie. Continuaron los temblores con más o

menos intensidad durante toda la cuaresma y pascua de Resurrección, no cesando sino hasta el día 13 de abril. Aquel terrible acontecimiento, conforme en un todo con las leyes de la naturaleza, causó grandísimos daños materiales a los moradores de la Antigua Guatemala; pero también produjo copia de bienes espirituales..." (Y entre tales bienes se incluye la coincidente llegada a la ciudad capital del joven canario, que luego sería popularmente conocido con el nombre de hermano Pedro).

Haciendo honor a la proverbial hospitalidad de los guatemaltecos, y quizá vagamente penetrados de la escondida importancia de aquel forastero, varios vecinos se disputaron la satisfacción de darle hospedaje, sumiendo a Pedro en la confusión y la pena de tener que manifestar alguna preferencia —él, de antemano conforme con todo— y desdeñar las otras bondadosas ofertas— él, que se creía indigno de todas.

“Es la docilidad amable de aquellos ciudadanos nativa —comenta Montalvo—, y así es tan general el agafajo con que tratan a los forafteros, que el que no conviene por afiftirlos, y agafajarlos, no se tiene por natural de Guatemala”.

Decidió, al fin, entregar treinta doblones que constituían su riqueza a un sujeto que por esa suma se comprometía a prestarle alojamiento en su casa, sita a media legua de la ciudad, y suministrarle los alimentos de medio día, en tanto que hallase empleo para haber segura mantenencia. Así fue hospedero del nuevo vecino el alférez don Pedro de Almengol, propietario de un obraje de paños y persona bienquista del vecindario, quien pronto cobraría afectuosa estimación hacia su amable huésped, cuyo llano trato y cordial presencia predisponían desde luego en su favor, como puertas de su más cabal conocimiento, el cual implicaba ya la admiración a su ejemplarísima conducta.

— IX —

EL ESTUDIO

«.....non fa scienza
senza lo ritenere, avere inteso».
Dante, Paradiso, C. V. v. 41-42.

AHORA Pedro se afana en el aprendizaje de la gramática latina, concurriendo a las aulas del Colegio de la Compañía de Jesús y confiado en que su celo estudioso y la competencia del catedrático, el padre Juan de la Cruz, determinarán el pronto logro de sus propósitos. También Dios ha de iluminarlo y protegerá sus deseos, que son medio de llegar al sacerdocio, vocación decidida ya, en el camino de una voluntad consagrada al servicio del Señor.

No le afrenta alternar en la clase con numerosos condiscípulos de escasa edad y despierta inteligencia, entre quienes resaltará su retraso, ni le arredran, más bien sirvenle de estímulo, las primeras dificultades con que tropieza en el curso de las lecciones.

A Pedro de Bethancur, doctor en humildad y sabio en misericordia, le estaba reservada una dura prueba, sin embargo. Su memoria no tiene registro para las vanas preocupaciones de los hombres, sobre ella resbalan sin dejar rastro las prolíficas explicaciones del maestro y los dogmáticos preceptos del texto; las letras mismas hormiguean sin sentido alguno en las páginas y, tan pronto como han formado una frase y encerrado un pensamiento, se dispersan en la incomprendición y el olvido.

Comienza la lucha, tenaz, sin cuartel, heroica. Su espalda se curva sobre el libro abierto, sus ojos se abren desmesuradamente en el esfuerzo atento, los labios repiten y subrayan lentamente los vocablos, la mente toda se sumerge en silencioso estudio, los dedos se cansan en copiar los ejercicios. Es en vano; después de largas horas de empeño, con sólo alzar la vista,

las frases, las palabras, las letras desaparecen y queda su memoria en blanco, tensa y desolada. "Estudiaba de noche y día —dice Montalvo—, acudía a la clase el primero, y salía el último, mas parece que estudiaba más para olvidar que para saber".

El maestro se da cuenta de aquella continua y callada tragedia, dulcifica los castigos y acaba por suprimirlos, pues no los merece la aplicación del estudiante esforzado en superarse. Los otros alumnos comprenden menos y el caso es motivo de burlas y chifletas, por donde desaguan el humor y una pueril propensión a la malevolencia. Cuando Pedro se para, ignorante y grandullón, y calla vergonzosamente a la réplica del profesor, todo el aula sonríe y se llena de contenidos susurros. Algún chusco inquierte, antes de entrar a clase, ¿A que no saben a quién se le ha olvidado la lección?

Son los tiempos del cilicio y la palmeta e impone el rancio prejuicio de que "la letra con sangre entra". Ya sus manos saben de palmetazos, mas Pedro quiere ensayar la humillación y el dolor de los azotes: ofrece voluntariamente sus carnes a la marca del cilicio. El maestro, cohibido ante tal humildad, niegase con inquebrable obstinación; y nada consigue tampoco el maravilloso ignorante con recurrir a la intercesión del padre Jacinto de Medina, su confesor.

No cejaba, sin embargo, en su empeño. En un librito, cuyas páginas recogieran sus sencillas y devotas confidencias, quedó constancia de su propósito de estudiar, al menos, tres horas diarias; "pero también consta de otras escrituras —agrega el padre Joseph García de la Concepción—, haber excedido en la ejecución de este propósito; pues no tres horas, sino noches enteras las pasaba estudiando. Algunos de sus condiscípulos afirmaron, haberle encontrado, casi siempre, con el Arte de la Gramática en las manos: porque aprovechaba tanto el tiempo; que ni aquel, en que venía desde el Óbraje hasta la ciudad, lo pasaba ocioso".

Esa probada perseverancia, sin aplacar por completo las burlas, ni amenguar su pena, llegó a conmover hondamente al profesor y a imponer algún respeto a sus compañeros. El padre Medina apuraba su bondadosa elocuencia y apelaba a todos los ejemplos dables para confortarlo y estimular sus esperanzas, cuando Pedro acudía a él, lacerado: "Es posible, Padre, que todos mis condiscípulos estén aprovechados, y en mí solo se ha de contar la desgracia? Ha de ser poderoso lo indomable de esta ruda potencia, para precisarme a dejar, lo que emprendí por Dios, por mi salvación, y por amor al prójimo?"

Y buscaba los lugares silentes para iniciar, cada vez, la obra que ya debía haber terminado: *cum iam impositurus fuisse finem operi, ne initium quidem fecisti*. Tres años mantuvo esa heroica lucha.

— X —

VIDA EJEMPLAR

«In voluptate spernenda
virtus vel maxime cernitur».



ANTO como su mala memoria lo estancaba en el estudio, se alzaba Pedro en el ejercicio de la virtud, a favor de sus congénitas disposiciones, y acrecía su piadoso fervor, tocado de singular gracia. "En la devoción águila —comenta su panegirista Montalvo—, y en las letras topo".

Cuando la inclemencia del tiempo le impedía regresar a su apartado alojamiento, se refugiaba en el Calvario, cuya fábrica cierra el elegante paseo de la Alameda, o en el Hospital de San Lázaro, distante tres cuartos de legua de la ciudad, lugar sospechado de contagio y poco grato a los vecinos, pues en él se dedicaban los hijos de San Juan de la Cruz al cuidado de los leprosos y otros enfermos cuyas dolencias eran infecciosas. Y en ambos santuarios se ejercitaba en la oración y la caridad, con desvelado celo y ejemplar paciencia.

Ganando tiempo al sol, se levantaba antes de la amanecida para asistir al sacrificio de la misa, que a la séptima hora se oficiaba en el Colegio de la Compañía de Jesús y él oía en extático recogimiento. Una vez, como al tiempo de alzar el sacerdote la hostia, distrajera su atención el recuerdo de ochenta pesos que tenía guardados en una caja, tan luego se terminó el oficio divino corrió a su casa y repartió aquel dinero entre los pobres, agregando algunas alhajillas de su pertenencia, a efecto de que los bienes temporales no fueran obstáculo a su devoción.

Miembro de la Cofradía Estudiantil consagrada a la Virgen María y más cumplido que cualquiera de los otros cofrades, pidió el oficio de sacristán en la capilla destinada al culto de la

Congregación, delectándose en asear y hermosear el altar, ofrendando incienso y campesinas flores que él mismo recolectaba en los regalados campos o pedía de limosna en los patios de las casas de la ciudad.

A menudo se le oyera conversar con la virgen, con cristalina simpleza, y, en otras ocasiones, sus palabras cobraban el tono elevado de la oración y eran inspiradas declamaciones de su fervor:

—“No desdeñéis, Señora, estos obsequios pobres de vuestro humilde siervo, pues mi ternura os los rinde, no sólo como a Reyna, sino también como a Madre. Si acaso no llegare el ámbar de los pebeteros, y la fragancia de las flores naturales a las purísimas aras de vuestro imperial trono, elevad con los merecimientos del Glorioso Patriarca San Joseph, vuestro carísimo esposo, los humos imperfectos de mi oración, las tibiezas de mi voluntad, los desmayos de mi espíritu, y dándoles acogida en vuestros sagrados pies, conseguidme de vuestro precioso hijo el don de la perseverancia, y la dirección universal de todas mis operaciones”.

Comulgaba casi a diario, consultando todos sus actos con su confesor, el padre Jacinto de Medina, quien llegó a estimarlo altamente. O acompañaba a este último al hospital de San Lázaro para consolar y servir a los pobres asilados.

En el obraje donde moraba, hallaba sana ocupación en doctrinar a los esclavos, o acompañarlos en el rezo de la Corona de la Virgen, llevando a sus dolidos espíritus la esperanza de una futura y absoluta liberación, en un mundo donde sólo hacen señorío las buenas acciones. Su piedad y devoción movieron al hijo de don Pedro de Almengol a seguir la carrera eclesiástica, como que llegó a ser clérigo presbítero y murió con fama de virtuoso.

Como trasladara su residencia a la ciudad, a casa de don Diego de Vilches, llamaba la atención su apartamiento de los goces y las diversiones juveniles, pues en tanto que algunos compañeros que ahí concurrían jugaban a las barras, o medraban en otros divertimientos profanos, él permanecía de rodillas en su cuarto, orando a una imagen de la Virgen de Concepción. A este misterio rindió siempre acatamiento especial, y a su muerte llegó a manos de su confesor un papel escrito de puño y letra de Pedro y firmado con sangre de sus venas, que decía: “En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Bendito y Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Inmaculada Concepción de la Virgen María Nuestra Señora, Concebida sin pecado original. Digo yo, Pedro de Betancourt, que juro por esta (aquí una cruz) y por los Santos Evangelios, de defender que Nuestra Señora la Vir-

gen María, fue concebida sin mancha de pecado original: y perderé la vida, si se ofreciere, por volver por su Concepción Santísima. Y por verdad lo firmo de mi nombre y con mi propia sangre. Martes ocho de diciembre de 1654". Cada año renovaba este juramento y en el mismo papel iba escribiendo su renovación, a la anterior seguía: "Cada año me afirma en lo dicho: y digo que perderé mil vidas por defender la Concepción de la Virgen María, mi Madre y Señora, y cada año, por su día, lo firmaré con mi propia sangre. Yo Pedro de Betancourt el pecador, año de 1655".

UN VOTO Y UN MILAGRO

«Mar es María sacratísima, y mar inmenso de gracias para sus devotos, mar de vida, dulzura y misericordias».

Fray Pedro de Santa María de Ulloa.



N perpetua pleitesía rendido, Pedro rezaba consecutivos novenarios a la Virgen de Concepción, y a punto de terminar uno de ellos, resolvió cerrarlo con un acto que significara para él alguna penitencia, ya que el rezar resultaba muy deleitoso oficio. Y como para las cosas santas era esencialmente despierto y por instinto encontraba los más seguros y directos caminos, pronto halló la manera de alcanzar el merecimiento de la mortificación.

Llegó al aula sin el aire mohino que le era peculiar y, encarándose resueltamente al maestro, dijo: "Aunque hasta aquí ha sido tanta mi rudeza, ya llegó la hora, de que se vea, si cedió la rusticidad de mi memoria a las continuas tareas de mi aplicación. Ya soy muy otro en el aprovechamiento; y para que U. P. toque con la experiencia lo mucho que entiendo; soy de parecer, que en su presencia me pregunten todos mis condiscípulos, lo que quisieren: y aseguro, que mis respuestas dirán, lo que hay en esto".

El Padre Juan de la Cruz creía soñar, mas acabó por persuadirle la seriedad de la demanda, y aun dispuso complacido ceder su cátedra al estudiante, como anticipado homenaje al triunfo de su esfuerzo y constancia. No menos sorprendidos se hallaban los demás alumnos, quienes "alistaron sus bachilleras lenguas, agudas, como sierpes, y envenenadas con la ponzoña del desafío; y comenzaron el literario combate".

Por vez primera la ignorancia de Pedro causó asombro, consiguiente a la osadía de su reto fanfarrón. No contestaba una palabra y ni aun queriendo pudiera hacerlo; mas porfió para que se repitiese la prueba y, cediendo a ello el maestro, se repitió también su confusión y el desorden de la clase, que ya sin miramiento alguno se mofaba de su rudeza: "quien decía, oigan al Doctor, pues no le bastaba ser tonto, sino también presumido. Quien, miren el asno, no sabe palabra y nos desafía; unos le llamaban bestia, animal, necio y mentecato; otros le burlaban con nombres irónicos de letrado, sabio, y erudito, y todos finalmente le escarneían y despreciaban, oyéndoles él con una paciencia y mansedumbre de cordero". Pedro sonreía desde su secreto triunfo, visto el éxito de su propósito, satisfecho de ofrendar a la Virgen esa sonada humillación.

No había arrogancia en su gesto, y regresó a estudiar, en su tercera lucha contra las declinaciones, sin retener siquiera algunos nominativos. Advirtió que apenas quedábale un cabo de vela y lo puso a arder frente a la imagen de la Virgen, en tanto que salía a pedir luz a un estudiante vecino, con quien estuvo por espacio de cuatro horas. Al volver a su cuarto, halló que el cabo de vela aún ardía sin gastarse, y pensó que las luces divinas son más claras e inagotables...

Se cuenta que yendo un sábado a la iglesia de la Merced, donde se acostumbraba cantar ese día la Salve, trajeron sus condiscípulos de arrastrarlo hacia profanas distracciones. Arguyó Pedro, eludiéndolos, que deseaba pedir una merced a su Señora y, a instancia de sus compañeros, les confesó candorosamente que iba a pedirle a la Virgen varias prendas de vestir, las cuales enumeró con su acostumbrada humildad. Luego, de nuevo en camino hacia la Merced, antes de llegar a ese templo, un hombre lo llamó desde una ventana, lo hizo entrar a su casa y le observó las prendas que el Siervo de Dios mencionara, una a una, como si de antemano hubiese tomado conocimiento de su vergonzante necesidad.

— XII —

TENTACION

«Gozaos, hermanos, cuando os viereis cercados de tentaciones. Y con mucha razón; porque si el no ser uno tentado es la mayor tentación, el ser tentado se debe amar, y aun apetecer».

Santiago, EP. Jacob 1-2.

Po es la vida para Pedro una caprichosa sucesión de contingencias, que un hado incierto, y menos nuestra voluntad, puede hacer variar; en todos los sucesos ve manifiesto un inmutable designio divino y se siente vivir entre un mundo de superiores símbolos que es necesario a cada paso interpretar. Acaso la rudeza de su memoria y la traba opuesta al avance de sus porfiados estudios, sea sólo un signo que debe moverlo a buscar otro camino, posiblemente más abrupto, para llegar al Señor.

Por ese tiempo abundaban grupos nativos fieramente apedados a su antigua religión y costumbres, rebeldes a la general evangelización emprendida por los sacerdotes cristianos, y entre aquellos cortaran la palma del martirio algunos misioneros; otros de éstos habían perecido extraviados en las montañas, mordidos de venenosos ofidios o destrozados por las bestias salvajes. Y con el arriesgado ánimo de desafiar tales peligros y encontrar en las tierras paganas, ávilas de la simiente de Cristo, el mérito salvador del sacrificio, un buen día dejó Pedro la escuela y la ciudad, siguiendo a pie el rumbo de Petapa, distante seis leguas de la capital. No sentía el camino, en la alegría de una nueva liberación; en su alma cantaba la esperanza con otras voces y sus pasos se afirmaban en la confianza de aquel que sin ocasión se derrama en amor sobre los hombres.

Llegado al pueblo, ya extendido y numeroso, como obligado tránsito entre la ciudad capital y el puerto del Norte, así como para otros lugares del interior de la provincia, fuese Pedro derechamente a la iglesia, para acogerse a la misericordia de la Virgen María y pedirle las luces que en adelante debían guiar sus actos e iluminar sus empeños.

Oraba fervorosamente ante el altar, cuando advirtió a su vera a una mujer de singular hermosura, cuyo preclaro rostro alumbraba de lleno un rayo de luz proveniente de uno de los altos ventanales del templo. Insensiblemente dejóse envolver por una dulcísima emanación aromada que formaba la atmósfera de aquella celestial criatura. Y saliéndose de la oración, por la fácil puerta de los humanos instintos, que nunca tuvieran voz ni voto en su conciencia, advirtió que al ponerse de rodillas, la dama había descuidado una de sus piernas, descubierta en toda su torneada belleza, y un repliegue del vestido dejaba ver un trozo de carne de sensual lozanía y atractivo frescura.

Y a punto de rodar arrastrado por una ola de perdición, clamó desde lo más hondo de su alma a la Inmaculada Concepción de María, que hubo de acorrerle en tan apurado trance, pues la mujer desapareció por la misma misteriosa forma en que había venido, conociéndose así que sólo fuera una engañosa treta del demonio. En la inmensidad de su arrepentimiento y su gratitud, salido de sí mismo, no pudo colegir si la imagen le hablaba directamente por la voz florecida del milagro, o si en su interior se hacía la luz del divino mensaje, mas supo sin vacilación que su destino era más humilde que el de los mártires y en la ciudad de Guatemala tenía una misión que cumplir.

Así confortado, cuando su corazón se hubo rendido en tierno sentimiento ante la virgen María, agradeciéndole tan señalada merced, emprendió el viaje de regreso, con el rostro radiante de confianza, y en él nadie habría podido reconocer al atribulado y humilde estudiante de otrora.

El padre García de la Concepción anota: "Díxole en voz fénible la piadosísima Madre: que fe bolvieffe a la Ciudad; porque era Goatemala el fitio, donde Dios le quería, y el terreno, que le tenía destinado para sus espirituales creces. Obedeció Pedro el Oráculo Sagrado; y reftituyéndole a la Ciudad, figuió las fendas, que le tenía preparadas la voluntad Divina".

—XIII—

TERCERO PENITENTE

«En este dulcísimo terreno, donde han florecido entre canonizados, y beatificados, treinta y siete Santos, quiso el Señor, que se plantase este su Siervo: y aquí halló su conformidad seguro todo el copioso fruto de sus virtudes».

Fray Joseph García de la Concepción.



EDRO sintió impulsos de tomar el hábito de la Orden Tercera de Penitencia, que sólidamente se cimenta sobre la santa humildad y fervorosa devoción de San Francisco, y habiendo consultado sobre la materia a su confesor, éste aprobó y estimuló sus disposiciones; pero en forma misteriosa iba a serle ratificada esa venia.

Yendo hacia el convento de San Francisco, después de haber oído misa en la iglesia de la Merced, en cuyo convento pasara en oración las vísperas del día, se cruzó en su camino un anciano enigmático, que a su encuentro venía de la calle del Calvario, con andar calmo, adecuado a su venerable aspecto, cayéndole una larga y decorosa barba blanca sobre su traje de religioso, cuya orden no pudo Pedro identificar. El extraño dijo:

—A donde vas, Pedro?

A oír misa al convento de San Francisco, Señor.

—Pues, ¿no has oído ya misa, y comulgado, en la iglesia de la Merced?

Y como Pedro asintiera, maravillado; el otro, señalando hacia la capilla del Calvario, concluyó:

—Sábete que aquella es tu habitación, porque así lo dispone y manda el Altísimo.

Pedro continuó su camino, caviloso; mas volvió pronto sobre sus pasos, con la idea de conversar más largamente con su mis-

terioso interlocutor, de cuyas terminantes palabras iba coligiendo la posibilidad de una orientadora revelación atingente con su futuro, pues siendo el Calvario el lugar donde se ejercitaban en su perfeccionamiento los Hermanos Terceros de San Francisco, bien podía hacerle la merced Dios, por medio de aquel extraordinario intruso, de inducirlo a tomar el saco de penitente.

Frustrado su intento, pues el anciano había desaparecido en todo el radio de su visual, Pedro regresó a la iglesia de San Francisco, y ocurrió que, cuando se hallaba orando en la capilla de Nuestra Señora de Loreto, vino a él espontáneamente el guardián de la comunidad, fray Fernando de Espino, quien de manera exabrupta lo exhortó:

—Estudiante, ¿por qué no tomas el hábito de Tercero?

Decidido ya su ánimo, con esas luces, expuso que la única dificultad era la material obtención del hábito mismo, mas estaba resuelto a pedirlo de limosna. El padre Espino lo condujo a la sacristía, donde casualmente se encontraba el síndico de la Orden Tercera, don Antonio de Estrada, y éste allanó el obstáculo, ordenando al maestre de campo, don Agustín de Estrada, que suministrase un hábito al joven aspirante.

Despidióse Pedro de su maestro y sus condiscípulos, disponiendo en lo demás sus cosas conforme a los consejos de su confesor; y, por último, fue a despedirse de una imagen de la Virgen María, aposentada en uno de los altares del templo de la Merced y a la cual, por virtud de sus nuevas obligaciones, no podría frecuentar en lo sucesivo como antes solía.

Corría el año de 1654, y al año siguiente, el 11 de junio, haría su profesión, sin que precedieran las informaciones de rigor, pues al decir de sus biógrafos bastó "el manifiesto testimonio de su ajustada conciencia y ejemplarísima vida". "Pero ya dos años antes de entrar a la orden —refiere fray Francisco Vásquez— se anumeró por Hermano, como consta en su librito de memoria: **Memoria de quando entré por Hermano de la cuerda de San Francisco, el proftrer día de noviembre, día de S. Andres año de 1653. Pedro de Betancur**". Desde entonces iba a iniciar una vida áspera, de abstinencia, mortificaciones y amoroso sacrificio.

— XIV —

EL CALVARIO

«...y es admirable manera de proceder, no dejando muchas veces la Pasión y Vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo el bien...»

Santa Teresa.

N el extremo Sur de la “maravillosa y deleitable salida de la Alameda, paseo que frecuenta numeroso concurso, al amor de las “vegetales frescas pompas de sus umbrosas, verdes calles”, y se decora con una magnífica fuente de cantería, se alza la devota fábrica del Calvario. El sabroso, aunque amanerado cronista Fuentes y Guzmán, cuya delectada “Recordación Florida” seguimos, describe aquel templo:

“Hace esta peregrina fábrica del Calvario, en lo interior de sus firmes levantados muros, que corren por el ámbito de trescientos veinte pasos geométricos en cuadro, que en circunferencia corresponde a mil doscientos ochenta pasos, en el primer desenfadado atrio de la portada, que se forma de dos decorosas ilustres bóvedas, dos cultos y matizados jardines, que corren y se tienden con variedad de flores, a uno y otro costado: viéndose a el de la sinistra mano, que corre al Oriente de la situación del Templo, tres primorosas y pulidas capillas, en que tres sagrados, dolorosos pasos de nuestra salud y redención se veneran; de cuyo tránsito, siguiendo a la parte de Mediodía, se pasa a un tránsito unido al templo que se forma de una elevada y ostentativa bóveda, que se mantiene y asegura sobre cuatro columnas de decorosa y grave arquitectura, donde se rinde adoración y culto a el crucificado y manso cordero Jesús, vida y aliento de los hombres. De allí corre por capaz y prolongada longitud, el templo artesonado, con primores y desvelos del arte, perfecta-

mente pulido, todo el adorno de sus levantadas y robustas maestras, de excelentes pinturas de la sagrada y dolorosa pasión de Nuestro Divino Redentor; obra toda de D. Antonio de Montúfar, natural de Goathemala, diestro y aventajado en el arte, y que habiendo con tanto primoroso acierto dado fin y perfección a esta obra, quedó ciego hasta su muerte, sin duda que para ver mejor después de la vida. Termina esta bella, tierna, reverente historia en un altar primoroso, que debajo de otra elegante peregrina bóveda se erigió en un cañón, con secretos subterráneos, para su aseo, a un primoroso sepulcro mausoleo de aquel divino absoluto universal Monarca, panteón de aquel superior a todos, triunfante coronado príncipe, túmulo y flamante luciente pira, de aquel único abrasado amante fenix, Jesús, rey, pastor, maestro, luz y principio de las almas. Corre la situación del templo por longitud de Norte a Sur”.

“De esta soberana y maravillosa capilla mayor, se pasa a el costado Occidental, a su admirable y bella sacristía; luego a una espaciosa y alegre sala, que a dos puertas de sus costados da paso; la una, a la parte del Septentrión, al patio de los Laureles; la otra, al Mediodía, para lo interior dilatado y alegre del patio de las pobres y humildes celdas de los virtuosos hermanos Terceros, que cuidan vigilantes del adorno y policía deste venerable y prodigioso santuario. De este patio se pasa a una dilatada y excelente huerta de muchos y exquisitos frutales, en cuyo cultivo también se emplean estos devotos hermanos de la Orden Tercera de mi patrón San Francisco. Esta es, en breve y estrecha suma, la fábrica material de tan elegante, devoto y famoso santuario”.

Dicho templo se erigió a solicitud de los hermanos de la Orden Tercera de San Francisco, iniciándose los trabajos en noviembre de 1618, siendo alcalde el doctor Juan Luis de Pereira. La obra se terminó muchos años después (1665) con el celoso concurso del presbítero Jaime de Portillo y Sosa, chantre de la Catedral, y a su fin contribuyó Pedro de Bethancur en la forma más humilde, laborando como peón de albañil. Aun puede verse frente a la portada una cruz de piedra, enclavada en plena vía, como señal de la toma de posesión de aquel terreno para edificar el santuario; cruz colocada el 19 de noviembre de 1618.

Pero más lustre y solidez iban a darle a esa capilla las ejemplares virtudes del Siervo de Dios Pedro de Bethancur, que allí alcanzó singulares favores en la oración, mortificó su carne y sus apetitos, veneró los pasos de la tragedia del Gólgota y ejerció con mérito insigne el magisterio de sus celestiales fervores.

El templo ha urgido subsiguientes reparaciones; algunas capillas viven el hurao descuido de las ruinas; el alegre patio de

los laureles y la cándida huerta de los terceros no hallan rastro en lo que es ahora un lujuriante cafetal; las celdas se desplomaron en el olvido y sobre sus renovados pisos ha ido barriendo la tradición la familia del sacristán; la suntuosidad del rito se va hundiendo, poco a poco, en el pasado lejano...; sólo queda invicta y edificante la memoria del Hermano Pedro, superviviente su figura a la sombra cándida de un *esquisúchil* (árbol también nativo de las Canarias), que todavía se cuaja por el mes de febrero de blancas flores odorantes, florecido en la gratitud de haberlo sembrado las santas manos de Pedro.

— XV —

HIJO DE FRANCISCO

«El espíritu de San Francisco no se expresó en una obra doctrinal de teología, sino que se trasmitió entre sus discípulos por el alto ejemplo de su vida».

Pedro Sainz Rodríguez.

APOSENTADO en una de las humildes celdas de los hermanos Terceros, Pedro ha encontrado su verdadera casa espiritual, que es el reflorecimiento de la inmensa humildad, la inmensa pureza, la inmensa caridad del poverello Francesco D'Assisi; y, en solitud, haciendo un símbolo vivo de su pesado saco de penitente, acrecentó su piadoso fervor.

Muchos y diversos caminos hay para escalar las cumbres, y si a Pedro le faltaran las alas de la inspiración para ganar los elevados y doctos planos de la supremacía teológica, sus pies intuitivos se desangraron en la vereda del amor, dado en la forma más noble y áspera del sacrificio: su caridad no conoció cansancio: su pureza desesperó a Calzillas (como llamaría con pueril ironía al Demonio): su modestia no halló medida en las más lastimantes humillaciones.

El alba lo sorprende orando en su estrecha celda, que, cuando Pedro reza, linda, pared de por medio, con el infinito. Y alzándose ágil e infantil como la mañana, acude a satisfacer los menesteres de la limpieza y decoro del templo, trabajos que su humildad ha ido monopolizando. Su escoba diligente avienta las últimas sombras de la noche al cantar sobre las losas con la voz perdurable de las cosas sencillas y rutinarias; asea y exorna los altares; renueva el aceite de los candiles; sustituye las flores marchitas por otras aún temblorosas de rocío mañanero; abrillanta los metales... Sus pasos van del altar al coro, en el juego cóncavo de los ecos.

Por ese tiempo estaba el santuario en construcción todavía, y como la curiosidad atrajera numeroso concurso de vecinos, a quienes repetidas veces invitara el padre Comisario de los Terceros para algún agasajo, mientras los huéspedes recibían el obsequio, solía el Hermano Pedro, por orden del superior, leer algunas páginas edificantes. Mas el lector se penetraba tan honda-mente de las cuestiones que declamara, que a todos contagiaba su emoción, y muchas veces, ya salido del auditorio, se le diluían las letras en llanto e interrumpía la lectura en un sofoco de an-gustia y lágrimas.

Pero más edificante era su ejemplo, ya ejerciendo de chu-nero a las órdenes de los albañiles, ahora sumergido en la luz de la oración, o desangrado en el hierro de la penitencia. Era, ademá-s, tan persuasivo y afortunado en sus exhortaciones, insi-nuándose a todos con suave respeto y grave autoridad, que luego hubo de administrar el acervo espiritual que se le rendía y erigir-se en maestro de una espontánea escuela de cristianos empleos: distribuía oraciones, que rogaba aplicar por las ánimas del pur-gatorio; aconsejaba ayunos y mortificaciones; congregaba a nu-merosos fieles en el rezo de la Corona de la Virgen o el Via-Cru-cis; en suma, comunicaba fervores y predisponía los ánimos al cultivo de las buenas acciones.

Una de las devociones por él con más celo estimuladas fue la del Rosario, extendida luego a gran número de feligreses y a la que pronto ingenió medio de darle mayor solemnidad, orde-nando todos los sábados, por las noches, una concurrida proce-sión que recorría alternativamente los barrios de la ciudad. Ca-da vez aumentaba la devota comitiva, en la que muchos portaban antorchas y todos entonaban el rosario. Esta devoción se exten-dió a otras provincias y aun pasó a España, llevada de Guatema-la por el religioso dominico Fray Pedro de Ulloa, quien presen-ció aquí la solemnidad, un año después de la muerte del Herma-no Pedro, hallándose en el desempeño de una misión de su or-den, en tiempo durante el cual frecuentó la casa de los Bethle-mítas. Así lo refiere puntualmente fray Joseph García de la Con-cepción, y agrega: "De toda la serie de esta historia se concluye, que el Venerable Pedro de San Joseph Betancur fue el primero, que inventó la solemnidad, con que se cantan por las calles los Rosarios: y que no sólo Goathemala, y sus adyacentes provin-cias; sino también los Reynos de nuestra España deben esta uti-lísima devoción, como a su origen, a los fervores, de este Siervo de Dios, propagados en sus hijos".

Y el mismo panegirista juzga elogiosamente, en general, la evangélica labor que Pedro realizó en la capilla que el desconoci-do oráculo le señalara por morada, a saber: "Hoy es el Calvario de la Ciudad de Goatemala (escribe en la segunda mitad del si-

glo XVIII) uno de los celebrados Santuarios de la América, a quien ha hecho famoso, más que la suntuosidad de su fábrica, la frecuentísima veneración de la Cristiandad: pero todos estos aumentos tuvieron su origen en la fervorosa solicitud de este Siervo de Dios. Antes que el Venerable Pedro estuviese en el Calvario, solo era asistido los Viernes, y de muy pocos; pero después, que le vivió este ejemplar huésped, se ha hecho diaria su asistencia, y de numerosa multitud. En muchos fue tal la impresión que hizo el poderoso influjo de este Siervo de Dios; que vistiendo resueltos el hábito descubierto de la Orden Tercera, se quedaron a vivir con él en el Calvario: donde los ejercitó santamente nuestro Pedro en la puntual observancia de su Instituto, en toda especie de mortificaciones, y en toda clase de virtudes".

— XVI —

PEDRO DANZA FREnte AL ARCA

«Y David y toda la casa de Israel danzaban, delante de Jehová con toda suerte de instrumentos de madera de haya; con arpas, salterios, adufes, flautas y címbalos.

Y David saltaba con toda su fuerza delante de Jehová; y tenía vestido David un ephod de lino.

Entonces David respondió.... «danzaré delante de Jehová. Y aún me haré más vil que esta vez, y seré bajo a mis propios ojos...»

Samuel, Libro II, Cap. 6, ver. 5, 14, 21 y 22.



CTAVA de Corpus. Las campanas danzan con clamorosa alegría, sus sones avasallan la ciudad entera y luego, con vibrantes alas, ganan en toda su hermosa extensión el valle en que Antigua asienta su señorío de segunda urbe de América. La naturaleza también está de fiesta, agradecida a las primeras lluvias, y envía su tributo a la iglesia: en alfombras de pino que rinden su fresca savia y se esmaltan de matizadas flores, y en copia de preciados frutos que tientan los sentidos, luciendo en las ventas que se improvisan en la plaza.

Al son de jubilosos repiques, por la puerta mayor de la Catedral se desborda hacia la calle un numeroso concurso de fieles, que antes asistieron al sacrificio de la misa y salen comentando en voz baja el panegírico que pronunció un prelado docto en exegética, aunque pedante de citas. El les diría que Cristo sigue operando, desde el fondo del tabernáculo, los prodigios que durante su encarnación arrastraron a las masas en pos de su palabra y sus hechos taumatúrgicos. El les recordaría que San Bernardo se extasiaba ante el misterio de la Eucaristía y llamó a Jesús en el Sacramento **amor amorum**, el amor de los amores, y Santo Tomás viera en esa presencia y ofertorio de Dios en el altar la máxima concesión del amor: **sacramentum charitatis Christi pig-nus est.**

Coruscante de cirios, con un rumor abejeante de rezos, baja la procesión las gradas del atrio para dar la vuelta, como todos los años, a la plaza principal. Altas dignidades de la iglesia y del gobierno prestan lustre a la función; vestidos de negro, un poco orgullosos de sí mismos, los cofrades del Santísimo se turnan el honor de conducir el pallium; y el sacerdote, baja la vista, impregnándose de incienso, lleva en sus manos el aúreo resplandor de la custodia.

Pero, he aquí que, como antes David frente al arca, surge Pedro de entre la multitud, hecho un "alférez de Dios". Muy temprano recibió la comunión y el resto de la mañana lo pasara orando, inundado de paz, lleno del divino banquete. Ahora clama como San Felipe Neri: "He aquí mi amor, he aquí mi amor!" De su tosco sayal de penitente há hecho una bandera, que enarbolá en el extremo de un asta asaz pesada para sus fuerzas, pero liviana para su devoción, de modo que —según comenta maravillado Montalvo— "venía a ser pendón en la apariencia y cruz en la realidad".

Pedro danza frente a la custodia, reboleando sin cesar su improvisado estandarte, en "alegres mudanzas y regocijadas cabriolas", jugando a compás los pies electrizados y los brazos incansables, poseo del ritmo que marca su interior contento, y aun aviva "los movimientos del baile con las consonancias de la música". A todo esto, para que ninguna de sus facultades quedase ociosa, Pedro canta salmos de maravillosa ingenuidad, que apenas en la profunda fe con que son entonados hallan coherencia; coplas que le inspira el misterio del altar. Es posible que algunos lo menosprecien por ello, como Michal a David, mas "aunque la voz no era dulce, ni la poesía elegante, todo junto sonara de los cielos". Y de esa guisa continúa sus piadosas demostraciones durante todo el recorrido de la procesión. No siendo usual llevar pendones o banderolas en el Corpus, algunos maestros, ganados por el fervor de Pedro, hallan propias sus expresiones, porque usándose llevar una bandera delante de los emperadores y siendo Dios en el Sacramento Rey de Reyes, no anda descamulado Pedro en llevar una bandera, "que es el geroglífico de la victoria".

Más tarde, al panegirista ha de temblarle la pluma al describir estos hechos de sencilla grandeza, para escribir: "Con todas fus fuerzas celebrava las bodas del cordero de Dios, y como fu alma era la defpofada, hacia travajar a fu cuerpo como a un efclavo. Grande fin duda era la fatiga en que le exercitava con movimientos tan defufados en efpacio tan prolijo, a que folo pudiera refifir fomentado de los esfuerzos vigorofos de fu efpíritu. Saltava de contento el Venerable Hermano y con los excefios de fu interior alegria comunicava agilidad a fus canfados, y rendidos miembros. O ceguedades del amor juntas a las de la fe! Si haceis prodigios separadas que no hareis unidas?"

— XVII —

EL SOLAR BETHLEMITICO

«Qué hospital es este Bethlen? Atiéndase a su origen, a su principio, a su instituto, a su Fundador: est umbra Petri. Es una sombra de Pedro, de aquel venerable Varón, antes por el nombre de Vetancur, y después conocido por el título de Hermano Pedro de San Joseph: este fué la luz de este instituto, con que este hospital es la sombra de ese Pedro».

Fr. Gaspar de los Reyes Angel.



N el cerebro de Pedro gesta ahora una idea caritativa, que se alimenta de su profundo amor a Dios, reflejado en su humilde afán de servir a los hombres; prohija una iniciativa benéfica, tras las huellas de San Juan de Dios, para el logro de la cual sólo cuenta con su ardorosa fe y su voluntad de sacrificio.

“Ocurrióle —dice fray Joseph García de la Concepción—, que sería de igual utilidad, prevenir alivio, a los que libres ya de sus actuales dolencias, no alcanzaban medios, para asegurar su salud; y que si había enfermedades, para curar enfermedades y recobrar la sanidad, también debía haber hospitales para su conservación. Esforzábanle mucho este pensamiento las frecuentes experiencias, que se tocaban, de algunos pobres, que libres de la muerte, por las caritativas asistencias en sus enfermedades; fallecían después, por falta de alivio en la convalecencia: y convenido de este dictamen, determinó, que su hospital fuese para los convalecientes”.

Sometiéndose siempre a designios providenciales, y esperando del cielo todo auxilio y cabal dirección para sus empresas, resolvió visitar veintisiete iglesias, para venerar con este devoto ejercicio las 27 leguas que la Virgen caminó, a juicio de los doc-

tos, al ir a visitar a su prima Santa Isabel. Se hizo acompañar de un pobre hombre, ya adulto, mas por su ingenuidad popularmente conocido con el nombre de "Marquitos", a quien una congénita dolencia (perlecia) imposibilitaba casi por completo el uso de las manos y hacía tarde y trabajoso el andar.

El último templo en que oró fue el de Nuestra Señora de Santa Cruz, y le pareció que cerca de tan santa casa debía buscar un sitio adecuado a la fundación de su hospital de convalecientes, comenzando por rendir su gratitud a la Reina de los Angeles. "porque lo admitía a ser su vecino".

Por ese tiempo acababa de morir en la ciudad una devota, María Esquivel, quien dejara, para costear sus funerales en la parroquia de Los Remedios, una casita de paja y una pequeña imagen de María Santísima. El sitio convenía a Pedro, por estar enclavado en las afueras de la población y cerca de la capilla de la Santa Cruz, deseando vivamente adquirir la propiedad para asiento de su fundación en proyecto.

Pedro había asistido en su lecho de sufrimiento a María Esquivel, mártir de larga y penosa dolencia, por todas partes llagada, mas siempre conforme con su suerte y confortada por las exhortaciones y consuelos del caritativo Tercero. Por su ejemplaridad, María Esquivel gozó de especiales y altas mercedes, como la de oír misa desde su casa, cuando su enfermedad le impidiera acudir al templo, y al alzar el sacerdote la hostia, ella se golpeaba el pecho, humillada en profunda contrición. Sin embargo, sabiendo el uso que Pedro hacía de los bienes, en general beneficio, olvidó en sus últimas disposiciones a su fiel enfermero.

Pedro se dió con actividad a conseguir la suma pedida por precio: cuarenta pesos; superior en mucho a su voluntaria indigencia, no obstante el exiguo monto de la misma. Mas el maestro don Alonzo Zapata y don Francisco Zamora, este último relator de la Real Audiencia, dieron de limosna aquella cantidad, y por ese medio entró Pedro en posesión de la casa, que luego sería el original solar de una nueva orden religiosa. El párroco de la iglesia de Los Remedios completó la dádiva, adjudicándole también la imagen de la Virgen que fuera de María Esquivel, "para no darle la concha sin su perla", comenta Montalvo.

El predio estaba fincado al Sur de la ermita de la Santa Cruz, junto al río Pensativo y en el seno de un barrio indígena. a la humilde casucha de María Esquivel vino a instalarse Pedro, quien hizo de la sala principal y única del edificio un oratorio para venerar la imagen que recibiera de limosna, durmiendo él en la cama de San Francisco, esto es, teniendo por lecho el suelo de la cocina.

La primera noche la pasó en oración, pidiendo a la Madre de Dios que iluminase sus propósitos, y en la mañana siguiente iba a comenzar una nueva fase de su vida: CARIDAD.

— XVIII —

PARVULO ENTRE PARVULOS

«Un niño estaba sentado jugando con conchas. Levantó la cabeza y pareció conocerme, y me dijo: «Te tomaré a mi servicio por nada». Desde entonces, el trato cerrado en juego de niños me convirtió en un hombre libre».

Rabindrantha Tagore.



OVIO a curiosidad, la figura del piadoso Tercero; pero muy pronto se hizo amable y familiar a los vecinos del Barrio de la Cruz, y la casa de María Esquivel fue llamada por todos “la casita del hermano Pedro”.

Su alma infantina buscó y se ganó luego la confianza y el afecto de los niños, cuyo seguro instinto devolvía espontáneamente la simpatía de aquel hombre sencillo y grave, a la vez, dueño de esa prístina virtud de la simpleza, que permite sorprender “el sentido bíblico de las cosas adecuadas y castas”. Así Pedro, posiblemente sin recordar el texto evangélico, por genuino impulso se orientaba hacia la palabra de Cristo: “De cierto os digo, que si no os volviereis, y fuereis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Y cualquiera que recibiere a un tal niño en mi nombre, a mí recibe”.

El barrio era populoso, y en él advirtió Pedro la jubilosa abundancia de niños, faltos de enseñanza todos, triscando como un rebaño sin pastor en la promiscuidad y el abandono de la calle. Rebosando amor su corazón, y entendiendo que el amor se traduce en servicio, y en servicio desinteresado, no necesitó otro estímulo para moverse al remedio de aquella necesidad.

Funda, pues, el maravilloso indocto una escuela y contrata al profesor D. Mateo Polancos —a quien pagó siempre con el pro-

ducto de limosnas—, para que impartiese a los niños los elementos de la ciencia; reservándose él la enseñanza de las materias que dominaba su intuición, o sean, la piedad y el ejercicio de la virtud, simientes que por doquier sembraba su didáctico ejemplo. Ayudó también al Hermano Pedro en su escuelita fray Pablo Sánchez, franciscano admirador de las prendas morales de aquél, autor de un “Catecismo Cristiano”, obra sencilla y que rindió luego más beneficios que la popular de fray Benito Vilcañas. Fray Pablo era por entonces vecino de la calle de San Miguel.

Sin dificultad la “casita del Hermano Pedro” se convirtió en alegre querencia de los niños pobres, criollos e indígenas, a quienes el suave mentor prodigara su alma infantina en gemelos candores y desvelada protección. Por la mañana concurrían a la modesta escuela las niñas, y por la tarde los infantes, y así todo el día abejeaba la casita de pueril actividad, repartida entre el aprendizaje de las primeras letras, el adoctrinamiento y los rezos, en coro de ánimas sencillas, a los pies de la imagen de la Virgen.

Para estimular la diligencia de algunos, o vencer la incuria de otros, las más veces para desahogar simplemente su ternura, Pedro colma de obsequios a los niños: dulces, frutas y juguetes que su humildad recolecta de limosna, o sonrisas y caricias cuando sus generosas manos están vacías. Advierte las necesidades de su cándida clientela, y sus ruegos apremian con éxito a las gentes ricas de la ciudad para obtener el regalo de prendas de vestir, que distribuye equitativa y largamente.

De parte con los chiquillos, interviene a menudo en sus juegos, dirime sus infantiles contiendas; aconseja, exhorta, amonestá; los niños se derraman alborozados en su confianza, o callan, respetuosos, en el umbral de la comprensión, cuando lo ven sumirse en el silencio y la quietud evasivos de la plegaria.

— XIX —

FUNDACION DEL HOSPITAL

«Hermano, yo soy el vagabundo, y estos son pobres de Jesucristo».

Palabras de Pedro de Bethancur.

 A casita del Hermano Pedro, es ya, a la vez un oratorio al que se aficionan en creciente número los fieles, contagiados del fervor de aquél, y una escuela de párvulos, en la que con la elocuencia del ejemplo y el poder extraordinario de su mansa exhortación, Pedro asume la cátedra de su cristiana virtud, predisponiendo las almas al bien.

No obstante embargar a su generoso fundador esas dos altruistas instituciones, y dedicar éste el resto de su tiempo a la oración y la penitencia, no alcanza Pedro satisfacción, ni la alcanzará hasta no llevar a término su idea de instituir un hospital para convalecientes y servir en más sacrificada forma a su prójimo.

Llegó a su noticia la existencia en la ciudad de una desgraciada mujer, de raza negra, anciana ya, tullida y comida de achaques, que vivía a mitad de la calle, como una basura de la miseria, ayuna de toda asistencia.

No le costó trabajo encontrarla, abandonada a su ínfima suerte, ni convencerla para que aceptase el asilo de su incipiente enfermedad. La cargó, pues, sobre sus hombros y, sin sentir su peso, que la caridad es fuerza que se nutre de sí misma, recorrió con aquel bagazo humano larga distancia, hasta depositarla en su menesteroso albergue, que luego sería pródigo consuelo para los desheredados.

De ese acto sencillo iban a nacer el hospital de Belén y una nueva Orden religiosa, la de los Bethlemitas Hospitalarios, des-

pués solemnemente sancionada por el Vaticano, y por la admiración y la gratitud de tres pueblos: Guatemala, Las Canarias y El Perú. El dolor de aquella pobre mujer envejecida en la penuria y lacerada por el triste sino de Job, fue la piedra angular del edificio que como por arte mágico iba a surgir entre las manos santificadas de Pedro.

Cuando su morada debía acoger a la bulliciosa turba de escolares voluntariamente reclutados en el barrio, Pedro sacaba afuera a su asilada, lo mismo que para entregarse sin reservas, libre de ojos extraños, a la expansión de su ferviente naturaleza mística. Y llegado el fin de innumerables dolencias, cuando la negra expiró asistida de cristianos auxilios y hubo honesta sepultura, que Pedro mismo cavó con sus manos y regó con sus lágrimas, ya la institución había nacido, aunque después sólo se recibiría a hombres en el hospital de Bethlen.

PRODIGIOSOS RECURSOS

«La persona di lei sconfina nell'aureola, L'opera sconfina nell prodigo: riceve il prodigo e lo dá».

Giovanni Bertacchi.

RESESARIAMENTE suponen la dádiva las manos de Pedro; por eso casi sólo podemos imaginarlas ostensiblemente extendidas en la imploración de una limosna, o reservadas y oferentes, rendidas en el aedmán del obsequio; manos ávidas de dones, sin mediar avaricia, para distribuirlos luego con el acierto y la facilidad de una función natural.

Su casa es pequeña y desprovista de condiciones para tener un hospital, no digamos ya para albergar sus insaciables anhelos de caridad. Se cree, pues, en el comienzo de su empresa, sin medir un solo instante la desproporción entre los medios de que dispone y el alcance de sus proyectos: tiene un tesoro de confianza depositado en las manos de la divinal providencia.

Madurados sus selectos propósitos, acude directamente en solicitud de la venia y licencia indispensable, ante el presidente de la Real Audiencia, licenciado Don Antonio de Lara y Mogobrejo, quien por sus ejecutorias de oidor decano detentaba interinamente el mando; y ante el obispo de Goathemala, fray Payo de Rivera, quien llegó a interrogarlo sobre los recursos de que podía aquel iluso echar mano para fundar un hospital de convalecientes:

—Eso, padre, yo no lo sé; mas, Dios que lo sabe, me ayudará.

Por tanto, sin esperar la real aprobación demandada a la Corte, la cual había de tardar por la distancia y las convenciones del trámite, dió desde luego principio a la obra, contando para

ello con la caridad pública, largamente ofrendada a tan recto y celoso administrador de los bienes de los pobres.

En cuerpo y alma se consagra a la obra, y cuando no recorre las casas de los ricos, pidiendo de limosna los materiales requeridos o dineros para sufragar los salarios de los trabajadores, él mismo hace de maestro, de sobrestante, de oficial o simple peón, estimulando con su activo ejemplo a los operarios.

El edificio se va cimentando sobre reiterados prodigios. Los obreros no sienten cansancio si Pedro los ve trabajar, y el tiempo y los materiales abundan. El capitán don Francisco Gutiérrez y su esposa han de propalar, maravillados, cómo habiendo obsequiado a Pedro una escasa cantidad de madera que poseían en su casa, de ella salieron innúmeras carretadas de dicho material sin que la fuente llegase a agotarse. Una señora, a quien diera Pedro a guardar treinta pesos, al ser requerida para devolver el depósito, en ocasión en que la planilla de los operarios ascendía a cincuenta pesos, increpó al Hermano:

—Ya veo que el hermano ha querido hacer experiencia de mi fidelidad; pues me dió cincuenta pesos que le guardase, diciéndome que eran solamente treinta...

Tan firmemente tenía puesta su confianza en la divina providencia, que se mofaba con gracioso decir de quienes sólo atinaban a contar su dinero y hacer cálculos sobre posibilidades materiales. Cierta vez, como el sobrestante de la obra de Belén se quejara de lo mucho que había por pagar, sin duda en disparidad con los elementos disponibles, respondió, firme y sosegado: "Effa deuda no es mía, que no tengo yo la proffesion de el tinte, ni del azúcar, ni del cacao, ni menos es del dueño de eftas haciendas; fino de Dios, de quien fon todas las cofas".

En poco tiempo se alzó así la importante fábrica de una sala destinada a enfermería, espaciosa y adecuada a su objeto, que la diligencia de Pedro amuebló pronto con suficiente número de camas y la ropa necesaria al confort de sus pacientes. Se erigió un decoroso oratorio y, una a una, fueron surgiendo varias celdas para asilo de forasteros pobres o para habitaciones de los voluntarios de la caridad que habrían de sumarse al servicio de la naciente institución, ganados por el ejemplo del fundador. La enfermería y las celdas se continuaban, hacia el interior, por un amplio corredor y frente a la plaza de Nuestra Señora de la Cruz elevóse un mirador sobre columnas de ladrillo. En él se evoca la figura de Pedro, a menudo evadido hacia la contemplación de la naturaleza, aquí monumental, o abarcando con la ternura de su mirada la ciudad, cuyos dolores adivinaba siempre su corazón, inflamado en el ofertorio del consuelo y la voluntad del sacrificio.

Y cuando su pensamiento volaba sobre el panorama en el arrobado silencio de las tardes, desintegrado Pedro en amor hasta distribuirse en las cosas más humildes, su espíritu acrecentaba interiores tesoros, pudiendo decirse de él como de San Francisco, ese otro seráfico vagabundo: "Nullatenente volantario, disertore dalle paterne ricchezze, egli possiede senza limite alcuno tutte quante le cose, e tutte le adatta e trasforma a'suoi intenti interiori: suoi sono i cieli ed i campi, suoi gli animali e i paesi, perché tutti trasmigrando entro lui, si mutino nell'inno dell'anima a nella preghiera del cuore".



— XXI —

LA CUARESMA

«...el clima, el cielo, las producciones, las costumbres, prestan algo que singulariza a este santo tiempo en todas partes, y Guatemala no es ajena a esta variedad en la unidad... entremezclándose con armonía propia las prescripciones rituálicas y las costumbres locales, sin que éstas desdigan de aquéllas, sino más bien realzándolas».

Jesús Fernández.



E inicia la cuaresma con un símbolo terrible: ceniza. Es el recuerdo de la muerte, un llamamiento a la comprensión de nuestra pequeñez y fugacidad: todo pasa, vibra, fulge un momento, y luego torna al misterio y oscuridad de su origen; el poder insolente, la cómoda riqueza, el placer que enerva, la eufórica vitalidad, el saber pedante, los ensueños que adormeçen y la esperanza que alumbrá: ceniza.

La ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala se postra, como un solo penitente, ante el recuerdo de la Pasión de Cristo, y con espíritu medioeval acepta en el símbolo de la ceniza su muerte, su total destrucción. La ciudad suspende sus fiestas, detiene su actividad comercial, sujeta sus ambiciones mundanas y, rodilla en tierra, se agobia bajo el peso de sus culpas a compás del *tracto* cuyos versículos resuenan en el coro de la Catedral. Ya un luctuoso morado comienza a cubrir los altares, hasta las campanas cambian el timbre de su voz, y sus toques bajan graves, lentos, desde las torres, a recordar que es llegado el tiempo del ayuno, la abstinencia, el retiro, la plegaria, la contrición. Influye sin duda el calórico en ese fenómeno, así como en el aspecto ceniciente del cielo, que ha perdido su pureza y diafa-

nidad de la estación pasada: mas hay también un espíritu místico, hecho de recelosa credulidad y rituales tradiciones, que pre-dispone al temor y la tristeza: llueve ceniza sobre las almas. Por eso lloran o amenazan las campanas, el cielo está fatigado de esplender, las naves de los templos tienen silencio y humedad de catacumbas, los cirios lucen como fuegos fatuos, la flor del corozo suelta un penetrante olor a tumba y la matraca simula un chocar de huesos o un desastre de tablas funerarias. Pedro no necesita oír ese pregón de penitencia, mas halla adecuada oportunidad para acrecentar su fervor: sentir él en su carne los azotes, padecer el ayuno, aclamar en el huerto, tres veces tentado por el demonio, y echar sobre sus hombros el madero de las ajenas culpas.

Asiste delectado a la función de la Catedral, severamente decorada de violados cortinajes; donde, después de *Nona*, resulta espectacular la entrada de fray Payo de Rivera, con su morada capa magna, a sentarse en su trono, asistido de los socios que llevan planetas, desechado el lujo de las dalmáticas y tunicelas. Revestido luego de medio pontifical, bendice la ceniza y se despoja de su mitra, y aun del solideo, para humillar la cabeza y dejarse imponer la ceniza e imponerla después a todos, con la temida advertencia de la muerte en los labios; mientras desde el coro se derrama el canto llano de las antífonas.

Con no menos devoción asiste a los largos oficios de los domingos de Cuaresma: el rezo de *tercia*, la aspersión del agua bendita, y la solemne procesión claustral que acompañan las *letanías mayores* a lo largo de las naves laterales hasta el atrio de honor; preparación del oficio de la misa que ilustra el coro, a voces solas, alcanzando tonos profundos en los *Kiries*. El diácono se despoja de la *planeta* para cantar el Evangelio, y éste será luego explicado en edificantes homilias por fray Payo de Rivera, de roquete y muceta y estola morada. Y cuando se entona el credo, a Pedro le parece que está "bajo las sombrías catacumbas y que los mártires y los hijos de los mártires hacen la profesión de fe a coros, como preparándose a las luchas del anfiteatro", y ya no oirá el *comunio* ni el rezo de *sexta*, perdido en visiones que lo hacen evadirse del tiempo y el espacio y lo clavan horas y horas en algún sitio apartado del templo. Allí quedará, después que todos se retiren, con los brazos y la mente crucificados sobre el recuerdo de la Pasión de Cristo.

Por este tiempo sus ayunos son más severos que de costumbre, y en los días luctuosos de la semana mayor tan sólo probará hiel y vinagre, se dará por centenares los azotes y perderá el sueño en perpetua oración. Mas no olvida su calidad de catedrático y a todo el mundo exhorta para que se penetre de la trascendencia de la fiesta del cordero pascual; estimula rezos, penitencias y comuniones. Pedro es director de almas, y muchos se asis-

ten de aquel celoso instinto para cumplir con las ritualidades de la semana mayor: con él irán a la bendición de ramos y procesión del domingo de palmas; a la función de las lágrimas de San Pedro, el martes santo; a los maitines del día siguiente; al mandato del jueves; al descendimiento del viernes santo en San Francisco; a los oficios del sábado de gloria y la bendición papal del domingo de pascua. Todo ello sin olvidar los ayunos y la abstincuencia, ofrecer mortificaciones, rezar el Via-Crucis y visitar los monumentos, inclusive el de Pedro en su incipiente Belén.

Sin embargo, “la pasión de Cristo se ha sintetizado más que en otro alguno de sus misterios, aquí en el viaje al Calvario, cuando Jesús llevaba sobre sus hombros la cruz, y el amor, y la veneración a tan interesante momento ha ido pasando de generación en generación”. Pedro es uno de los más fervorosos, contribuyendo su ejemplar devoción a intensificar el culto entre sus hermanos Terceros de San Francisco y a extenderlo a todo el vecindario citadino. Pedro sale de Belén con la cruz a cuestas hacia el Calvario, a eso de la media noche, descalzo, tocado con una túnica y cubierto el rostro por un capuz, del que sólo emerge su descuidada barba. Otros terciarios se aficionaron a dicha práctica; pero ninguno llevó alguna vez una cruz tan pesada como la de Pedro, y cuando otros regresaban desfallecidos por la penitencia, él aún se agregaba a la procesión de la Santa Cruz y la seguía hasta el templo. Después se ha reconocido, en las diligencias de beatificación, que así se sacrificó a Cristo, por imitación perfecta.

— XXII —

LA PRUEBA HEROICA

«....., el lego súbitamente posa
los labios un instante. Despues lame la llaga;
y del triste recinto en la paz angustiosa
se amedrenta un asombro y una queja se apaga».

Enrique A. Hidalgo.

POR ese tiempo vivían en la ciudad de Goathemala dos peninsulares, antes domiciliados en Ciudad Real, don Sebastián de Estrada y doña Mariana de Castellanos de Estrada, quienes hubieron un hijo en el año de 1642, viviendo todavía en Chiapas. Al trasladarse a la Antigua, vino con ellos, de tierna edad, su hijo José de Estrada, a quien Pedro adoctrinó y contagió de su natural fervor por los ejercicios devotos; influencia benéfica que debía perdurar sobre aquél, aun después de la muerte del Hermano Tercero, moviéndolo a seguir la carrera religiosa. Estrada llegó a ser clérigo de menores órdenes.

Por el año de 1663, cuando don José de Estrada contaba 21 años, frecuentaba familiarmente el trato del Hermano Pedro, acompañándolo asiduamente en sus incesantes correrías caritativas, ahora recogiendo limosnas, ya distribuyendo entre pobres vergonzantes el pingüe producto de su humilde imploración, o bien asistiendo a los enfermos de los hospitales, a quienes el heroico Tercero servía con particular afecto.

Ese día, don José de Estrada se ofreciera para acompañar al Hermano Pedro en su visita a los hospitales y para ayudarlo a la distribución de los numerosos dones que acostumbraba el Servo de Dios prodigarles, como pan, chocolate, leche, ropa y otros efectos, inclusive golosinas, amén de oraciones y bondadosos

consuelos, encaminados a confortar el alma de los más abatidos dolientes.

Esperaba el joven de Estrada a su generoso amigo en la puerta del templo de Nuestra Señora del Carmen, y lo vió venir radiante, como siempre fuera el estado de su ánimo al salir de las iglesias donde oraba de preferencia. Paró mientes en el talante de Pedro, porque a tiempo de verlo oyó una voz que en la sacristía profirió estas palabras: "No puedo ver a este Tercero"; llegando a saber don José de Estrada que ese sujeto había propinado un puntapié al humilde lego, y siendo fama después, que el gratuito agresor del bethlemita falleció de una enfermedad infecciosa localizada en la propia pierna con que vejara a Pedro.

Marcharon hacia el hospital de San Juan de Dios, dispuesto Pedro a distribuir allí sus acostumbradas limosnas y convincentes consolaciones, no sólo redundantes en directo alivio de los pacientes sino en edificante ejemplo pronto seguido por otros, como se recuerda a don Pedro López Ramales, don José de Aguililar, don Melchor de Mencos y muchos más.

Pasando por una de las salas del hospital, advirtieron un regular concurso de gente, en torno de un indígena enfermo, que exhibía en la pierna extendida una llaga infecta y purulenta, ante la cual el médico fruncía preocupadamente el entrecejo, mientras su cabeza pesada de ciencia oscilaba en la inconsciente denuncia de su pronóstico, desesperando sin duda de la posibilidad de curación. El enfermo parecía comprender mirando al cirujano de hito en hito, con ojos timoratos y amargados, único reflejo vital en su rostro marchito de fiebre y angustia; daba la impresión de un reo escuchando su tremenda e irremisible condena.

De pronto, casi hablando consigo mismo, exclamó el médico:
—Si hubiera un perrillo que lamiese la llaga...

Y como un eco, en el tono más natural, sin vacilación alguna, contestó el Hermano Pedro:

—No hace falta; aquí está uno.

Y, uniendo la acción al dicho, sin dar tiempo a los circunstantes para salir un momento de su sorpresa, hincóse de rodillas ante el enfermo y reanimó la carne muerta y putrefacta con un ósculo de suprema commiseración; luego, dentro de un silencio dilatado en asombro, lamió la llaga con su lengua gastada de plegarias, hasta dejar limpia la carne sangrante y podrida. Cuando se alzó, y con su proverbial sencillez pidió a don José de Estrada que lo siguiese para continuar la visita de sus enfermos, de todos los ojos pendía una lágrima.

Octogenario ya, don José de Estrada gustaba de relatar ese hecho inaudito y brotaban a raudales las lágrimas de sus ojos al recuerdo de su virtuoso amigo y director espiritual, para quien ese acto nada significara: lo mismo hiciera antes en el hospital

de San Alejo, como el padre Lobo atestigua en su "Relación", folio 195; "Ya se vio quando en el hoffsital de San Alexo era tanta la podre, que un pobre tenía en una pierna, que teniendo el cyrujano, horror de tocarla, mando fe traxeffer un perrillo que limpiaffe la podrida fangre; ofreciofe el caritativo Pedro a fuplir la falta, e hincandofe de rodillas, puso, enfima fus manos, la planta del pobre, lamió la podre, apuró las materias, chupó con fus labios la podrida fangre, dexando la pierna enjuta; acacion que exercitó su caridad muchas veces".

Y siendo cosa tan increíble, no está demás agregar el testimonio del padre García de la Concepción, quien comprobó otro idéntico caso: entre los hermanos de la Tercera Orden de San Francisco que tempranamente se sumaron a Pedro, para aprender de él la virtud y ayudarlo en la asistencia de los primeros enfermos de Belén, estaba el Penitente Juan de Arévalo, quien tenía una pierna asquerosamente llagada, y aun se decía que cuando se anotó en la cuerda ya padecía de lepra. Pues bien, a un amigo que lo visitara cierta vez, le dijo llorando: "Que os parece de la caridad de el Siervo de Dios Pedro? Ahora en este instante acaba de limpiar me efta pierna: ufando para ello el lienzo de fu lengua".

— XXIII —

LA CATEDRA DE PEDRO

«¿Que buscára Pedro antes de romper el día, por estas calles de Goatemala? Exiban matutines in Civitate. ¿Que buscava tan de mañana por las plazas? ¿Que avia de buscar, si era Cathedratico de Prima en la Universidad de las virtudes, fino la Cathedra. In platea parabam cathedram mihi. Y effa cathedra falia a leer al romper el día».

G. Varona de Loayza.



ADA acto de Pedro, cada palabra suya, toda su vida y su resignada muerte, encierran una enseñanza; por eso se reconoció siempre en el modesto Tercero a un maestro, y maestro consumado, que adopta como método el ejemplo. Sus contemporáneos lo vieron con tanto cariño como respeto, con igual suma de confianza que de admiración, y los doctos que más tarde examinaron su vida, se enterneциeron y edificaron con el recuerdo; uno de éstos diría: "Nuestro Pedro de Betancur fue la abeja más solícita, que en el campo de la iglesia conoció el presente siglo para edificación de los fieles, consuelo de los menesterosos, y desengaño del mundo. ¿Qué miel más dulce que sus palabras, y qué cera más resplandeciente que sus obras?".

El maestro don Bernardino de Ovando, el padre jesuita Manuel Lobo y fray Alonso Vásquez, más que directores, son admiradores de Pedro, y no hacen sino aprobar uno a uno sus propósitos y extasiarse en la contemplación de su alma, iluminada por todas las virtudes. Ciento es que escolló en la gramática latina, mas por vía directa su entendimiento llega a dominar las más oscuras verdades, las más remotas y difíciles conclusiones de la teología. Bastará decir que la epístola, leída en latín, le era cabalmente inteligible. El obispo fray Payo de Rivera admira y comenta: "Yo le he visto tratar algunos puntos con tan superior

inteligencia que apenas alguno de nosotros pudiera percibirlos después de mucha fatiga y aplicación al estudio".

Pedro sale muy de mañana, a implorar limosnas para sus hijos, que son todos los menesterosos y los pobres vergonzantes de la ciudad, y así educa al pueblo en la humildad suma; visita las cárceles, cura en los hospitales y, en todas partes, está al punto a la hora de prestar al prójimo alivio y consuelo, así educa al pueblo en el esplendor de su caridad; ora fervorosamente, conduce a los ciegos y lleva sobre sus hombros a los tullidos para que se beneficien con la presencia de Dios Sacramentado en el altar, estimula rezos y recomienda disciplinas y mortificaciones, así educa al pueblo en la virtud de la plegaria y el temor de Dios; anda descalzo y descubierto, lame las llagas inmundas, se tiene por bestia y desconfía de su entendimiento, así educa al pueblo en el desprecio de sí mismo y en la heroicidad del sacrificio; doctrina a los niños, alienta a los esclavos, señala la puerta del redil a las ovejas descarriadas, visita todos los templos, recorre la ciudad con las manos cargadas de dádivas, limpia y decora los altares, asiste y vela a los moribundos, y aun le queda tiempo para rescatar su alma, fundar un hospital y crear una Orden Religiosa, así educa al pueblo en la fuerza de la diligencia; en fin, resucita a los muertos, multiplica los panes, hace ceder los cerrojos de las puertas, derrota a Calzillas, y dialoga con las imágenes y las almas del purgatorio, así educa al pueblo en el poder de la fe.

Pedro es, pues, una escuela ambulante; porque su actitud significa modestia, sus impulsiones piedad y fervor, sus actos suprema caridad. De ahí que muchos lo sigan, seguros de no extraviarse; que todos acudan a pedirle, seguros de no regresar con las manos vacías; y que muchos, en vida y muerte, le pidan con la mayor naturalidad que opere milagros, seguros de que todo lo puede, por ministerio de la fe que alienta y de la gracia que lo ampara.

Pero, esencialmente, Pedro es la encarnación de la humildad, sublimada a tal grado que pasma en el límite de lo increíble, y ese sentimiento dominante es la clave de interpretación de su alma, por cómo se refleja en todos sus actos y los eleva al plano de la heroicidad.

Pedro está agradecido a su Creador por la inmensa merced de ser, y ser consciente, para subir a los cielos por la escala de Jacob; la vida le parece un milagro, y él se conceptúa indigno del portento; por eso quiere disimularse en el retiro, en el silencio, en el hecho mínimo; por eso también, sin creerse jamás con fuerzas ni aptitudes para pagar la gran deuda, se dona en amor y acepta la obligación de servir a su prójimo.

Pedro se sabe ignorante, se siente pecador, se conforma en menesteroso, sin turbación ni rebeldía, su humildad lo sienta en

la última grada de la vida, y aun teme marearse de altura! De ahí que cobre prodigiosas proporciones y maravillosos contornos la enseñanza de Pedro, que sólo entiende la actividad vital como servicio de los demás, y servicio sin recompensa, porque en su vida se realizan las palabras de Cristo y pone banquete a los pobres, los mancos, los cojos, los ciegos, los que nada pueden retribuir.

La ciudad vive confiada, y no importa que se divague en fiestas y se agite en la pugna por los goces mundanos; nada teme mientras por sus calles trajine aquel raro ente misericordioso; nada temerá después, mientras conserve en una sencilla tumba los restos de Pedro, como precioso amuleto.

— XXIV —

LA SALA DE ARMAS

«...si era sala de armas, preparada avia de estar para pelear; pero preparada para orar, no he visto otra, que la sala de armas del Hermano Pedro».

Gerónimo Varona de Loayza.



N el Hospital de Belén había un recinto cerrado a extraños ojos: un oratorio pequeño con el piso de ladrillito de azulejos, donde el Hermano Pedro acostumbraba orar y mortificarse, contrito de su propia indignidad y apesadumbrado por las culpas ajenas.

Es fama que en el invariable sitio en que solía arrodillarse y pasar largas horas con los brazos en cruz, un pie sobre otro, sin apoyo alguno, más que su encendida fe y poder de éxtasis, estaban hundidos los ladrillos, conservando la marca de sus heroicas rodillas. “Los Santos Lugares” llamaba a dicha capilla el arzobispo García Peláez, y siempre que la visitó acostumbrara entrar de rodillas a besar y regar de lágrimas las santas huellas.

Pero aun antes de construirse el edificio en que iba a tener su cuna y primer asiento la Orden de Belemitas Hospitalarios, en una choza pajiza instaló el Hermano Pedro su “sala de armas”, como él y luego sus panegiristas la llamaran. De las paredes “pendían cilicios, disciplinas, cadenas, rallas, cataftas, y todas las demás armas de la milicia espiritual; allí fe tocava al arma, al arma contra el comun enemigo, quando fe oia clamores eran militares, quando fonayan instrumentos eran belicos: *cum audis tabernaculum bellum intelige*”. Allí existió también, hacia el lado del corredor, el nicho, o tinajera, donde Pedro aun convertía en mortificación el escaso lapso que se daba de reposo, pues sólo en raros casos dormía en su cama, si tal puede decirse de tres tablas y una frazada, ya que el mayor tiempo pasábalo en

oración u ocupado en sus múltiples quehaceres de caritativo. Aquel nicho, que ni siquiera a un muerto podía ofrecer el descanso de la tumba, tenía tres palmos de ancho y cuatro o cinco de largo, con otro orificio más pequeño, igualmente cavado en la pared, en donde colgaba una lámpara; la base era de piedra sin labrar. De continuo se encerraba Pedro en su **tinajera** a orar y meditar, en el camino de su perfección. Apenas cabía de rodillas, en forzada postura, y aun la hacía el lego más sacrificada apoyándose un bastón en el pecho. El hueco se estrechaba hacia la parte en que debía albergar la cabeza y, para no rendirse al sueño, Pedro colocó dos clavos que limitaran todo movimiento, frente a sus sienes, y así pagaba con sangre el menor desfallecimiento. El padre fray Pedro Melian de Betancourt, alto y dignísimo prelado que fue en Guatemala contemporáneo de Pedro, vió de sus ojos aquella tinajera y a su mente erudita vinieron las frases de Tirino: *Ad partem orientalem urbis Bethlehem, inquit Juftinos, spelunca erat excifa in rupe*, y le pareció que era la misma cueva o tugurio en donde Jacob hacía penitencia y oraba, y que cuando los Santos Padres hablaron de aquel sitio con admiración y reverencia, no parece sino que iban "pintando la tinajera, o el valcón del Hermano Pedro, que se conserva en Belén".

En su "sala de armas" pasara Pedro largas noches de oración y penitencia, llegando a aplicarse en un solo año más de diez mil azotes. Ordenaba su horario de modo que el tiempo empleado en tales disciplinas no obstase al cumplimiento de sus demás obligaciones, ni le amenguase el que disponía para rezar, y aun combinaba la oración y el castigo, como consta de su librito de memorias que en el año de 1654 ofreció, a honra de la Pasión de Cristo, darse más de cinco mil azotes y por cada uno de éstos rezar un credo. El padre Varona de Loayza comenta, admirado: "O lo que pudo el amor de Pedro: pues pudo unir los eftruedos de la milicia, con los fofiegos de la oración".

Es fama que el castigo que Pedro se imponía era tan duro y cruento, que en el piso y paredes quedaran señales de la sangre que manaba de su cuerpo; y es prodigioso que éste resistiera, si al dolor del cilicio se suma la constante vigilia, el mantenido ayuno, un excesivo trabajo y la perenne oración. Y así transido, cuando el cuerpo se rendía sin reservas, en aras del alma que con soberana voluntad lo gobernaba, aun estrechábalo en el hueco de su **tinajera**. Como de Francisco el seráfico, de Pedro su émulo puede decirse: "rivive in lui pure la tristezza antica, che faceva del corpo la prigionia dell'anima: ma egli inalza a dramma il dissidio, e quasi, in appassionati deliramenti, anticipa il processo della liberazione suprema. Egli mortifica e macera la carne non già per odio di lei, ma per affinarla come un liuto squisito, che vibri ad ogni tocco dei sensi, in risonanze interiori".

Por eso Pedro vivió tan poco e hizo tanto, por haberse entregado su cuerpo en holocausto del alma, cada vez más libre ésta y poderosa por su desligamiento de la materia; apta al vuelo mientras el cuerpo sin fuerzas materializa el éxtasis, presta a la bilocación, aunque los pies pesados de cansancio se claven míseros y ruines en la tierra.

Mas no se excedió Pedro en la penitencia, que siendo la suya extraordinaria estaba en todo caso ajustada a sus no menos extraordinarias fuerzas, y jamás se extravió su clarividencia en la elección de los mejores caminos. Así, por ejemplo, como uno de los Terceros de Francisco que tempranamente se sumó a la hospitalaria actividad de su Belén, gastase todo su tiempo en disciplinarse y se excediera en el castigo hasta quedar exánime sobre el pavimento. Pedro lo volvió al orden, sin reconvenirle: "Mas vale, Hermano, paffar un pobre enfermo de una cama a otra; que todo effo, que eftás haciendo".

En su tinajera hizo Pedro pintar dos escenas de la Pasión: un calvario en el fondo y, a ambos lados, la imagen de Cristo, expirante en la cruz, y la Dolorosa en compañía de San Juan. Mas no necesitaba reavivar con los sentidos el tremendo recuerdo del holocausto: cuando el pintor terminaba su obra, al entrar inesperadamente en el oratorio, ha visto a Pedro pendiente de una cruz, transfigurado el rostro y el alma ausente, identificándose por la penitencia con la memoria lacerante del sacrificio del Gólgota. Y hubo de retirarse maravillado porque, contrastando con la amargura retratada en el rostro, que sin duda no provenía del dolor material de su sacrificada postura, vió que la cabeza se nimbaba de una luz tenue y extraña.

Una tradición de siglos veneró como reliquias santas el oratorio de Pedro y los instrumentos que denunciaban su severa observancia de penitente. El tiempo ha destruido aquellas constancias materiales; mas, quedaron tantos testigos pasmados ante sus prodigiosos hechos y fue tal el estruendo de las batallas que Pedro librara contra su carne, que llega hasta nosotros su ejemplo, a través de siglos, cargado de temerosas advertencias.

— XXV —

LA VOZ DE ALARMA

Recuerda que por el bíblico génesis de los hermanos,
el vientre que te ha parido será un nido de gusanos;
Hombres, gusanos y piedras, son Fuerza y Evolución...

;Eterna renovación
de lo que vive un momento!
¡Memento!

Y es en vano que queramos romper estas ligaduras
con el frágil estilete de nuestras pobres locuras...
El Todo preside al Todo, y somos nosotros nada.

;La vida nace ligada
con la muerte que nos hiere!
¡Miserere!

Luis Fernández Ardavín.

Al toque de oración se cierran las puertas y se recogen las gentes. Manos temblonas encienden las primeras velas: "Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!" Algún transeunte rezagado camina de prisa, como si le asustase el propio eco de sus pasos. La ciudad toda se llena de sombra y de silencio. En las hornacinas, frente a las imágenes piadosas y entre flores marchitas, parpadea con tímidos resplandores un candil de aceite. Acaso en el barrio de la nobleza se destaque, por sus ventanas iluminadas, la casa del alcalde ordinario, cuya tertulia da pábulo a intrigas políticas, desata las lenguas de la maledicencia, o presta servicios de celestina a cierto amor prohibido, agridulce de juventud, pecado y celos... Algún galán ronda impaciente, entre inquieto y fanfarrón, frente a los balcones de la dama a quien piensa, a favor de su apostura, seducir... Un perro sin dueño husmea la noche sobre los guijarros de la calle y alzando la cabeza al cielo, que amenaza lluvia, apresura su rencor trote. Para el vecindario, sus sólidas casas de calicanto son un baluarte contra las innú-

meras asechanzas nocturnas: afuera rondan el Cadejo, la Llorona y otras ánimas en pena que infunden pánico; precisamente es plato del día cierto suceso que a todos asombra y a muchos edifica: un individuo, y vecino de nota, cuyo nombre no dice pero subraya de señas identificadoras la comadrería, cayó en las redes del milagro y fue víctima de un peligroso maleficio: creyó gozar del amor de una dama elegante una noche y, al día siguiente, al conducirlo el Hermano Pedro al sitio de la aventura, pudo convencerse de que se trataba de un solar abandonado, entre cuyas ruinas anidaban murciélagos réprobos y lechuzas agoreras del mal. Dios nos guarde!

Pedro deja su hospital y convento, que ahora construye, y sigue, pasando por la séptima calle, la vía que lleva al templo de la Concepción; cerca de esta iglesia encuentra al padre D. Gerónimo Varona de Loayza. Algún grave asunto saca al noble prelado a tales horas a la calle; y advirtiendo que Pedro va descubierto, como siempre acostumbrara, e interrogándolo sobre la causa de tan serio descuido para su salud, que significa ese sujetarse a los rigores del sol y de la lluvia, se conmueve ante la respuesta del lego:

—“Mi Padre, bien eftá fin fonbrero quien eftá a la pre-fencia de Dios”.

Pedro continúa su correría nocturna por las rúas silentes. Algún sereno se aparta respetuoso a su paso, y aun alza su farol para iluminarle la vía, advirtiendo que lleva apagado el candil y el Tercero camina sin ver, porque su alma va levantada en alas de la plegaria y ocupada en piadosa meditación. Intemitemente, con voz plañidera, a la que presta metálica consonancia su campanilla, familiar a los vecinos, canta:

“Acordaos hermanos
que un alma tenemos
y, si la perdemos,
no la recobramos”.

La lluvia se desata con furia y espanta a los últimos escasos trasnochadores; el agua tamborilea en los tejados y llora en los cristales, para desbordarse luego en gorgoteos de gárgolas y correr en rumorosas avenidas por las calles. Pedro marcha descalzo y descubierto y, mientras la ciudad duerme abrigada, dando tregua a sus rencores y ambiciones mundanas, aquel hombre clama por todos, en el desamparo de la noche: “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, tened misericordia de nosotros!”.

Como una familia desvelada oyese a su puerta la campanilla de Pedro, sale el jefe de ella e invítalo a entrar para defenderse del agua; mas todos advierten maravillados que el beato penitente no ha sufrido el aguacero y sus ropas están enjutas. Y Pedro, adivinando sus secretos pensamientos, les dice: “¿Sois ciegos, acaso, que hasta ahora os dais cuenta de que hay quien vela siempre sobre vosotros? Todo en la vida es milagro, y yo soy el único indigno de ella; moveos a la contrición y santificad vuestras almas con la plegaria”.

De nuevo volvió a escucharse por las calles el tañido insistente de la campanilla, y la voz alarmada y persuasiva del hombre: “Acordaos hermanos...”

— XXVI —

EMULO DE FRANCISCO

«Udite, fratelli miei: frate lupo, che e qui dinanzi da voi, m'ha promesse e fattomene fede, di dar pace con voi, e di non offendervi mai in cosa nessuna, e voi gli promettete di dargli ogni di le cose necessarie; ed io v'entro mallevadore per lui, che'l patto della pace egli osserverá fermamente».

I. Fioretti.



A caridad que rebosa el corazón de Pedro se extiende a los irracionales, y éstos, con su fino instinto, parece que comprenden hallarse, como antes frente a San Francisco de Asís, delante del más cariñoso dueño; deponen así su fuerza, aduermen su fiereza y de súbito devienen inofensivos y domésticos.

En la calle siempre hay ocupación para el espíritu generoso. Esta vez Pedro se detiene en la plazuela de San Pedro; en la acequia ha visto a un perro que se desangra mortalmente por una estocada, y cargando a la bestia moribunda en sus brazos, la conduce al hospital de Belén y procede a su curación. El perro era propiedad del padre Robles y fue herido en castigo de haber hincado sus furiosos dientes en la carne temerosa de un niño. Curado el animal, convaleció en la portería de Belén, echado humildemente, y sólo se alzaba para demostrar su gratitud y regocijo, cada vez que el Hermano Pedro volvía de sus diarias excursiones de medicante. Un día, el Siervo de Dios le dijo: "Vaya hermano Garrafás a su casa, y no ande por la calle, ni haga mal a nadie", y fue fama que el perro no salió más de su casa y se tornó manso.

Otra vez, Pedro compró por medio real un zopilote enfermo, a unos muchachos que aprovechaban en crueles juegos la

invalidez del animal. Lo llevó a Belén y lo aquerenció como a una ave doméstica. Mas cierto día habló muy fuerte el instinto, y un polluelo de los hermanos fue muerto a picotazos por el rapaz; entonces Pedro enojado le mandó que se fuese de la casa, y al instante voló.

En una ocasión atajaba a Pedro un concurso de vecinos, a quienes apiñara el instinto de defensa contra un toro bravo que había sentado plaza en la Alameda, cerrando el paso a todos e impidiendo la entrada al Calvario. El Tercero desatendió las advertencias premiosas de la multitud, y avanzando hacia el animal le ordenó apartarse de su camino, y no mortificar a nadie; y el toro se alejó mansamente.

Cuando más afanado estaba el hermano en adelantar la fábrica del hospital de Belén, y por ese motivo excitaba la generosidad del vecindario, el artesano Ortiz dióle regalado un mulo cerrero, que por su indómita naturaleza le era inútil. Aceptólo el Siervo de Dios y, desciñéndose la cuerda franciscana, lo ató y lo hizo seguirlo tranquilamente. El animal se hizo famoso por su mansedumbre y casi no había necesidad de dirigirlo en su diaria tarea de acarrear materiales en una carreta. Cierta ocasión, como lloviera a cántaros y el mulo recibiera el chaparrón en el patio, con las orejas gachas, Pedro le aconsejó: "Hermano mulo, póngase bajo techo, no ve que se moja". Y el animal lo hizo, como entendiendo.

El Hermano Pedro había advertido a los ratones que no menoscabasen la comida de sus enfermos; mas como un día se querellase contra ellos el hermano celador de la despensa, aquél los mandó venir, los recogió en su capa, pues los bichos no se hurtaban a sus manos, y los llevó a la orilla del Pensativo; allí les puso un puente para que cruzasen el río y les ordenó que no pasaran más ese límite, a menos que tuviesen mucha necesidad.

— XXVII —

PASTOR DE ALMAS

«Recuerda por tanto de dónde has caido, y arrepíntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido».

San Juan. AP. Cap. II, Ver. 5.



OMO en la oscuridad de las noches, en medio del sueño de la ciudad, erra el candilejo de Pedro con resplandor de estrella, así en la oscuridad de las almas, en medio de las conciencias adormecidas, es luz su exhortación y clave su palabra; un secreto impulso bienhechor lo lleva sin titubeos al punto en que una voluntad desfallece, la virtud se opaca y el mal abre sus fauces voraces.

Las almas extraviadas rehuyen la presencia de Pedro, porque les parece que aquella diáfana mirada sondea hasta el fondo sus morales desnudeces; al sólo hablarle, ya se sienten como de rodillas ante el confesionario y se alarman de ver surgir, de un fondo de olvido, los hechos largamente callados, los íntimos secretos que habían ido borrándose en la imprecisa memoria de una pesadilla. Sin embargo, el hermano sabe localizarlos con seguro instinto: su celo piadoso los emplaza con imperio y sus consejos vehementes, insinuantes o graves, caen en la hora oportuna y logran su objeto con singular eficacia. Apenas ha dicho a una mujer: "Lástima os tengo", y eso basta para que reforme su vida, cuando empezaba a rodar por la pendiente del escándalo, y ponga entre su pasado mundano y sus futuras aspiraciones el grueso muro de un convento.

Pedro tiene el don de ubicuidad y en todas partes se le mira: consejero oficioso, intruso prudente, agua-fiestas del diablo. Allí donde los cónyuges disputan, los padres se exceden en el

castigo, los truhanes traman sus fechorías, las mujeres ceden a la atracción del galán o a celestinas insinuaciones, los enfermos se van yendo sin confesión, los hombres se hacen guerra y olvidan el temor de Dios, aparece inevitablemente el magnánimo entrometido, a donde nadie le llama. Aquí mete paz; allá corre con un enfermo en los hombros para llevárselo al confesor, acullá exhorta a la oración y mueve a la penitencia; adelante devela una intriga o frustra un rapto, y es milagro que todos los corazones sean de cera en sus manos, moldeables de contrición. Es así como ha ganado para su convento en ciernes a varias ovejas descarriadas, que luego serán modelo de humildad y firmeza. "Juan de Espera en Dios", por ejemplo, ya no recuerda que tuvo nombre importante, aunque no tan gracioso como el que le puso Pedro, y que hubo cuantiosa fortuna; en cambio, le es grato, en sosegadas horas, releer, una vez más, la carta que el hermano fundador le dirigió sin conocerlo. En la tranquilidad de su celda paladea la sencillez y la elevación de su director espiritual: "La paz de Dios sea en el alma de mi hermano, y le dé y comuníqueme mucho amor. Amén. Pesóme mucho de la caída que dió mi hermano y ofreciésemse luego la que dió San Pablo que fue causa de su conversión. Sepa mi hermano, que son avisos del Señor, que le derriba en tierra para darle la mano en el cielo. Es menester poner por obra lo que tanto importa, que es la salvación de nuestras almas y dar los medios convenientes. El principal es una buena confesión general; si es posible y de su devoción el venirla a hacer con un sacerdote que al presente está en esta ciudad y es consuelo de todos los pecadores que se quieren valer de él. En todo le deseo el acierto que para mí. La luz del Espíritu Santo le alumbré en todo. Encomiéndese muy de veras y mande decir tres misas a la Santísima Trinidad por las ánimas del Purgatorio. Guatemala. De este Hospital de convalecientes de Nuestra Señora de Belén, a 10 de julio de 1666. De su hermano que su salvación desea.—Pedro de San José Betancourt". Y releída, casi sin ver las letras, pues se la sabe de memoria, fray Juan la besa, sonríe a un fugaz recuerdo lejano, y se pone en cruz en mitad de su celda.

Aun se recuerda en Belén la batalla que Pedro libró contra Calzillas —Dios nos guarde!— en el alma de fray Rodrigo de Tovar. Tentado por el demonio, este olvidó la suma lección de su maestro: humildad. Había que verlo, poseído de cólera contra don Juan de Uzeda, uno de los devotos contribuyentes a la institución de Belén. El Siervo de Dios intervino, en el punto en que su hermano perdía la continencia, y vió con gran sorpresa que lejos de avenirse a razones se exaltara más, hasta el punto de declarar que dejaba el hábito y no quería más ese heroísmo sin gloria ni retribución del fundador. Ibase ya, desentonando, mas Pedro comprendió que Calzillas mediaba y, echándole

su rosario al cuello y hablando en nombre de Dios, lo redujo a la paz y obediencia; oró después largamente, en su compañía, hasta el alba. Fray Rodrigo fue en lo sucesivo tan sumiso y modesto, que enternecía verlo, y murió en fama de altísima piedad.

Por ese tiempo se empeñó Pedro en apartar a cierto vecino de una muy grande tentación, que lo arrastraba a satisfacer un amor prohibido, con mancilla de un hogar y riesgo de su vida. Tan fuerte era el sano propósito del primero, como la pasión en que ardía el segundo, y ocurrió que cuantas veces intentaba éste acudir a las citas de la infiel casada, aquél se cruzaba con sospechosa casualidad en su camino y, aun cuando no le hablase, su influencia poderosa lo desviaba, avergonzado, del logro de sus lúbricos afanes. Sin embargo, un día creyó sonada la hora de su dicha, al cruzarse en el camino de Almolonga con el Hermano Pedro, precisamente cuando acudía él, jinete en ligera mula, a la última cita de su dama; en su interior pensó: "Ahora veremos si este barbón me impide mis gustos". Más sorpresa que disgusto había de experimentar, cuando encontró al Siervo de Dios en la puerta de la mansión que asediaba, maravillándose hasta el punto de abandonar para siempre su sensual devaneo.

— XXVIII —

NAVIDAD

«Dejadme hermanos, porque soy el
loquillo del niño de Bethlén».

Francisco de Asís.



UE puros son los cielos de diciembre, estirados de azul, y por las noches pletóricos de estrellas. En acercándose la fausta fecha del nacimiento de Cristo, a Pedro le parece ver en el cielo aquella luz fulgurante que guió a los Reyes Magos hacia el humilde y portentoso portal en ruinas de Bethlén. En verdad, puede exclamar con el mismo derecho que San Francisco de Asís: *fatuelus pueri Bethlehem.*

En la vida ascética y mortificada de Pedro se abre un largo paréntesis de alegría: aprovechará la oportunidad para desahogar su fervor ingenuo. Oh, abeja hacendosa! Recorre las calles todas de la ciudad para invitar a los vecinos a que celebren como es debido el enternecedor misterio del nacimiento de Dios. Hay que prepararse con ayunos, rezos y otros ejercicios espirituales; suplica con anticipación que embanderen y adornen con ofrendas florales las casas, a lo largo del itinerario que seguirá su procesión. Algunos lo retienen un momento, y no desdeña tomarse una taza de chocolate, siempre que “tenga sabor a salve regina”...

Pedro arrastra a una turba de muchachos, arrapiezos que se regalan con sus modos pueriles y sus golosinas, y los ocupa en la industria del día, bajo su paternal y vigilante dirección: alistar innúmeros farolillos y antorchas. La ciudad comenta: “qué feliz anda el Hermano Pedro”. La noche del 24 saca en procesión a la Virgen María y al Patriarca San José, en traje de peregrinos, entre hachones, farolillos y músicas. Las calles se

aturden con la estridencia de los pitos, chinchines, tamboriles, conchas de tortuga, castañuelas, panderetas, guacalitos, y otros instrumentos originales, que cada año salen de la trastera para festejar al niño Jesús. A la vez, la comitiva entona villancicos y motetes, y la música ataca sonecitos. La procesión simula la última jornada de San José y la Virgen, hasta el portal de Bethlen donde ha de nacer, a la media noche, el celestial cordero, y termina en la casa hospitalaria de Pedro, más que nunca digna de su título: Belén. En el trayecto, algunos vecinos llenan de gratitud y gozo el alma del beato Tercero, pues detienen a las veneradas imágenes para endilgarles canciones y ofrecerles oraciones; también entra la procesión a las iglesias que halla en su tránsito, al sonoro son de repiques.

El nacimiento, altar sui géneris, que tiene de monumento y tienta con sus anacronismos a las imaginaciones infantiles, es algo a propósito para el gusto cándido de Pedro. El lo fabricará con sus propias manos, sobrecargándolo de dones de la tierra: naranjas, limas, manzanillas, melocotones, piñuelas, granadillas, toronjas; no menos que la fruta, entre el lújo odorante de la hoja de pacaya, se llena el alma de Pedro de suaves olores: desde el 8 de enero de 1655 lo acompañaba el niño Jesús, y hay gentes que juran sobre los evangelios que lo han visto albergado en el sombrero de Pedro, que éste nunca se pone.

En Belén son regalados los fieles con un platillo especial, y es maravilla que siendo tantos alcance para todos. La fiesta se continúa en el oratorio de la casa: suenan las músicas, se reza la corona, se cantan villancicos. Pedro se enardece, e improvisa coplas y danza con festivo entusiasmo. Luego, "al punto que oía tocar a maitines, hacía que sus familiares se vistiesen de pieles, a usanza de los pastores, llevando cada cual alguno de los instrumentos rústicos referidos, y cantando y bailando se encaminaba con ellos al convento de San Francisco, en cuya iglesia asistía a los oficios divinos de aquella sagrada noche. Mientras los religiosos cantaban los maitines en el coro, el Hermano Pedro con su comitiva y demás fieles asistentes rezaba en la iglesia, en voz baja para no interrumpir el canto oral, el Rosario de la Santísima Virgen; y ofían la misa de media noche, llamada vulgarmente *del gallo*".

Al día siguiente, con el claror del alba, Pedro suspendía su oración y se encaminaba a Ciudad Vieja, para visitar allí una piadosa imagen de la Virgen de Concepción, titular del pueblo, venerada en el primitivo convento de los Franciscanos. Iba a darle las pascuas, felicitándola por el nacimiento de Cristo, y en esa ocasión el Siervo de Dios, siempre tan atento y humilde, a nadie saludaba en el camino, hasta después de haber comulgado y cumplido con su salutación a la Virgen; de regreso, a todos los transeuntes que encontrase en su camino, les participa-

ba a grandes voces y con efusiva alegría la grata nueva: Otra vez, en nuestros corazones, ha nacido Cristo!

Aun seguía celebrando la Navidad con diversos ejercicios piadosos, hasta la fecha de la Epifanía de los Reyes; entonces sacaba otra procesión no menos llamativa, con los tres Reyes Magos. "Salía del convento de la Merced, acompañada de las comunidades y de numeroso concurso de personas de toda clase. Delante iba un niño ricamente vestido, sobre un caballo blanco con lujosos jaezes, llevando una hermosa estrella en la mano, en recuerdo del astro misterioso que guió a los sabios del Oriente al Portal de Belén, y terminaba en la casa hospitalaria."

Por eso se diría de Pedro, por altas dignidades de la iglesia, que moral y materialmente había reparado las ruinas del Portal de Belén en que nació el Redentor.

— XXIX —

ORACION

«Quien lo hubiere probado entenderá algo desto, porque no se puede decir más claro, por ser tan escuro lo que allí pasa».

Santa Teresa de Jesús.

LA oración es en Pedro actitud mental permanente y definida; de ahí que en todo instante se halle presto a recibir los dones de la gracia, directamente, para su íntimo contentamiento, o como intercesor, para derramar favores sobre los otros. Numerosos sucesos extraños ilustran su vida piadosa, casos que la teología explica y que algunos elegidos, así Santa Teresa, quisieron expresar; mas Pedro aprecia en muy poco su mente y es simple factor pasivo, con todo candor amparado en la confianza.

Su obediencia humilde a las ritualidades de la iglesia incitado a repetir las oraciones comunes: el *padre nuestro*, que Cristo enseñó a sus discípulos; la *salve*, que tiene por panacea de todos los males y fuente de incalculables bienes; y el *avemaría*, adecuada a su predilecta devoción por la Madre de Dios. Particularmente, por otra parte, ingenió muy diversas y eficaces maneras para extender la costumbre del rezo de la Corona de la Virgen y el Rosario; siendo fama que las preces que la rutina marchita en el corazón de los fieles tibios o indiferentes, parecían improvisadas en los labios de Pedro, rejuvenecidas de fervorosa intención. Sin embargo, a menudo su plegaria alcanza otras manifestaciones: en la elevación sin palabras del éxtasis, en el coloquio ingenuo con las imágenes piadosas y hasta en el exaltado júbilo con que llega a danzar frente a la Virgen. Sintióse siempre en la presencia de Dios; algunos llegaron a ver que lo acompañaba el niño de Belén y quedan testimonios

de que estuvo, a la vez, orando en dos iglesias distintas. Cuando por las noches llegaba a orar al templo de la Merced, sin tener llave de éste, las puertas se abrían al solo contacto de sus manos, con silencioso misterio.

El mercedario fray José Monroy, recto observante del octavo mandamiento, contaría lleno de unción cómo, cierta vez que Pedro oraba en el convento de la Merced, duró hasta el alba una pequeña candelilla que el Siervo de Dios había encendido; algo que a todos los testigos del hecho pareció portentoso, pues había razón para pensar que el fervor de Pedro era el que ardía en la llama inagotable de la vela.

Dos religiosos de la Orden de Santo Domingo comentan admirados un hecho edificante: sorprendieron a Pedro en su oratorio, de rodillas, sumido en un éxtasis profundo y parecía ser tan intenso su trabajo espiritual, que vieron cómo el cuerpo se agitaba con violentas sacudidas. Retornando de ese inmóvil viaje, el Siervo de Dios se cubrió de rubor y trató de hacer olvidar la escena a sus visitantes, mostrándoles los cuadros que hiciera pintar en su tinajera.

Esta vez, Pedro vuelve de una caritativa diligencia, acompañado del hermano Nicolás de Santa María. En la noche calma, radiosa de estrellas, hablan de cosas simples, riendo fray Nicolás cándidamente la graciosa charla de su director espiritual. Quizá fantasean con cristiana ambición sobre sus esperanzas de repletar la despensa de Belén, o se deleitan con el proyecto de construcción del edificio, que la voluntad de Dios lleva adelante. En el silencio, la conversación disurre como un riachuelo manso y claro.

De pronto, cruzando la plazuela de San Pedro, fray Nicolás se recoge penetrado de profundo respeto. Pedro ha caído en éxtasis y está de pie, con los ojos cerrados, como si durmiese, mas sus brazos se levantan con lento ademán al cielo y quedan alzados, largos e implorantes, por espacio de una hora; hasta que un perrillo, que quiere pagar al hermano su curación en el hospital de Belén, tira inquieto del hábito. Pedro reanuda la marcha y disimula ante fray Nicolás: "Es posible que tenga un perrillo más habilidad que el hermano, que viéndome dormir, no me despertaba?"

— XXX —

RESCATANDO ALMAS

«Por su cuenta
vaciara el Purgatorio».

G. Verona de Loayza.

SIN descuidar obra alguna de caridad, ni negar jamás su concurso a los vivos, Pedro mantuvo siempre especial piedad por las ánimas en pena, inspirado en el temor de Dios. No causó extrañeza verle de director y peón de albañil, a la vez, empleado en la fábrica de dos ermitas para las almas del purgatorio, construyendo una en el paseo de Jocotenango y otra en la entrada de San Juan.

Inventó Pedro una industria original, que administró y acrecentó su celo hasta la hora de su muerte: llevaba un registro con los nombres de muchísimos difuntos, curiosa contabilidad seguida día por día durante todos los meses del año; luego, distribuía entre los vecinos de la ciudad cedulillas con el nombre de cada difunto, a efecto de que en día determinado se ofreciesen comuniones, misas y oraciones por el descanso de aquellas almas. Sobre eso, organizaba piadosos novenarios, con el mismo objeto, en el Calvario, San Lázaro, y otros sitios. Al sonido de su campanilla congregaba al pueblo para repartir sus cédulas y, algunas veces, exigió a cambio de sus dádivas la más extraordinaria remuneración: un padrenuestro y una salve por las ánimas del purgatorio.

Cierta noche, a eso de las siete, Pedro marchaba por las calles en compañía de don José de Estrada, su fervoroso discípulo. Llegando cerca de la plazuela del hospital de San Pedro, frente a la portería del Convento de monjas de Santa Clara, un desconocido les hizo encuentro y conversó con Pedro; don José apenas pudo colegir una frase del intruso: “Eso es muy difícil de

ejecutar", y se maravilló de la extraña manera y rapidez con que desapareció de su vista, al punto que se permitió interrogar a su maestro: ¿Qué significa esto?

—Esto es un cintillo de malacates —respondió Pedro enigmático—. Nunca retengas cosas ajenas, que es causa de retención en el purgatorio, y las almas no salen hasta que aquellas cosas se vuelven.

Pedro cambió de rumbo y sin vacilar se dirigió a la casa de don Antonio de Aguilar, recientemente fallecido. Allí dijo resueltamente a la viuda:

—Vengo por un cintillo que le empeñaron al marido de Vuestra Merced, el cual dice el hermano que está en aquella gaveta (y señaló con el dedo) más un papel en que consta su desempeño.

—Vea, hermano Pedro, le...

—No pasemos adelante; no jure en vano...

E incontinenti se dirigió al escritorio que había señalado, y de una gaveta sacó el cintillo y el papel, ordenando a la señora:

—Envíe prontamente esto a don Juan de Zabaleta, porque su difunto esposo lo ha menester...

En otra ocasión fue Pedro llamado por la suegra de don Fernando Pacheco, escribano público de número de la Real Audiencia. Se trataba de consultarle un caso raro: en la casa donde su yerno y su hija instalaron su matrimonio era imposible conciliar el sueño, ni vivir, pues de día y de noche espantaban. Pedro se ofreció a velar, orando en la dicha casa, y al día siguiente les ordenó desenterrar los restos mortales de un hombre, en un rincón del segundo patio, así como decir varias misas por el descanso de un alma en pena; siendo fama que en lo sucesivo no se advirtió en la casa algo anormal.

Muerto Pedro, el padre maestro don Bernardino Obregón de Ovando, uno de los directores del Venerable Tercero, gustaba de contar a los belemitas, "con motivo de exhortarlos a la abstinencia, en las pláticas espirituales que hacía a la comunidad, otro suceso portentoso, del que hubo cabal e indudable noticia: oraba Pedro en la capilla de El Calvario por un difunto de nombre Rodrigo, que fuera su compadre, cuando éste se le apareció en horrible figura y le dijo: "Hermano, muy delgado se hila por allá, y asípersevere en hacer bien por las almas del purgatorio, porque son muy grandes las penas que padezco". Grande tribulación y hasta horror embargaron el ánimo de Pedro, al grado que llegó a temer por sí mismo y a estremecerse de suprema compasión por los muertos en pecado, y se echó al suelo, clamando a gritos misericordia de Dios y su Santísima Madre. En esas circunstancias se le apareció la Virgen en uno de

los altares, escoltada por dos varones de alba vestidura a quienes no pudo el Tercero identificar, y la Señora le dijo: "Perseverad como habéis comenzado que yo os ofrezco mi favor y patrocinio en la hora de la muerte". Así fue Pedro consolado; mas en lo sucesivo acreció en fervor y arreció sus ejercicios de penitencia, y con la humildad que en cada acto suyo resplandecía, consultó a don Bernardino de Ovando si sería bueno abstenerse también de su plato de frijoles, que comía de pie hasta entonces, ofreciendo la abstinencia en gratitud a la Virgen María.

Y el último año de su vida, como siempre se consintió gran pecador, en su registro de almas en pena, llenó el mes de abril con su propio nombre: "El hermano Pedro de San José, difunto", y repartió cédulas para que de limosna se ofreciesen plegarias a favor de su ánima.

EMPEÑO DE CALZILLAS

«Suele su Majestad para mayor gloria de sus santos el ponerlos en manos del demonio para que éste se confunda viendo su fortaleza y a estos se les aumenta la corona por su constancia».

Fray Francisco Ximenez.

ODO el mundo quiere y respeta en la ciudad a Pedro, mas tiene éste un mortal enemigo invisible, que no se da reposo en tenderle redes: Calzillas, despectivo mote con que el Siervo de Dios denomina al demonio. No sólo por la vía de la sugestión, en persecuciones interiores, trató su enemigo de estorbarle el sosiego de la plegaria y torcer la dirección de sus miras, o enturbiar la limpieza de sus operaciones; pues llegó a exteriorizarse en forma sensible, tentándolo de muy diversas maneras; y aun corrido ante la imposibilidad de perderlo directamente, opuso mil tretas tendientes a frustrar las prácticas de caridad del humilde lego, quien de la persecución sacaba enseñanzas, y así exhortaba a sus compañeros: "Sabed, hermanos, que hay algunos hombres a quienes el demonio tiene tan sujetos, que anda sobre ellos a caballo; y a otros los tiene cogidos por la ropa; y otros hay a quienes no puede sufrir ni ver delante de sí".

Oraba Pedro en la capilla del Calvario. No hacía mucho que se anotara por hermano de la cuerda de San Francisco; pero sus rodillas encallecidas son insensibles al dolor y al cansancio y se afirman al suelo con solidez de piedra; el cuerpo liviano de ayunos y vigilias es cada vez más ingravido; los brazos, con dócil memoria muscular, se identifican con el signo de la cruz, porque la crucifixión del cuerpo es previa a la ascensión del alma. Mas Calzillas ronda celoso esta conciencia firme

y sellada. Ya una vez logró sugerirle el sentimiento de su perdición y el horror de las penas eternas, y por esa vía distraerlo de la plegaria. Ahora fracasa la tentación interior y acude al auxilio de los sentidos, siempre despiertos y vigilantes: toda la fábrica de la iglesia se estremece y el eco recoge y duplica el estruendo; algunos feligreses huyen pavoridos, seguros de que se desata la furia de un terremoto e impetrando la divina clemencia con alteradas voces; sólo Pedro queda extático, desentendido del mundo exterior. Por eso, cuando le refieren asustados el incidente, y se maravillan sus interlocutores de que en el resto de la ciudad no haya temblado, Pedro calla y comprende: es que andaba Calzillas de por medio.

Otra vez, en el sosiego de la oración, Pedro mira avanzar hacia su cuerpo una bola de fuego, que crece y arrecia su velocidad al acercársele. Sólo un instante creyó ser arrollado, pero ya no lo fue, porque sin transición volviera a hundirse en la plegaria.

Aquella tarde tuvieron un susto los hermanos Terceros. Acompañaban a Pedro al cumplimiento de un rito sencillo y solemne: plantar una cruz en el sitio en que debía el Siervo de Dios erigir una ermita a las ánimas del purgatorio. A mitad del camino, como tratando de impedirles cruzar el río Pensativo, un perro de extraordinaria corpulencia cerró con amenazante actitud el puente de madera; mas, en viéndolo Pedro, exclamó sin asomo de miedo: "obra de caridad será darle de palos a aquel animal", y es que había reconocido a su irreconciliable enemigo. Avanza por eso, desentendiéndose de su campanilla y de la capa, e invocando a Dios aceptó el combate, pues ya la fiera lo embestía babeando rabia por entre los afilados colmillos y encendidos los ojos como dos ascuas. Era prodigioso advertir que el perro no ladraba, y más aún que se empequeñecía a cada palo que sobre él descargaba el hermano, hasta desaparecer a la vista de los hermanos.

Esta noche, el doctor don Pedro de Ozaeta tiene visitas y, oyendo que por la calle suena la campanilla de Pedro, esquila de almas, hurga en un arcón incrustado, y muestra un bastoncillo con la señal de una mordedura de perro, luego relata:

Este bastón es del Hermano Pedro y debo llevárselo a su hospital, lo poseo por modo raro: casualmente presencié el más extraño combate, pocas noches hace, en que el Hermano Pedro se las había con un mastín corpulento que con la amenaza de sus colmillos quería cerrarle el paso. Quise acudir en ayuda del Tercero, mas era como si conforme yo avanzaba ellos sin cambiar de sitio se fueran alejando. Cuando logré llegar a la esquina el perro había desaparecido y sólo vi al Hermano car-

gando a un hombre, al parecer herido, que clamaba por su pronta conducción a manos de un confesor. En el sitio de la reyerta encontré este bastoncillo. Vedlo, tiene la marca de los feroces dientes.

Los circunstantes se han estremecido sin querer. El caso es, sobre probable, corriente; pero alguien interpreta un sentimiento que en todos gesta medrosamente:

—Qué cosas más extrañas pasan en torno de Pedro Be-thancur. Dios me perdone, no haya sido cosa del enemigo...

—Dios nos guarde!—y un coro de inquietud se santigua.

— XXXII —

CONVERSION DE RODRIGO

«Entonces Jesús mirándole, amóle, y díjole: una cosa te falta, ve, vende todo lo que tienes, y da a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz».

San Marcos. C. 10. v 21.

POR el año de 1666 entró a Guatemala, jinete en una mula de preciados jaeces, un caballero cuyo talante, aparte de la comitiva que lo sigue y el recibimiento que se le hace, demuestra ya que es un hombre de sangre noble y corazón valeroso, digno de ilustrar con sus hazañas un libro de caballería andante. Es don Rodrigo de Arias Maldonado, quien a pesar de sus 29 años donjuaniles ha tenido en sus manos las riendas del gobierno de la Costa Rica y, algo más, con puño de hierro redujo a los béticos indios de Talamanca, gastando en dicha empresa, de su caudaloso peculio, la suma de sesenta mil pesos, amén de exponer su vida jocunda en la aventura, a tiro de flecha del enemigo y en mortíferos climas.

Su llegada a la corte de Guatemala es suceso de primera magnitud y arremolina comentarios. Los hombres graves callan con ceremoniosa adquiescencia; los mozalbete fantasean al calor de su sangre moza; las muchachas casaderas ensueñan; las casadas suspiran; alguna madre diligente contará a escondidas, por enésima vez, la dote de su hija; algún marido desconfiará caviloso... No abundan partidos así, pues don Rodrigo es sangre de los duques de Alba y los condes-duques de Benavente, y su juventud y riqueza pueden agregar a sus símbolos genealógicos otro, que agranda los ojos y abrillanta las miradas: el cuerno de la abundancia...

Por ese tiempo, Pedro de Bethancur anda afanado en la construcción de su hospital de convalecientes. Qué vidas más distantes, de equivalente nobleza, de semejante fama, de pareja heroicidad, mas injuntables, como las líneas de Euclides. El gobernador luce en los saraos y en las solemnes ceremonias públicas; el Tercero de Francisco luce en las fiestas de la caridad y en los actos piadosos; aquél anda tirado en carrozas de lujo por las calles del barrio de la nobleza, éste desangra sus pies descalzos en las calles de los barrios pobres y en la senda pendiente de la santidad; aquél es árbitro en sumptuosos banquetes, éste se consume en la virtud de la abstinencia; aquél se enorgullece de su familia, éste llama hermanos a los indígenas y a los negros, y aun a los animales; aquél ha vencido a los talamancas, que son el demonio, éste ha vencido a Calzillas, que es el demonio mismo, aquél conquista los corazones, éste conquista las almas; aquél viste sedas, encajes y dorados, éste lleva un saco de jerga y al áspero *guangoche* de su reste interior agrega hirientes cerdas para engalanarse con la mortificación; aquél confía en sí mismo, éste se entrega a la providencia divina; aquél manda sobre el aguerrido temple de sus soldados y el corazón dulce de las mujeres, éste sobre el aguerrido temple de los penitentes y el corazón manso de los menesterosos y los enfermos; aquél es bienquisto del rey y ya parece andar buscando la pose en que ha de perpetuarse en las páginas de la historia, éste es mirado por Dios con amplia complacencia y sin quererlo está adoptando la figura con que será perpetuado en los altares.

En la vida aventurera de don Rodrigo sólo se ha hecho un paréntesis de descanso, que hace más regalado el grato clima y el esplendoroso paisaje de Guatemala, pero la América es muy grande y no se acaba de reducir, y hay muchos sitios en que los clarines llaman con sones imperiosos al combate. En la vida caritativa de Pedro no hay tregua posible, porque el dolor humano es aun más grande, y en todas partes resuenan hipos de llanto y quejumbrosas lástimas. Precisamente ya piensa el Siervo de Dios en la necesidad de extender la capacidad de su casa hospitalaria, y sus palabras se cargan de profecía cuando presiente la gradual realización de sus propósitos: "En esta calle que atraviesa entre nosotros y la nueva fábrica de los pobres se ha de hacer la iglesia: en aquella isla de casas se ha de labrar el claustro, y todos aquellos edificios, que ahora están habitados, han de servir de plazuela: y esto, quien viviere lo verá..."

Pedro nunca fía de su pensamiento y todas sus convicciones emanan de los designios superiores cuya revelación se hace con viva luz en su alma. No puso, pues, sus ojos humildes en la brillante y alta figura del descendiente de los duques de Alba, pero algo grande trasuntaba cuando, de comentando la muerte del hermano Rodrigo de Tovar, que hubo fama de gran

piedad, decía: “¿Piensas acaso, hermano, que por eso se ha de atrasar la obra de Belén? El Altísimo llamó para sí al hermano Rodrigo; mas ya tiene preparado otro Rodrigo que ha de ser columna de Belén!” Y, aun antes de que el gobernador llegase a Guatemala, cuando venía en camino, declaraba a doña María de Céspedes: “Hermana, un caballero viene, en quien tengo fundadas mis esperanzas...” Aquella piadosa dama no habría podido colegir el significado de ese oráculo, si más tarde, al paso ostentoso de don Rodrigo no hubiese Pedro exclamado: “Ves aquel hombre que viene allí? Es cabalmente hecho a la medida de mis intentos”.

Varias veces encontró don Rodrigo al hermano Pedro en su camino, y siempre sintió ante su presencia una extraña desazón. Ya la fama había traído a sus oídos mil curiosos sucesos de la vida clemente y mortificada del modesto lego: sus éxtasis dilatados en la oración, sus fervorosos transportes ante los altares, su penitencia heroica y, sobre todo, su caridad inagotable y todopoderosa. Al verlo se enternecía, sin querer, con un sentimiento medroso que sacudía al punto, casi irritado de doblegarse a la influencia de aquel inofensivo Tercero, en quien todos los gestos, las palabras, tenían fuerza de exhortación, enseñanza de ejemplo, indirecta intención de advertencia... Y el gobernador sonríe, incrédulo y hasta burlón, cuando el barbero le refiere, con circunstanciado detalle, un suceso que empieza a ser comidilla del público: si el gobernador lo permite... En ocasión en que don Rodrigo pasaba frente al hospital en construcción, donde Pedro prestaba su sangre para pegar las piedras, el Tercero exclamó con inusitada animación e íntimo regocijo: “¿Ven al gobernador con aquella pompa vana y majestad suntuosa que va?; pues él es el que tiene Dios preparado para mi sucesor y el que ha de fundar en este hospital pobre una Religión”. Repíteme eso, cuenta otra vez, dirá Rodrigo regocijado; y mientras el menestral hilvana su charla, satisfecho y servil, Rodrigo no le oye, porque la risa lo sacude desde la cabeza a los pies y le pone, a él tan fuerte, dos lágrimas en los ojos...

¿Qué pasa? Es que Rodrigo, el galante doncel y noble caballero, pierde la razón? Se le ha visto por las calles de la ciudad, con un saco de penitente, detrás de Pedro el asceta, con la vista puesta en el suelo y la mente en incógnita idea lejana. A su paso se develan los pensamientos del pueblo: hay dama que se aflige; algún marido sonríe victorioso; cierto rival político se hincha de satisfacción; muchos se pasman y quedan edificados; otros simplemente comprenden: nada está vedado al poder de Pedro... Y es verdad, Rodrigo mismo ha visto, agrandados los ojos de admiración y el alma llena de temor, cómo, por intercesión del beato Tercero, al conjuro de su voz suave y grave de

suplicante, una muerta se alzaba del túmulo funerario y retornaba a los colores de la vida, contrita y depurada, volviendo de quién sabe qué prueba tremenda, de qué lejana excursión. Fue algo maravilloso verla desatarse del hielo de la muerte en que ya estaba presa, abrir suavemente los párpados, que un invisible peso presionaba, y recrearse en la lenta localización de los objetos familiares, todavía ofuscados los ojos por cierto deslumbramiento de misterio; y sin duda era una enseñanza la humildad con que dió las gracias al Siervo de Dios: "Así gano tiempo para limpiarme de pecado, en el retiro y la oración".

Entre el pueblo, los comentarios se cargan de insidiosas alusiones al último amorío de don Rodrigo; quizá porque, con su retiro del mundo, coincide una gran palidez y hondo achaque de melancolía en doña Elvira, la dama más bella y fina en el reino... La verdad es que Pedro ejerce un influjo irresistible sobre las almas, y la de Rodrigo es un alma selecta, bajo la capa de conveniencias y devaneos mundanos, es un alma heroica, y ha sido tentada por esa lucha sin tregua, ni esperanza de gallardón, en que Pedro agota su cuerpo, humilla su egoísmo y se alza como un campeón de la fraternidad humana, él solo contra las preocupaciones aristocráticas que crean distancias y prerrogativas entre los hombres, hasta entre los miembros del clero.

Era llegada la hora. Pedro presiente su fin y ha escogido sucesor, a la medida de las ingentes necesidades de su instituto incipiente. Apenas le quedan tres meses para probar la vocación de Rodrigo de Arias, medir la fuerza de su renuncia y la capacidad de su dirección y, en fin, aleccionarlo sobre el esplendoroso porvenir de la Religión Bethlemítica, que ya el Siervo de Dios columbra a distancia, como meta de sus afanes supervivientes.

Así llegó Rodrigo de Arias a manos de Pedro, que es tránsito hacia Dios y los pobres del Señor, realizando sus bienes para donarlos a los menesterosos; cambiando sus maneras de gran Señor por la actitud suplicante del mendigo; renegando del festín mundial, para satisfacerse con el ayuno; trocando sus arreos de gobernador por un saco de penitente; ahogando el estruendoso recuerdo de sus combates y amoríos en el silencio de la plegaria.

Tres meses tan sólo bastarán a Rodrigo para captar el alma del maestro. Así, cuando la Real Audiencia pone en sus manos la cédula de S. M. Carlos II, quien le concede la gracia del título de Marqués de Talamanca, con una asignación de doce mil ducados de renta anual, él declinará la merced humildemente y regresará, libre de tentaciones vanas, al amplio recinto espiritual de su estrecha celda. Antes de un año, el 2 de febrero de 1668, iba a ser elegido Superior de los Bethlemitas;

a su incansable trabajo se debería la exaltación de su instituto a Religión Sagrada, por bula de Inocencio XI, de 26 de marzo de 1687, y el pase que celos e intrigas retardaron hasta 1696. Cuando murió Rodrigo, 23 de septiembre de 1716, tenía 79 años de edad, 50 de haber renunciado al mundo y 29 de ejercer la prefectura general de su Orden.

En diciembre de 1666, cuando todos dudaban de la convicción de Rodrigo y algunos tomaban su actitud a locura, fray Payo de Rivera decía satisfecho al Hermano Pedro: "Buena conquista hizo el hermano, porque en sus santas manos capitula un conquistador". Por eso en 1697, cuando la religión Bethlemita alcanzaba su consagración papal, diría desde el púlpito fray Nicolás Rodríguez: "Tuvo efta Religión fagrada en el Oriente de fu cuna feliz tres Varones infignes, el V. Pedro de S. Jofseph fu Fundador honra de Guatemala; el excelentiffino señor D. Fr. Payo de Ribera, honra de nueftro mexicano Emporio, y en el retiro de N. Señora del Rifco mejor Feniz, que efté en gloria: y a fu Reverendiffimo Prefecto General tan eclarecido, y generoso en todo, el Padre Fr. Rodrigo de la Cruz".

— XX XIII —

PADRE DE POBRES

«Este hombre abrafado en fuego, digo yo, que feria el infigne Pedro de Betancur, encendido en llamas de Charidad, a cuyo govierno, y dirección estuvo este Bethlemitico carro. Pedro feria abrafado Elias en el carro de la gloria de Dios, fu carro, y carretero.»

Pedro Muñoz de Caffro.

L mandamiento reza: "Ama a tu prójimo como a ti mismo"; Pedro rebasa el límite, porque ama a su prójimo más que a sí mismo, porque arde en amor y todos sus actos lo entregan, en perpetuo servicio. Esclavo voluntario de los demás, sin esperanza ni deseo de retribución, a cada instante y sin reservas se dona en cuerpo y alma: presta sus ojos al ciego, sus pies al tullido, su clarividencia a las mentes extraviadas, sus brazos al inválido, su esperanza al triste, su fervor al incrédulo, y sus flacas manos menesterosas ofrecen todos los dones, como si fueran el providencial cuerno de la abundancia que había de derramarse sobre la Antigua Guatemala. Oh! manos misericordiosas de Pedro, ungidas de limosna, suaves de caricia, oficiosas en la distribución, unciosas en la plegaria, severas para exhortar, insinuantes hacia el seguro Norte, nimbadas de gracia al bendecir. Esas manos fueron cauce por donde corrió sin parar la fortuna de los pobres, el bálsamo de los afligidos; apenas se han extendido para pedir, y ya se extienden para dar; deberían estar cansadas de repartir copia de bienes entre los vivos, y se alzan en extático vuelo para implorar por los muertos; en sus cuencos prodigiosos se multiplican los valores y cabe íntegro el botín de la caridad.

Un día entra Pedro a la casa episcopal y la despensa se agota, las urnas se vacían, todo se subasta sin precio en la puja de la necesidad. Los subordinados fruncen el ceño, pero fray Payo de Rivera se enternece hasta el llanto ante la voracidad del magnánimo insaciable.

En los hospitales, cuando el dolor es muy agudo, cuando se desespera a lo largo de crónica dolencia, cuando la visión del mundo se opaca de angustia y el cuerpo se rinde en sus últimas resistencias, aún alienta una dulce esperanza y de todos los labios que ha quemado la fiebre brota un clamor unánime: ¡Hermano Pedro! ¡Hermano Pedro!

En los hogares menesterosos, donde la pobreza vergonzante se ha fatigado acarreando todas las prendas al cubil del usurero, en la hora de hambre y en la evidente desnudez, los hombres retroceden en la linde del suicidio y la blasfemia, porque en la puerta se recorta con sonriente oportunidad la figura grande y humilde de Pedro, con el don en las manos y la palabra que abre las fuentes del consuelo en los labios.

Hay un sitio, extramuros de la ciudad, que se mira de lejos con miedo, cuya sola mención ya despierta aversivos prejuicios, es "San Lázaro", el asilo de los hijos de Job, cuyas grises paredes y lacerante contenido contrastan con el ameno aspecto de la salida del mismo nombre. Desde 1640 funciona el piadoso instituto, a cargo de los herederos de San Juan de Dios. Allí está Pedro con asiduo celo, curando y consolando, poniendo sus manos puras sobre las carnes que desfigura y arranca la podre, llorando la miseria irredimible, mas dándoles a todas aquellas almas el lenitivo de su amor y confortándolas con la esperanza arcana de su absoluta liberación del cuerpo contagiado, para descansar en el seno misericordioso de Dios.

Este día, en que la iglesia celebra el tránsito del patriarca San José, Pedro desea orar, rendirse en la plegaria, porque su alma rebosa gratitud: una vez más, su fe encendida, su tranquila confianza, han sido la vía para que se opere el prodigo. Repartía su acostumbrada limosna a gran concurso de mendicantes; nunca vió tantos juntos, ni los halló tan necesitados, como si la suerte viniese a poner en evidencia su descuido, pues apenas cuenta con dos arcas de pan para abastecer tamaña solicitud. Y ahora fray Rodrigo canta por todas partes el prodigo y acendra fe, porque a sus ojos de novicio se manifiesta rediviva la escena de Canaan, cuando Cristo convertía en vino el agua y multiplicaba los panes: se pasma de que a todos alcanzara en el reparto, y aun así las arcas quedasen intactas. Seguro guía ha escogido para caminar por el mundo.

Mas el Siervo de Dios interrumpe su oración, súbitamente iluminado, porque aquel sobrante le indica que son muchos más los necesitados del Señor. Adereza una cena, recoge una ración del pan milagroso y sale en resuelta dirección, como quien acude a una cita; va rectamente y de prisa, seguro de su obligación. Cuando llama a la puerta de un hogar humilde y ofrece sus dones a una mujer que ayunaba en secreta indigencia, ésta se postra en tierra: “¿Santo mío, ¿quién te ha dicho que no he comido en todo el día?”...

Oh! Pedro, clarividente padre de pobres, cómo se dan todos los requisitos en el cumplimiento de tu misión, qué bien hacen en llamarte lince de la caridad. Acaso no eres tú quien ayudas a bien morir, amortajas, cavas las huesas y aun lloras, como si todos los hombres fuesen *tus* parientes? Acaso no eres tú quien recibe a los niños sin padre, los llevas a la pila bautismal y aun les das tu nombre de insigne pródigo? Oh! manos de Pedro, qué dulces y fáciles se hacen a vuestro contacto la vida y la muerte...

— XXXIV —

EL TESTAMENTO

«Ofresco, y encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor que la crió y la redimió con el infinito precio de su sangre muerte, y pasión, por cuyos méritos le suplico haya misericordia de ella.—Mando el cuerpo a la tierra de que fué formado, y es mi voluntad sea sepultado en la Iglesia del Convento de Sr. S. Francisco en la Capilla entierro de los Hermanos terceros».

•
Pedro de S. Joseph Betancourt.

**E**ULGE apenas un candil. En la sala enfermería de Belén hay un silencio sereno, evidenciado por la respiración de profundo descanso con que duermen los asilados: indios, negros libertos, mulatos y criollos, dormidos en el alivio y la confianza del desvelado celo con que los caritativos Terceros los cuidan y regalan, bajo la piadosa dirección de Pedro de San José, el inmensamente misericordioso. Pero, he aquí que en una de las camas también reposa el fundador, aquejado de achaques y enfermedad y amenazado de muerte, que es el desenlace de su vida de sacrificio. El, que a tantos enfermos trajo en sus hombros y a todos sirvió medicinas, alimento y consuelos, es ahora el necesitado, y recibe de limosna las solícitas atenciones de sus Hermanos menores, a quienes agrupa el temor de un peligro inminente: ¡Dios quiera guardarnos a Pedro, que es cabeza nuestra y tesoro de los pobres!

Escuchando los pasos del Hermano Francisco de la Trinidad, Pedro se incorpora y le ruega que le lleve papel y pluma, pues desea escribir su testamento, “recelándose de la muerte que es natural a toda criatura viviente, cuya hora es incierta”; como buen cristiano debe ordenar su última y final voluntad y, a falta de bienes materiales, legar el enorme tesoro de bondad que su

alma fue guardando a lo largo de su piadosa vida. El Hermano Francisco regresa con silenciosa diligencia y cuando entrega a Pedro los efectos pedidos, no puede contener una lágrima que le abrasa las tostadas mejillas. Ya lo saben también sus compañeros, y en todos los corazones sobresaltados bate una angustia profética, un temor que se expresa en plegarias y, en los más sensibles, se desahoga en llanto.

Al principio tiembla un poco la mano, el pulso es débil, mas pronto el cuerpo, domeñado por aquella voluntad firmísima vuelve a ser, como siempre, el esclavo oficioso y atento del alma; acaso también le preste fuerzas la invocación inicial: "En el nombre de Dios, Nuestro Señor".

Pedro recuerda su maravillosa isla y evoca la idílica paz de Villa-Flor, tiene un recuerdo piadoso para su padre muerto e imagina a su madre, tan sencilla y grande, quien sin lágrimas lo bendice a la distancia y por enésima vez lo pone en las manos de Dios. Tiene presente su salida de Tenerife, en 1650, y su dichosa llegada a Guatemala, su patria de adopción, en el año de 1651; sus primeras vacilaciones y dudas, en medio de las cuales la providencia lo fue dirigiendo. Feliz día, aquei en que se echó sobre los hombros el saco de tercero penitente.

Hace su profesión de fe, dentro de los dogmas de la Santa Iglesia Católica Romana; mira acercarse su muerte y ve sus funerales, que de limosna pide: "Acompáñe mi cuerpo el Cura y Sacristán de la Santa Iglesia de la Parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, en cuya feligresía vivo en la casa Albergue de pobres convalecientes título Bethlen, y le acompañen así mismo los Sacerdotes que voluntariamente y de limosna quisieren acudir, a los cuales, y dicho Cura con la misma intervención, y amor de Dios, les pido lo hagan, y que me encomienden a Dios Nuestro Señor, pidiendo lo mismo a las demás personas que acudieren a esta obra de piedad y de misericordia".

Toda su vida desfila ante sus ojos, en ese momento en que salda cuentas con el mundo y se prepara, como antaño en Chasna, para otro viaje, que ha de ser definitivo. Pasa por sus ingenuas preocupaciones de sacristán del Calvario; por los días en que, dueño del solar de María Esquivel, instaló su escuelita de párvulos y el oratorio que era escuela de fervores cristianos. Al tamaño de sus anhelos ha ido creciendo la obra: el solar se quintuplica, la casita crece y adquiere solidez; la enfermería comienza a tener prestancia de hospital; las piadosas costumbres de sus compañeros están a punto de cuajar en instituciones de una nueva Orden religiosa. Y el silencio de la noche, mientras la pluma rasguea en el papel, se va llenando de un íntimo rumor jubiloso: el corazón de Pedro rebosa gratitud.

Doce apóstoles tuvo Cristo, y él deja doce hermanos que con hechos predicarán el evangelio de la esperanza y la modestia. Qué gran varón se destaca entre ellos fray Rodrigo de la Cruz, a quien por su celo y virtudes recomienda para hermano mayor. Luego, la pluma escribe cosas de grandiosa ingenuidad, desahogando con lujo de detalles las muestras de su cristalino fervor. Debe rezarse la Corona de la virgen por los hermanos y los convalecientes, en las horas a que se viene acostumbrando; alguien debe pedir permiso para salir de noche por las calles de Dios a implorar sufragios para las ánimas del purgatorio y recordar a los mundanos la salvación de su alma; no es ocioso que los hermanos lean el “Contentus Mundi”, de Tomás de Kempis, que revive las sabias advertencias del Eclesiastés; no olvidar los ejercicios de disciplina, lunes, miércoles y viernes, que Calzillas tiende constantes celadas al cuerpo y no está demás que, sobre ser burlado por las almas firmes, reciba algunos azotes; es preciso llevar a los enfermos inválidos a presenciar la misa, buenas bestias de carga han de ser los Hermanos por el amor de Dios; nunca se gastará fervor y júbilo suficientes para celebrar la natividad de Cristo “tan feliz para nuestro remedio”; pagad a los bienhechores de nuestra casa de Belén con un novenario, nueve días antes de la Candelaria; orad e implorad oraciones por las almas del purgatorio, llevando para ello un registro, que algunas veces falla la memoria, y no desatendáis el culto de las ermitas que hay a la entrada de San Juan y en el camino de Joconango.

Pedro desea la perpetuidad de la casa que fundara guiado de celestiales designios, y la observancia de sus posteriores determinaciones; para eso nombra albaceas al maestro don Alonso Zapata de Cárdenas, Cura Rector de la Santa Iglesia Catedral, al Maestro don Alonzo Enríquez de Bargas, que lo es de la Parroquia de los Remedios, al Maestro don Bernardino de Obando, presbítero, a los capitanes Gregorio de la Cerna Bravo, y Luis Abarca Paniagua, el primero Regidor de esta Ciudad, y el segundo Tesorero de la Santa Cruzada, y al Hermano Rodrigo de la Cruz, con el poder que de derecho se requiere. Y mientras calza con la fecha y su firma el escrito: “en la Ciudad de Santiago de Guatemala en veinte días del mes de Abril de mil, y seiscientos, y sesenta y siete años”, sus ojos se llenan de visiones futuras.

Entre una y dos de la mañana, a solicitud de Pedro, han hecho venir sus hermanos al escribano público, don Estevan Rodríguez Dávila, quien asiste asesorado de los testigos llamados y rogados señores: Juan de Guzmán, estudiante, Matías Jacinto, don Alonzo de Espinosa, presbítero, Diego Bermúdez, Diego Hernández, Francisco Castaño y Tomás Sebastián. Con protocolaria seriedad toma de manos de Pedro el instrumento que se le

entrega, cosido y lacrado, y da fe de ser esa la última voluntad del Tercero. Acto seguido redacta de puño y letra el acta que con los testigos suscribe. Han estado presentes fray Rodrigo de la Cruz, fray Francisco de la Trinidad, fray Nicolás de Santa María y fray Juan de Dios, y cuando se retiran en afligido coro de medrosos presentimientos, vuelve a reinar un silencio diáfano en la enfermería, porque Pedro está en cruz, de rodillas, anticipadamente evadido de este mundo en el prodigio del éxtasis.

RESIGNACION

«;Señor mío, es el tiempo de partir!... ¡Que sea para bien! ¡Y que vuestra voluntad se cumpla!»

Santa Teresa de Jesús.

PEDRO tuvo la noción profética de su muerte. El padre Gerónimo Varona de Loayza, su contemporáneo, quien consultó los documentos cuando éstos paraban en manos del padre Lobo, predicaba entre signos de admiración: "Hacía Pedro al principio del año un quaderno en que para cada mes escribía muchos, y varios nombres de difuntos, que después en cedulillas repartía y encabezaba a la piedad de los fieles, hizo en fin quaderno de 1667, y en el escrito de su misma letra los cuatro primeros meses, y allí cesó su pluma, fin profeguir a los demás, como si viese, que aquel quaderno no avia de servirle mas que aquellos meses, porque para los otros tenia vida, y no es esto lo que admiro sino que, aviendolo escrito para en los tres primeros meses de Enero, Febrero y Marzo, la variedad, y muchedumbre, que acoftumbra de nombres de difuntos ¡O cruel pronóstico! ¡O admiración! Como si viese o supiese, que aquel abril avia de ser el quando de su muerte, en todo el no se halló mas nombre, que el Hermano Pedro de San Ioseph difunto... y con este nombre solo profugó hasta llenar aquel mes en que lloró Guatemala la muerte de Varón tan memorable".

Como ya su ropa se le caía a pedazos, cuando Pedro reemplazó su hábito, tres meses antes de su muerte, se le vió ejecutar un acto insólito, sin precedentes en su vida: estrenó ese traje acostándose sobre una estera, en el suelo, entre cuatro cirios que él mismo encendió; así se entregaba de antemano, resigna-

do y tranquilo, a la voluntad de Dios! Ya por entonces sus exhortaciones y consejos, cada palabra suya tenía un sentido profundo y lejano, y a menudo directas alusiones de despedida, de inevitable ausencia... Al Hermano Eugenio de San Nicolás, quien celebraba la creciente piedad del pueblo en el rezo de la Corona de la Virgen, le respondió enigmático: "Ah!, Hermano Eugenio: tres años ha que debía yo haber dado cuenta a Dios; pero su misericordia me ha dilatado la vida aunque soy tan gran pecador, hasta que se propague en los fieles la devoción de rezar la Corona".... Siete días antes de su muerte dijo a doña Nicolasa González, quien iba aregar un edificio en construcción al Hospital de Belén: "Mire en qué buen estado dejo su fábrica..."; y por la noche regresó a despedirse formalmente de ella, atajando sus lágrimas: "No llores, porque mejor hermano te seré allá... que no te he sido acá..." Al día siguiente ya no pudo dejar la cama del hospital.

Sí, a Pedro se le va la vida lentamente, parece que está convaleciendo en su propia institución para entrar a la salud perfecta, que es la muerte, y reintegrarse al seno de su Creador. Postrado en el lecho, es más poquita cosa que siempre; más humilde que nunca; afable y severo a la vez, y hasta gracioso en ocasiones. (Oh! alma sencilla que ejecutó como jugando los mayores sacrificios); sin embargo, cada vez son más frecuentes y largas sus evasiones del mundo, en alas de la oración.

Sus hermanos lo cuidan, solícitos y apesadumbrados; fray Payo de Rivera lo visita asiduamente y pasa largo tiempo sentado al borde mismo de su cama, admirando al par su resignación y claro juicio; el propio gobernador y capitán general, don Sebastián Alvarez Alfonso Rosica de Caldas, recién llegado a la ciudad el 18 de enero de 1667, mas ya cabalmente enterado de los altos méritos y popular virtud del Hermano Pedro, se informa diariamente de su salud y ha honrado la enfermería de Belén con su importante presencia; todo el vecindario, en fin, está inquieto y pendiente de aquella vida en peligro, y los Terceros no se alcanzan para suministrar informes. Algunos fieles tiemblan, porque en su mano llevan una cedulilla que les manda orar por el alma de Pedro de San José. ¡Dios guarde!

Todos estos días ha venido muy temprano el maestro don Alonso Enríquez de Vargas, cura párroco de los Remedios, a administrarle la eucaristía. Don Bernardino de Ovando, que mantiene un celo de confesor por el alma de Pedro (no vaya éste a pecar de vanidad), inquierte sedicioso: "Satisfecho debe estar el hermano de que las más altas dignidades civiles y eclesiásticas se preocupen tanto por su salud"; mas Pedro responde, diáfano: "Sé con evidencia que estos señores hacen todo eso por amor de Dios y no por mí". Algunos creen útil consolar al hermano Pedro, consolándose un poco a sí mismos; el padre Lobo aduce

la necesidad de su dirección en la obra del Hospital, razón para esperar que Dios le devuelva la salud, y un hermano se apega inmediatamente a tal esperanza: "La providencia divina velará por la conservación de Pedro, por la mucha falta que haría a los pobres". El enfermo sonríe agradecido: "Dios no tiene necesidad de mí para su fábrica", y tras un silencio profundo, en que todos meditan: "Por eso mismo debo morir, para que se conozca que Dios no tiene necesidad de criatura alguna...", y calla, sin amargura.

Nuevamente, corre el día 22 de abril de 1667, hace venir Pedro al escribano público, don Estevan Dávila, quien llega asesorado de los testigos rogados, blandiendo el cuerno labrado en que el artificio industrial disimula el tintero, la pluma y el recipiente de la arenilla: para él se trata de la seriedad profesional con que autoriza un codicilo; para el Hermano Pedro de agregar otras piadosas recomendaciones a su testamento: a celo de esta muy noble y leal Ciudad se debe el patrimonio de Belén, que es de los pobres; debe pagarse al licenciado presbítero Christobal Martínez el trabajo de un cáliz, salvilla y vinageras, así como un incensario y naveta, que se encargó a su mano; debe reconocerse al capitán Francisco Delgado de Naxera, alguacil mayor de esta ciudad, cincuenta pesos que fue necesario librar a España para las diligencias que ante la Corte se encendieron al hermano fray Antonio de la Cruz. La mente sigue clara, pero la mano ya no puede firmar; lo hace a ruego el licenciado presbítero don Alonzo de Espinoza, con los testigos Ignacio de los Reyes y Juan de Useda.

Uno de los hermanos rompe el silencio reverente, para inquirir por el dolor de costado que aqueja al enfermo, y Pedro: "El dolor ya me ha dejado porque yo como miserable no dejé a Dios con la inquietud que podía causarme". El silencio otra vez; Pedro ha quedado absorto, vaga la mente y los ojos perdidos en visiones lejanas... Don Bernardino de Ovando entró con suavidad: "¿Cómo va, Hermano?". Y el enfermo, muy quedo, sin dejar de tener los brazos en cruz: "Me parece que vivo más en el aire que en la tierra..."



— XXXVI —

TODO SE HA CONSUMADO

«Renacerás. ¡Reposa! Todo es un solo corazón. Sonrisa de la noche y el día enlazados. ¡Armonía! Cantaré al Dios de las dos poderosas alas. ¡Hosana a la vida! ¡Hosana a la muerte!»

Romain Rolland.

DIRIASE que en el ambiente late la presencia augusta de la muerte; Pedro ya está desasido: entrega su espíritu a Dios y devuelve su cuerpo a la tierra. La noche anterior hizo que le rezasen la **recomendación del alma** y le cantaran algunos himnos; ahora está más ligero. A eso del medio día tuvo un placer: se le cuenta que el hermano que ayer salió a sustituirlo en la recolección de limosnas vió duplicada la cosecha de la caridad; se alegra, porque ha de ser sustituido definitivamente: "No os lo decía, no hay más Padre que Dios y donde él está nadie hace falta..."

Más tarde, llama al hermano Rodrigo de la Cruz, debe hacerle algunas indicaciones, las últimas, que el otro apenas entiende, atribulado. Fray Rodrigo presiente el fin, y pide para sí y toda la compañía una postrera bendición; Pedro reunió y hubo fuerzas para incorporarse, puso al futuro general de la Orden su escapulario (que heredaban los hermanos mayores de la Casa como una reliquia), y musitó: "Con la humildad que puedo, aunque indigno pecador, lo bendigo en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios le haga humilde"; así mismo bendijo a los demás peones de la institución belemítica.

Ya recibió el viático. Ha conversado largamente con el padre Lobo, fray Alonso Vásquez y el maestro Ovando. Inquierte: "No es verdad que yo muero?", y en el silencio que se hace:

“¿Están todos de este parecer?”. Ya es el único que sonríe en medio de una niebla de lágrimas que empaña el corazón de sus hermanos: “Me alegro por Calzillas...” Sepan todos que donde Dios está nadie hace falta”.

El obispo fray Payo de Rivera acaba de entrar; han tenido que abrirle paso entre el numeroso concurso de pueblo que se mantiene de pie a las puertas de la enfermería: son los pobres de Pedro, a quienes congrega el presentimiento. Quién fuera prelado notable, quién fuera oidor. Si lo pudieran ver, oír hablar, una vez más. Todo un pueblo se va a quedar huérfano... El pueblo crece y se arremolina en silencio. Será preciso suplicar al capitán general que enyíe un piquete de guardias para custodiar el edificio amenazado de asalto y celar el orden.

Adentro, Pedro ha caído en un éxtasis profundo. ¿Está vivo aún? El padre Ovando moja nerviosamente el hisopo en el agua bendita y comienza a aspergear el lecho; mas el beato regresa de su letargo, quizá tenga presente la promesa que de viva voz le hizo la Virgen, de acorrerle en la hora de su muerte, suavemente dice: “Tenga, Padre, que está aquí la Virgen Santísima”. Todos han doblado la rodilla y humillan la cabeza ante la invisible presencia. Las manos de Pedro asen algo intangible en el aire, sus ojos rebosan júbilo un momento, y luego se queda quieto, porque dos dedos sútiles han rozado sus párpados, y los cerraron para siempre. El reloj suena dos horas que nadie oye.

En seguida del obispo, se incorporan todos en un silencioso coro de lágrimas. Fray Payo de Rivera se adelanta hasta el lecho en que Pedro dejó abandonado su cuerpo, le descubre los pies, y protestando no prejuzgar su santidad, besa con devoción aquellas plantas que trajinaron tanto por la empinada vereda de la caridad y el temor de Dios. El pobre Lobo lo imita, y al hacerlo declara con voz opacada de llanto: “Beso estos pies que anduvieron siempre por las sendas del Señor”...

Bien ha hecho el gobernador en atender la súplica de los Hermanos y enviar una guardia. La puerta cruje y hay quienes prueban a escalar y saltar las tapias. En un siantiamén han hecho pedazos una sábana que recibió el sudor mortal de Pedro y se han disputado sus jirones para reliquia; más atrevidos, otros han cortado cabellos de su barba venerable y algún hermano, furtivamente, un pedazo del callo que hizo fuertes las rodillas por continuada oración.

El cartulario no las tiene todas consigo cuando asienta: “Y luego incontinenti yo Estevan Rodriguez Davila, Escribano de S. Mtad. Público de número de esta Ciudad, en cumplimiento de lo mandado Certifico que hoy Lunes, que se cuentan veinte y cinco de este presente mes de Abril, día del glorioso Evangelista San Marcos, siendo las tres de la tarde, vi el cuerpo del hermano

PEDRO DE S. JOSEPH BETANCURT, muerto al parecer, naturalmente yerto y elado en forma de cadáver, **amortajado con el Havito de la Orden Serafica** al cual doy feee conoci en su vida. Y para que conste así lo certifico en la dicha ciudad de Guatemala en veinte y cinco de Abril de mil, y seiscientos y sesenta y siete años. Testigos: el capitán Luis Lopez—Miguel de Cuellar, Miguel de Piña y otras muchas personas que concurrieron.—En feee de lo cual lo signé en testimonio de verdad: Esteban Dávila. —Escribano Público”.

La noticia recorrió con pesadas alas la ciudad capital y sus pueblos aledaños, y era general la pena y público el clamor desesperado; en lo alto de los campanarios de todas las iglesias las campanas comenzaron a plañir gravemente, porque los ciegos volvían a perder la vista, los tullidos a perder el movimiento, los desencantados su esperanza, los menesterosos su pan, los enfermos y las ánimas del purgatorio su alivio.

Apénas sabido de la infausta nueva, acudió a la enfermería de Belén el capitán general, acompañado de otros miembros de la Real Audiencia; cuantioso número de religiosos y personajes del clero regular, así como particulares, concurrieron, contristados todos, y se formó un honorífico y crecido concurso, que cerraba el pueblo, cuando en el coche del señor Obispo, a las cuatro de la tarde, fueron trasladados los restos mortales de Pedro a la Escuela de Cristo, donde la guardia siguió custodiando el cuerpo, que velaron altas dignidades de la iglesia y respaldados personajes del gobierno, mientras la ciudad toda comentaba la piedad insigne y la gran misericordia de Pedro, albergando ya una póstuma esperanza: ¡Que vele por nosotros ahora que está más cerca del Señor!

— XX XVII —

RETORNO A LA TIERRA

«Aquel hombre descubierto y descalzo, macerado a penitencias y ayunos, se colocó más alto que el capitán general, que el obispo, que los superiores de las grandes órdenes religiosas».

José Rodríguez Cerna.



L 26 de abril se marcó en la vida tranquila de la ciudad capital con uno de los sucesos más extraordinarios del año de 1667: los funerales del hermano Pedro, que revistieron inusitado esplendor, no obstante la pena que empañaba las almas. Más que un cortejo fúnebre, condujo sus restos al último descanso una manifestación popular, ya con ostensible carácter de glorificación, pues todo el pueblo se sumó a la comitiva oficial, con la mente de rendir público homenaje de gratitud y admiración al insigne Siervo de Dios, al hombre manso y magnánimo perennemente dado en holocausto del prójimo, por entero sacrificado a su heroica misión de caridad.

Con el alba comenzaron a llamar las campanas para la vigilia y la misa, celebrándose sucesivamente por diversos sacerdotes el santo oficio en varios altares de la Escuela de Cristo. Se encomendó el sermón a la docta idea del padre fray Gerónimo Varona de Loayza, quien pronunció un exaltado panegírico de la vida sin mácula de Pedro, “catedrático de prima en la universidad de las virtudes”; le parece que asiste a los funerales del propio Job y puede repetir su sermon, *in hoc ultimo sermone*, que tan ajustado le viene al beato Tercero, quien “heredó el espíritu de Francisco de Asís al tomar su sayal de penitente, a la manera como Elías dejó a Eliseo por heredero del suyo en una capa”; por eso iba aquél a encenderse en amor a

los humanos y en insaciable sed de sacrificio; les costará creer a los demás hombres que el Hermano Pedro era también humano, y siendo tan gran Varón no debía morir, que con él la muerte arrebata a vivos y a muertos el consuelo; "O que dolor en aquel día, cuando fe eclipsó para Guatemala aquefta antorcha!"

Dispuesto el cortejo, las más altas dignidades civiles y eclesiásticas se disputan el honor de llevar sobre sus hombros, un instante, el venerado cuerpo; el mismo capitán general ha reclamado para sí la gracia de formar número entre sus cargadores para sacarlo de la iglesia, por la nave central, desde el crucero en que se alzaba el catafalco. En todo el camino, hasta la iglesia de San Francisco, se pelean los turnos y la vía se congestiona de muchedumbre emocionada, que ora y llora en confusión de rezos y de llantos. ¡Y Pedro que había suplicado su sepelio de limosna!

Contradiciendo la humildad del Tercero, que pedía un huequecito, su tinajera definitiva, en el campo santo de sus hermanos, se le enterró en sitio de honor, reservado a los religiosos padres de San Francisco. Y las aclamaciones exaltadas del pueblo han venido condensándose en una devoción profunda y sencilla, en una inmensa gratitud, en sana ejemplaridad, en fervorosa confianza.

Juarros, cronista puntual, nos habla de las sucesivas inhumaciones de aquellos restos: "En este panteón descansó, por algunos años, hasta en 1686, en que viendo que la memoria del Siervo de Dios, cada día se hacía célebre, a solicitud del S. Comisario de la Orden Tercera se trató de trasladar este tesoro a lugar más decente, y se colocó en una alacena formada en la Capilla de San Antonio. Aquí permaneció hasta el año 1703, en que se pasó a otra alacena más bien dispuesta, que se halla en el presbiterio, al lado izquierdo del altar mayor, cerrada con tres llaves, en cuyo sitio está el día de hoy. El año de 1791 los jueces delegados por la Silla Apostólica para la continuación y perfección del proceso sobre la vida, virtudes y milagros del V. S. de Dios Pedro de Betancourt hicieron visita del sepulcro de dicho Siervo de Dios, y en sesión que tuvieron el 11 de septiembre para concluir las diligencias de la expresada visita, se recibieron dos peticiones del V. P. Guardián y Discretos del Convento de San Francisco y de la V. Orden Tercera, en que pretendían se les mantenga en la posesión que han tenido de las antiguas llaves del sepulcro. Mas los señores Jueces determinaron que en atención a haber cesado el motivo porque los RR. PP. Guardianes de dicho Convento y Colegio de Cristo tenían las referidas llaves, que era por hallarse en él los cuerpos de varios religiosos que se han pasado ya a otro sepulcro: las tres llaves que tenían se asignasen al ilustrísimo señor Obispo, al V. señor

Dean y Cabildo y la V. Orden Tercera; las tres llaves del arca en que están los huesos del Siervo de Dios, dos al ilustrísimo Señor Obispo y la otra al Convento de Bethlen. Novísimamente, el año 1816, advirtiendo el ilustrísimo Señor doctor y Maestro don Fr. Ramón Casaus, que desde la ruina que padeció esta ciudad en el año de 1773, se halla desierta la iglesia de San Francisco y por consiguiente las reliquias del V. Pedro de San José expuestas a que las roben o que la humedad las acabe; determinó, conviniendo las partes interesadas, se trasladen a la Capilla de la Tercera Orden de la Antigua Guatemala y que actualmente sirve de iglesia y donde este Siervo de Dios se mandó sepultar. Y para el efecto mandó edificar un panteoncillo donde colocar las expresadas reliquias. Hallándose ya seco el camarín que se construyó para colocarlas, el 16 de abril de 1817, el señor Arcediano, comisionado por su S. S. Ilustrísima para esta traslación mandó citar para que concurrieran a la Antigua Guatemala, el día 24, a los RR. PP. Provincial y Comisario de Terceros de la Orden de San Francisco, Prior del Convento de Bethlen: los Señores Promotor Fiscal y Notario nombrados para el efecto, el día 25 de abril en que cumplía 150 años de la muerte del V. Hermano Pedro de Betancourt, juntos los señores comisionados y los RR. PP. que se citaron como partes y algunos otros eclesiásticos, en la iglesia de San Francisco, se abrió una alacena que se halla inmediata al altar mayor, al lado de la Epístola, donde pareció la caja que encierra a los huesos del V. Fundador de la Religión Betlemita. Esta se hallaba tan bien acondicionada como si se acabara de poner, las cerraduras tan hermosas como si fuesen nuevas. Inmediatamente se puso la arca en manos de sacerdotes, que la condujeron por dentro de la iglesia a la antigua capilla de la Tercera Orden, verificándose esta traslación a puertas cerradas, para evitar todo exceso en el pueblo, en donde se depositó en el lugar prevenido y se cerró la alacena con tres cerrojos, cuyas llaves se entregaron al señor Arzobispo, quien reservando una para sí mandó entregar las otras dos a los RR. PP. Provincial de San Francisco y Prior de Bethlén".

Cuando los restos del Siervo de Dios fueron trasladados, en 1686, a una alacena dispuesta frente al altar de San Antonio de Padua, se hizo una función pública y solemne de exequias fúnebres, a que asistieron autoridades civiles y religiosas, el clero secular y regular y gran concurso de vecinos; predicó entonces el cronista Fr. Francisco Vásquez.

A la fecha, la grey católica profesa inalterable la veneración a Pedro de Bethancur, y su tumba es lugar de peregrinación, Meca de sus innumerables devotos. Emociona ver allí a nuestros indígenas, conversando familiarmente con el muerto,

relatándole ingenuamente sus sencillas tribulaciones y pidiéndole con segura fe que obre prodigios.

Nuestro historiador escribe, por eso, emocionado: "La tumba del caritativo Siervo de Dios es sencilla. Perennemente la visitan los fieles y nunca le faltan flores frescas como ofrenda de cariño. Velas encendidas gotean sus lágrimas simbolizando penas, y exvotos de dolor lo rememoran. Fervientes rezos salen de bocas piadosas. Hay humedad de súplica en los ojos y temblor de sinceridad en las plegarias. La esperanza cierne sus alas prístinas sobre el arca que guarda los restos de un varón excepcional, a cuyo espíritu inmaculado tributa culto el infortunio; a cuya intercesión acude la desgracia, siempre creyente. La misericordia, entre destellos de pureza, flota cual sagrada liturgia en torno de la sepultura del monje milagroso, que enfervorizó los tiempos coloniales. Para todos debe existir algo que invocar, algo que creer, algo que esperar, en medio de las angustias, desastres y penalidades del mundo".

— XXXVIII —

SUPERVIVENCIA

«El tiempo pasa volando. Cuanto más inmediatamente vivo en el espíritu, tanto más actúa el tiempo y tanto más irreal se me hace. El psalmista dice bien cuando dice de Jehová: mil años son para ti como el día que ayer pasó o como una vela nocturna».

Conde de Keyserling.



UERTO Pedro en olor de santidad, siguió viviendo para el pueblo, que en momentos de angustia y necesidad invocaba su intercesión, pensando todos que por sus insignes virtudes y rendida caridad, como padre de pobres, sería excelente mediador ante la divina clemencia. Más que por la obra material de la Religión Hospitalaria de Belemitas, por la forma en que ésta calcaba sus instituciones en los actos piadosos y altruistas de Pedro, el Siervo de Dios seguía, como sigue hoy, alentando una prodigiosa vitalidad y su nombre se hizo santo y seña para abrir las puertas de la caridad y encomendar los fervores de la oración.

El noble Ayuntamiento de la ciudad de Guatemala fue el primer instituto que pensó en la necesidad y justicia de gestionar el público reconocimiento de los méritos de Pedro y su exaltación a los altares. En manos del padre Manuel Lobo paraba la primera solicitud a ese respecto, y el cabildo “justamente avia nombrado capitulares por comisarios para solicitar información ante el Juez eclesiástico de la vida, virtudes y casos que pareciesen maravillosos”; información que quiso esperar el padre Lobo antes de ampliar su “Relación” biográfica, “pues apenas habría persona, grande o pequeña, que no tuviera algo que declarar haber sucedido en su casa o en su vecindad, pues era tan familiar a todos el Siervo de Dios”. Sin embargo, presenta-

da la petición, el doctor Juan de Santo Mathia Saenz de Manozca y Murillo, obispo de la diócesis, declaró que era muy pronto, y hasta después de 20 años dispondría. El padre Lobo ya no tuvo tiempo para alcanzar tan largo plazo, pues murió un mes antes, el 21 de marzo de 1687.

Pero la idea subsistió en todos, así como el fervor por el Hermano Pedro se acrecentó a merced de muchos actos maravillosos que realizó *post mortem*, como apariciones, curaciones, oportunas asistencias, etcétera. Esa fama, nacida en Guatemala, cobró alas y se propagó a toda América, la Corte de España y la residencia papal de Roma. Nuestro cronista Vásquez se admira y regocija de la veneración que en la Península lograra la memoria de Pedro en 1673; Montalvo escribe, diez años más tarde, que ese fervor dura y lo mueve a ocuparse en la biografía del Siervo de Dios, obra que al recibir la aprobación del arzobispo de Mira, Próspero Matini, Promotor de la Fe y Abogado Fiscal de la Congregación de Ritos, mereció como juicio la extrañeza de “que no se hubiesen hecho informaciones por el Ordinario, de la vida de un Varón tan grande, y exemplar, dificultándole con la dilación la proanza, y difiriendo la gloria de Dios, que quiere ser magnificado en las acciones heroicas de sus siervos”. En 1697, el ilustre prelado doctor Juan de Narbaes interpreta el sentir de la Nueva España: “Empezó fu caritativo empleo aquel Varon Venerable, quanto infigne, Pedro de San Jofeph Betancur, cuyas heroicas virtudes, exemplar vida, y flamante charidad eftan pidiendo colocarle como piedra preciofa en el Racional de la Iglesia”. En 1693, reiteró el noble Ayuntamiento de Guatemala en anterior solicitud, ante el obispo, fray Andrés de las Navas, quien se mostró bien dispuesto a ello. En fin, hasta en el año de 1698 no se decidirían los religiosos de Bethlem a introducir la causa de canonización de su fundador, presentando por medio de apoderado, alférez Zeledón de Varraondo, Síndico General de la ciudad de Guatemala, su solicitud ante el obispo fray Andrés de Navas y Quevedo, quien accedió a nombrar la Comisión Diocesana: al bachiller Pedro López Ramales, dignidad de la Metropolitana, como Juez, y a los presbíteros Carlos Conrado y José Suncín, como relatores. Por cédula Real de 19 de noviembre de 1705, se concedió a los Belemitas el derecho de recoger limosnas a favor de la causa de canonización, para costear sus gastos, por el plazo de cuatro años, sucesivamente prorrogado por cédulas de 7 de diciembre de 1731, 20 de abril de 1742 y 25 de abril de 1752. (El producto de esas limosnas llegó a 3.000,000 de liras).

En 1709, presentada la información aquí seguida por el Ordinario, a la Curia Romana, se dispuso la demora de 10 años, obligada después de la presentación de los procesos dio-

cesanos, en atención a haber transcurrido más de 42 años de la muerte del Venerable Pedro. Presentado el dubio, en 12 de abril de 1712, aun demoró la causa una objeción del Promotor Fiscal de la Fe, Próspero Matini, exigiendo la agregación de los escritos del Hermano Pedro. Estos habían sido entregados por el padre jesuita Ignacio de Aspectia al Provincial de los franciscanos en Guatemala, su hermano fray Alonso de Aspectia, a instancias repetidas de éste, quien las puso en manos del cronista fray Francisco Vásquez, como él mismo refiere; el envío a Roma se retrasó hasta el año de 1728, resolviéndose la prosecución del proceso, en abril del año siguiente, por la Sagrada Congregación de Ritos.

Mientras tanto, desde abril de 1722 se promovió en la Curia Eclesiástica de Guatemala el examen de otros testigos, por el apoderado de la Religión Betlemitica, José de Luna y Estrada, Procurador de los de número de la Real Audiencia. Solitud resuelta favorablemente por el obispo fray Juan Bautista Alvarez de Toledo, quien nombró Juez al doctor D. Carlos Menkos de Coronado y relatores al licenciado D. José de Alcántara Antillón de Austria y bachiller don Pedro Peralta, todos dignidades de la Catedral; siendo notario el de número don Felipe Díaz. Estos autos informativos, terminados el 10. de julio de 1755, se agregaron oportunamente a la causa de Beatificación seguida en Roma. Aquí, en 6 de agosto de 1729 habría firmado Benedicto XIII el decreto de introducción de la causa; en 1731 se declaró el favor de la Sagrada Congregación de Ritos a la sentencia del Ordinario acerca del *non cultu*; y en 31 de enero de 1739 se decretó la fama de santidad *in genere* del Siervo de Dios.

“Decreto de la Beatificación y Canonización del Venerable Siervo de Dios, Fr. Pedro de San José de Betancurt, de Santiago de Guatemala, Fundador del Orden de Frailes Betlemitas, sobre la duda: Si consta de las virtudes Teológicas Fé, Esperanza y Caridad para con Dios y con el prójimo; y de las Cardinales Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza y de sus anexas en grado heroico, en el caso y para el efecto de que se trata.

Cristo, Señor Redentor del género humano, se anonadó tomando la forma de Siervo, para que hecho así ejemplar y premio de todas sus virtudes, aprendiéramos de Su Magestad la verdadera humildad de corazón. Habiéndose, pues, propuesto para su imitación este singular ejemplo de humildad el Venerable Siervo de Dios Pedro de Betancurt, quiso que los religiosos varones que había congregado en Guatemala, para el alivio de los pobres, y que ejercitando muchos actos de virtudes había instruido en la carretera de la evangélica Perfección, hasta el año de 1667, en que descansó en el Señor, fueran distinguidos con el nombre de frailes Betlemitas.

Las virtudes de este clarísimo Varón fueron examinadas una vez en la Congregación Antipreparatoria, el día 16 de noviembre del año de 1762, y después en la Congregación Preparatoria del día 27 del mismo mes del año de 1770, examinadas con sumo cuidado y diligencia: por último en la Congregación General, celebrada ante el Señor Nuestro Clemente Papa XIV, en el día 9 de julio de 1771, por común sentir de todos los Reverendos Cardenales y demás que habían de dar su voto sobre la materia, fueron estimadas por ilustres, perfectas y en todos términos consumadas. Pero su Santidad difirió declarar su mente acerca de estas virtudes, para alcanzar con rendidas súplicas más abundante luz de aquel Señor cuyos juicios son incomprensibles y cuyos caminos investigables. Pero este día, en que celebra la Iglesia Santa la conmemoración de Santiago Apóstol, en concurso de los reverendos cardenales Juan Francisco Albani, Obispo Sabinense, Relator de la Causa, y Mario Marefusco, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, el Reverendísimo Padre Domingo de San Pedro, Promotor de la Fe, y yo el infrascrito secretario, implorando otra vez el divino auxilio, por el infalible oráculo de su voz, dijo: QUE CONSTA DE LAS VIRTUDES TEORICAS Y MORALES Y SUS ANEXAS DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS FR. PEDRO DE BETANCURT EN GRADO HEROICO, en el caso y para el efecto de que se trata, y mandó que este decreto se asentara y publicara en las actas de la Sagrada Congregación de Ritos, el día 25 de julio de 1771.—M. Cardenal Marefusco.—Prefecto.—M. Gallo.—Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos". Tal decreto se publicó, traducido al español, en Guatemala, el año de 1772.

Desde entonces es Pedro oficialmente venerable y permitido tributarle culto privado, invocándolo como intercesor, habiendo crecido extraordinariamente el fervor de sus fieles.

— XXXIX —

CANONIZACION

«...considerándose indigno de figurar entre los intercesores entre Dios y el hombre; tal vez, de tan cálidamente humano, no quiera la condición celeste; acaso anhele seguir cerca de la miseria humana para estar más próximo a la gloria divina».

José Rodríguez Cerna.

AUN no es santo el Hermano Pedro, mas en todo tiempo y hasta la fecha son intensos los anhelos con que el pueblo lo postula candidato a la gloria de los altares, y en particular Guatemala ha promovido con celo su última exaltación.

En 1810, cuando todavía dependíamos de la corona española, con ocasión en que partía, a representarnos en las Cortes de Cádiz, nuestro diputado, el doctor Antonio Larrazábal y Gálvez Arrivillaga, dignidad de la iglesia y hombre de seguras luces, en sesión que celebró el noble Ayuntamiento de esta ciudad, en 16 de octubre de aquel año, a moción de los ediles Mariano Aycinea y Br. Domingo Juarros, se dispuso agregar a las instrucciones que llevaba Larrazábal otras, que al efecto por separado se le dieron, para que se encargase de gestionar la canonización pendiente del Hermano Pedro. Indudablemente cumplió nuestro diputado la comisión especial, aunque al volver a Guatemala debía aceptar como prisión el convento de Belén, por disposición del arzobispo Casaus y Torres y en cumplimiento de Real Orden, el año de 1819 y parte del siguiente, hasta el restablecimiento de la Constitución española.

El 10 de febrero de 1854 el arzobispo de Guatemala, doctor Francisco de Paula García Peláez, creía indispensable publicar un edicto, informando al pueblo, cuyos vehementes anhelos se

manifestaban cálidamente, sobre el estado del proceso de canonización. Dicho prelado tuvo especial culto a la memoria del hermano Pedro y gran estimación por sus indudables virtudes: llamó "santos lugares" al retiro donde el beato antigüeño acostumbraba orar y mortificarse, y siempre entró de rodillas a ese oratorio. Continuamente dedicaba plegarias, e instaba a que sus feligreses lo imitaran, a la intención de que Pedro fuese exaltado a los altares. Por otro edicto de 6 de agosto de 1857, recomendaba a su grey dirigir oraciones para que, por intercesión del Siervo de Dios, se levantase de Guatemala, el azote del cólera morbus que hacía víctimas por centenares.

El ilustre prelado y jefe de la Arquidiócesis guatemalteca, licenciado Ricardo Casanova y Estrada, no puso menor celo en proseguir la causa de canonización, en cumplimiento de una promesa. Lo mismo puede decirse de los demás jefes de la iglesia, hasta el actual arzobispo, monseñor Luis Durou y Sure, quien visitó Roma en los primeros meses de 1934, y allá dió los pasos indispensables para reiniciar los trámites ante la Santa Sede, dejando nombrado un procurador.

De los tres millones de liras recaudados de limosna para la beatificación del Hermano Pedro, más de la mitad se ha gastado en la canonización de otros santos, pudiendo decirse que hasta en esa forma sigue siendo Pedro el maravilloso desprendido que fue en vida.

Un milagro principal *post mortem* hace falta para exaltarlo, aunque muchos casos maravillosos se registran en la convicción popular; mas Pedro no será por esa vía canonizado: un milagro que haya de redundar en su glorificación no satisface a su modestia; además, Pedro hace milagros sencillos, acordes con su natural humilde: él media para que se llene el puchero de frijoles, en las casas con hambre; remienda los zapatos de la muchacha pobre que no podía por falta de ellos asistir a misa; conversa con los indios y nimba de consuelo la frente de los afligidos; porque lo más portentoso en Pedro es su lección de humildad.

Notas:

CAP. I

1.—El apellido, de origen normando, es Bethencourt. En la tumba del Hermano Pedro se conserva la ortografía francesa fielmente; pero dicho patronímico se ha españolizado y los biógrafos del Siervo de Dios escriben indistintamente Betancur, Betancurt, Betancourt y Bethancourt. El biografiado firmaba unas veces: "Pedro de San José Betancurt" (Testamento y codicilo adscrito); otras: "Pedro de San Jcsé Betancourt" (Cartas); y otras: "Pedro de Betancur" (Librito de memorias). Nosotros hemos preferido escribir "Bethancur", aceptando la españolización ya divulgada por el uso popular; pero conservamos la *th*, para mantener el tono suave de la pronunciación francesa.

CAP. II

- 2.—El tronco de la familia en las islas Canarias, fue don Juan de Bethencourt, Barón de San Martín Gallard, en el Condado de Eu, señor de Bethencourt, etc., quien emprendió y realizó la conquista de las Canarias (ya en 1395 intentada por aventureros guipuzcoanos y andaluces). Mosén de Braquemont (Rubén o Roberto), después mariscal de Francia, había conseguido de Enrique III de Castilla el permiso para llevar adelante la empresa y comisionó para ello a su pariente Juan de Bethencourt, en 1401. Por el mes de julio de 1402, Bethencourt logró invadir algunas islas y derrotar a los belicosos nativos; pero faltándole recursos para sojuzgarlos por completo acudió a Enrique III, quien le dió víveres y dinero y le concedió la soberanía del archipiélago con la condición de que le rindiese homenaje. Terminada la conquista, doña Catalina, regente de Castilla, le dió el título de Rey y sobrenombre de grande (1417). Bethencourt construyó el primer castillo de Lanzarote y fue excelente soberano. Le sucedieron su hijo Maciot, su sobrino Menando, Pedro Barba, Fernando Pernazza o Peraza y Diego de Herrera. El apellido García lo llevó a la isla don Diego García de Herrera, quien murió en la campaña de la conquista.
- 3.—El león rampante en campo de plata, dado por Catalina de Castilla a don Juan de Bethencourt, es el símbolo principal en el

escudo de armas de don Amador Gonzalez de la Rosa Bethencourt, del cual es timbre y en el que llena el primer cuartel. Los otros símbolos descritos corresponden a alianzas familiares, a excepción de los reyes Guanches, que son sus soportes.

4.—No hemos tenido a la vista el comprobante; pero don Antonio Batres Jáuregui cita el proceso de beatificación (folio 1602), donde aparece que fue llevado a la pila bautismal el 21 de marzo de 1622. (En el año hay un lapsus calami o error de imprenta, sin duda, pues el propio autor concluye: "nació nuestro santo el 19, día de San José, del mes de marzo de 1626"). Ayuda a establecer el día de su nacimiento el hecho de que escogiera el nombre de "San José", que usó en honor del patriarca de la iglesia, con permiso escrito de fray Payo de Rivera. Según fray Giusseppe de la Madre di Dio, a su bautizo asistieron "in qualitá di padrini Pier Nicola & Ana Fabricani".

CAP. III

5.—Entre las precoz muestras de la fe y esperanza de Pedro, así como anuncio de las gracias con que luego sería favorecido, hay una tradición que repiten todos sus biógrafos y, como dicho de su confesor, don Bernardino de Obando, consta en el proceso de beatificación. Pedro fue aquejado en su niñez de una grave dolencia que lo tenía inmóvil en el lecho. En tales circunstancias, desdénando medicinas, ofreció rezar una salve y un padre-nuestro y hacer de rodillas una visita a la ermita de San Amaro, existente a varios kilómetros de Chasna. De ese modo obtuvo una curación que todos tuvieron por providencial y su gratitud mantuvo la costumbre de rezar una salve y un padre-nuestro después de la plegaria de la noche, costumbre que heredaron los belementas y que se introdujo en las reglas interiores de la compañía.

CAP. VI

6.—Entre los descendientes de Juan de Bethencourt, por eso mismo parientes del hermano Pedro, se dieron hombres ilustres, como Adrián de Bethencourt, gobernador de Tortosa en 1708. Otros muchos se destacaron en religión y política, como el erudito y R. P. fray Agustín de Betancourt, en México; el escribano D. Juan Antonio Betancourt, en Guatemala, etc., venidos entre otros muchos inmigrantes de las Canarias.

CAP. VIII

5.—No nos fue posible identificar el sitio en que Pedro de Almengol tuvo su fábrica de paños en Antigua, y acerca de él no tenemos otra noticia que la que vierte Fuentes y Guzmán en su "Recordación Florida", pues la coincidencia de las fechas permite creer que se trata del mismo: "Admírase esta cueva el día de hoy como cosa maravillosa, pues fue habitación y amparo de un hombre que después pudo darle tantos, y que tanto y tan singular nombre dejó (Juan de Espinal), por la riqueza y opulencia de las maravillosas y grandes como hoy ocultas vetas de aquel cerro, de donde, gobernando yo aquel país, de una veta de metal acerado, que descubrió Pedro de Almengol, vi en los ensayos de ella sacar a la razón de a la mitad de plata; encubriendo esta riqueza el mismo Armengol con los desmontes de la labor, y aunque de ello di cuenta al gobernador presidente don Fernando de Escobedo, me respondió, con celo de bueno y vigilante gobernador sobre el fomento de esta materia, lo que aparece de su carta original de 13 de agosto de 1673. Pero terminado mi gobierno y muerto después Pedro de Armengol quedó perdida, y hoy se hacen diligencias por ella".—Tomo I, Cap. III, Pag. 328.

CAP. XII

6.—Algunos biógrafos motivan el viaje de Pedro a Petapa, o al menos su traslado al hospedaje de los esposos don Diego de Vilches y doña Beatriz de Vilches, en una fuga del lego, a quien Pedro de Almengol quiso casar con una de sus hijas. Tal especie es sin duda fantasiosa. Por el contrario, es indudable que el fervor y la piedad de Pedro Bethancur influyeron en el ánimo de un hijo del pañero Almengol para inducirlo a seguir la carrera eclesiástica.

CAP. XIII

7.—Según Montalvo, el doctor don Esteban de Salazar había ofrecido al Hermano Pedro la suma de veinte pesos para costearle el hábito, y a él acudió éste en demanda de que cumpliese su promesa, al decidir tomar el saco de Tercero, aunque muy humillado por su fracaso en el estudio y dispuesto a liberarlo de su oferta, si no la quería sostener a favor de un pobre derrotado. El doctor Salazar le dió gustoso el dinero.—Libro I, Cap. VII.

CAP. XV

8.—Respecto a la devoción de Pedro por el rezo del Rosario, que llegó a incrementar grandemente entre los fieles en Guatemala, es interesante advertir que concibió la organización del rosario perpetuo, del cual se le ha dicho por eso precursor, pues introdujo reformas a la práctica recién iniciada en Bolonia, dentro de la tendencia que más tarde iba a generalizarse con la aprobación y bendición papal.

CAP. XXV

9.—Aunque “el funeral” fue una costumbre que recordaba el “pecado mortal” de España, con un sabor del medioevo, por la forma en que sus mantenedores salían a la calle a demandar suffragios y limosnas para las ánimas del Purgatorio, cantando coplas y sonando instrumentos, se cree que dicha costumbre se originó de la que tenía el Hermano Pedro de salir todas las noches a hacer lo propio, al son de su campanilla, rezando y repitiendo su tremenda sentencia: “Acordaos hermanos...”

CAP. XXVII

10.—Abundan las anécdotas de conversiones que operó con su celo el Hermano Pedro, debidas a sus oportunas exhortaciones, al ejemplo de su gran piedad y profunda fe, y a los actos taumaturgicos operados por su medio.

CAP. XXVIII

11.—Lo del chocolate con sabor a salve regina, alude a una sencilla anécdota del Hermano Pedro, que a pesar de su simplicidad lo retrata cabalmente. Aceptó cierta vez el amistoso agasajo de una taza de chocolate; pero, siendo maestro en fervores, no desperdiando ocasión de lograr por los más ingeniosos medios el fomento de la piedad, impuso como condición que al tiempo de preparar la bebida se rezara una salve. La encargada de hacerlo se olvidó de ello, y Pedro rechazó el obsequio, adivinando: “Este chocolate no sabe a salve regina”.

CAP. XXX

12.—Según el padre Molina, a quien copia el cronista Ximenez, el caso que don Bernardino de Obando relataba como ocurrido en el Calvario, había tenido lugar en el templo de la Merced.

SEGUNDA PARTE

(Bibliografía del Hermano Pedro)

Nota: Hemos seguido un orden cronológico, procurando que fuera el de las fechas en que se han publicado los trabajos aquí expuestos y comentados, por razón de que, habiéndose copiado mucho unos a otros los biógrafos del Hermano Pedro, será más fácil, para quien se interese por ahondar en el estudio de su personalidad, hallar las fuentes originales de algunos datos, ya ciertos, ya supuestos, que luego han tomado carta de naturaleza en la biografía del Siervo de Dios.

PREÁMBULO

La figura del Hermano Pedro, popularísima en vida y venerada después de su muerte, ha encontrado múltiples resonancias en la literatura del país, la cual, como expresión del medio, no podía ignorar la prodigiosa existencia de tan grande varón, que solicita con pleno derecho los honores de la biografía, tienta al novelista con el trazo heroico de sus rasgos y gana la simpatía del poeta con el influjo poderoso de la leyenda.

El historiador, ocupado en reconstruir la vida de la antigua metrópoli de Guatemala durante la época colonial, tropieza a cada paso con la imagen del virtuoso lego, superviviente de aquel pasado, que aún alienta con perdurable ánima entre las ruinas de la ciudad que amaba, con esa vitalidad esencial y rotunda de los seres que encarnan un símbolo.

El novelista, que anima en sus páginas caracteres humanos, en todo el juego de sus pasiones y el ardimiento de sus anhelos, si busca en el seno fecundo de nuestra historia los motivos, así como los modelos para crear tipos en quienes se trasunte una interna potencia de realidad, no hallará más cabal personificación de la modestia y la caridad que la figura de este humilde Tercero Penitente, el mejor guía también para bucear en el subfondo de los dolores y las inquietudes del bajo pueblo de la colonia.

Y el poeta que cante nuestro pasado e impregne sus estrofas del saudoso perfume de las cosas idas, encontrará inagotable fuente de inspiración en los actos limpios y emocionantes de ese conmovedor émulo del poverello Francesco D'Assisi, que repartió su corazón a los pobres, en perpetuo sacrificio, hasta el último aliento.

Y más que en los libros, la sugestiva personalidad del Hermano Pedro vive en la tradición oral de un pueblo que en vida ya se le rindió en gratitud y admiración y, apenas muerto, púsole aureola en su fe sencilla y profunda. Cada piedra de la Antigua Guatemala esconde un secreto de aquella inmensa caridad sin testigos, de aquel amor ilimitado sin preferencias, de aquel fervor que avasalla corazones con su piedad ejemplar, y aquella humildad que imploró por la vergüenza de sus hermanos y besó las llagas de los enfermos. El viento lame la carne pétrea de la leyenda y lleva a todos los oídos la historia enternecedora de aquel hombre que lloró las angustias ajenas, oró y padeció por las culpas de otros, y venció al demonio, y pudo ser crucificado entre dos ladrones. Lo saben las campiñas donde sus manos milagrosas colectaban flores para ofrendarlas con fe niña en las aras de María; lo susurra el eco en sus quedos salmos

entre las oquedades de los templos en ruinas, lo comprende en silencio el corazón enternecido de las gentes puras.

Por eso, la historia evoca su tosco saco de Tercero junto a la seda, los encajes y el oro de las ricas damas y los capitanes ostentosos; el biógrafo recoge con cuidadosa deleitación los detalles todos de su vida admirable; el padre de la novela guatemalteca, Milla, lo centra en una de sus obras, entre claros signos de admiración; los poetas tallan en el bloque informe de la leyenda sus concepciones fantásticas; la pintura fija sus actitudes en innumerables cuadros; y la iglesia católica tramita su canonización, para exaltarlo a los altares, en la urna de un retablo que de antemano ha decorado el milagro.

— I —

VARONA DE LOAYZA (D. GERONIMO)

PANEGRICO/QVE/D. GERONIMO VARONA/DE LOAYZA/Predicó en las honras/del Venerable Hermano Pedro de S. Ioseph/Betancvr/M. P. S./

80.— mayor.—32 Págs. (Debe existir una primera edición que el padre Juan Antonio Montalvo tuvo a la vista, reimpressa en 1683, y encuadrernada al final de la obra de Montalvo) Biblioteca de M. Pacheco Herrarte.

PARRAFO 1.—Contiene el exordio: «Si es para llorada la muerte de vn amigo, que ferá la de vn amigo, y hermano? Mas que ferá la de vn hermano, amigo, y Padre? O muerte crvel! Tantas veces crvel, quantos fueron los esfragos, que de un golpe folo hizifte: muerte auara, que con una fola vida que quitafte, quitafte a tantas vidas el aliento; que hizifte? No te láftava quitar a los pobres el sustento, para que quitafte a los huerfanos fu amparo? No te baftava quitar a las carceles fu aliuio, para que quitafte a los Hofpitales fu focorro? No te baftava quitar a los viuos fu alegría, para que quitafte a los muertos los fuffragios? Pues todo lo quitafte, con quitar la vida al Hermano Pedro de S. Ioseph. O lloren todos, perdida tan de todos, y si les diere lugar, prediquen todos fus honores, folo con repetir fus beneficios: prediquenlas los pobres, predicanlas los huerfanos, los defualidios, los enfermos, los encarcelados, los viuos, los muertos; pues todos debieron a Pedro beneficios: y si ninguno entre tantos es digno Orador de tus virtudes, predicalas tu, Pedro; pues ninguno mejor que tu las conoció, predicalas, que no ferá nuevo que tu prediques a tus mismas honras, que ya Job predicó a las fuyas en el Cap. 29 de fu Hift.»

En verdad, los Padres de la Iglesia, al glosar dicho capítulo de Job, le llamaron: *Sermon, in hoc ultimo sermone*, y el panegirista Varona de Loayza compuso una glosa original, haciendo reflejarse en las cláusulas del texto sagrado la vida luminosa y los actos heroicos del Hermano Pedro, continúa:

«Mas no parece fino que predicó las honras del Hermano Pedro; porque tan medido le viene aquel sermon, y tan ajuftado el panegyris, que o fe cortaron fus claufulas al tamaño de las virtudes del Hermano Pedro, o eftas virtudes fe labraron a la medida de aquellas claufulas, y fue fin duda, que fe copió el Hermano Pedro por aquel original de Job, y falió efta fu copia tan parecida a fu original, que no pudo Job decir de fi, que no la dixeffe tambien de Pedro».

Al final de este párrafo se expresa la protesta del autor.

PARRAFO 2.—«Desengañeme —dirá Job— que era ociosa diligencia buscar sabiduría en la tierra, y determiné buscarla en Dios. He aquí que el temor de Dios es la sabiduría. Y el apartarse del mal la inteligencia. *Splendebat lucerna cius super caput meum*» (hacía resplandecer su candela sobre mi cabeza). Según el padre Varona de Loayza, Job parece hablar del Hermano Pedro, a quien se cerraron las puertas de la humana sabiduría y abriéronse en cambio las de la gracia, pues pudo decir de sí mismo: *splendebat lucerna eius super caput mcum*, después de tres años de angustiosa brega por estudiar la gramática, tras la dignidad literaria; «sobre fu cabeza traia aquefta luz, como borla de fu grado, que ya no era Pedro ignorante, fino graduado en la Vniverfidad de las virtudes». Supo más, cuando quiso saber menos, cuando quiso no saber —concluye—, y relata que el propio Pedro refería cómo, al leerse la Epístola en la misa, la entendía claramente, tal que si el sacerdote la pronunciase en el más vulgar romance.

PARRAFO 3.—Como Job, Pedro se revistió de suprema humildad, y a la manera como Elias dejó a Eliseo por heredero de su espíritu en una capa, el beato de Antigua heredó el espíritu de San Francisco al tomar su tosco sayal, y como él ardió en amor a los humanos y en sed de sacrificio.

PARRAFO 4.—Sala de armas tenía Job, que era su tabernáculo para orar; «si era fala de armas, preparada avia de eftar para pelear; pero preparada para orar, no he vifto otra, que la sala de armas del Hermano Pedro». Describe dicha sala y loa la extraordinaria condición de Fedro, que supo «unir los estruendos de la milicia con el sosiego de la oración». Job, a cualquier parte que fuera, iba siempre acompañado de Dios. «O mi Dios! Si fera aquefto lo que el Hermano Pedro dexo efcrito de fi mifmo en un quaderno que para en mano de fu confeffor, donde eftá una claufula de fu mifma letra, que dize affi: «*Defde ocho de Henero anno 1655. me acompaña mi Iefus Nazareno*».

PARRAFO 5.—Habla del ardido amor de Pedro, así Job, por los niños y por los huérfanos, por los enfermos y los desvalidos, origen de la fundación del Hospital de Convalecientes, que era el centro abrasado de donde irradiaba ese fuego.

PARRAFO 6.—Pedro marcha por las calles, desde antes de rayar el alba, y es una escuela ambulante de virtudes. Su protección, comprendiendo a todos los vivos, se extiende a los muertos.

PARRAFO 8.—Las honras que Pedro hizo en el Calvario por sus hermanos Terceros; en San Lázaro, por los enfermos; en San Alexo, por los indígenas, son todas las que ahora se hacen a su llorado cadáver, y eso explica la presencia, en el sepelio del más humilde, «de tan Supremo y Pretorial Senado: doctas Comunidades y Sagradas Religiones, crecido concurso de fieles, tanto encendido túmulo y tan abrazada pira». Refiere el milagro de la multiplicación de los panes, verificado por intermedio de Pedro, en un día del Tránsito de San José: «lo mismo que salía de su mano al pobre, volvía de este a Pedro».

PARRAFO 9.—Los ciegos ven con los ojos de Pedro, y por los pies de éste andan los cojos, los tullidos y los leprosos. Concluye admirativamente: «Digamos, pues, que Pedro era hombre, aunque no lo han de creer los hombres».

PARRAFO 10.—Job enmendó la falta de Esau, que despreció a su hermano Jacob, llamándose hermano de todos; mas Pedro es el hermano por antonomasia. Refiere su asistencia a numerosos pobres vergonzantes, sus hermanos pre-dilectos.

PARRAFO 11.—Muere Pedro libre de congojas y en su nido, al igual que Job: «No avia de fer eterno aqueste hombre? Afi avia de fer, mas O dolor!». Job previó su muerte, y parece que veía la de Pedro, quien igualmente pronosticó la suya.

Este párrafo es el último del panegírico, y termina con la siguiente impresión:

«Murió el Cifne, el segundo Job, padre de pobres. Y al ponerlo en su felpulcro yo, pude dezirle lo que al otro Job: *ingredicres in abundantia sepulchrum ficut infertur acervus tritici.* O Pedro; O amigo; Tú, que fuiste el montón de trigo donde hallaron hartura tantas hambres, entraras en este sepulcro, como en troje, donde quedará enfilado el trigo de los pobres, entra en él y reposa, mactolla abundante de frutos; pues fueron tus obras todo grano, y nada paja; reposa en este sepulcro, Cifne del Cielo, para refugiar després como Fenix: et multiplicabo dies, ficut paluna, ficut Phenix, dixo Tertuliano, porque es el Fenix símbolo de la eternidad, Afi fea, afi fea plegue al Cielo: refugita en buen hora, Fenix abrafado en llamas de caridad, refugita y levanta el ligero buelo de tus plumas, hafta llegar a la cima de aquel monte de la eternidad, a multiplicar los días de tu duración, por todos los siglos de los siglos. Amen.—LAVS DEO.

— II —

LOBO (P. MANUEL)

Relación/de la vida,/y virtudes del U. Hermano/Pedro de San Jofep Betancur./De la Tercera Orden de Penitencia de N./Seraphico P. S. Francifco/Primer Fundador del Hosptial de Conva-/lcientes de N./Señora de Belen, en la/Ciudad de Guatema-la./Dedicada a la purissima Virgen, y Madre de/Dios de Belen./Por el P. Ma-nuel Lobo de la Compañía de/Jesús./ (+) (entre angelillos)/Con licencia, Impreffa en Guathemala, por/Joseph de Pineda Ibarra, año de 1667.

En 8o.—Apostillado—Portada—En los preliminares se contiene: la Aprobación del dominico fray Juan de Quiroz: Guatemala, 29 de octubre de 1667. La licencia del Gobernador don Sebastián Alvarez Alfonso Rosica de Caldas al impre-sor Pineda Ibarra: Guatemala, 31 de octubre de 1667. La Aprobación del mer-cedario fray José Monroy: Guatemala, 8 de octubre de 1667. La licencia del Ordinario, doctor don Nicolás de Aduna: Guatemala, 2 de diciembre de 1667. A la Virgen de Belén. Protesta —página en blanco. Fee de erratas —página en blanco. Al texto sigue el «Indice de Capítulos», en dos hojas sin folio.

No hemos tenido la suerte de ver ejemplar alguno de dicha edición, pero abundan en la literatura del Hermano Pedro proljas referencias a ella, que nos permiten satisfacer nuestro propósito bibliográfico con abundante información.

El padre fray Francisco Vázquez (véase No. VIII), en su obra citada, anota: «Escribió poco després q' el Siervo de Dios fallecio, el M. R. P. Mro. Manuel Lobo de la Compañía de Jesús, a instancias de personas de autoridad, movido

de la general aclamación y excitado de interior impulso, y dictámenes de conciencia, como quien avia atrectado la del V. Hermano, defde los principios de sus estudios, casi continuadamente, porque aunque otros sacerdotes y Religiosos, le confeffaban frequeute, y aun continuadamente algunos tiempos, el padre Mro. Manuel Lobo fue el que tuvo la llave dorada del Alcazar, y fragario de su Alma».

«En 76 foxas de quartilla pequeña que contienen 28 capítulos, compendió este eruditissimo, y gravissimo escritor lo más averiguado y constante de la vida, y virtudes del infigne Hermano Pedro, procurando condescender, fino satisfacer a la devoción con un indice de sus gigantes operaciones, omitiendo por entonces lo que requería tiempo para sus comprobaciones, pues fue tan corto el que los piadosos clamores de todos le daban, que casi a los quatro meses de la muerte del Siervo de Dios, estaba ya en los moldes la Relación de su vida, intitulada así como cosa diminuta, y vial, para hacer atentos los animos a la obra cumplida q' esperaba su P. R. dar a luz, en teniendo agregadas y compiladas las selectas, y ciertas noticias de tanto como se pudiera decir y se dice de un tan exemplar hijo de San Francisco, y si una Relacion de tan pequeño volumen ha fido en el mundo tan apreciada, como diamante de tan singular valor, por sus fondos, y lo bien labrado q' sería, si las esperanzas de todos no se ubieran frutado con la bien fentida muerte de tan gran padre?».

Refiriéndose al fondo de la obra, lo elogia y lamenta que falte quien la podía completar con igual acierto: «Fues si en lo confuso, elegante y folido, en lo exprevisor, sentencioso y grave de la Relación, admira el mundo un inimitable estilo, en las máximas y documentos pura ingenuidad, y feo; quien fino el mismo pudiera acertadamente reformar, dar nueva forma a la obra?».

En cuanto al buen suceso de la publicación, dice: «Con tan general aceptación corrió la Relación de la vida y virtudes del V. Hermano Pedro de S. Joseph, no sólo en el Nuevo Mundo sino en el Antiguo que habiendo hecho impresión cumplida en la ciudad de Guatemala, en el año de 1667, a poco después ya no se hallaba un librito, tanto que teniendo yo noticias cuan aprisa se iba menoscabando o disminuyendo el número de los que había, que no en librerías, pero ni aun en los rincones de las casas estaban seguros de la devoción que los buscaba, con el deseo que no llegase a extinguirse (que lo recelé) una obra tan esencial y de la utilidad de todos, hice por mano de algunos Hermanos Terceros, celosos y diligentes, que se buscasen las copias que se pudiesen, y habiéndose hecho exactas diligencias, sin reparar el costo (porque había bienhechor que pagaría lo que pidiesen), solamente se hallaron tres de los cuales se puso uno en el archivo de la Provincia, otro en el archivo de la Tercera Orden, y otro en el registro de los papeles de crónica que es el que tengo aquí en la mesa, procurando con esta diligencia ocurrir previsionalmente a la voracidad del tiempo y ansias inconsiderables de la devoción».

El doctor don Francisco Antonio de Montalvo (véase No. V), en obra citada, elogia al padre Lobo, cuya obra tuvo a la vista para escribir su libro. He aquí la comparación que hace: «La propia diferencia que hay entre dos Retratos, uno facado del original, y otro de la copia, y lo que va de escribir fentado a

escribir en pie, efta mifma obfervaras entre el libro de la vida del Venerable Hermano Pedro de S. Joseph, que el Reverendifimo Padre Maeftro Manuel Lobo de la Compañía de Jesus dio al aplaudo, y el que yo ofrezco a la imprenta». Com» su confesor, arguye, el padre Lobo iba siguiendo sentado el curso de la vida del Hermano Pedro. Montalvo reconoce que su obra es, pues, diminuta, «per haber carecido de las memorias de las acciones más notables de efto Venerable Hermano, que fe confervan en diverfos papeles que paran en poder de dicho padre Lobo, que como padre de su vida eſpiritual es sólo quien podrá en más dilatados pliegos dar el alma, que merece a un fujeto tan plaufible y admirable».

Juarros dice acerca de esta edición: «Las ansias y deseos que mostraron los moradores de Guatemala de ver escrita la vida del V. Hermano Pedro obligaron al P. Maestro Manuel Lobo, Religioso de la Compañía de Jesús, que había sido su director, lo más del tiempo que vivió en dicha capital, a componer una Relación de la vida y virtudes del Hermano Pedro de San José Betancourt, que se imprimió en esta ciudad pocos meses después de la muerte del Siervo de Dios, y se reimprimió en Sevilla, el año 1673».

El padre jesuita fray Joseph de Porras (sermón predicado en la Catedral de México en 1697), da gran preponderancia al padre Lobo en la dirección espiritual de Pedro de Betancourt y, por consiguiente en el plan y ejecución de la Casa Hospitalaria y Orden religioso que al amparo de sus heroicos hechos iba a fundarse; y por cooperar a su extensión posterior otros jesuitas, halla justo motivo para que su Compañía se ciña lauros con la suprema consagración papal otorgada a los Belemitas: «porque pretendo el que fea nueftra efta nueva Compañía, no folo por el nombre, aunque hace mucho fer de un mifmo apellido las familias, ni folo por el ejercicio de educar niños, (ni por el parecido de las constituciones), fino porque el Venerable Hermano Pedro de Vetancur, de quien fe originó la Religión que oy celebramos, como fe dice en la Bula, tuvo por Guia, Director, y Padre eſpiritual al Reverendo Padre Manuel Lobo, Varon Iluſtre en virtud, y letras, que floreció en Goatemala, y afiftió en vida, y muerte al infigne fundador, quien al morir dejo en teſtamento encargado a fus hijos, no dieffen paffo en fus negocios, fin oyr, y seguir del Padre Manuel Lobo los confejos: y fi reconoce(n) noblemente agradecidos de efto padre la dirección en el Reyno de Goatemala, también confieffan por fus fautores en la Corte de Lima al Padre Francifco del Caſtillo: en la Corte de Madrid al Padre Prepoſito Bernabe Malo: en la Corte Romana al Padre Sebaſtian Izquierdo y sobre todo en efta Corte mexicana, y en la Corte del Cielo a San Francifco Xavier Apoftol de las Indias».

No es cierto que el Hermano Pedro haya dejado tal indicación en su testamento, mas no es imposible, y hasta es probable, que de palabra recomendase a sus hermanos la dirección del ilustrado padre Lobo. En cuanto a la afirmación contenida en la Bula (que es de Inocencio XI, Roma 26 de marzo de 1687), la cita es auténtica y dimana de las declaraciones que en el Vaticano hizo fray Rodrigo de la Cruz.

— III —

LOBO (P. MANUEL)

Relación/de la vida,/ y virtudes del U. Hermano/Pedro de San Jofeph Betancourt./ De la Tercera Orden de Penitencia de N./Seraphico P. S. Francifco/Primer Fundador del Hosptial de Conva-/lecientes de N. Señora de Belén, en la/Ciudad de Guathemala, etc.—2a. Edición, reimpressa en Sevilla por Juan Francifco Blas, im- presor mayor de la dicha ciudad.—Año de 1673.

Según el cronista Vazquez se copió fielmente la primera edición, cuya portada se reprodujo, agregando tan sólo a los preliminares: Licencia del doctor don Gregorio Bazzán y Arostegui, Provisor y Vicario General de Sevilla y su Arzobispado, 29 de mayo de 1673. Nueva aprobación, a parecer del licenciado Don Francisco de Cuvillas, presbítero abogado de los Reales Consejos, Sevilla, 21 de abril de 1673.

Comenta Vazquez: «Llegó a España el librito de diamante, con tanta dicha que aunque fueron cantidad de copias duraron poco, porque como mercadería pre- ciosa de las Indias todos apetecían, y en breves días apenas quedó en la noble ciudad de Sevilla una copia que pudiera servir de original. Tratose entre gente espiritual y prudente de que se hiciese nueva impresión para satisfacer la ham- bre que generalmente se tenía de aquel indio fruto. Se dio nuevo oriente en Eu- ropa, al sol clarísimo que alumbró en su vida este Occidente con tantos ejem- plos de virtud. Imprimióse, pues, segunda vez, el precioso librito que el R. P. Mro. Manuel Lobo compuso e intituló Relación de la Vida y Virtudes del V. Her- mano Pedro de San Joseph, etc., copiando tan puntualmente el origen de la co- pia que casi a plana y renglón salió, habiendo aun en el número de folios muy poca diferencia añadiendo solamente la nueva licencia y aprobación. Por dicha mía y diligencia, hube aquí un tomito que tengo aquí presente, careado y cotejado con el original impreso en Guatemala, consolándose la devoción con ver dos im- presiones de la vida del Venerable Hermano Pedro de S. Joseph en tan po- cos años».

— IV —

GRACIAN VERRUGUETE (D. FRANCISCO)

Constituciones/Qve han dc observar los/Hermanos de la Compañía Bethleemiti- ca,/facadas de la infitucion que dexó nuefro Ve/nerable Hermano Pedro de Dan Joseph—Primer Fundador de la dicha/Compañía.

Traducido de Latin por mi Don Francifco Gracian Verragucete, secretario de la Interpretación de Lenguas, que por mandato de su Magestad traduzgo fus escritu- ras, y de fus Confejos, y Tribunales. Madrid, a veinte y feis de Enero de mil seiscientos y setenta y cinco años. (Biblioteca Nacional).

Folleto compuesto de 20 folios. El ejemplar que posee nuestra biblioteca tiene la importancia de que es el mismo que oficialmente hiciera reconocer la Religion Bethlemitica para dirigir sus actos. A folio 20 vuelto comienza la certificación extendida por el bachiller D. Juan de Cárdenas, cura Rector mas antiguo de la Santa Iglesia Cathedral de la Ciudad de Santiago de Guatemala. Secr. de los Señores Dean y Cabildo Sede Vacante de ella, y suscrita en Guatemala, a los 16 días de Noviembre de 1675. años. El bachiller Cárdenas certifica haber cotejado dicha traducción con el original del Vaticano que le presenta el procurador de la Compañía, fray Rodrigo de la Cruz, y hallarlos conformes. A continuación, en otra hoja del sello correspondiente, aparece una auténtica en 21 de Nov. de 1675, de los escribanos Pedro de Contreras, Steban de la Fuente y L. J. de Xerez Serrano, quienes aseguran que la firma del bachiller Cárdenas es la que siempre usa y dan fe de la calidad con que la puso. En el mismo folleto siguen 5 pgs. sin folio, impresas, en que se contiene la «Forma de recibir el hábito y entrar al año de provacion, y noviciado en la Compañía de la Hofpitalidad de Convalecientes de Nuestra Señora de Belen»; mas 8 pgs. sin folio, tambien impresas, conteniendo la «Forma de la profeffion, que han de hacer los Hermanos de la Hofpitalidad de Nuestra Señora de Belen» (2 pgs. en blanco).

Dichas instituciones, aprobadas por S. S. Urbano VII, que despues sufrieron varios cambios, tienen la importancia de estar calcadas, con leves variantes, en las que de su puño y letra dejó escritas el Hermano Pedro en manos de fray Rodrigo de la Cruz y contener tambien las adiciones que de palabra recomendara el Siervo de Dios a su noble sucesor. Fray Juan de Concepción (Sermón predicado en México en 1697), dice: «Eftando para morir, el Venerable Hermano Pedro, le ordenó a un Hermano por claufula de testamento, a quien dexaba encomendado el governo de fu Bethlen, que para fu mas regulada adminiftracion, hicieffe las confitituciones, que le parecieffe mas ajuftadas a las leyes evangelicas, y mas propias del ministerio humilde, pobre, y penitente, de aquella Compañía Hofpitalaria: y entre las inftrucciones que le dio fue una, que reduxeffe la cafa a governo monaftico, con doze hermanos, y uno mayor». Comentando en seguida que el hermano (fray Rodrigo de la Cruz) cumplió como bueno. También refiere el padre misionero Vicente García (véase No. XXXVII) que el obispo Juan Mañozca Murillo «quiso cambiar algunos puntos de la constitución que le parecían muy rigurosos para personas que tanto tenían que hacer por el alivio corporal de los enfermos; mas, el fervor de los Hermanos presentó modesta resistencia diciendo que aquellos estatutos eran la herencia de su venerado fundador».

— V —

MONTALVO (Dr. FRANCISCO ANTONIO DE)

Vida Admirable/y Mverte Preciosa/del Venerable Hermano/Pedro de S. Ioseph/Betancur/Fundador de la Compañía Bethlemitica en/las Yndias Occidentales/Com-puesta/Por el Doctor/D. Francisco Antonio/de Montalvo/Natvral de Sevilla/Del Orden de S. Antonio de Viena/Y Dedicada/A La Real Magestad/Dc la Reyna Madre/Doña María Ana/de Avstria./ (angelillo)/En Roma, MDCLXXXIII./Por Nicolas Angel Tinaffi Ymprefor Camer./Con licencia de los Superiores.

Biblioteca de Mariano Pacheco Herrarte.

80. mayor-Dedicatoria (4 pp. s.f.), fechado. Roma, mayo 8 de 1683.—Introducción —(8 pp. s.f.)—Protestación del Autor, que se ha de imprimir en el principio de el libro por mandado del Summo Pontifice Urbano VII. Conforme a las declaraciones de la Sagrada Congregación hechas en Roma el año de 1642. (2 pp. s.f.) —Portada— 416 pp. I un apéndice de 11 pp. en que se copia la bula de Inocencio XI, que dio a los Bethlemitas las reglas de los Agustinos—Siguen 18 pp. con el «Indice de las cosas más notables» (en orden alfabético), y 1 p. de erratas.

En la dedicatoria a la reina Ana de Austria, ya realza de elogios la figura de su biografiado y explica los motivos del homenaje: «El Venerable Pedro de San Ioseph Fundador de la Compañía Bethlemitica en las Indias Occidentales es el piadofo fugeto de efta Hiftoria, que confagro con profunda veneracion a V. Mageftad. Efte Varon grande en cuyas obras renació la caridad para fenix de efto siglo murió tan obligado a las singulares mercedes, con que V. M. promció fus feruorofas operaciones fino ofreciera mi rendimiento fu Vida a los Reales pies de U. M. fe declarara ofendido fu agradecimiento (referencia al permiso para edificar el hospital), deftinando el Cielo a la celebridad de las edades la dulce memoria del nombre de V. M. gravado en las eternas duraciones que infiere la piedad de la virtud del Fundador y del exemplo de fu Compañía. Por teftimonios iluf-tres de efta verdad admitieron su beatitud con paternal agrado, y los Cardenales Cybo, Lucca y Ottobono con devotifima reverencia las Reales recomendaciones, en que V. M. calificando los méritos de eftos humildes Hermanos, los encomienda y agradece juftamente defde luego como propia fu mas breve y fauorable expedicion». «V. M. reciba los que es por tantas razones fuyo, y no dude que el Hermano Pedro deje de corresponder a V. Mageftad, defenpeñándole con Dios de las finezas, que V. M. obra por fus hijos, fus pobres y por fus Hofpitales».

En la introducción, explica el autor que tuvo por fuentes la obra del padre Lobo (véase números II y III, posiblemente la edición de Sevilla), el Panegírico de Varona de Loayza (véase número I) y las informaciones «de un fugeto de toda calificación, que le trató familiarmente» (Puede suponerse que fuera Fray Rodriguez de la Cruz), congratulándose de que sean «todos tres testigos de vista».

Si su obra es diminuta, lo que lamenta, es porque ha «carecido de las memorias de las acciones mas notables de efto V. H., que se confervan en diverfos pa-peles, que paran en poder de dicho padre Lobo»; hace advertir la «diftancia de Roma a las Indias, donde están los inftrumentos», y la prisa con que hubo de escribir, por «las infntancias con que muchas perfonas de la mas fuperior esphera de Madrid, y Roma pedían la vida del Hermano Pedro».

No como propio galardón, sino para conocimiento del alto juicio que per-sonas de calidad tenían de las virtudes de su biografiado, refiere que al ser someti-da su obra a la censura del Promotor de la Fe, y Abogado Fiscal de la Congre-gación de Ritos, monseñor Profpero Matini, arzobispo de Mira, no sólo éste la aprobo sin modificación alguna, sino «aun decía extrañarle que no se hubiesen hecho informaciones por el Ordinario de la vida de un Varon tan grande, y exem-plar, dificultándole con la dilación la provana, y difiriendo la gloria de Dios, que quiere ser magnificado en las acciones heroicas de sus siervos».

Termina haciendo suyo el ferviente deseo de los guatemaltecos: «Quiera la Magestad divina que llegue a ver en nuestros años esta ilustriffima Ciudad lau-reado de gloria aquel Varon, a quien tantas veces coronó su aplauso de juftas

alabanzas, para que su piedad quede digna exclarecida con las aclamaciones de la Iglesia en el Inmortal Patrocinio de tan amante Protector».

El autor dice seguir en la graduación de los sucesos el orden natural de los mismos, aunque en ocasiones no consigue precisar las fechas de algunos. Divide su obra en tres libros; el primero, compuesto de 12 capítulos, trata de la patria, padres y piadosa iniciación de su carrera, hasta la fundación del Hospital de Convalecientes; el segundo, en 27 capítulos, relata y glosa los actos que pusieron de manifiesto la fe, caridad y esperanza del Siervo de Dios, quien alcanzara en grado heroico tales virtudes; y el tercero, en 30 capítulos, se refiere a la enfermedad y muerte del H. Pedro y reseña los sucesos posteriores atingentes con la vida de la Compañía Béthlémita.

La obra de Montalvo es muy interesante: por la probada ilustración del autor, desde luego, y por el cuidado con que trató de sujetarse a los datos más ciertos. Así, sólo en pequeños detalles discrepa de la biografía de Fray José García de la Concepción, sin duda porque este último también tuvo muy en cuenta la relación del padre Lobo, cuya verdad concuerda con las probanzas del proceso de beatificación.

— VI —

DE LOS REYES ANGEL (P. GASPAR)

SERMON/DEL GRAN PRIVADO DE CHRISTO/(+) El Evangelista (+)/SAN JUAN/En la Titular Fiesta, qve/Patente el SS. Sacramento/ celebra (entre ramazones)/la Compañía de Bethlem+/en su Hospital+/de Convalecientes/(X) (X) de Mexico (X) (X)/Dixolo/El P. Gaspar de los Reyes/Angel,/de la Compañía de Jesus,/En Prefencia del Excelentissimo Señor Conde/de Galve, Virrey defta Nueva Espana./(+++) DEDICASE (+++/al Señor Doctor D. Francisco Deza, y Viloa,/del Confejo de fu Mageftad, inquifidor Fifeal del Santo/Tribunal de la Fé, Cathe dratico antes de Rethorica/en propiedad, y de Vifperas de Canones en la Real/Vni veridad defta Corte/(+) (+) (+)/con lifencia en México: por los Herederos de la viuda/de Bernardo Calderón. En la Imprenta de Antuerpia 1689.

Biblioteca Nacional, 29 S.

8o. Port.—Pagina en blanco—DEDICATORIA (en dos pags.) Al Sr. Dr. D. Franfico Deza y Vlloa. Enero 12 de 1689 APROBACION (en dos pags.) del M. R. P. Aguftin Franco de la Compañía de Jesús, Rector del Colegio de San Andrés de Mexico. Enero 19 de 1689—APROBACION (en dos pags.) del M. R. P. Doctor Francifco Antonio Ruiz, Prefecto de la Congregacion del Salvador en la Casa Professa de Mexico. Febrero 6 de 1689.—LICENCIAS (en 1 pag.) del Virrey, Go vernador y Capitan General de Nueva-Espana. Decreto de 20 de febrero de 1689 —y del Doctor Diego de la Sierra, Provifor. Auto de 7 de febrero de 1689.—LI CENCIA (en 1 pag.) del Provincial de la Compañía de Jesús, Bernabe de Soto; que refrenda el secretario, Martin de Renteria. Febrero 4 de 1689.

15 pags. de texto. Comienza: «Tan semejante es vueftro amado Apoftol (Soberana Mageftad de cielos, y tierra) es tan parecido el Discipulo amado a efta nueva Familia de Bethlem, y fu caritativo Inftituto, que para satisfacer a la obli gacion defte dia, no ferá fin propofito, que yo haga defta Compañía, y Hofpita

lidad, la misma pregunta, que hizo el Príncipe Pedro por el favorecido Evangelista: *hic autem quid?*»

Recuerda la costumbre de los egipcios, entre quienes «para cada achaque había uno solo reputado médico», *Medicina erat distributa, ut singulorum morborum fint medici: Herodes, Lib 2*; tendencia a la especialización que en todas las cosas se observa, mas tiene su excepción en la Orden Béthlemita: «Porque es el Maná de los Hospitales, y si el maná no podía a un manjar solo ceñirse; tampoco la Casa de Béthlem por el maná puede a especial accidente estrecharse, porque es el blanco de sus intentos atender con indiferencia a todos los Hospitales, y esta es su mayor, y propia alabanza ser uno, y servir a todos los enfermos».

Explica como esta Orden tiene de todas las religiones, por lo que abre pluralidad de caminos a la observancia de la ley divina, la propia perfección y el ejercicio de la caridad; y termina preguntándose: «¿Qué hospital es este de Béthlem?». «Atiéndase a su origen —responde—, a su principio, a su instituto, a su Fundador: *est umbra Petri*. Es una sombra de Pedro de aquel Venerable Varón, antes por el nombre de Ventancur, y después conocido por el título de Hermano Pedro de San Joseph: este fue la luz de este instituto, con que este Hospital es la sombra de ese Pedro, que como la del Apóstol en un solo contacto servía a la sanidad común. Este Hospital en un solo empleo sirve a todas las enfermerías pues de xenme decir, que este es el maná de los Hospitales».

— VII —

MUÑOZ DE CASTRO (Br. PEDRO)

EXALTACION/MAGNIFICA/DE LA BETHLEMITICA/ROSA DE LA MEJOR AMERICANA/JERICO,/Y ACCION GRATULATORIA/Por fu plausible Plantacion dicha; nuevamente/erigida en Religion agrada por la Santidad del/Sr. Inocencio XI. P. M./Que/Celebro en esta Nobilissima Ciudad de Mexico,/el Venerable Dean, y Cabildo de esta S. Iglesia/Metropolitana, y Sacratissimas Religiones,/Con asistencia/de Exmo. Señor D. Joseph Sarmiento/Valladares, Virrey de esta Nueva-España,/y/del Ilmo. Señor D. Francisco de Aguiar/Seyxas, y Viloa, Arzobispo de esta dicha Ciudad/Con octavario plenissimo de Sermones predicados, que se dedican/ al dicho Ilustrissimo Señor, a cuyas influencias debe el Parayfo/de Bethlen toda fu amenidad./Cuya difusión se encomendó a la idea del Bachiller/Pedro Muñoz de Castro, Presbítero de este/Arzobispado/Con licencia de los superiores:/En Mexico, por Doña María de Benavides, viuda de Juan de/Ribera en el Empedradillo año de 1697. — Biblioteca Nacional.

8o.—Apost.—84 folios—2 col. en p.—Prel-Dedicatoria (7 pp. s. f.); A su S. Ilma. Mexico y marzo 20 de 1697—Br. Pedro Muñoz de Castro. Parecer de M. R. P. Miguel de Castilla, profesor de la Compañía de Jesús, Catedrático de Vísporas de Teología en el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo de dicha Compañía. (8 pp. s. f.) Junio 12 de 1697.—Parecer del Doctor D. Alonso Alberto de Velasco, Cura más antiguo de esta S. Iglesia Cathedral Metropolitana de Mexico, Abogado

de Preffos, y Confultor del S. Officio de la Inquificion de efta Nueva-España, Capellan del Convento de N. Señora de la Antigua, y S. Ioseph de Religiosos Carmelitas Defcalzos de efta Ciudad, Confultor del Colegio de la Puriffima Concepción de N. Señora, y del Apoftol S. Pablo de la mifma S. Iglefia Metropolitana (6 pp. s.f.) Mexico y agosto 21. de 1697.—Licencia de el Exmo. S. D. Ioseph Sarmiento Valladarcs Conde de Moctezuma, Virrey y Gobernador y Capitan Gcneral de Nueva-Efpaña—Decreto de 9 de julio de 1697 años.—Licencia del Ilmo. y Rmo. S. Dr. D. Francifco de Aguiar, (etcétera) Arzobifpo de México—Auto de 26 de agosto de dicho año.

En 12 folios hace la «Descripcion del octavario solemne que a la publicación de la Bula de S. S. de Inocencio XI declarando Religion Sagrada a la Compañía Bethlemitica se celebró en México, cabeza del Reyno de Nueva-Efpaña».

El Bachiller Muñoz de Castro padece el estilo amanerado de su época: «Este renuevo hermofo, planta bella de nuefta feliz flor Americana, Cedro mas que fublime, Diafana Fuente criftalina, y clara, fue (ya fe dejá ver) el infigne Varon digno de eterna fama, aquel Pedro excelente, preciofa piedra, y piedra de valor ineftimable. Pedro, piedra fundamental, piedra primaria del edificio Bethlemitico Augusto, que oy nuevamente, fe aplaude ya exaltado, quando en Sagrada Religion fe vee erigido, Pedro de San Joseph Betancur, Reparador infigne de las ruynas de aquel Portal pobriffimo de Bethlen, quando edifica, y funda fumptuoso Alcazar de una Religion Hofpitalaria, que con título de Compañía Bethlemitica aplaudimos ya confirmada, Pedro de San Joseph Betancur... (Sigue exponiendo su origen, padres e impulsión de salir de las Canarias, llamado a realizar elevado destino, y acaba en fervoroso elogio de Guatemala). «Aqui, o ifigne Ciudad nueva de Guatemala, fi hafta oy tan conocida, defde aora más ilustre, fi hafta oy tan leal, y noble, defde aqui mas famosa, y decantada, en laminas de bronze a pefar de los tiempos viva eterna, tu fama pues fuiſte el rico fundo donde puſo con alta providencia los ojos el Señor para perpetuo cenfo de fu mayor agrado, para renta eftimable de fu cariño, poffeffion fu Iglefia de un rico mayorazgo. Tu fuiſte el fitio hermofo, que para obra tan rara de heroyca fundación la Mageſtad Suprema ha deſtinado, y fuiſte tu la tierra, que demoftro el Señor a nueftro Abraham Pedro, para fundamentar en ti, aquefta Religiofa, aunque minima, excelsa Compañía de Bethlen, que en Religion Augufta vemos oy erigida, y exaltada».

En el mismo tono sigue llamándola «Sion gloriofa», predisposta a albergar en su seno a esa Bethlen, tierra propicia a «la flor americana», a la vez exalta la figura de Pedro: «O Guatemala Iluſtrc, en ti foltó las velas a fu eſpiritu a follos repetidos de el Sacrofanto, eſte Varon famofo, eſte hombre Angelical, Angel humano, furcando fin parar quinze años fubfquentes, q-vivio en tus confines, los mares borrafcoſos de tribulaciones, y trabajos, todo aplicado, todo, a la tarea continua de obras de charidad en que fin ceſar fervorofo fe exercitaba, vifitando Hofpitales, curando a los enfermos, viftiendo a los defnudos, y fcorriendo hambrientos, y miferables».

Continua exponiendo la forma en que Pedro procedió a su fundacion hospitalaria, «en aquella humilde cafita tan dichofa, para cuya erección bufcó charitativos compañeros idoneos que le ayudaffen, o por mejor decir atraydos ellos mifmos de aquel olor fuave, de aquella inclita Rofa, le figuieron en pos de la fragancia de fus prodigiosos faludables unguentos de virtudes embelefados.»

Remite, a quienes desearen más individual noticia, a «la vida, o vidas dos de este Varon Insigne, hombre admirable, la que escribió el Reverendissimo Padre Maestro Manuel Lobo de la Compañía de Jesus, su Doctissimo y espiritualissimo Confessor, y la que despues en mayor volumen compuso el eloquentissimo Doctor D. Francisco Antonio de Biena, donde hallará el Devoto noticias prodigiosas, y ejemplos singulares».

Elogia el celo con que Fray Rodrigo de la Cruz, presente en esas ceremonias del novenario, ha continuado la obra, «creciendo la cafita pequeña de aquel pequeño Pedro piedra humilde, que le quebro las piernas a la estatua soñada de Nabucos adverfos, hasta formar un superior collado, un Libano eminentes».

Le parece que todo el texto de Isaías induce profética alusión a la Orden Bélemitica, y pasa a relatar las ocurrencias del solemne octavario. Entre otros datos, nos interesa sobre manera el que identifica a un pariente consanguíneo del Hermano Pedro, entonces residente en México y prelado notable, a saber: «Aplaudio en el pulpito las glorias de el celebrado Pedro, un orador Seraphin fabio, y Querubin amante por las generales que le tocan, y muy de lleno por consanguíneo de el infigne Fu(n)dador de la Familia de Bethlen, pero aunque parte tan apasionada, como vive desnudo, no extraño el desnudarse de paffion, este fue el muy R. P. Fr. Augustin de Betancur, Difinidor Actual, Cura Colado de la Parroquia de S. Joseph de los Naturales, y Coronista de su Sagrada Religion, cuyos elogios, creditos y fama estan bien afianzados en lo mucho que como tal Coronista tiene impreffo».

Cada Continente había dado su concurso de santidad, agrega, mediante la predestinación de excelsos varones, «...de la Afia Bafilio, de la Africa Augustino, y de la Europa Benito: solo nos faltaba la América, y esta puso su flor, también, por medio de Pedro de Betancur, en este prodigo ramillete de las Religiones». Halla que el hombre de hierro que vio Ezequiel y campeaba dirigiendo el carro de Dios, es Pedro de Betancur, carro y carrero él, «encendido en llamas de charidad». «Y que hombre mas de hierro, que nuestro Betancur, que jamas parecio hombre de carne?».

Transcribense en seguida los sermones con que se solemnizó el octavario en la Catedral. A folio 13: «Sermon, que en las fiestas de la publicacion de la Bula que erigió en Sagrada Religión a la Compañía Bethlemitica, el primer dia de su octava en la Santa Iglesia Cathedral Metropolitana de Mexico./Predicó, el Dr. D. IVAN DE NARBAES, Prebendado de dicha Sa(n)ta Iglesia Metropolitana, Catedratico Propietario de Prima de Sagrada Escritura en esta Real Universidad, y Examinador Synodal de este Arzobispado». Es curioso en esta pieza oratoria un derroche de ingenio y tiempo para sacar consecuencias alegóricas a la relación numérica de las fechas importantes en la vida de la nueva religión, desde que Pedro de Betancur la fundara en el año de 1653.

A folio 25: «Sermón Segundo./En las fiestas de la Publicación de la Bula en que/fe erigio en Religion Sagrada la Compañía/Bethlemitica./Predicado, por el M. R. P. M. Fr. DOMINGO DE SOUFA, Provincial Actual de la Provincia de Santiago de Mexico, en el Hospital de Convalecencia de esta Ciudad.

A folio 32: «Sermón Tercero/A la Celebración de la exaltación en Religion Aprobada de la Compañía Bethlemitica por Bula de la Santidad de Innocencio XI/Predicado por el M. R. P. Fr. AUGUSTIN DE BETANCUR, Ex-Lector de Teología, Predicador Jubilado General, Difinidor Actual, y Chronista de la Pro-

vincia del Santo Evangelio Mexicano, Cura Miniftro de la Iglesia Parrochial del Señor San Ioseph de los Naturales de México». Era este padre orador y escritor famoso, y pariente consanguíneo del Hermano Pedro; en un párrafo en que atribuye a sus actos la inspiración del Espíritu Santo, desde su dichoso nacimiento, cree neccsario advertir: «...y efto no me lo revelo la fangre fuya. Caro, fanguis, no revelabit tibi, fino la fama de fus virtudes...». De él conocemos una obra muy docta, intitulada «Chronografia Sagrada de la Vida de Christo Nuestro Redentor»; seguida de otra particular de la Seráfica Religion de San Francisco, publicada en México, por María de Benavides, en el Empedradillo, 1896; y su «Teatro Mexicano».

A folio 38: «Sermon Quarto/En las Fiestas de la Publicación/de la Bula en que fe erigio en Religion Sagra/da la Hofpitalidad y Compañía/Bethlemitica./ Predicado por el M. R. P. Fr. LVIS DE RIBERA, Lector de Theología Jubilado en fu Provincia de S. Nombre de Iesus, y Miniftro de la Tercera Orden de Penitencia de N. P. S. Auguftin». A folio 45: «Sermon Quinto/En las Fiestas de la Publicacion/de la Bula en que fe erigio en Religion Sagra/da la Hofpitalidad v Compañía/Bethlemitica./Predicado por el M. R. P. fray IVAN DE CONCEPCION, Superior del Convento de S. Sebastian de Carmelitas Defcalzos de efta Ciudad de México».

A folio 57: «Sermon Sexto/En las Fiestas de la Publicación/de la Bula en que fe erigio en Religion Sagra/da de la Hofpitalidad y Compañía/Bethlemitica/ Predicado por el M. R. P. Fr. NICOLAS RAMIREZ del Real, y Militar Orden de N. Señora de la Merced, Ex-Regente del Convento de los Santos Doctores S. Cofme, y S. Damian de la Puebla, etc./

«Sermon Septimo/En las Fiestas de la Publicacion/de la Bula en que fe erigio en Religion Sagra/da la Hofpitalidad y Compañía/Bethlemitica./Predicado por el M. R. P. JOSEPH DE PORRAS de la Compañía de Iesus, Prefecto de la Congregación de la Puriffima».

«Sermon Octavo/En las Fiestas de la Publicacion/de la Bula en que fe erigio en Religion Sagra/da la Hofpitalidad y Compañía/Bethlemitica./Predicado por el M. R. P. Fr. JOSEPH IGNACIO DE RUEDA del Orden de S. Juan de Dios».

Todos los oradores citados hallan coyuntura para exaltar la piedad, devoción y otras virtudes del Hermano Pedro, así como las excelencias de la Orden Hospitalaria que por divina inspiración fundaría en América.

Sigue (a folio 81) una carta pastoral del arzobispo de México y miembro del consejo de su Magestad, doctor Francisco de Aguiar y Seyxas, por la cual comunica «a todos los vezinos, y moradores, eftantes, y habitantes en efta ciudad de México; y todo efto N. Arzobispado, de cualquier eftado, calidad, y condición que fean...», el brebe que acredita a fray Rodrigo de la Cruz como general de los Bethlemitas y la bula de Inocencio XI relativa a la consagración de la Orden Hospitalaria fundada «por un cierto Pedro de Betancur de San Joseph, que comenzó el año de 1653 a edificar la primera Cafa, y Hofpital de dicha Compañía, en la ciudad de Guatemala».

— VIII —

VAZQUEZ (Fr. FRANCISCO)

SEGUNDA PARTE/de la/CHRONICA/De la Provincia del Santis/simo Nombre de Jesús de Gvatemala/Del Grden de N. S. P. S. Francisco/En el Reyno de Nueva-España/(entre ramazones) **DEDICADA**/al Ilmo. y Rmo. Señor Doctor y Maestro dos veces Jvbilado D. Fray Juan Baptista Alvarez de Toledo de la Regular Obfervancia,/Dignissimo Señor Obispo de Guatemala y Verapaz del/Confejo de fu Mageftad; Hijo y P. Amantissimo de/esta Provincia y COMPUESTA/Por el R. P. F. Francis-/co Vasquez Lector Jvbilado Calificador del Santo Oficio,/Notario. Apoftolico, Padre de la Provincia de Nicara-/gua, Cuftodio, y Cronista defta./TOMO **SEGUNDO**/Con licencia de los superiores,/En Guatemala en la Imprenta de Sam Franciscfo/año de 1716. Biblioteca de los P. Franciscanos.

El padre Vazquez fue por más de quince años Chronista y su obra, escasísima hoy, contiene datos muy importantes. El capítulo XVI de este segundo tomo (pags. 888 y sigtes.) se intitula «Noticia de la vida admirable del V. Hermano Pedro de San Jofeph de la Terzera Orden de Penitencia de N. Seraphico P. San Franciscfo».

Hace referencia a la obra del padre Manuel Lobo, a quien trató personalmente; además, tuvo oportunidad Vasquez de relacionarse con varios Terceros contemporáneos del Hermano Pedro, particularmente con aquellos con quienes más se comunicaba el seráfico lego, y de ellos obtuvo algunos «instrumentos y papeles de letra del V. Herm. Pedro», los cuales quiso cotejar con otros que se hallaban en poder del padre Lobo. En esa ocasión, el confesor del Hermano Pedro le expresó su intención de añadir y ampliar la Relación impresa en 1667, «y disponer un volumen diferente, que compuciese un libro», con lo cual no sólo satisfacía a un interior impulso sino obedecía a las instancias y hasta órdenes de sus prelados; sin embargo, esperaba que se practicaran las informaciones públicas, seguro de que «apenas habría persona grande o pequeña que no tuviese algo que declarar, haber sucedido en su casa o en su vecindad, pues era tan familiar a todos el Siervo de Dios». Aún más, el padre Lobo mostró al cronista Vazquez una petición del muy noble Ayuntamiento para que se nombrasen capitulares por comisarios y solicitar la debida información ante el Juez Eclesiástico, «de la vida, virtudes y cosas que pareciesen maravillosas», del Hermano Pedro. A tal petición respondió el Dr. Juan de Sto. Mathia Sanez de Mañozca y Murillo que era muy prematura e insinuando que se esperase al menos 20 años. Desafortunadamente, comenta, pocos días antes de que el plazo se cumpliera, que era el día 25 de abril de 1687, falleció el padre Lobo —el 21 de marzo de dicho año—, sin llegar a escribir el libro que planeara. Vazquez suplicó al Provincial de la Orden, fray Alonso Apectia, que gestionase la restitución de todos los papeles que poseía el difunto, que no podían ser conservados por nadie con mayor celo y cariño que el de los franciscanos, dichosos de haber tenido en su seno al «insigne Hermano Pedro». Su solicitud tuvo éxito, y la documentación llegó a manos del cronista, quien, a su vez se reservó para más tarde escribir largamente sobre el famoso Tercero, esperando también las informaciones públicas.

El cronista Vázquez afirma que conoció por más de diez años al Hermano Pedro, teniendo aquel 20 años a la muerte de este; y refiere que apenas muerto el Venerable Varón ya cundieron en el pueblo generales aclamaciones de su santidad, en forma y grado sólo comparables a las que motivó el fallecimiento de fray Juan de Orduña, otro piadoso varón cuya vida refiere en el capítulo XIV (página 58). Lamenta el retardo en la práctica de indagaciones oficiales sobre las «gigantes operaciones» del Hermano Pedro, lo cual dificultará las probanzas, pues en 30 años corridos desde su muerte «ya faltan tres cuartas partes de quienes le conocieron». Acerca de la vida del H. Pedro se había Vazquez informado con los Terceros Penitentes, pues fue durante seis años Visitador de la Orden, y, siendo poseedor de la documentación del padre Lobo, deseaba escribir un libro, que ya no comenzó siquiera. Sin embargo, Agustín Mencos Franco (véase No. XXIII) lo da por escrito, con el título de «Historia del Venerable Pedro de Bethancour, fundador de la Orden Hospitalaria de las (sic) Belemitas», y «publicada en las prensas de la Antigua Guatemala».

El cronista Vazquez pronunció un panegírico del Hermano Pedro, en las exequias hechas a sus restos el año de 1686, según consta del Proceso de Beatificación. (La Semana Católica, Año V, No. 245, página 287).

— IX —

MELIAN DE BETANCURT (Fr. PEDRO)

Mística escala de Jacob/la Religion Bethlemitica, y en el Patriarca,/fu V. Fundador el Hermano Pedro/de San Jofeph Vetaneur/figurado/PANEGRICO/Predicando en Belen, de el Nacimiento de el hijo de/Dios, día de los SS. Inocentes/Patente/N. GRAN DIOS/y Señor Sacramentado/Por el R. P. Fr. Pedro Melián/de Betancurt, Lect. Jubilado, Qualificador de el/S. Oficio, Examinador Synodal de este Obispado,/y Diffinidor actual de efta Sta. Provincia/de el SS. nombre de IESVS/de Guatemala/año de 1722/(una corona entre ramazones)/En Guatemala, co(n) licencia de los Superiores, por el Bchiller (sic)/Antonio Velafo, Año de 1723. — Biblioteca Nacional de Guatemala.—29 S.

8o.—Portada—hoja en blanco—Preis. en 15 Pags. s. f., a saber: Ofrecido al Rmo. P. Fr. Andrés de la Purificación dignissimo Prefecto de fu Religiofissima Cafa Bethlemitica de Guatemala, y por fu orden confragado a fu inclita devota la efclarecida Virgen y Martyr invictissima Señora Santa Febronia: Comienza: Espejo de Virgenes, exemplar de martyres, norma de fortaleza, efpofa amadiffima de Chrifto Señor Nro. Señora mia S. Febronia.—Termina: Eftá Santa mia, a tus pies el mas humilde, y menor de tus devotos. Fr. Pedro Melian de Vetancur (en tres pags.)—LICENCIA DE LA ORDEN: Fr. Pedro Salguero del Orden de los menores de la Regular obfervancia de Nro. Seraphico Padre S. Francifco, Predicador Jubilado Calificador del Sto. Oficio Examinador Synodal de efto Obispado Ex-Cuſtodio, y Miniftro Provincial de efta Sta. Provincia de el SSmo. nombre de Iesvs de Guatemala, Honduras, Chiapa, Monjas de N. M. Sta. Clara, Colegio de Chrifto Sr. N. Crucificado, y Sierva, &c.—La refrenda: Por M. de S. M. R.—Fr. Juan Paf-

qual—Lector Jubil. y Secret.—8 de enero de 1723.—Parecer del R. P. Fr. Juan de Arroyo, Lector jubilado, Cathedratico de Filosofia en el Colegio del Seraphico Dr. S. Buenaventura de el Convento de S. Francifco, Regente General de eftudios, Notario apostolico, calificador del S. Officio de la Inquificion, y Con. Juez y difinidor actual de efta (etc.)—Enero 9 de 1723. (En cuatro pags.)—Parecer de Fr. Francifco Vidal—Convento de S. Francifco—Guatemala, Henero 16 de 1723—En dos pags.)—Licencia de el Maestre de Campo D. Francifco Rodriguez de Rivas del Confejo de su Magestad Prefidente, de efta Real Audiencia, Governador y Capitan General de efto Reyno, &c.—Refrenda: Por Mad. de fu Sria.—Don Manuel Lexarza Palazios—18 de Henero de 1723—(en 1 pag.)—Por remision del Sr. Dr. D. Joseph Varon de Berrieza Dean de la Sta. Iglesia Cathedral Jubilado de Vifperas de Sagrada Teología en la Real y Pontificia Vniverfidad de San Carlos—San Francifco de Guathemala, Henero 21 de 1723 (Segundo parecer del P. Arroyo, en 3 pags.)—Licencia de la Jurisdiccion Ecleffiaftica—22 de Henero de 1723—Suscriben: Dr. Don Jofeph Varon de Berrieza—Por Mand. del Sr. Proviffor y Vicario General Juan Gregorio Vafquez—Not., Public.

Siguen 24 págs. de texto, comprendiendo las nueve primeras la salutación y constando en la última la protesta del autor. Este sermón, dada la popularidad del Hermano Pedro, cuyos heroicos hechos palpitaban en el ambiente, fue elogiosamente comentado en toda la ciudad, el padre Arroyo dice: «Grande fue en la fama este sermón, y parece mayor en lo escrito, pues cada cláusula suya es una admiración y todo junto un milagro». La pieza oratoria exalta a la religión Bethlemítica y a su fundador, haciendo un paralelo de la ejemplar vida del Hermano Pedro con la de Jacob, señalando en los textos sagrados y en los glosadores de la biblia numerosos antecedentes de los hechos del Venerable Tercero Penitente, comenta al respecto el padre Arroyo: «Engafta con primorio artificio noticias diverfas de la vida del Venerable hermano Pedro, de Padres, y Expofitores prefentes, y futuros de una nueva, y Santa Religion». Y en su segundo parecer corrobora ese criterio: «Aveja artificiofa ha fido el author, pues de todas flores de letras Divinas y Humanas, de Padres, Expofitores Sagrados, y de la Vida del Hermano Pedro de San Jofeph Betancort, ha entrefacado el mejor y mas suave licor, para componer el nectar preciofo, que nos adminiftra en efta obra en que fe hallan con admirable concordia, Niño Dios, que nace, y Niño Inocentes, que mueren, (porque eftan muy enlazados el nacer con el morir) con la inocencia Santa de una Religion nueva, que imita en todo la candidez columbina de el V. Pedro de San Jofeph Betancurt; que bien confiderado todo es vn nectar de inocencias».

Belén es un cielo —según el padre Melian—, porque lo formaron primeramente los angeles que Jacob vio congregados, y es santuario de humildad porque, a la vez, es fundación de los pastores que fueron a adorar al Niño Dios, quien vino al mundo en un indigno pesebre, donándose ya con este primer acto de modestia a los humanos; en fin, esta religión es eco del virtuoso ejemplo de los patriarcas de la antiguedad: «los Bethlemitas fon vnos hombres dados al eſpiritu en trage, barba, officio, y execicios de los antiguos Patriarcas».

«Fundó a efta —prosigue—, que primero fue congregacion, el Paftor Jacob, teniendo en Belen la cueva, o tugurio de su recogimiento: eftaba efta cueva a la parte del Oriente entre peñas, o labrada allí: dice Tirino. Tirin, apud. Haye: Ad partem orientalem urbis Bethlehem, inquit Juftinos, spelunca erat excifa in

rupe. Alli estaba como un balcón de madera, do(n)de Jacob defca(n)faba (parece que iba pintando la tinajera, o el valcón del hrm. Pedro, que aún se conserva en Belén)».

«Devotissimo era el hermano Pedro del misterio Soberano del Nacimiento: vida, folio 129.—En este lugar de Belén, cogió la cueva tugurio o tinajera, lugar de sus exercicios, oración, y defcanfo, aquí tenía el valcon de su mortificacion, ofreciendole, como Jacob, en uno, y otro lugar, a Dios continuamente en sacrificio; por lo que, como los hijos de Jacob, merecieron los fuyos la honra de ilustrarse con el timbre del Nacimiento soberano del Hijo de Dios, en el portal de Belén».

Exalta la humildad y la pobreza de la religión bethlemitica, virtudes que legó a sus hijos el Hermano Pedro y son particularmente gratas al cielo. «Por eso S. Pablo no habló tan claro de la divinidad de Christo hasta que trató de su profundissima humildad», y era natural que fundase «a aqueftos Padres o Religiosos paftores aquel Jacob que estaba, por su humildad, debajo los pies de todos, o aquel, que ponía sus manos debajo de las plantas de los pobres para lamerles las llagas...» Continúa haciendo el parangón entre Jacob y el Hermano Pedro, en quienes ve derramarse, por las mismas vías y en idéntico alto grado, la gracia divina, como lo va desprendiendo del cotejo de los textos sagrados y comentarios de los Santos Padres y la «Relación de la vida, y virtudes del V. Hermano Pedro de San Jofeph Betancurt», que escribió el padre Manuel Lobo. Ejemplos: Alapide refiere que Jacob, en todo perfecto y caritativo, fue maestro de doctrina, y comenta el padre Melian: «Uno de los primeros paffos de nuestro Jacob fundador fue el alquilar una cafita, y abriendo escuela fe confituyó en ella maestro de doctrina —vida fol. 38—, lección, que dejó y exercitan para bien común sus caritativos hijos». «Aquel Jacob fue —prosigue— que de su letra afirma que desde el dia 8 de Henero año de 1665 le acompañaba Iefus de Nazareno, affi lo prometió su Mageftad al otro: Gen. 28». Y en otro párrafo: «Y a su imitacion(n) el Jacob fundador de aqueftos Angeles Belemitas, todo su estudio era como adelantar efta cafa Santa de Belén, ya se vio, pues siendo su pobreza tanta, emprendió el hazer lo que Jacob, de consagrar a Dios su cafita pobre de Belén en la obra grande que empezó —Vida fol. 53—Todo su estudio era repartir zedulas, pidiendo a los fieles oraciones, por el aumento de su querida Belén». «O dichosa pobreza la de la Religion Belemitica —concluye—; pues de ella sale la abundancia para la cafa de Dios: a quien no admira ver la que por antonomasia se llamaba la cafita de el Hermano Pedro —vida fol. 50—convertida en cielo». «Cielo es Belén; pues que(n)to aqui se ve es gloria, es amor, es caridad, heredada efta en los hijos de su Jacob fundador».

Considerando al Tercero Penitente investido de las más altas prendas de virtud, dotado del don profético y señalado por particulares indicios como un elegido del Señor, se ve precisado a protestar que no intenta, ni quiere, dar más fe que la humana a cuanto dice del Hermano Pedro de San José Bethancur, «hasta que la Regla infalible de Nra. S. Iglesia declare otro mayor affento»; y termina anhelando la justificada canonización: «O, y conceda Dios N. Sr. a Guatemala dicha tan grande».

— X —

GARCIA DE LA CONCEPCION (Fr. JOSEPH)

Historia/Bethlemitica./Vida Exemplar,/Y Admirable Dcl Venerable Siervo de Dios Y Padre/Pedro de San Joseph/Betanevr./Fvndador De El Regvlar/Institvto De Etchlehem/En Las Iindias Occidentales;/Frvtos Singulares de sv Fecvndo Espiritv,/Y Svcessos Varios de Esta Religión/Escrita/ Por el P. Fr Joseph García de la Concepción,/Lector de Theologia, Religioso Defcalzo de la Ordn de Nueftro/Serafico Padre San Francifco, y hijo de la Provincia/de San Diego, de Andalucia,/Dedicada A la Magestad de el Señor Don Felipe Qvinto, en fu Real Confejo de Indias, el M. R. P. Fr. Miguel de la Concepción,/Religioso Bethlemita, y Procurador general de fu Reli-/gion; y el mifmo lc da a la publica luz./Año de 1723./Con Privilegio: En Sevilla, per JVAN DE LA PVERTA, Impreffor de Libros, en las Siete Rebueltas.—Biblioteca Nacional.

8o. Mayor.—(Dedicatoria, en 6 pags. s. f.) Al Rey N. Señor/En Sv Grande, y Real/Consejo de Indias (Apostillado). Puerto de Santa María, y Mayo 8 de 1722. B.L.R.P.D.V.M.—Fray Jofeph Garcia de la Concepcion.—Aprobacion de el M.R.P. Fr. JVAN CARRASCO de la Soledad, Lector de Theologia, y Ex-Difinidor de la Santa Provincia de San Diego, de Andalucia, de la mas eftrecha obfervancia de N. S. P. S. Francifco. (Apostillado, 4 pags. s. f.) En efto Convento de San Juan Baptifta, de Xerez de la Frontera. En I Febrero de 1723. años. Fray Juan Carrasco de la Soledad.—Aprobacion de el M.R.P. Fr. Francisco de San Nicolás Serrate, Lector de Theologia, y ExDifinidor de Francifcos Defcalzos de la Provincia de San Diego, de Andalucia (Apostillado, 6 pags. s. f.)—En efto de San Juan Baptifta de Xeres de la Frontera, a 6 de Febrero de 1723. Fr. Francifco de S. Nicolas Serrate.—Licencia de la Religion (1 pag. s. f.) En nueftro Convento de la Reyna de los Angeles de la Ciudad de Cadiz, en 8 de Febrero de 1723. Fray Juan Diaz de la Concepcion. Miniftr. Prov. Por mandado de nueftro clarifimo Hermano Provincial—Fr. Fernando Gobin de S. Jofeph.—Secret.—Aprobacion del Dr. Don Thomas Hortiz de Garay, Cathedratico de Moral, Theologo de Camara del Excellentissimo Señor Arzobifpo de Sevilla, y Canonigo de la Santa Iglesia de Saint Iago. 3 pags. s. f.) Sevilla y junio 13 de 1723. años.—Licencia del Ordinario, Don Luis de Salcedo y Ascona.—Dada en Nueftro Palacio Arzobifpal de Sevilla, a 29 de junio 1723. años.—Luis Arzobifpo de Sevilla.—Por mandado de el Arzobifpo mi Señor—D. Manuel de Urrunaga—Secr.—Aprobación del M. R. P. Mtro. Manuel de la Peña, de la Sagrada Compañía de Jessú, afiftente general, Provincial, que fue Examinador Synodal, y Calificador del Santo Oficio. (3 pags. s.f.) Casa profeffa de la Compañía de Jesus de Sevilla, a 23 de abril de 1723.—APROBACION del M. R. P. Fr. Blas Alvarez, de la Orden de N. S. P. S. Francifco, Lector Jubilado, Ex-Definidor Confultor del Santo Oficio y Examinador Synodal de efto Arzobifpado (1 pag. s. f.) Convento de San Francifco. Sevilla, y abril 12 de 1723.—EL REY (licencia y condiciones para la publicación, en 1 pag. s.f.) En Aranjuez, a feis de mayo de mil fefcientos y veinte y tres años. Yo el Rey.—FEE DE ERRATAS por el Licenciado D. Benito de Rio Cao de Cordido—Corrector General por fu Mageftad.—TASSA—por D. Falthafar de San Pedro Azevedo, Seqr. de Camara del Rey

(fija en 957 maravedis de vellon el precio máximo de cada ejemplar).—**Prologo al lector**—(apostillado, 8 pags. s.f.)—**PROTESTA** del autor (1 pag.)—(en blanco) (Lamina que representa el nacimiento de Cristo en Belén) **Christi Nativitas**.

La obra completa tiene 216 páginas, incluyendo el Indice, y está dividida en cuatro libros. El primero consta de **XLIX** capítulos y se intitula: «Vida del Venerable Siervo de Dios, Pedro de S. Joseph Betancur; el segundo, con **XLII** capítulos, refiere la vida de fray Rodrigo de la Cruz, y en él a menudo saltan imprescindibles referencias a la obra del Hermano Pedro, sobre todo en lo que se refiere a la edificación y prueba de la vocación del primer general de los Belemitas; el tercero tiene **XXIX** capítulos y trata del establecimiento y desarrollo de la Orden de Belemitas Hospitalarios, hasta la muerte de fray Rodrigo de la Cruz; y el cuarto, en **X** capítulos, cuenta la vida de algunos otros belemitas que, a imitación de su fundador Pedro, hubieron fama de gran piedad.

Tres cosas, dice fray José García de la Concepción, han ocupado mi atención al escribir esta obra: la verdad histórica, el estilo y el ordenamiento de los sucesos. Respecto de lo primero advierte que sus fuentes han sido: la cierta y excelente obra del Dr. don Antonio de Montalvo, las Informaciones presentadas a la Silla Apostólica para la Beatificación y Canonización, los instrumentos jurídicos que en litis seguida por los religiosos belemitas pasaron por las curias de Madrid y Roma, y, las definiciones canónicas de la propia religión Bethlemita. Por último, tuvo a la vista el dicho de un testigo ocular de algunos prodigios, como lo fue el padre fray Salvador de Valencia, religioso de San Francisco, en cuya «oración funeral» ha encontrado datos personalmente afirmados; y le satisface agregar que algunas afirmaciones del verídico Montalvo las ha corroborado con la deposición de hasta 57 individuos concordes, siendo así que para hacer prueba, en el Cielo y en la Tierra, se acepta el dicho uniforme de solo tres personas.

En cuanto a su estilo, fray Francisco de San Nicolás Serrate dice: «el estilo es, como debe ser, folido, expresivo, varonil. Lo nazareno se dixo de la cabeza de Joseph, pero a este Joseph no se le ha puesto en la cabeza lo florido».

Y el propio comentarista, que hubo de juzgar la obra para su aprobación, celebra su buena arquitectura literaria: «Todo se ve en esta obra debidamente difuesto: firven las palabras, no redundan: corren los afectos, no se precipitan: endulzan las noticias, no difraen: se infiuan fuaves las perfuafiones, y no perturban difonantes. Es el Autor Histórico configuiente, verdadero, lleno, libre, preciso, y claro, evitados los efcollos de confuion, superfluidad, lifonja, olvido, afec-tacion, y repugnancia».

En verdad, sin mengua de sus valiosos antecedentes, la obra del padre Lobo y del Dr. Montalvo, esta biografía es una de las más completas y ciertas del Hermano Pedro, y su publicación cayó como otro maná sobre el hambre de los fieles admiradores del beato antiguéño, en América y Europa, que no menos interés despertó su ejemplarísima vida en Roma y toda España.

— XI —

LOBO (P. MANUEL)

Relacion/de la vida,/y virtudes del U. Hermano/Pedro de San Jofeph Betancurt/De la Tercera Orden de Penitencia de N./Seraphico P. S. Francicfcó./Primer fundador

del Hospital de Conventos de N. Señora de Belén, en la Ciudad de Guatemala. Dedicada a la purísima Virgen, y Madre de Dios de Belén. Por el P. Manuel Lobo de la Compañía de Jesús. (+) (entre angelillos). Con licencia, Impresa en Guatemala, por Joseph de Pineda Ibarra, año de 1667. (A la vuelta) Y apetición (sic) de la V Orden Tercera de Penitencia se reimprime por su original en la dicha Ciudad, con nuevas licencias, y Aprobaciones, en la Imprenta de Sebastián de Arebalo, año de 1735.

8o.—Port.—20 hojas prel.—3 f.—217 pp. de texto, +1 bl.—Pagina 218 con la protesta del autor—Pag. bl.—Índice de Capítulos, 2 hojas s.f.—Apostillado.

Prel.—Aprobación del dominico fray Antonio de Lizárraga: Guatemala, 20 de julio de 1735—Nueva licencia del Gobierno: Guatemala, 2 de julio de 1735—Solicitud de fray Marcos de Balcazar al provisor para la reimpresión: Guatemala, 21 de Marzo de 1735.—Decreto del provisor remitiendo el libro al doctor don Manuel de Zepeda para su examen: Guatemala, 21 de marzo de 1735.—Informe de Zepeña: Guatemala, 25 de abril de 1735.—Licencia del doctor y maestro don José Sunzin de Herrera, arcediano de la Catedral, catedrático jubilado de Filosofía en la Universidad de S. Carlos, comisario subdelegado de Cruzada, provisor y vicario general del arzobispado: Guatemala, 27 de abril de 1735.—Aprobación del dominico fray Juan de Quirós: Guatemala, 29 de octubre de 1667.—Licencia del gobernador don Sebastián Alvarez. Alfonso Rosica de Caldas al impresor Pineda Ibarra: Guatemala, 31 de octubre de 1637.—Aprobación del mercedario fray José Monroy: Guatemala, 8 de octubre de 1667.—Licencia del Ordinario, doctor don Nicolás de Aduna: Guatemala, 2 de diciembre de 1667.—A la Virgen de Belén.—Protesta—página en blanco.—Fee de erratas.—página en blanco.—

Estos datos los tomamos de la obra del ilustre chileno don José Toribio Medina, intitulada «La Imprenta en Guatemala» (1660—1821), impresa en casa del autor, en Santiago de Chile, MCMX. (páginas 83 y 84). Adorna esta referencia un facsímil de la portada de la primera edición de 1667, que se reprodujo fielmente en las subsiguientes ediciones. Tampoco logramos ver algún ejemplar de esta tercera edición, que el señor Medina consultó aquí en la biblioteca de don Manuel Cabral. El autor sirve las siguientes informaciones bibliográficas sobre el padre Manuel Lobo: Antonio: Bi. Hisp. Nov., Tomo 10., pag. 351.—Pinelo Barcia: Epítome, Tomo 20., Cal. 854.—Juarros: Historia de Guatemala, Tomo 20. pag. 302.—Sotoviel Beristain: Tomo 20., pag. 175.—Ternaux Campans: Bib. Amer., 845.—Sabin: Tomo X, No. 41712. Reproduce algunas de las consideraciones del padre Vásquez sobre la primera edición.

— XII —

ROSSI (ANTONIO DE)

Storia della Vita Virtù, Doni e Grazie del Venerabile Servo di Dio, P. F. Pietro de S. Giuseppe Béthencourt, fondatore del l'Ordine Béthémítica, nelle Indie Occidentali, cavata da Processi Ordinari Fatti per la sua Beatificazione, dedicata alla Real Maesta di D. Carlo Borbon, Re delle Due Sicilie. In Roma, per Antonio de Rossi, vicino alla Rotonda 1739. Con licenza de Superiori.

Pasta de pergamino—332 páginas, impresas en letra atanasia—Ilustrado con grabados artísticos—Edición lujosa—Muy escasa. Biblioteca de D. Antonio Batres Jauregui?

No hemos podido tener a la vista esta edición, de la cual hallamos noticia en la obra citada del señor Batres Jauregui (véase No. XXXVI), a quien obsequió un ejemplar Fr. Antonio Giuseppe de la Madre di Dio, Trinitario Scalzo della Congregatione di Spagna con ocasión de visitarlo nuestro compatriota en el Convento de San Carlo, en Roma, en el año de 1914, siendo aquel Postulador de las causas de canonización.

Entre los artísticos grabados que ilustran ese libro —anota Batres Jauregui— es «notable el que representa al misionero canario adorando al Niño Dios, en el pesebre de Bethlem. El dibujo es primoroso y recuerda el magnífico cuadro de Rivera, «La Adoración de los Pastores». Al pie del retrato, se lee la siguiente inscripción: «V. P. Petrus a S. Joseph de Betencourt, ob eximian Nativitatis Domini devotionem insignemque Charitem erga pauperes, Ordinem Hospitalarium Bethlemitarum in Indiis Occidentalibus fundavit et pie obiit Goathemala, die 25 Aprilis 1667».

Batres Jauregui refiere, igualmente, su interesante conversación con Fr. Antonio Giuseppe de la Madre Di Dio, quien efusivamente exclamara, al hablársele del beato de Antigua: «Ah!, he admirado siempre la vida y dones del venerable hermano Pedro de San Joseph Bethencourt, que por cierto son muy interesantes. Aun no se ha canonizado, porque falta un milagro *post mortem*, ya que en vida están reconocidos los que hizo». El trinitario agregó que había habido poco cuidado en Guatemala, para constatar el milagro que aun se ha menester; habiendo quedado el asunto de la canonización en suspenso después de la muerte de su eminencia el cardenal Vives y Tuto, quien estuvo en Antigua Guatemala, como capuchino, y puso empeño en llevar adelante la suprema declaración de santidad.

XII (bis)

DE LA MADRE DE DIO (Fr. GIUSEPPE)

«Vita del Ven. Pietro di Betancur, per Fr. Giuseppe della Madre di Dio, Trinitario Scalzo della Congre. ne di Spagna.—In Roma.—MDCCXXXIX».

Hallamos noticia de este libro en el número 21, Año I, de la Revista «La Fe», correspondiente al 20 de abril de 1896. El autor anónimo de la biografía «Un Siervo de Dios» (véase No. XXVI), que en aquel periódico se inserta, dice haber tenido esa obra como fuente de sus informaciones. En el número 22, del propio periódico, 5 de mayo de 1896, transcribe datos cuyo origen atribuye al «Proceso para la beatificación, citado por Fr. José de la Madre de Dios».—En fin, en el número 7 de «El Pabellón del Rosario», correspondiente al mes de abril del año de 1896 (véase No. XXVII), argumenta con apoyo en una cita de «Vida del Venerable Pedro

de Betancourt», escrita en italiano por el P. fray José de la Madre de Dios, Trinitario Descalzo.

Ahora bien, la coincidencia en el lugar, fecha e idioma en que fue escrito este libro, con el anteriormente descrito, nos hace sospechar que se trate de una sola obra, y que don Antonio Barter Jauregui haya equivocado el nombre del autor. En cuanto a su conversación con fray José de la Madre de Dios, sin duda fue otro, casualmente homónimo. En apoyo de esta opinión puede observarse que la transcripción de la portada del libro, segun la hace Batres Jauregui, parece indicar que Antonio Rossi fuera el impresor.

— XIII —

ARCHIVO COLONIAL DE GUATEMALA (Documentos y papeles sueltos del)

Gestiones y Reales Cédulas tendientes a conseguir y otorgar licencia para que los Belemitas recojan limosnas destinadas a formar un fondo especialmente dedicado a sufragar los gastos de canonización del Hermano Pedro de San José Bethancur. La última Cédula, de 30 de marzo de 1772, obtuvo en 15 de diciembre del propio año el pase del virrey de México, don Antonio Bucareli y Urzúa, y en 2 de enero de 1773, el del arzobispo de México, doctor don Alonso Núñez de Haro y Peralta.

Fray Francisco de San Raphael, procurador del convento hospital de Nuestra Señora de Belén, se presentó a la Audiencia de Guatemala, solicitando el pase de dicha cédula, en 9 de marzo de 1773. El fiscal, doctor Avilés, dictaminó en 17 del mismo marzo, indicando: «con tal qe. para ello no se valgan de persuaciones, se publiquen gracias, ni indulgencias; Y únicamente, reciba las qe. buenamente, y de su voluntad hicieren los Fieles: Encargándose pr. V. A. esten a la mira las Justicias de los lugares en donde se entable esta questoria, para no permitir otra cosa». Finalmente, la Audiencia concedió el pase solicitado en 23 del mes y año citados.

Fray Damián de San Bernardo, betlemita, procurador general de la causa de beatificación y canonización del hermano Pedro, se presentó a la Audiencia en 7 de junio de 1743, manifestando que en 1705 «se sirvio Vra. Real persona de conceder licencia a dha. mi Religion para que en todas las provincias de las Indias se pudiese pedir limosna, para la continuación de la referida Causa. Y con la nueva representación que a su Magestad hizo la Religion se sirvio de mandar sobrecarta la dha. licencia, por nueva Real Cedula, dada en Sevilla en siete de Dizre. de mil setecientos, y treinta y vno...». Y pedía que se libraran «los despachos necesarios para que las personas que nombrare la Religion recauden dicha. limosna, lo puedan hacer en todas las provincias que se comprenden en toda la Jurisdicción de esta Real Audiencia sin embarazo de persona alguna...».

El día 10 la audiencia concedió el plazo solicitado. He aquí dichas cédulas:

El Rey: Por quanto en veinte y cinco de Abril de mil feteientos cincuenta y dos, fe expidió la Cedula del tenor siguiente: «EL REY. Por quanto en veinte de Abril de mil feteientos quarenta y dos fue fervido el Rey mi Señor y Padre (que fanta Gloria haya) de expedir la Cedula del tenor siguiente: EL REY. Por quanto en siete de Diciembre del año de mil feteientos treinta y uno fui fervido expedir la Cedula que fe sigue: EL REY. Por quanto en diez y nueve de Noviembre del año de mil feteientos y cinco fui fervido expedir la Cedula que fe sigue: EL REY. Por quanto Fray Miguél de Jefus María, Procurador General de la Religion Bethlemitica en efta Corte, y en la de Roma, me ha repreſentado fui servido de recomendar a fu Santidad, y de ordenar a mi Embaxador en Roma el mejor, y más breve expediente de las Letras Remiforiales á los Ordinarios de Goatemala, y demás partes donde fe necesitafen, para que fe juſtificafe la vida, coſtumbres, y exercicios en todo genero de virtudes, con que Nueftro Señor fue fervido de adornar en efta vida, afta fu fallecimiento, al Venerable Hermano Pedro de San Joseph de Be-tancur, Fundador del Santo Inſtituto de la Religion Bethlemitica, con la consideración cién de que con el largo tranſcurso del tiempo no faltafen las memorias, y noticias, que oy fe confervan en ambos Reynos de las Indias, y que lo referido no tiene facilidad, si adelante, no concurriendo Procuradores al curfo, y expedición a las diligencias, aſi en Roma, como en las Indias, y en las Islas de Canaria, de donde era natural dicho Fundador, y necesitar indifpenſablemente los Procuradores, de algunos medios para mantenerfe, y el fepararlos de los que en común tiene, y adquiera la Religion para el fuſtento, y curacion de los Enfermos, y de los Religiosos de los Hοfpitales, que eftán totalmente dedicados para fu fervicio, fuera ocasionar algun perjuicio a la Hοfpitalidad; y que aunque para pedir limofnas, no era necesario mas facultad, refpecto de fer conftante el Inſtituto de Pobreza de la Religion; pero que la atencion de promover Yo con la que fe pida limofna en ambos Reynos para el principio, y continuacion de efta Caufa, obraria mas la caridad de mis Vafallos: fuplicandome fueſe fervido mandar expedir Cedulas en la forma ordinaria, para que fe pida limofna en los Obispados de ambos Reynos para el principio y continuacion de efta Caufa, y que lo que produxefen, no fe convirtieſe en otros fines, ni las limofnas de la Religion fe aplicafen á eftos; pues de efta fuerte, no faltaria lo necesario para la Caufa, ni fe gaſtarian las limofnas de los Conventos que pertenecen á la Hospitalidad. Y habiendoſe visto en mi Confejo Real de las Indias, atendiendo á la piedad de la Caufa, he tenido por bien de condefcender con fu inſtancia por tiempo de quatro años; en cuya conformidad, por la prefente, ó fu traslado, signado de Eſcribano Público, facado con autoridad de Juſticia, doy, y concedo licencia a la Religion Bethlemitica, para que en fu nombre pueda pedir, y pida dicha limofna en todas, y qualquier partes de las Indias Occidentales, Islas y Tierra firme del Mar Oceano: Y mándo a los Vi-rreyes, Presidentes, y Oidores de las Audiencias Reales, Gobernadores, Corregidores, y Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y otros qualquier Jueces, y Juſticias; y ruego, y encargo á los Arzobifpos, y Obifpos, y á fus Vicarios, y Provifores, y demás Jueces Eclesiaſticos de todas, y quallefquier parte de las Indias, y á cada uno de ellos, que en fu diftrito, y jurifdicion dexen pedir limofna a las perfonas que tubieren Poder del Superior de la Religion Bethlemitica, y le dén fu auxilio, y

favor, para que se fomente la devocion de obra tan piadofa; con la calidad, de que lo que se recofiere, haya de convertirse precisamente en el fin exprefado, del principio, y conclusion de la Caufa del Venerable Hermano Pedro de San Jofeph Betancur, fu Fundador, y no en otros ufos, por las razones que ha reprezentado el mismo Fray Miguél de Jefus Maria, y ván referidas. Y á este intento encargo muy particularmente la conciencia de los Religiosos Bethlemitas, para que lo que produxeren las limofnas, se emplee indifpenfable, y unicamente en los gaftos de la mencionada Caufa del Hermano Pedro de San Jofeph Betancur, y no en otra alguna, por urgente que fea. Fecha en Madrid á diez y nueve de Noviembre de mil feteientos y cinco. — YO EL REY. Por mandado del Rey nueftró Señor, Don Manuel de Aperregui. Y ahora se ha reprezentado por el General, y Difinidores de dicha Religion Bethlemitica de los Reynos de las Indias, que en continuación de la Caufa que se sigue en la Curia Romana sobre la Beatificacion de dicho Padre Pedro de San Jofeph Betancur, eftan practicando las más vivas diligencias en aquella Corte, en fuerza de mi Real recomendacion, repetida en varias ocasiones por su Santidad; y que siendo (como fon) excesivos los gaftos, que á este fin se han ofrecido, y ofrecen, y no siendoles posible subvenir á ellos, sin defraudar las rentas que eftán aplicadas para el fuftento de los Religiosos, y curacion de los Enfermos de los Hofpitales que eftán á su cargo: Y sin embargo de que aunque para pedir limofna, no era necesario especial Real facultad, por fer conftante el Inftituto de Pobreza de dicha Religion, han fuplicado mánde expedir nuevas Reales Cedula de Licencia en la forma ordinaria, y como se practicó por la preinferta de diez y nueve de Noviembre del año de mil feteientos y cinco, para que en todas las Provincias de la America, Arzobispados, y Obispados de ella, no folo no se les embaraze por ningunos Miniftros, ni Prelados el pedir limofna para los gaftos de la exprefada Beatificacion, sino que concurran, y la fomenten en quanto pudieren, por fer obra tan piadofa; con calidad, de que lo que éftas produxeren, no se convierta en otros fines, ni las limofnas de la Religion fe apliquen á eftos, porque no falte lo necesario á la manutencion de fus Conventos, Hofpitales, y Enfermos. Y vifto en mi Confejo de las Indias, con lo que el Fifcal de él se le ofreció, y atendiendo a que al prefente se eftan continuando las diligencias en Roma para la mencionada Beatificacion, en virtud de mi recomendacion; he refuelto prorrogar a efta Religion la Licericia de pedir limofna, por otros quatro años, con las mifmas calidades que se contienen en la dicha preinferta Real Cedula. Por tanto, por la prefente o fu traslado, signado de Efcribano Público, doy, y concedo la exprefada licencia; y mándo a mis Virreyes del Perú, Nueva Eſpaña, Presidentes, y Oidores de las Reales Audiencias, Gobernadores, Corregidores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y demás Jueces, y Juficias de ambos Reynos; y ruego, y encargo a los Arzobifpos, y Obifpos, y á fus Vicarios, y Provifores, y demás Jueces Eclesiafticos de ellos, que no folo no embarezen, que por la referida Religion Bethlemitica, se pida la exprefada limofna, si no es que le dén fu auxilio, y favor, para que se fomente la devoción de obra tan piadofa, arreglandose todo á la preinferta Cedula; que tal es mi voluntad. Dada en Sevilla a siete de Diciembre de mil feteientos treinta y uno. YO EL REY. Por mandado del Rey nueftró Señor, Don Geronymo de Uztariz. Y con motivo de haberme reprezentado nuevamente el General, y Difinidores de la mencionada Religion Bethlemitica de los Reynos de Indias, que exiften las mifmas razones, y caufas de pobreza, que se tubieron preferentes para la expedicion de la Cedula

preinferta, y imposibilitan la continuacion de la Caufa, que se sigue en la Curia Romana, sobre la Beatificacion del Venerable Padre Pedro de San Joseph Betancur, fu Fundador: Suplicandome, que en esta atencion manda expedir nuevas Reales Cedula de Licencia, en la forma ordinaria, y como se practicó por las preinfertas de diez y nueve de Noviembre del año de mil setecientos y cinco, y siete de Diciembre del de mil setecientos treinta y uno, para que en los referidos Reynos, y Provincias de las Indias se pueda pedir limofna hasta el efectivo logro de la Beatificacion, y Canonizacion del exprefado Venerable Padre, y que no se les embaraze por ninguno de los Ministros, y Prelados de dichos Reynos, sino que antes bien concurran, y fomenten en quanto pudieren esta obra tan piadosa; con calidad, de que lo que de dichas limofnas se recoja, no se convierta en otros fines, ni las de la Religion se apliquen á estos, porque no falte lo necesario á la manutencion de sus Conventos, Hospitales, y Enfermos. Y visto en mi Confejo de las Indias, he refuelto (en atencion á todo lo referido, y á que al prefente se estan continuando en Roma las diligencias para la mencionada Beatificacion, en virtud de recomendacion mia) prorrogar (como prorrogo), a esta Religion la licencia que solicita, para que pueda pedir limofna por otros quatro años, con las mismas calidades que se contienen en las preinfertas Reales Cedula. Por tanto, por la prefente, o fu traslado signado de Escribano Publico, doy, y concedo la exprefada Licencia, y manda a mis Virreyes del Perú, y Nueva Espana, Presidentes, y Oidores de las Reales Audiencias, Gobernadores, y Corregidores, y Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y demás Jueces, y Jufticias de ambos Reynos; y ruego, y encargo á los Arzobispos, y Obispos, y á sus Vicarios, y Provifores, y demás Jueces Eclesiafticos de ellos, que no folo no embarazen, que por la referida Religion Bethlemitica se pida la exprefada limofna, sino es que le den fu auxilio, y favor, para que se fomente la devacion de obra tan piadosa, arreglandole en todo á las preinfertas Cedula; que tal es mi voluntad. Dada en Aranjuez á veinte de Abril de mil setecientos quarenta y dos YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro Señor. Don Miguél de Villanueva. Y habiendo ahora representado el General, y Difinidores de la mencionada Religion Bethlemitica, haberse feneido el tiempo prefrito por la preinferta Cedula, y exiftir las mismas razones que para fu expedicion se tubieron prefentes: suplicandome, que en esta atencion se servido de mandar librar otra nueva, en los mismos terminos, para que en los referidos Reynos, y Provincias de las Indias se pueda continuar pidiendo esta limofna, hasta el efectivo logro de la Beatificacion, y Canonizacion del enunciado Venerable Hermano. Y visto en mi Confejo de las dichas Indias, con lo expuesto por mi Fiscal, he venido en prorrogar la propia Licencia por espacio de otros seis años: Por tanto, por la prefente manda á mis Virreyes del Perú, Nueva Espana, y Nuevo Reyno de Granada, Presidentes, y Oidores de mis Reales Audiencias, Gobernadores, Corregidores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y demás jueces, y Jufticias de los exprefados tres Reynos; y ruego, y encargo á los muy Reverendos Arzobispos, y Reverendos Obispos, á sus Vicarios, Provifores, y demás Jueces Eclesiafticos de ellos, no pongan, ni consientan poner embarazo alguno en lo referido, antes den todo el favor, y auxilio, que para fu ejecucion se necesitase, por fiera asfi mi voluntad. Dada en Aranjuez á veinte y cinco de Abril de mil setecientos cincuenta y dos. YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro Señor, Don Joachin Joseph Vasquez y Morales. Y ahora por parte de la exprefada Religion se ha presentado un exemplar impresto del Decreto que fu Santidad expidió en veinte y

cinco de Julio ultimo, declarando aprobadas en grado heroyco las virtudes del referido Siervo de Dios; fuplicando con este motivo, que mediante haberse fenecido el tiempo prefcrto por la preinferta Cedula, y exiftir las mifmas razones que para fu expedicion fe tubieron prefentes, me digne mandar librar otra en los mifmos terminos, para que en los referidos Reynos de las Indias fe pueda continuar pidiendo esta limofna, por el tiempo que fuere de mi Real agrado. Y visto en mi Confejo de las Indias, con lo expuesto por mi Fifcál, hé venido en prorrogar la mencionada Licencia por efpacio de quatro años. Por tanto, por la prefente mando a mis Virreyes del Perú, Nueva España, y Nuevo Reyno de Granada, Presidentes, y Oidores de mis Reales Audiencias, Gobernadores, Corregidores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y demás Jueces de los exprefados tres Reynos; y ruego, y encargo á los Muy Reverendos Arzobifpos, y Reverendos Obifpos, á fus Vicarios, Provifores, y demás Jueces Eclesiafticos de ellos, no pongan, ni consientan poner embarazo alguno en que fe pida la referida limofna, en los mifmos terminos, y con las calidades prevenidas en la inferta Cedula, por fer aſi mi voluntad. Dada en el Pardo á Treinta de Marzo de mil fefecientos fetenta y dos. YO EL REY. Por mandado de el Rey Nro. Sor. D. Domingo Díaz de Arze.—Tres Rúbricas: Refrendata y SSria.—Ciento, y veinte reales de plata.

— XIV —

BARBERENA (Fr. JUAN JOSEPH DE)

Testamento/auténtico del/Venerable Hermano Pedro de San Joseph de Betancourt/hijo profeso de avito descubierto de la vdnera/ble Orden Tercera de Penitencia de N. S. P. S./Francisco de la Ciudad de Guatemala/y Fundador del Hospital de Convale-/cientes, en ella, con el título/Belen,/A expensas de don Juan Joseph de Barberena pro/ministro de la misma Venerable Orden Tercera;/quien lo da a luz con las licencias necesarias/En la Imprenta de D. Ignacio Beteta./Año de 1808.

Dedicatoria: Al Illmo. Señor Dr. D. Rafael de la Vara, Dignísimo Arzobispo de esta Diocesis. (La razona por la notoria bondad y adhesión a la seráfica familia del señor arzobispo, y 30.: «Que siendo para Guatemala un monumento precioso el Testamento del Venerable Siervo de Dios, eternizará en su memoria el respetable nombre de un Pastor que ha llenado, sin excepción de clases, el corazón de todos sus habitantes al momento de su arribo a esta Capital»).

Aprobación del M. R. P. Maestro Fr. Luis García Guillén del Real y Militar Orden de Ntra. Sra. de la Merced, Dr. Teólogo, y Ex-Provincial en esta Santa Provincia de Guatemala, a virtud de decreto del Sr. Juez de Imprentas de esta Capital, su fecha 19 de noviembre de 1807. (Convento de la Merced de Guatemala, y noviembre veinte de mil ochocientos siete (f) Dr. Fr. Luis García.

Aprobación del M. R. P. Lector en Sagrada Teología, y actual Provincial de la Sta. Provincia del Smo. Nombre de Jesús de Guatemala D. N. S. P. S. Francisco, Fr. Francisco García Arnitero; a consecuencia del mismo Decreto del expreso Sr. Juez de Imprentas. (Convento de N. P. S. Francisco noviembre veinte y

dos de mil ochocientos siete (f) Fr. Francisco García Arnítero. Aprobación del Dr. D. Mariano García de los Reyes; Cura Rector de la Parroquia de los Remedios de esta Capital en cumplimiento de decreto de 24 de noviembre de 1807 del Sr Provisor y Vicario Capitular de este Arzobispado. (Nueva Guatemala y noviembre veinte y cinco de mil ochocientos siete. (f) Mariano García de los Reyes.

«Advertencia al Público de Guatemala»—El P. de Barberena cree que la publicación redundó en honra para Guatemala «porque en su Capital Antigua floreció en virtudes nuestro héroe venerado»; y en gloria para la Tercera Orden, «porque es indiscutible la que le ha dado, siendo notoriamente conocido este hijo de ella por el primer fundador del Hospital de convalientes en Ambas Américas y sus Islas, bajo el título que le dió de Belén». Termina: «A nosotros, pues, que habitamos el centro de esta basta extensión del globo, más bien que a otras naciones de la Monarquía Española, y aun del mundo entero, pertenece de justicia seguir las huellas de nuestros pasados, é imitar las virtudes del Venerable siervo de Dios».

Copia en seguida el texto del Testamento (véase número XLI), la «Fe de muerte», el Codicilo, y diligencias de apertura de los mismos y petición de la Orden Tercera de que se le extienda un segundo testimonio. Aparecen agregadas las siguientes notas: a) Se sepultó en la bobeda de los Sacerdotes de dicha Iglesia, en la Antigua Guatemala: y hoy se conservan sus cenizas en una Alacena del Presbiterio de la misma Iglesia con toda eustodia. b) Tomó el saco, ó avito de la Tercera Orden de Nuestro Sacerdote San Francisco el año de 1655, y lo profeso el siguiente de 1658, día once de junio. c) Este Hermano Rodrigo fue el que con acuerdo y disposición del Ilmo. Sr. Obispo D. Fr. Payo de Rivera, mudó el avito de Tercero de N. S. P. S. Francisco, en el que hoy tienen los Religiosos Belemitas, y aprobó la Silla Apostólica, haciendo de la primera congregación de terceros, Religión Lexal: a 26 de marzo de 1687, siendo el primer general, ó fundador de ella el expresado Hermano Rodrigo de la Cruz, por cuyo motivo fue Reverendísimo en su Religión Belemitica: extendida ya en el dia en ambas Américas.

— XV —

BERISTAIN—Biblioteca Hispanoamericana, México.—1816 Extracto inserto en los Anales de la Sociedad de Geografía e Historia, Tomo IV, número 3, Pág. 298.—Guatemala, 1827. 1927.

Bethancour (Ven. Pedro).—Descendiente del Rey de Canarias, Juan Bethancourt nació en Chasma, pueblo de la Isla de Tenerife, en el año de 1619, siendo de edad de 31 años se embarcó para la América Septentrional y llegó a Guatemala en 1651. Allí aprendió la Gramática Latina con los Padres Jesuitas; mas no quiso continuar en el estudio de las letras por dedicarse todo al de las virtudes. Por eso se le vió cambiar la sotana de estudiante por el saco de Tercero de San Francisco y en lugar de las aulas frecuentar el Calvario de aquella ciudad, que reedificó, retirándose a una casita inmediata, que compró en cuarenta pesos, y en la que enseñaba a los niños pobres la doctrina cristiana y las primeras letras. A poco tiempo convirtió dicha casita, Escuela y Oratorio en Convento, Hospital e Iglesia para enfermos convalecientes, y de allí salió el Orden religioso hospitalario de Belemitas extendido por ambas Américas, que el venerable fundador denominó

así por su particular devoción al misterio del nacimiento del Redentor en el Portal de Betlem. Cuando envió a España al hermano Antonio de la Cruz a solicitar la licencia del Consejo de Indias, firmó la instrucción para su dirección y manejo en la Corte y dándole solamente catorce reales para el viaje, le dijo: «Vaya hermano con Dios, que si va en su nombre y para su gloria, con eso tiene bastante», y así sucedió. El fué quien estableció las ermitas llamadas de Las Animas, a las entradas de la ciudad, villas y pueblos de casi toda esta América. A su Hospital de convalecientes añadió una sala para la crianza de niños expósitos, y trató de fundar un Convento de Religiosas Franciscanas, para la educación de las niñas, mas no le fué posible verificarlo. El Arzobispo Virrey de México, D. Fr. Payne Enríquez de Rivera que era entonces Obispo de Guatemala, decía de este varón admirable: «En todo son preciosas las prendas del Hermano Pedro; pero la más singular, en mi estimación, es su entendimiento». Murió digno de los altares, en Guatemala, de 48 años de edad, el día 25 de abril de 1667. Ya cercano a morir preguntó: «¿Con que estamos todos conformes en que me muero?» y como le respondieran que no había duda de ello, replicó: «Pues huélgome por Calzillas»; y así llamaba al demonio. Su funeral fué el más magnífico. El cadáver fué conducido en una carroza a la Iglesia de la Escuela de Cristo, cargando el féretro, antes y después, el señor Obispo y los Canónigos. Asistió la Real Audiencia, el Clero secular, las Ordenes religiosas, la nobleza y un inmenso pueblo que tocaba rosarios al cuerpo y aún hubo quien se arrojara a cortarle el túnico; lo que obligó a poner guardia de soldados alrededor del túmulo. De la Iglesia del depósito fué conducido al día siguiente el cuerpo en procesión a la de los Padres Franciscanos, en hombros, alternativamente, del Presidente, Oidores, Prevendados, Regidores y Prelados de las Comunidades eclesiásticas. A los nueve días se celebraron solemnes honras fúnebres y a 18 de mayo del siguiente año un solemnísimo aniversario. El venerable Pedro Bethancourt que edificó a Guatemala con sus virtudes, que la llenó de admiración con sus milagros y que la enriqueció con sus reliquias, la colmará de júbilo y de gloria como a ambas Américas partícipes de sus beneficios con su beatificación que se agita en Roma con empeño, habiendo ya declarado sus virtudes en grado heroico, el Sumo Pontífice, Clemente XIV, en 25 de junio de 1771. Escribió para honra de esta Biblioteca: Instrucción al hermano Antonio de la Cruz. Reglas de la Confraternidad de los Betlemitas. Corona de la pasión de Jesucristo, nuestro bien, Imp. en Guatemala. Memoria de las coronas que han rezado los hermanos y devotos de la Virgen Nuestra Señora en Guatemala los 1661 y 1666 que importan 608,277, Rosarios, con un mil más. Imp. en Guatemala.

No hemos podido comprobar la existencia de las publicaciones que registra Beristain, menos encontrarlas; la Corona de la Pasión de Cristo debió publicarse entre 1660 y 1667, y en este último año la Memoria de las Coronas de la Virgen.

— XVI —

LA ANTORCHA CENTROAMERICANA—Número 4, folio 13.—Guatemala 20 de agosto de 1829.

Insertamos el siguiente decreto, porque demuestra la estimación y respeto que en todo tiempo mereció la Casa Hospitalaria y Orden fundada por el Hermano Pedro.

La Asamblea legislativa del Estado de Guatemala considerando:—1o. Que los establecimientos monásticos por su misma naturaleza y odiosos privilegios son opuestos a la libertad e igualdad bases fundamentales de toda institución republicana.—2o. Que aunque el objeto principal de sus institutos es solamente el régimen espiritual, y la propagación del evangelio con la palabra y el ejemplo, como ageno de los negocios políticos, sus individuos ingiriéndose en ellos han abusado en todo tiempo y en todas las naciones del influjo que ejercen en los pueblos para sumirlos en la anarquía, y envolverlos en sangrientas, y horrorosas revoluciones.—3o. Que la mayor parte de los que componían las corporaciones regulares del Estado; desde el pronunciamiento de nuestra independencia, han dado constantes y repetidas pruebas de su adversión, y desafecto al sistema adoptado, oponiéndose al juramento de la ley fundamental de la República, desobedeciendo y contrariando las disposiciones tanto de la Asamblea nacional constituyente, como las del mismo Estado.—4o. Que haciendo causa común con los enemigos del orden contra el espíritu y lenidad de su ministerio, se han valido de la predicación para insurreccionar a los pueblos contra las legítimas autoridades, y fascinándolos con pretexto de religión los han impelido a sublevarse y a cometer los más atroces asesinatos como el ejecutado en la ciudad de Quezaltenango en la persona del Vice-gefe supremo ciudad. Cirilo Flores, y han fomentado en todo el Estado el incendio de la guerra civil.—5o. Que sin embargo de haberse terminado esta felizmente por los triunfos del ejército aliado contra los facciosos, y haberse restablecido la paz a costa de inestimables sacrificios, aun intentaban alterar de nuevo la tranquilidad pública tramando conspiraciones contra las legítimas autoridades restauradas y encender otra vez la guerra en el Estado.—3o. Que la orden Bethlemítica es un instituto fundado en Guatemala, cuyo piadoso objeto es en favor de la humanidad por el cuidado y asistencia que prestan sus individuos a los enfermos convalecientes, al mismo tiempo que dan a los niños la enseñanza primaria, y que estos religiosos lejos de haberse mezclado en los asuntos políticos han dado en todas épocas pruebas de subordinación a las autoridades constituidas.—7o. Que en el mismo caso se hallan los establecimientos monásticos de mujeres; pero que sin embargo los votos y profesiones solemnes son contrarios no solo a la libertad civil, sino a la que se requiere para el ejercicio de las virtudes morales; ha tenido a bien decretar y decreta:

Artlo. 1ro. Quedan extinguidos en el Estado los establecimientos monásticos conocidos bajo la denominación de DOMINICOS, FRANCISCANOS, RECOLETAS Y MERCEDARIOS.—Artlo. 2do. Subsistirá el de hospitalarios Bethlemitas.—Artlo. 3ro. Igualmente subsistirán los conventos de monjas y beaterios; y se prohíben para lo sucesivo las profesiones y votos solemnes.—Artlo. 4to. Todos los individuos existentes en el Estado que pertenezcan a cualquiera de los monasterios extinguidos por el artículo primero, podrán solicitar su secularización ante el Gobierno, quien no podrá negársela, sino en caso de que se justifique al que la solicite haber cooperado directamente a la revolución.—Artlo. 5to. Los individuos que no sean secularizados, deberán salir del territorio del Estado dentro de un breve término que señalara el Gobierno; y no podrán pasar a ninguno de los otros Estados de la unión, sin previo permiso de su respectivo gobierno.—Artlo. 6to. Los religiosos legos de los conventos extinguidos que no quieran secularizarse o salir

del Estado, podrán continuar sus votos en el convento de Bethlen bajo el instituto de esta orden.—Artlo. 7mo. Cada uno de los ordenados in sacerdos que por no querer secularizarse o por haber sido comprendido en la expulsión verificada por el gobierno tubiere que salir fuera de la república disfrutará una pensión vitalicia de ciento y cincuenta pesos anuales pagaderos del producto de sus temporalidades; reglamentándose por una orden particular el modo y forma de satisfacerla.

Comuníquese al Consejo representativo para su sanción.—Dado en Guatemala a veinte y ocho de Julio de mil ochocientos veinte y nueve.—Doctor Quirino Flores, diputado vice-presidente.—José Gregorio Márquez, diputado secretario.—Valerio Ignacio Rivas, diputado vice-secretario.—

— XVII —

GARCIA PELAEZ (DOCTOR FRANCISCO DE PAULA)

Monseñor García Pelaez, arzobispo de Guatemala, tuvo especial veneración por el hermano Pedro, a quien invocó siempre en sus oraciones privadas. Acostumbraba visitar la tumba del Siervo de Dios, así como el oratorio en que rezaba y hacía penitencia, conservado en Antigua, sitio que su fervor designó con el nombre de «santos lugares», y al que entraba de rodillas, para besar el pavimento en el punto en que inmemorial tradición identificaba las huellas de las rodillas del beato Tercero.

En 10 de febrero de 1854 promulgó un edicto, refrendado por el prosecretario Pbro. Vicente Hernández, que circuló impreso en una hoja suelta. Se dirigía al clero y pueblo de Guatemala, informando sobre el estado de la causa de canonización del Hermano Pedro, según las últimas noticias contenidas en carta suscrita por el postulador de la misma en Roma, M. Cayetano Ludovici, agregado a la Sagrada Penitencia Apostólica, y fechada a 4 de junio de 1853. El arzobispo recomendaba a su grey dirigir plegarias, suplicando la canonización del beato de Antigua, e invocar la intercesión de este en el remedio de sus necesidades, «proponiéndose el principal fin de la gloria de Dios».

A 6 de Agosto de 1857, hizo publicar otro edicto, con ocasión de verse Guatemala afligida por la epidemia del cólera morbus, y exhorte a los feligreses a orar, para que Dios aparte dicho azote «que tenemos merecido por nuestras culpas». Particularmente recomienda que se invoque en privado al Hermano Pedro, «que por sus heroicas virtudes fue, en su tiempo, la admiración de Guatemala, y cuya memoria es tan grata para nosotros»; seguro de obtener el favor de la divina clemencia mediante su intersección. Refrenda el pro-secretario, Juan Cabrejo.

— XVIII —

JUARROS (Br. DON DOMINGO)

Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala/Escrita/Por el Br. Don Domingo Juarros, presbítero secular de este Arzobispado/Tomo Primero/Que comprende los preliminares de dicha Historia Edición/del Museo Guatemalteco/Guatemala/Imprenta de Lunas/Calle de La Providencia, No. 2./1857. — Biblioteca Nacional 9—100—1.

El Capítulo III (pags. 298 y sigtes.) se intitula: «DE ALGUNOS HOMBRES ILUSTRES EN SANTIDAD, QUE HAN FLORECIDO EN ESTA METROPOLI».

Juarros da la primacía en santidad al Hermano Pedro, no obstante aparearlo con el célebre padre Margil, a saber: «Entre los varones que han ilustrado con sus virtudes a la ciudad de Guatemala, deben ocupar el primer lugar los venerables sier-vos de Dios Fr. Pedro de San José de Betancourt, Fundador de la Religión de Bethlem, y Fr. Antonio Margil de Jesus, primer guardian del Colegio de Misioneros de esta ciudad, por haber puesto mano la Silla Apostólica en causa de su Beatifi-cación».

A continuación hace una sucinta reseña de la vida del beato Tercero, en forma muy ordenada y completa, y realzando las virtudes a través de los hechos más conocidos y ciertos de su prodigiosa historia; «finalmente, habiendo santificado a esta ciudad con sus ejemplos y heroicas virtudes el espacio de 15 años, lleno de merecimientos, amado de todos y aclamado por santo, dio fin a su preciosa vida, el día 25 de abril del año de 1667». Relata luego sus honras fúnebres y las su-cesivas inhumaciones de sus restos: «Aunque el V. Hermano Pedro mandó en su testamento que le enterrasen en la capilla de la Tercera Orden de San Francisco, antendiendo los padres a su eminente santidad, depositaron el cadáver en el se-pulcro que tienen destinado para los religiosos. En este panteón descansó por al-gunos años hasta en 1686 en que viendo que la memoria del Siervo de Dios cada día se hacia más célebre, a la solicitud del P. Comisario de la citada Orden Terce-ra se trató de trasladar este tesoro a lugar más decente y se colocó en una alace-na formada en la Capilla de San Antonio, aquí permaneció hasta el año de 1703, en que pasó a otra alacena más bien dispuesta, que se halla en el presbiterio, al lado izquierdo del altar mayor, cerrada con tres llaves, en cuyo sitio está el dia de hoy. El año de 1741 los Jueces Delegados por la Silla Apostólica para la con-tinuación y perfección del proceso, sobre la vida, virtudes y milagros del V. S. de Dios Pedro de Betancourt, hicieron visita del sepulcro de dicho Siervo de Dios, y en sesión que tuvieron el 11 de septiembre, para concluir las diligencias de la ex-presada visita, se recibieron dos peticiones del R. P. Guardian y Discretos del Convento de San Francisco y de la V. Orden Tercera, en que pretenden se les mantenga en la posesión que han tenido de las antiguas llaves del sepulcro, mas los señores Jueces determinaron que en atención a haver cesado el motivo porque los R.R. PP. guardianes de dicho Convento y Colegio de Cristo tenían las referidas llaves, que era por haberse en el los cuerpos de varios religiosos que se han pasa-do ya a otros sepulcros: las tres llaves que tenían se asignasen al ilustrísimo Señor Obispo, al V. Señor Dean y Cabildo y a la V. Orden Tercera; las tres llaves del arca en que están los huesos del Siervo de Dios, dos al ilustrísimo Señor Obispo y la otra al Convento de Bethlem. Noyísimamente el año 1816 advirtiendo el ilus-trísimo Señor Doctor y Maestro Fr. Ramon Casaus, que desde la ruina que pade-ció esta ciudad, en el año de 1775 se halla desierta la iglesia de San Francisco y por consiguiente las reliquias del V. P. de San José, expuestas a que las roben o que la humedad las acabe; determinó, conviniendo las partes interesadas, que se trasladen a la Capilla de la Tercera Orden de la Antigua Guatemala y que ac-tualmente sirve de iglesia y donde este Siervo de Dios se mandó sepultar, y para el efecto, mandó edificar un panteoncillo donde colocar las expresadas reliquias. Hallándose ya seco el camarín que se construyó para colocarlas, el 16 de abril de 1817, el señor Arcediano comisionado por S. S. Ilustrísima para esta traslación

mandó citar para que concurriesen a la Antigua Guatemala el día 24, a los RR. PP. Provincial y Comisario de Terceros del Orden de San Francisco y Prior del Convento de Bethlem: los señores Promotor Fiscal y Notario nombrado para el efecto, el día 25 de abril en que cumplía 150 años de la muerte del V.. Hermano Pedro de Betancourt, juntos los señores comisionados y los reverendos padres que se citaron, como partes, y algunos otros eclesiásticos, en la iglesia de S. Francisco, se abrió una alacena que se halla inmediata al altar mayor, al lado de la Epístola, donde pareció la caja que encierra los huesos del V. Fundador de la Religion Bethlemitica: esta se hallaba tan bien acondicionada como si se acabaran de poner las cerraduras, tan hermosas como si fuesen nuevas. Inmediatamente se puso la arca en manos de sacerdotes, que la condujeron por dentro de la iglesia a la antigua Capilla de la Tercera Orden, verificándose esta traslación a puertas cerradas para evitar todo escaso en el pueblo, en donde se depositó en el lugar prevenido y se cerró la alacena con tres cerrojos, cuyas llaves se entregaron al Señor Arzobispo, quien reservando una para sí, mandó entregar las otras dos a los RR. PP. Provincial de San Francisco y Prior de Bethlen.

Por último, da noticia sobre la solicitud y proceso de beatificación, e inserta el texto del decreto por el cual fueron declaradas en grado heroico las virtudes del Hermano Pedro, de su Santidad Clemente XIV. Juarros atribuye al hermano Pedro, basado en la fama popular, la virtud de haberse operado por su mediación el número portentoso de 76 resurrecciones.

— XIX —

CASANOVA Y ESTRADA (Monseñor RICARDO)

Escribe en el prólogo de *Los Nazarenos*, de José Milla y Vidaurre (véase No. XX), páginas XVI y XVII, los siguientes párrafos:

«Sobre esa turba que se agita movida por contrarias aspiraciones, se ve desollar un hombre insignificante en apariencia: de aquellos, unos fueron vencidos, a otros los perdió su triunfo; todos se engalaron en sus proyectos: solo el ignorante y humilde, vio su objeto, los medios que habian de hacérselo conseguir, y los últimos resultados de su victoria, porque Dios se complacía en iluminar con su espíritu aquella alma abrasada de amor por sus hermanos, y encaminaba las acciones que dictara el interés o la pasión, al fin anhelado por su siervo; para él trabajaron todos: el hermano Pedro brilla con suave y severa luz en aquel tenebroso horizonte, y personifica la acción providencial de Dios en la vida humana.

El autor de *Los Nazarenos* nos ha dado a conocer, adornados con las galas de la ficción, notables acontecimientos de nuestra Historia: ha enriquecido además la literatura patria con un género de obras de que antes carecía, abriendo así nueva senda a los ingenios. ¡Ojalá sean muchos los que le sigan en ella!».

Dicho prólogo está fechado en Guatemala, a 27 de abril de 1868. El licenciado Casanova y Estrada fue uno de los más ilustres prelados entre los arzobispos de Guatemala, y tuvo fervorosa admiración por el hermano Pedro. Sabemos que durante una enfermedad (pulmonía) que le aquejara, cuando por su grave estado se desesperaba de salvarle la vida, quiso que le llevaran y diesen a besar las reliquias que del piadoso Tercero se conservan en Catedral; deseo que satisfizo el padre Erlindo García. Y curado monseñor Casanova, hizo votos de activar la causa de canonización del beato de Antigua.

— XX —

MILLA Y VIDAURRE (JOSE)

MILLA Y VIDAURRE (JOSE)

Obras Completas de don José Milla/Los/Nazarenos/Novela Histórica/(Por Salomé Jil)/(don José Milla)/Socio correspondiente de la Real Academia Española/delegado en Guatemala del Congreso de Americanistas de Bruselas/miembro honorario de la Sociedad Literaria Internacional de París/miembro correspondiente de la Academia de Bellas Letras/de Santiago de Chile/Asistente de la Sociedad Económica, de la de El Porvenir de Guatemala/del Ateneo de León, etc. etc./Tercera edición/Guatemala/E. Goubaud y Cía./ París/1897.

Don José Milla y Vidaurre, popularmente conocido por Pepe Milla y célebre en el mundo de las letras con el seudónimo de Salomé Jil, es una gloria literaria de América y el padre de nuestra novela histórica. En su novela «Los Nazarenos», de ambiente colonial, destaca con amables relieves la figura del Hermano Pedro, que figura con luces de santidad en todo el desarrollo del argumento, cuyo desenlace es la emocionante conversión de don Rodrigo de Arias Maldonado, quien aprendería del piadoso Tercero la mansedumbre y despegó de los bienes terrenos, para abrasar el hábito y figurar como cabeza de la Orden Bethlemita con el nombre de fray Rodrigo de la Cruz.

En el Capítulo XIV, intitulado «Un Siervo de Dios» (pags. 87 a 91), presenta al personaje: «Parecía ser de mediana estatura; el color del rostro aceitunado: la frente ancha y con una cicatriz bastante visible; el ojo negro y penetrante; la barba crecida y poblada. La expresión de la fisonomía denotaba energía y resolución y al mismo tiempo había en ella algo de esa dulzura angélica que se observa en los retratos del prototipo de la caridad, Vicente de Paul. Vestía una especie de túnica azul (?), ceñida a la cintura con una cuerda, a la cual estaba atada una linterna, cuya luz permitió al gobernador ver perfectamente al individuo. El que agobiaba con su peso al sujeto a quien acabamos de describir ligeramente, era un indio miserable, medio desnudo y cubierto de llagas. Don Rodrigo sintió, al ver a aquel hombre, como si un golpe eléctrico hubiese sacudido toda la máquina de su cuerpo. Un sudor frío corrió por su frente y tuvo necesidad de apoyarse contra la puerta. Jamás hasta entonces había visto aquella fisonomía dulce y severa al mismo tiempo; aquellos rasgos profundamente acentuados, que revelaban la abnegación en todo lo que tiene de más grande y más heroico sobre la tierra; y el corazón del joven gobernador, que no había palpitado con más violencia de la ordinaria en medio de los más peligrosos combates, parecía como si fuese a estallar; tal fue la impresión extraordinaria que hizo en aquella alma formada para grandes empresas y que las pasiones mundanas tenían extraviada, la presencia del que estaba destinado por el cielo para ejercer una influencia decisiva en la vida del ilustre vástago de los Arias».

«¿Quién era, pues, aquel extraño personaje, cuya sola presencia hizo tan terrible impresión en aquel joven militar, lleno de ideas y ambiciones profanas y cuyo corazón estaba dominado por una pasión culpable? El nombre de aquel sujeto era Pedro, y su apellido Betancourt; su patria nativa la ciudad (?) de Tenerife, en las Islas Canarias, y la de su adopción desde trece años antes Guan-

temala, a quien asombraba ya con el ejercicio de las más heroicas virtudes y con una caridad cuyo ardor no conocía límites. Entonces, como hasta ahora, no se le llamaba más que el **hermano Pedro** y seguirá llamándose así mientras llega el día en que la Iglesia confirme con su fallo el dictado que han añadido al nombre de aquel justo las generaciones que se han hundido ya en la sombra del sepulcro».

En el capítulo XXVIII, «Una Profecía» (págs. 187 a 189), relata cómo el hermano Pedro salva milagrosamente, por su videncia, a don Rodrigo de Arias, acechado por una muerte ignominiosa y oscura; a la vez, le hace la siguiente profecía: «...Vos no debéis morir aún. Dios os ha destinado a una muy alta empresa. Día vendrá en que seáis el general de una milicia numerosa, que no existe todavía, y que extenderá sus pacíficas conquistas hasta regiones muy distantes. El puesto principal os ha sido designado; y en paz, en tanto suena la hora señalada en los consejos de la Providencia para que vayais a ocuparlo».

En el Capítulo LIII, «Plazo Cumplido» (págs. 340 y 341), aparece de nuevo la figura del hermano Pedro, ejerciendo poderosa influencia sobre el ánima de don Rodrigo de Arias, se acerca el plazo de la conversión del gran mundial y, esta vez, parece que sólo a él dirige el piadoso lego su sempiterna advertencia: «Acordeaos hermanos, que un alma tenemos...»

En el capítulo LV, intitulado «Dos Almas Rescatadas» (págs. 356 a 360), relata la milagrosa resurrección de doña Elvira, por mediación de la piedad de Pedro, y la conversión de Rodrigo de Arias, quien hace voto «de renunciar glorias, honores, riquezas y afectos mundanos y de servir a Jesucristo, consagrándole desde ese instante todas las horas de su vida».

«Conclusión» (págs. 361 y 362): emocionante epílogo de la historia, que se cierra con la llegada a Guatémala de dos pliegos procedentes de la corte de España, conteniendo el uno el nombramiento de don Jerónimo Garcés Carrillo de Mendoza para presidente y capitán general del reyno; y el otro, real cédula por la que su majestad concedía a don Rodrigo de Arias el título de marqués de Talamanca y le asignaba doce mil ducados de renta; favores que fray Rodrigo declinó humildemente. Sujeto este último a duras pruebas, de las que salió purificado su vocación, se cumplió la profecía de Pedro y llegó a ser aquel mundial converso el primer prefecto general de los Bethlemitas.

NOTA: La primera edición de esta obra de Milla se hizo en el año de 1868.

— XXI —

FUENTES Y GUZMAN (FRANCISCO ANTONIO DE)

HISTORIA DE GUATEMALA/o RECORDACION FLORIDA/Eserita en el siglo XVII por el Capitán/D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzman/natural, vecino y regidor perpetuo de la ciudad/de Guatemala/Que publica por primera vez/con notas e ilustraciones D. Justo Zaragoza/Madrid/Luis Navarro, Editor/Colegiata Num. 6/1882. (Dos tomos).

El Capítulo IV del Tomo I: «En que, continuando la misma materia del pasado, se describe lo que pertenece al aspecto material de la parte interior y principal de la ciudad de Goathemala», alude a las virtudes del Hermano Pedro:

«...: en cuyo orden y número de conventos se incluye el de los caritativos religiosos de la compañía de Nuestra Señora de Belén, instituidos y fundados en esta ciudad de Goathemala por aquel ejemplarísimo, caritativo, venerable varón, el Hermano Pedro de San José Betancour; cuya notoria virtud, excelente caridad y heroica penitente vida aun no está bastante conocida, hasta que la suma y santa providencia señale el tiempo para sus merecidos inmortales elogios. (Pág. 200).

«La otra ermita está ofrecida de el mérito a el sufragio de las dichosas santas ánimas del Purgatorio, a devoción del venerable hermano Pedro de San José erigida».

— XXII —

BANCROFT (HUBERT HOWE)

THE WORKS OF HUMBERT HOWE BANCROFT/Volume VII/HISTORY OF CENTRAL AMERICA/VOL. II. 1530/SAN FRANCISCO:/A. L. Bancroft & Company, Publishers.—1883.—Pag.666.

El ilustre historiador, tan acucioso en la búsqueda de sus datos, que siempre documentó con sobra de citas, dice: «Los Bethlemitas surgieron en Guatemala, a mediados del siglo diecisiete, habiendo sido el fundador de la Orden fray Pedro de San José Vetancur. Su primer asiento fue una pequeña casa, comprada en cuarenta pesos, obtenidos por contribución. La Orden, sin embargo, no permaneció mucho tiempo en la pobreza, enriquecido su haber por cuantiosos donativos anuales. En 1667 fue reemplazado Vetancur por fray Rodrigo, en la jefatura de la hermandad, y pronto erigieron los betlemitas una iglesia en Santiago (de Guatemala), que costó sesenta mil pesos, así como otros costosos edificios. En 1668 adoptaron un reglamento, cuya aprobación objetó el provincial de los franciscanos, por prescribir el propio hábito de la Orden seráfica. La dificultad fue obviada, y reglas y reglamentos aprobados por el obispo, en 6 de febrero de 1668. La institución se reorganizó en 1681, sobre bases sancionadas por el Papa y por el Rey, aunque fray Rodrigo hubo de gestionar por su causa durante quince años, en Madrid y Roma».

Las fuentes principales de Bancroft, al respecto, fueron la Historia Bethlemítica del padre García de la Concepción, y la Chronica de San Diego de México, de Medina. Agrega que la iglesia de Belén fue levantada con el producto de limosnas, destacando la munificencia del presidente Escobedo, quien donó 55.000 pesos para la nueva fábrica, y aún asignó una renta anual de 300 pesos. En fin, vierte otros datos del padre García sobre la institución: como el empeño del obispo Sáenz de Manozca por suavizar las severas reglas de la Orden, que fray Rodrigo no quiso alterar y fueron confirmadas por Bula que Clemente X firmó en 2 de mayo de 1672.

— XXIII —

MENCOS FRANCO (AGUSTIN)

«CRONISTAS DE LA COLONIA». — «La Revista» — órgano de la Academia Guatimalteca de la Lengua, correspondiente de la Española, 1889.

Estudia sucesivamente a los cronistas Bernal Díaz del Castillo, fray Antonio Remesal, don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, fray Francisco Vazquez, y fray Francisco Ximenez. ..

En el cuarto artículo de la serie, estudio dedicado a Vazquez, se habla de su «Historia Lauretana», la primera en que ensayó su predilección por las cuestiones históricas, y a renglón seguido agrega: «Mucho más importante que la anterior, la cual hemos citado como simple dato bibliográfico, es la **HISTORIA DEL VENERABLE PEDRO DE BETHANCOURT, FUNDADOR DE LA ORDEN HOSPITALARIA DE LOS BELEMITAS**, también publicada en las prensas de la Antigua Guatemala. Es indudablemente una de las más simpáticas personalidades de la patria aquel filántropo Pedro de Bethancourt, cuya figura destacándose majestuosa a la mitad del período colonial, nos produce el efecto de aquellos lúminosos meteoros que aparecen de vez en cuando en los cielos, para disipar, aunque sea por pocos momentos, las sombras y las tristezas de la noche: y son también, sin duda alguna, bellas y honrosas páginas de nuestra historia, las destinadas a narrar la biografía de ese héroe de la caridad, tan despreciador de sí mismo, como amador de sus semejantes; que se atrajo, por sus virtudes, la veneración del pueblo; que dedicó todos sus esfuerzos a socorrer a los desvalidos; que estableció, a costa de continuos sacrificios y trabajos, hospitales para los enfermos y que fundó por último la simpática Orden de los Belemitas: Orden religiosa no sólo contemplativa sino eminentemente práctica, como que destinada estaba a la curación de los convalecientes, a la enseñanza de los niños y al socorro de las miserias humanas: Orden religiosa que traspasó las fronteras de la patria y se extendió, produciendo benéficos resultados a la sociedad, en varios pueblos de la América Latina, y Orden religiosa, en fin, que aún en nuestros días mereció honrosos recuerdos de Chateaubriand, en aquel libro *perpetuamente poético y sentimental*, que se llama **El Génio del Cristianismo**. Bajo este concepto, el trabajo a que nos referimos no puede menos de ser útil y hasta indispensable para el completo conocimiento de la historia nacional durante el gobierno español; pues si ésta se ha de componer, no de una simple lista de los capitanes generales y de ligeros apuntes de ciertos acontecimientos, sino de una narración completa y exacta y de un análisis filosófico e imparcial de todos los hechos que entonces se verificaron, necesario es tener en cuenta aquella religión que constituye uno de los rasgos más sobresalientes y peculiares del período colonial y estudiar cuantas obras y documentos se refieren a este particular».

No es cierto que Vazquez llegara a escribir dicho libro, aunque sí manifestó en su Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala su intención de hacerlo; pero Mencos Franco aun saca consecuencias de la presunta edición en Antigua: «Inspirándose en el libro de Vazquez, el religioso español García publicó, algunos años después, su **Historia Betlemitica**, más conocida que

la del autor guatemalteco, a causa sin duda de sus mejores cualidades literarias; pero si Vazquez no puede competir con García en cuanto a la claridad del lenguaje y la limpieza del estilo, en cambio el escritor español es inferior a nuestro franciscano por lo que hace a la abundancia de datos y a la más exacta apreciación de los hechos. No podía ser de otra manera; pues mientras aquél escribía al otro lado de los mares, sin más datos que los contenidos en los documentos que poseía, éste redactaba su obra en el teatro mismo de los sucesos historiados, de los que fue testigo presencial; pudiendo en consecuencia, conocer y analizar mejor las cosas y personas con ellos relacionados, las causas que los engendraron y los efectos que produjeron». Es lástima, desde luego, que Vazquez no halga escrito en tales circunstancias aquel libro, y que tan sólida argumentación no tenga sustento básico. Lo que quizá puede existir impreso del padre Vazquez sobre el hermano Pedro, aunque de ello no tenemos noticia cierta, es el panegírico que pronunció en las exequias que se hicieron a los restos del Siervo de Dios el año de 1686.

— XXIV —

MENCOS F. (AGUSTIN)

Crónicas de la Antigua Guatemala por Agustín Mencos F. (de la Academia Española) / Guatemala.—Tipografía «El Comercio».—1894.

Biblioteca de A. Taracena F.

80.—175 págs. de texto, incluyendo VI de la advertencia, más dos del índice. Obra bastante escasa ya, no obstante ser relativamente reciente su edición.

Advierte el escritor que se decide a publicar sus crónicas para «salvar del olvido algunas de nuestras viejas e interesantes tradiciones, que están próximas a desaparecer, ya porque se van olvidando las trasmitidas de viva voz, ya porque, salvo algún erudito, nadie lee las historias coloniales en que constan algunas de ellas», lamentando el abandono de ese género de parte de literatos como Manuel Diéguez, Juan Fermín Aycinena y Manuel Dardón (Radamés), en quienes reconoce felices cualidades para cultivarlo.

Están sus crónicas escritas en estilo llano, hasta corriente, ameno y en ocasiones salpicadas de gracia, aunque en veces vienen mal traídas sus puyas de partidista político. La segunda se intitula «Hermano, Enfermo y Jubilado», y refiere la historia de un mulo que se hizo famoso en Antigua por haber trocado su cerril naturaleza en mansedumbre y doméstica sumisión desde que el Hermano Pedro lo tomó a su servicio, por habérselo obsequiado, no con muy buena intención por cierto, un vecino indiferente a la caritativa labor del lego. Ese mulo tiraba de la carreta que conducía los materiales de construcción al Hospital de Belén. Es fama que entendía las palabras del hermano Pedro, a cuya muerte enfermó de tristeza, después de seguir al cortejo fúnebre como lo habría hecho un ser racional; más tarde, por esas circunstancias, y dentro del amplísimo sentimiento de caridad que inspiraba la institución belemítica, se dispuso gran cuidado a la mansa bestia y diz que la enterraron al pie de un naranjo, donde supone Mencos que un chusco pudo poner el siguiente cartel:

«Aunque parezca vil cuento,
 Aquí donde ustedes ven,
 Yace un famoso jumento
 Que fue fraile del Convento
 De Belén.
 Requiscat in pace, amén».

Mencos ironiza, aunque su tendencia humorística desvirtúa la tradición, y no sólo aprovecha para zaherir a los liberales, sino para incurrir en leves errores, como adelantar en 10 años la muerte del Hermano Pedro; hacer concurrir a sus honras a hermanos Bethlemitas cuya orden no se había instituido; hacer pronunciar la oración fúnebre al padre Lobo.

La siguiente crónica: «De cómo desaparecieron los ratones del Barrio de Bethlén», relata otro caso de obediencia y sumisión de los irracionales al hermano Pedro; pero no es una tradición la que escribe ya, sino una moraleja de la que salen mal parados los liberales y nuestros malos gobernantes.

«Las Arguñas del Hermano Pedro», se intitula otra crónica (pág. 43) en que recoge la tradición de dos milagros operados mediante la gracia del Tercero Penitente. Un panadero quiso dar un fiasco al pedigüeño Hermano y le dió todo el pan existente en su tahona, con la condición de que lo llevase íntegramente en sus arguñas. No se inmutó por ello Pedro y, asistido por su inquebrantable fe, fue echando el pan, hasta consumirlo, ante el pasmo de los circunstantes, pues sus arguñas, como el tonel de las Danaides, tenían una capacidad insaciable. En otra oportunidad, se repite en él el prodigo de la multiplicación de los panes, pues teniendo apenas unas cuantas cemitillas para satisfacer la hambrienta solicitud de numeroso grupo de mendicantes y cinco cañitas para festejar a los patojos a quienes daba golosinas, oró fervorosamente ante una cruz que pendía en la puerta del Hospital de Belén, y lo escaso se hizo abundante, ya que para todos alcanzó sin regateo. En seguida exigió a sus beneficiarios: «Venga el precio de las limosnas, porque bien saben ustedes que no siempre las regalo sino que a veces las vendo», y concluye: «Y todos sabiendo a buen seguro de qué se trataba, se arrodillaron devotamente y rezaron un padre nuestro y un ave-maría por el alivio y descanso de las almas del Purgatorio». Incluye dos copillas cuya composición se atribuye al hermano Pedro:

«Quien quiera saber señores
 cosas del Hermano Pedro,
 calle arriba, calle abajo,
 sin cuidar de su remedio».

Y esta otra:

«A todas las aves
 convido a danzar,
 que aunque tengan alas
 no me han de ganar».

Recoge en seguida otra leyenda: «El Perro del Hospital de Belén» (Pág. 126), aunque data el suceso con una fecha caprichosa y lo hace pasar en el Hospital de Belén el propio año en que llegó Pedro a Guatemala, cuando no pensaba en

fundar su institución siquiera. Se trata de un acto de suprema humildad realizado por el virtuoso lego, o sea, lamer las llagas de un enfermo, por haber prescrito el cirujano que un perro lo hiciese. Termina diciendo: «...si he de hablar francamente, diré que en estos dorados tiempos, más conveniente sería que la patria tuviese menos hombres ilustres y más perros como el de Belén».

En la página 145 hallamos otra tradición del beatro personaje, cuyo anecdotario es inagotable, «La Lagartija del Hermano Pedro». Para salvar de un apuro a un honrado trabajador faltó de dinero, el hermano Pedro le da una lagartija que casualmente se presentó a su alcance, y la bestezuela se transforma en una joya espléndente, aceptada sin vacilaciones por el primer prestamista a quien se propuso en prenda. Rescatada ésta, al ser devuelta la joya al Tercero, éste le dice: «Vete con Dios», y la lagartija huye vivaz y ligera. El cronista anota que hay una tradición similar entre las que escribió Ricardo Palma: «El alacrán de fray Gómez»; pero la del Hermano Pedro es original. (Otros autores han demostrado también su prioridad en la fecha, pudiendo decirse que Palma se inspiró en la leyenda antigüeña).

— XXV —

GOMEZ CARRILLO (AGUSTIN)

Historia/de la/América Central/desde el descubrimiento del país por los Españoles (1502/hasta su independencia de España (1821)/Precedida de una «Noticia Histórica» relativa a las naciones que habitaban/la América Central a la llegada de los españoles./Obra continuada bajo la administración del/Señor General don José María Reyna Barrios/y en virtud de encargo oficial/por/Augustín Gómez Carrillo/Individuo de la Facultad de Derecho de Guatemala y de la de El Salvador, de/las Academias Españolas y de la Lengua y de la Historia, de la Matritense/de Jurisprudencia y Legislación de las Sociedades Económica de/Barcelona y Madrid, de la Asociación Internacional de Derecho/Penal establecida en Alemania y condecorado por el Go-/bierno francés con las Palmas Académicas de 1a. clase/Tomo III/Guatemala,/Tipografía Nacional./1895.

Esta obra es continuación de la que dejó incompleta José Milla y Vidaurre. Gómez Carrillo censuró enérgicamente el monacato, como institución opuesta al progreso de nuestro país y en la que muchos de los enclaustrados no vieran un ideal ascético, sino seguro medio de vida, y aún de holganza en la abundancia. En el Capítulo VI, página 133, dice: «Comunidades monásticas había, sin embargo, que prestaban servicios a la causa del bien, como las que daban misioneros para enseñar el castellano a los aborígenes y civilizarlos; habíanlas también con escuela pública anexa, para que en ella aprendiesen a leer y escribir los niños de las familias pobres. Pero no todos los regulares eran útiles, por más que en los claustros se cultivaran las ciencias y se formara uno u otro sabio; y la abundancia de conventos era un verdadero mal, porque embarazaba esa corriente de vida que debe promoverse y que nace de la provechosa actividad de la fuerza humana. La inacción de tantos brazos era un factor de público empobrecimiento».

Mas, agrega en seguida: «Al lado de esas comunidades casi estériles hubo una que, por su carácter simpático, hay que decirlo, merece una mención especial: la de los Bethlemitas hospitalarios, originaria de esta tierra, pues nació en la segunda mitad del siglo XVII, en la ciudad de Guatemala, y desde allí logró extenderse a otras provincias de América. El año a que se refiere este capítulo, permite mencionarla y consiguientemente consagrarse algunas frases».

«Parece, no obstante, que el lazo de la caridad bendita no siempre bastaba a mantener en armónico concierto a sus miembros. Disturbios lastimosos y el despotismo que en esas casas ejercía su general, fray Rodrigo de la Cruz, determinaron al Rey a prevenir (1717), que se pusiesen en práctica los breves pontificios sobre la materia, y que fray Rodrigo, quien fue el primer general que se nombró, se abstuviese, lo mismo que sus subordinados, de promover nuevos desórdenes, si no querían que se les tratara con la necesaria severidad. Debe saberse que aquel religioso modificó indebidamente las reglas que se expedieron para el gobierno del instituto; y aunque el monarca había antes mandado que se observaran tales reglas, recogiéndose las adulteradas por el dicho General, quien según las palabras de la cédula, era ya incapaz de ejercer el poder de que estaba investido y se manejaba, además, de modo muy arbitrario, había continuado experimentándose el mal que el monarca deseaba corregir. Para ponerle remedio había ido a España, en 1708, el procurador de varios conventos Belethmitas, y sus gestiones motivaron la cédula que acaba de citarse».

«Ofrece interés el origen de la fundación hecha en Guatemala. Por el año de 1648 (?) vino a esa ciudad Pedro Bethancourt, originario de Canarias; era filántropo por carácter, y deseoso de hacer el bien posible a los desvalidos, vistió en 1652 (?) el hábito de la Orden Tercera y se consagró a la tarea laudable de fundar un hospital de convalecientes. La obra por él principiada tuvo en breve cooperadores llenos de entusiasmo, atraídos por las virtudes del fundador».

«No fue en su origen el establecimiento más que una modesta casa de paja, en la que el Hermano Pedro, como le llamaban, se ocupaba en instruir en la doctrina cristiana a los niños, y en atender a los pobres que salían ya curados del hospital, pero que en la convalecencia carecían de recursos para el restablecimiento completo. Bethlen es el nombre que se dió a ese instituto hospitalario».

«Lleno de fervor Pedro de Bethancourt se decidió a acudir a la piedad del vecindario, y con los auxilios que obtenía acometió la fábrica de un espléndido hospital. No pudo verlo terminado, porque le sorprendió la muerte en 1667, y concluyéronlo los que lo ayudaban en su ministerio, y que él había admitido para echar las bases de la Orden Belethmítica. Además del hospital se construyeron convento e iglesia, con un gasto de más de setenta mil pesos. La catástrofe de Santa Marta (julio de 1773), que trajo la ruina de la ciudad, fue también causa de deterioros para aquellos edificios; pero la reparación no tardó mucho en efectuarse».

«En el testamento del hermano Pedro, recomendó éste a fray Rodrigo de la Cruz que adoptara el régimen monástico; se redactaron, pues, los estatutos en 1667, y los confirmó fray Payo de Rivera, obispo de Guatemala. Los varios hermanos hicieron voto de obediencia y hospitalidad, y eligieron a fray Rodrigo para el cargo de prelado. (Nota: los bethlemitas llevaban la barba larga, lo que

dió lugar a que en Lima los bautizase el pueblo con el nombre de los barbones. Usaban capa y una túnica de paño buriel o pardo con una cruz azul, ceñidor de correa y sandalias; la cruz fue sustituida con un escudo representando la natividad de Cristo. No les era permitido montar a caballo. Ricardo Palma—*Tradiciones Peruanas*—Artículo de Los Barbones). Rodrigo de Arias Maldonado era el nombre de este belethmita. Nació en Marvella, en 1637, y vino en su juventud a Costa Rica, como alférez, acompañando a su padre, que pasó a ejercer el gobierno de esa provincia. Al morir su padre, le sustituyó provisionalmente en el mando, en el que se condujo por manera muy satisfactoria. Dirigióse en seguida a Guatemala, entregándose allí a discretos amores con damas de alta clase; pero después, arrepentido de sus aventuras de galán mancebo, fue a buscar a Pedro de Bethancourt, y tomó el hábito de hospitalario. Ya prelado, se encamino a Lima; obtuvo la protección del virrey, Conde de Lemos, y logró fundar allá el Hospital del Carmen para las enfermas convalecientes del de Santa Ana».

«Dejando en Guatemala, como superior, a Francisco de la Trinidad, y en Lima a Andrés de San José, hizo viaje a Roma, en 1671, para obtener de su Santidad la sanción de los estatutos, que iba retardándose. Entre tanto, los superiores de Guatemala y Lima, desentendianse de sus reglamentos, no sólo establecieron escuelas, sino que se ordenaron los sacerdotes haciendo también esto último algunos de los hermanos. Informado fray Rodrigo, regresó a América, y dictó las providencias necesarias contra los que así abusaban. Hizo nuevas fundaciones en Piura, Trujillo y otros lugares del Perú, y pasó por segunda vez a España y Roma. Estuvo después en Quito; y dejando allí fundada una casa, fue a la ciudad de Méjico en la que murió en septiembre de 1716; de manera que al expedirse la cédula real de 1717, antes citada y en la que se califica de tirano a fray Rodrigo, ya había éste muerto. Al desaparecer el infatigable prelado acrecentáronse las desavenencias sobre interpretación de los estatutos y breves, y aun ocurrieron motines en las casas de Guatemala, Méjico, Guadalajara y otras poblaciones; pero en las del Perú siguió dominando la pureza de costumbre, a la par de la caridad para con los pobres enfermos».

«Al trasladarse al valle de la Ermita, en 1775, la ciudad capital de Guatemala, vinieron a ese lugar los conventuales de Bethlen, y por mucho tiempo tuvieron aun escuela de primeras letras, hospicio para albergue de pobres peregrinos y enfermería para convalecientes (Juarros y Ricardo Palma)».

«El beato Pedro de San José Bethancourt, como en las crónicas eclesiásticas se le llama, fue la piedra angular del instituto Bethlemítico. Alma penetrada de caridad ardiente y abnegación sublime, prestó servicios cuya magnitud no alcanzó acaso él mismo a prever. El supersticioso espíritu de una época de general ignorancia, que en todo se mezclaba, como si pretendiera personificar los intereses del presente y las aspiraciones del porvenir, atribuye hechos extraordinarios al beato Pedro, representándolo en largas pláticas con las ánimas y concediéndole el sobrenatural privilegio de los milagros. Descansan sus despojos mortales en una capilla anexa al destruido templo de San Francisco de la Antigua Guatemala».

— XXVI —
(ANÓNIMO)

«UN SIERVO DE DIOS».—La Fe (periódico religioso, científico, literario y de variedades), fundado y dirigido por el presbítero Salvador Arzú Roma.—Años I, II y III.—Núm. 18, Guatemala, 5 de marzo de 1896; Núm. 19, Guatemala, 20 de marzo de 1896; Núm. 20, Guatemala, 5 de abril de 1896; Núm. 21, Guatemala, 20 de abril de 1896; Núm. 22, Guatemala, 5 de mayo de 1896; Núm. 29, Guatemala, 20 de agosto de 1896; Núm. 30, Guatemala, 5 de septiembre de 1896; Núm. 31, Guatemala, 20 de septiembre de 1896; Núm. 34, Guatemala, 12 de noviembre de 1896; Núm. 36, Guatemala, 5 de diciembre de 1896; Núm. 39, Guatemala, 20 de enero de 1897; Núm. 41, Guatemala, 20 de febrero de 1897; Núm. 43, Guatemala, 5 de julio de 1897. — Biblioteca de Arturo Taracena.

Es una interesante biografía del Hermano Pedro, que se presenta como un extracto de los anteriores escritos sobre «la vida de aquel hombre extraordinario, que en pocos años llegó a la más elevada cumbre de la perfección cristiana».

Comienza (capítulo primero) por referir las circunstancias en que ocurrieron los sismos de 1651, los cuales, habiendo principiado el 18 de febrero de ese año, permiten precisar la fecha en que Pedro de Bethancourt llegó a la Antigua Guatemala. Sigue el relato calcado en las noticias del padre García de la Concepción y del Doctor Montalvo, aunque contiene un rasgo original, y sin duda supuesto, que no hemos leído en los demás escritos relativos al virtuoso varón, dice: «Prendado Pedro de Almengol de las extraordinarias dotes que adornaban el alma del joven Betancourt, quiso hacer que entrara en su familia, casáncolo con una de sus hijas; pero como esto se oponía de todo en todo a los proyectos de éste, trató de huir el peligro, despidiéndose con la mayor cortesía y agradecimiento de su primer huésped, a pretexto de la lejanía de la fábrica para atender a sus ocupaciones escolares. Trasladóse a la ciudad, siendo alojado con mucha benevolencia en la casa de Diego Vilches, que ya lo conocía».

El segundo capítulo se intitula: «Fundación de la Orden Bethlemitica», y cuenta cómo, frecuentando asiduamente los hospitales, el hermano Pedro concibió la idea de fundar otro para los convalecientes, y admira la prodigiosa forma en que llevó a cabo su propósito, improvisando recursos y despertando con su caritativo ejemplo una vasta cooperación.

El siguiente capítulo: «El Hermano Pedro Betancourt ejerció las virtudes en grado heroico», exalta sus actos y reconoce la popular estimación que le valieron: «Consagróse al Apostolado de la Oración, enseñando las verdades de la religión cristiana a los pobres, a los enfermos, a los indios, a los negros y principalmente a los niños; y el que nada o muy poco había podido aprender en las escuelas, adquirió en el trato y continúa comunicación espiritual con Dios, tan altos y profundos conocimientos en la ciencia teológica, que con frecuencia era consultado por personas encanecidas en el estudio, las cuales quedaban llenas de admiración al escuchar sus sesudas y atinadas respuestas». Señala, entre sus obras de piedad, la difusión y fomento del rezo del Rosario, devoción que extendió e intensificó grandemente, y acaba por atribuirle el mérito de fundador del Rosario Perpetuo

en Guatemala, establecida pocos años antes en Bolonia esa práctica religiosa, restablecida después por los dominicos, bendecida y colmada de gracias por los padres Pío IX y León XIII, se organizó en Guatemala desde 1891. «El H. Pedro de San José —concluye—, que floreció a mediados del siglo XVII, ¿tendría noticia de aquella asociación (la de Bolonia) piadosa y trató de imitarla? ¿O establecería él una semejante por inspiración especial de la Santísima Virgen?» Hace resaltar un dato suministrado por el padre García en su «Historia Bethlemitica», a saber: según un apunte constante en uno de los cuadernos de notas del Siervo de Dios, aparece que en el año de 1665 los fieles que lo tenían por padre espiritual rezaron 322.544 coronas y rosarios de la Santísima Virgen.

Intitúlase el IV capítulo «De la esperanza y otras virtudes que ejercitó el V. H. Pedro de San José», quien «además de haber observado siempre una conducta intachable, se entregó a los más ásperos rigores de la mortificación y su vida fue un continuado y completo sacrificio de sus potencias y de sus sentidos». Informa del profundo desprecio que de sí mismo tuvo el Siervo de Dios, calificándose de inútil, ignorante e idiota. «En el proceso instruido para la beatificación, varias veces citado, abundan pruebas fehacientes de que el Dueño y Señor de todas las cosas parecía complacerse en la ilimitada confianza que el H. Pedro había puesto en la providencia divina, y que jamás se vió defraudado en sus esperanzas». Refiriéndose a su humildad y santa pobreza, dice: «Su traje, de seglar, fue siempre pobrísimo y estropeado; y desde que profesó en la Tercera Orden de San Francisco, cuyo hábito recibió de limosna, como se dijo, era éste de paño burdo del que usan los indios, llamado *jerga*; y el vestido interior, de la tela más ordinaria y áspera, que se emplea para envolver fardos, conocida con el nombre de *guangoche*. Así lo testifican muchos de los que le conocieron y trajeron en intimidad». Todo eso era natural y nunca afectado en sus maneras: «No debe, por tanto, extrañarse que aún desde antes de haber fundado la Orden Betlemitica el V. Pedro se hubiese ya desposado con la santa pobreza, como lo hicieron el seráfico P. San Francisco y todos cuantos han sido fieles imitadores del divino esposo de la pobreza voluntaria, el cual dijo de sí mismo, que «no tenía donde reclinar su cabeza». Por las manos del Siervo de Dios pasaron grandes sumas de dinero, ingentes riquezas, como las que se emplearon en la costosa fábrica del Hospital de Convalecientes, y para tantas necesidades que remedió socorriendo a los pobres, durante el tiempo que vivió en Guatemala».

El capítulo V, «Asombrosa mortificación del V. H. Pedro de San José Betancourt», habla de sus ayunos, diarios y extraordinarios, su *tinajera*, sus vigilias y disciplinas; en forma que a todos asombraba que su cuerpo pudiera resistir tales castigos; «pero no se crea que en punto a la penitencia, como en ningún otro, obrase el V. Pedro con necia indiscreción o imprudencia temeraria; puesto que nada hacía sin licencia y beneplácito de su director espiritual, y así aconsejaba a otros que le ejecutases para medir y regular sus actos de mortificación. Camino, el más seguro, para no errar en materia tan delicada y difícil. Imitador fidelísimo del divino modelo Cristo Jesús, pudo repetir con el Apóstol de las Gentes: *absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi*. Y de tal manera amó la mortificación y el sacrificio, que no contento con gustar las hieles, coronarse de espinas y sufrir los impropios del Calvario, quiso llevar moral y materialmente la cruz del Redentor, sobre sus hombros». Y termina el capítulo: «Quizá algún día sabremos cuántos pecadores empedernidos debieron su conversión,

la mejora de sus costumbres y su salvación entera, a las gracias extraordinarias que Dios se dignó comunicarle en recompensa de la asombrosa penitencia que por ellos ofreció su devotísimo Siervo Pedro de San José Betancourt».

Capítulo VI, «Piedad y Devoción del V. H. Pedro de San José Betancourt». Continúa el anónimo biógrafo delectándose en la ejemplar vida del Siervo de Dios, siguiendo de cerca la exposición de fray José García de la Concepción. «El H. Pedro de San José, que desde los primeros años de su vida se había entregado a los ejercicios de piedad y devoción, fue favorecido por Dios con el don extraordinario de profundísima contemplación, de tal suerte que su oración era continua sin que la interrumpiesen sus ocupaciones, trabajos y ejercicios de caridad. Considerábase en la presencia de Dios y por ese motivo andaba siempre con la cabeza descubierta. Mereció que sus contemporáneos le diesen el dictado de extático (Proceso citado por el R. P. Fr. José de la Madre de Dios)». Refiere igualmente su ingenua y pía celebración de la Natividad y día de Reyes, en forma que «pudo repetir con San Francisco de Asís: dejadme hermanos, porque soy el loquillo del niño de Belén», dejando instituidas costumbres que devotamente se conservaron en la Antigua, y aún en la Nueva Guatemala de la Asunción, mientras existió la comunidad betlemita.

Casi materia idéntica a la anterior trata el capítulo VII, «Cordialísima devoción del V. H. Pedro a la Santísima Virgen, al Patriarca San José y a los demás Bienaventurados».

Intitúlase el capítulo VIII, «Admirable Caridad del H. Pedro de S. José», tema el más vasto de la vida del Siervo de Dios, quien fue, más que filántropo, un verdadero discípulo de Cristo, «ejerciendo la caridad en grado heroico, en todas las aplicaciones prácticas de tan insigne virtud». Comenta el biógrafo: «El comunismo del H. Pedro, si es lícito llamarlo así, como el que predicaban los Apóstoles, San Francisco de Asís y otros muchos Santos, como el que recomienda S. S. León XIII, en su brillante encíclica *De conditione opificum*, es la doctrina cristiana, que manda que las diferencias y las desigualdades sociales, inevitables en este mundo entre los miembros de la gran familia que se llama humanidad, sean compensadas o equilibradas por los sacrificios voluntarios de la caridad, la cual hace que los que tienen de sobra para satisfacer las necesidades y aún las comodidades de la vida, den lo supérfluo a los que carecen de lo más preciso para llenar siquiera las primeras. El H. Pedro procuró, en cuanto estuvo de su parte, resolver de manera práctica, y no con vanas y huecas declamaciones, el pavoroso problema de la cuestión social, que tan seriamente preocupa hoy más que nunca a todas las naciones; de la única manera que puede resolverse, por medio del ejercicio de las obras de misericordia».

El capítulo IX, «Caridad del H. Pedro en favor de los vivos y de los muertos», apela al testimonio de fray José García y otros, como las constancias de beatificación y tradiciones populares, para hacer mérito a su incansable labor en la asistencia de los vivos y de las ánimas del purgatorio, por cuya salvación erigió ermitas, hizo decir misas y oraciones y aun se robaba reposo para salir de noche por las calles, al sonido familiar de su campanilla, exhortando a las gentes a que salvasen sus almas o rezaran o diesen limosna a favor de los difuntos. En fin, habla de su caridad extrema para con los animales, que obedecían a su voz, como conscientes de tener en aquel manso hombre al más valiente defensor. Liberaba

a los zopilotes de los muchachos traviesos o crueles; abría las jaulas de los pajarillos prisioneros, curaba en su hospital a los perros callejeros, etcétera.

«Singulares favores y gracias extraordinarias que Dios se dignó conceder al H. Pedro de San José Betancourt», es el tema del capítulo X. «No debemos extrañar que cuando el V. Pedro se había entregado totalmente al servicio de Dios, ejercitando todas las virtudes cristianas en grado heroico, Nuestro Señor se hubiese mostrado tan generoso con su Siervo, otorgándole singulares beneficios y gracias extraordinarias, de las que denominan gratis *datas*. Sus biógrafos, fundados en el proceso instruido para la beatificación y canonización del Siervo de Dios, refieren suavemente y con copia de detalles multitud de hechos maravillosos, ocurridos en la vida admirable del H. Pedro; y los refieren con tanta sencillez como si se tratara de sucesos comunes y ordinarios».

A ese respecto, inicia una discusión sobre los hechos que deben conceptuarse como milagros operados por la voluntad de Dios, muchas veces manifiesta por intercesión de almas llenas de santidad, y otros que tienen origen demoníaco, sugerencias y trampas de los espíritus malignos; todo con sobra de erudición sobre las materias y tocando de paso las cuestiones de la magia y el espiritismo, a la orden del día.

Los capítulos XI y XII continúan la discusión, dentro de una tendencia polemista, y así se esfuma el tema biográfico principal, que ya no continuó. El trabajo quedó, pues, trunco y sin la firma del autor; de nuestra parte, quisimos considerarlo con relativa extensión, por su indudable importancia, y porque será muy difícil a la mayoría de los lectores conseguirlo, debido a la falta de una hemeroteca pública y a la casi total pérdida de los ejemplares de «La Fe» en que se publicó. En el curso de su lectura, atendiendo a ciertos giros de lenguaje y a su estilo polemista, hemos llegado a sospechar que pertenezca esa biografía a la pluma del erudito católico Agustín Mencos Franco, quien era asiduo colaborador de aquel periódico.

— XXVII —

EL PABELLON DEL ROSARIO

Número 7, correspondiente al mes de abril de 1896.

Se refiere a la biografía «Un Siervo de Dios» que publicaba el quincenario «La Fe», y refuta un concepto vertido por el desconocido biógrafo del Hermano Pedro (La Fe, No. 29, 20 de marzo de 1896) que considera al famoso Terciario como fundador del Rosario Perpetuo en Guatemala, dos siglos antes de que dicha práctica religiosa se instaurase con las gracias y privilegios acordados por Pío IX y León XIII.

En manera alguna niega las insignes virtudes del Hermano Pedro, mas aduce gran copia de noticias históricas y documentos pontificios para demostrar que aquél debió tener conocimiento antes o después de venir a América, de la forma primitiva en que se practicó el Rosario Perpetuo, y en caso de establecerlo en Guatemala «sólo pudo hacerlo bajo la primitiva forma anual». Cita la «Vida del Venerable Pedro de Betancourt» escrita en italiano por el P. Fray José de la Madre de Dios, Trinitario Descalzo, traduciendo un párrafo, en el cual se basa para

afirmar que «el rezo del Rosario distribuido en horas, que el H. Pedro puso en práctica, sólo se hacía una vez al año, el día 18 de agosto, con ocasión de la fiesta de la Coronación de la Santísima Virgen». Además, agrega, «interesaría saber si lo hizo canónicamente (la institución de esa práctica piadosa por el H. Pedro), es decir, si obtuvo del Rmo. General de los Dominicos la legítima autorización que para el efecto se requiere conforme a los Capítulos Generales de Orden de Predicadores, datados en Roma, año de 1650».

Por otra parte, reivindica para la Orden dominicana el mérito de haber exhumado y renovado tal devoción: «Débese al celo de los frailes dominicos el haberla sacado del seno del olvido para presentarla con una nueva organización y bajo una forma nueva, la forma mensual, que es como hoy se practica».

«La Fe», en su edición de 20 de abril de 1896, número 21, replica a las contestaciones del Pabellón del Rosario. No niega que la práctica originaria de Italia (Bolonia) pudo ser conocida por el H. Pedro y posiblemente lo era en Guatemala generalmente; pero el Siervo de Dios la introdujo en forma mensual, como lo afirma el padre García (Historia Betlemitica, pág. 113), a saber: «Para introducir entre los fieles esta devoción (del Rosario) compró (el H. Pedro) una gran cantidad de rosarios e hizo que se tocasen en una cuenta de el Millón, que había en el Convento de San Francisco, y entonces estaba en su valor: y con motivo de repartir el privilegio de aquella cuenta, se introducía en las casas y a el mismo tiempo establecía la devoción de rezar el Rosario y la Corona. A imitación de las horas, que se reparten a los Hermanos del Rosario, repartía también horas el Venerable Pedro: pero con diferencia de que siendo aquellas por año, las de el Siervo de Dios eran por meses. A cada persona señalaba un día, para que en una hora de él rezase el rosario entero de María Santísima: y para que esto lo ejecutassen con perfección, hacía que el día señalado para este ministerio, se confessasen y comulgassen. Hizo este repartimiento con tal orden, que casi no había hora en el año, en que no fuesen muchos los Rosarios y Coronas que se rezaban en honra de la Virgen Madre de Dios».

Reafirma, pues, sus razones para considerarlo un precursor y aún fundador (sin que esto diga contradicción) de la devoción del Rosario Perpetuo, y en cuanto a la autorización que para ello fuese necesaria, recuerda que la obediencia fue otra de las virtudes en grado heroico ejercida por el H. Pedro, quien siempre consultó todos sus actos con el Ilmo. fray Payo Henríquez de Rivera.

EL PABELLON DEL ROSARIO—Número 8, Guatemala, 3 de mayo de 1896.

El periódico insiste sobre la materia controvertida: que el H. Pedro de San José Betancourt «no pudo fundar el Rosario Perpetuo en su forma mensual, puesto que la organización que hoy tiene no se conoció sino hasta 1867, en que la aprobó y colmó de gracias espirituales nuestro Smo. P. Pío IX en su bula *Postquam Deo Monente* de 12 de abril del citado año».

«El rosario —dice— es una especial congregación de cofrades del Smo. Rosario por quienes se reza continuamente y sin cesar día y noche el Smo. Rosario. (Ex actis S. Sedis pro Societate SS. Rosarii perpetui)».

Estima que el quincenario «La Fe» incurre en contradicciones, y, aún más, no aprecia en forma debida la canonicidad de las asociaciones piadosas; en fin, establecida la práctica devota en forma anual, cree que al modificarla el H. Pedro «hubiese falseado o adulterado el carácter especialísimo de la cofradía del Rosario».

«La Fe» (número 24, 5 de junio de 1896), responde acertadamente: no ha dicho que el H. Pedro fundase la «especial congregación de cofrades del Smo. Rosario», sino señala sus actividades de precursor de la nueva organización y fundador de tan piadosa práctica. Sostiene que no se ha refutado en el fondo la cuestión y mantiene el apoyo de las verdades que, aceptadas por la «Sagrada Congregación de Ritos» en 1771, obran en el proceso de Beatificación que el padre García tuvo a la vista para escribir su Historia Betlcmítica.

— XXVIII —

MENCOS FRANCO (AGUSTIN)

TRADICIONES RELIGIOSAS DE GUATEMALA—DE SAN FRANCISCO A SANTA CATARINA. — «La Fe» — Periódico religioso, científico, literario y de variedades. — Año I. — Núm. 23. — Guatemala, 20 de mayo de 1896. — Tip. Sánchez & de Guise. — 8a. C. P. No. 5. — Págs. 267 y siguiente. — Biblioteca de ARTURO TARACENA.

Aunque esta crónica está firmada sólo por las iniciales A. M. F., es indudable que se trata de un escrito del historiador Agustín Mencos Franco, no sólo porque hallamos otras colaboraciones de él en el mismo periódico, en cuenta una tradición firmada también con sus iniciales e incluida en su libro «Crónicas de la Antigua Guatemala», sino también por identificarse su estilo con el de este relato.

Comienza por señalar la actitud antinatural y un tanto violenta de la imagen del «Señor Sepultado» que se venera en el templo de Santa Catarina de esta ciudad, y recoge la tradición poniéndola en los labios de una monja.

«Corría el siglo XVII y eran los días en que el Venerable Pedro de San José Betancourt, hermano de la Tercera Orden de San Francisco, edificaba al vecindario de la ciudad del Pensativo con la práctica de sus virtudes. Existía a la sazón, en el templo del Serafín de Asís, un viejo crucifijo, de tamaño casi natural, ante quien el Hermano Pedro acostumbraba orar por la noche...»

«Hallábase el bendito Siervo de Dios rezando con más fervor que nunca ante el crucifijo, cuando éste volviendo la cabeza hacia la derecha y con voz majestuosa y reposada, le ordenó que le condujese inmediatamente al templo de Santa Catarina. Quedóse maravillado a la vista de tal prodigo; pero recobrando, en cuanto pudo, la serenidad, contestó: «Señor: dispuesto estoy a obedeceros; pero ¿cómo os podré conducir si a causa de la gran cruz en que estáis clavado pesáis más de lo que pueden mis fuerzas? El Divino Redentor entonces se desprendió de la cruz y cayó sobre los brazos del Hermano Pedro, que trémulo de emoción y sin poder articular palabra, salió de San Francisco a cumplir el celestial mandato».

«Eran las altas horas de la noche, dormía la ciudad en profundo silencio y en obscuras tinieblas y sólo se oían de vez en cuando los quejidos del viento al agitar las copas de los árboles de los jardines y los estridentes chillidos de las aves nocturnas cobijadas en las torres de las iglesias».

«Pero estaba escrito que aquella noche había de ser de estupendos acontecimientos; porque apenas llegó al término de su viaje, vió que la comunidad, mis-

teriosamente avisada de lo sucedido, le esperaba ansiosa y preparada para recibir a tan alto huésped. El templo, profusamente iluminado, estaba abierto de par en par, vibraban los acordes del órgano produciendo dulces armonías, y las monjas, con blancos hábitos y negras tocas, abriéronse en dos filas, vela en mano, para que entrasen aquellas visitas extraordinarias. Imposible hallar una cruz a propósito, para clavar en ella la venerable imagen; motivo por el cual la colocaron en una urna, convirtiéndose así en Señor Sepultado el que había sido Crucificado. Cumplida su celestial misión, regresó el Hermano Pedro al Hospital de Betlén, atravesando presuroso y meditabundo las oscuras calles de la dormida ciudad, sin más luz que el débil fulgor de algún mísero candilejo y sin más ruido que el murmullo del viento que agitaba los árboles de los jardines y los chillidos de las aves nocturnas que en las torres de las iglesias se guarecían».

«Al día siguiente cundió la noticia de tal portento; acudió el vecindario a visitar el templo de Santa Catarina y desde entonces el antiguo y misterioso crucifijo de San Francisco, convertido en estatua yacente, fue objeto de especial devoción por parte de las religiosas y aun de todos los habitantes de la ciudad».

En el mismo periódico («La Fe, Año II, Guatemala, 5 de octubre de 1896, Núm. 32), publica Mencos Franco un artículo intitulado «Dos Obispos notables», en que vuelve a evocar a Pedro de Bethancur.

Se refiere al doctor don Bartolomé González Soltero, muerto en enero de 1650, y a su sucesor, fray Payo Enriquez de Rivera, quien nombrado desde 1657, por humildad rehusara la mitra, mas apremiado por sus superiores aceptó, entrando a la Antigua el 23 de febrero de 1659.

Entre otros merecimientos del prelado, dice: «No fue menor la participación que este prelado tuvo en la fundación de la Orden de los Belemitas. El aprobó las Constituciones de esa Religión, en 1667, o sea el mismo año en que murió su fundador, el Venerable Pedro de San José Betancourt; él presenció los primeros votos de obediencia y hospitalidad que hicieron los hermanos el 25 de enero de 1668 y él finalmente ratificó la forma del hábito que debían usar, a solicitud de fray Rodrigo de la Cruz.

Hermosa trinidad la que forman el Hermano Pedro, el Obispo Enriquez y Fray Rodrigo de la Cruz, el antiguo y caballero marqués de Talamanca. El primero concibe y lleva a la práctica el pensamiento de fundar la Orden de Betlén para ejercer las virtudes cristianas, enseñar a los niños y curar a los convalecientes. El segundo ayuda a tan laudable empresa no sólo como queda indicado, sino también facilitando el establecimiento de la Orden en México y dirigiendo con sus consejos e ilustrando con sus enseñanzas al Hermano Pedro, que acostumbraba consultar todos sus asuntos con el prelado. El tercero, en fin, funda algunas casas de Belemitas en la América del Sur y logra dar existencia legal al instituto, obteniendo para ello la aprobación pontificia en bula del papa Inocencio XI, fecha 26 de mayo de 1687. Sin duda que Pedro de Betancourt brilla en ese grupo en primer término y con más gloria; pero no desmerecen a su lado las nobles figuras de su sabio consejero y de su insigne discípulo».

— XXIX —

LA SEMANA CATOLICA

Periódico Religioso/Consagrado al Sacratísimo Corazón de Jesús/Organo del Circulo Católico/de Guatemala/Redactor y Administrador,/Jesús Fernández/Guatemala/Tipografía «Sánchez y de Guiso» 8a. C. P. No. 5.—Teléfono No. 205. — Biblioteca de Arturo Taracena. — Año V. — Vol. V. (1896-1897), número 214, Guatemala, 4 de julio de 1896.

«El Venerable Pedro de San José Betancourt». — Artículo de la redacción, en que se anuncia a los lectores que, con permiso del arzobispo licenciado don Ricardo Casanova y Estrada, va a publicarse el proceso original instruido por la Curia Eclesiástica de Guatemala, acerca de la Beatificación del Venerable Siervo de Dios fray Pedro de San José Betancourt, en su oportunidad elevado a la Sagrada Congregación de Ritos y que produjo el decreto de S. S. Clemente XIV, de 25 de julio de 1771, declarando en grado heroico las virtudes de Pedro.

Se satisface así un anhelo guatemalteco, que sólo conoce citas del proceso en diversos autores. «La copia oficial que se ha tenido a la vista para esta publicación, fue confrontada y está autenticada por seis notarios públicos, quienes hacen constar que es copia exacta de los autos originales elevados a la Sagrada Congregación de Ritos y que está formando parte de la causa (de canonización) en Roma».

Dicho proceso se conserva en la sala capitular de la Catedral Metropolitana de Guatemala, dentro de un cajón de cedro, en el cual, con pintura negra, está escrito: «En este Caxon se cerraron en este año de 1751 los procesos hechos, assi pr. autoridad ordinaria, como pr. Appca. sobre Santd. de vida virtudes y milagros del Vene. Siervo de Dios el Hermo. Pedro de Sn. Joseph Betancurt Fundador de la Relign. Bethlemita». Se sacaron sólo para la publicación de la Semana Católica que compulsó una copia, y volvieron a guardarse celosamente.

No sabemos por qué razón dejó de publicarse el Proceso de Beatificación del Venerable Pedro de San José, suspendiéndose en el número 371, año VIII, de 8 de julio de 1899. En los subsiguientes números no se alude más a él, aunque sí al Hermano Pedro, ni siquiera en un artículo intitulado «El fin de un libro», inserto en el número 417 y con el cual se cierra el octavo año de «La Semana Católica».

«La Semana Católica» —Año VIII—Guatemala, sábado 25 de noviembre de 1899—No. 391.

Publica la redacción un artículo intitulado «Revista Religiosa de Guatemala», exponiendo las prácticas piadosas que se dedican a favor de las ánimas del purgatorio, en diferentes épocas del año y diversos templos de la ciudad. Recuerda de paso la pintoresca costumbre del FUNERAL, que «tenía por objeto recoger limosnas en las noches nebulosas y tristes de noviembre, para celebrar el 2 de diciembre un solemne sufragio por las ánimas del purgatorio». Los participantes, formando numeroso concurso, llevaban faroles y entonaban coplas. Esta costumbre parece «copiada del legendario pecado mortal español, vivo recuerdo de la Edad Media», y dió motivo a nuestro novelista Salomé Jil para uno de sus ma-

ravillosos cuadros de costumbres. Se da la idea, muy lógica y probable, de que el Funeral fuera una herencia del Hermano Pedro y se haya inspirado en su práctica de salir por las noches con un candilejo y una campanilla a recoger limosnas e implorar preces para las almas del purgatorio. Don Ramón A. Salazar describe esta costumbre en su librito: «El Tiempo Viejo» (Recuerdos de mi juventud), Cap. XV, Págs. 89 y siguientes.

«Proceso de Beatificación del Venerable Hermano Pedro». — Autos informativos acerca de la santa vida, virtud, milagros y dichosa muerte del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt, conducentes a la causa de su Beatificación, hechos en virtud de comisión dada por su Señoría Illma. el Señor Obispo de esta Diócesis mi Señor: por el Señor Doctor Don Carlos Mencos de Coronado Maestrescuela de esta S. I. Catedral, Examinador Sinodal de este Obispado y Juez Delegado en dicha Causa, y por sus acompañados el Señor Licenciado don José de Alcántara y Antillón Tesorero en esta S. I. Catedral y Calificador del Santo Oficio de la Inquisición, y el señor Bachiller Don Pedro de Peralta Cura Rector más antiguo del Sagrario de ella, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y Examinador Sinodal de este Obispado etc. Notario: Don Felipe Díaz... — «La Semana Católica»:

Año V — (Guatemala, 3 de junio de 1896); números 215, 216, 218, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 230, 231, 232, 234, 235, 236, 237, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 250, 251, 252; páginas: 41, 52, 70, 84, 92, 102, 111, 117, 126, 136, 143, 150, 166, 172, 180, 196, 204, 214, 222, 239, 248, 254, 262, 271, 278, 286, 294, 303, 311, 325, 336, 344.

Año VI — (Guatemala, 5 de junio de 1897): números 274, 275, 276, 277, 278, 282, 283, 284, 290, 292, 293, 294, 295, 299, 303, 307, 308 y 309; páginas: 104, 112, 119, 128, 135, 167, 174, 183, 232, 245, 255, 263, 272, 303, 335, 368, 376 y 383.

Año VII — (Guatemala, 4 de junio de 1898): números 316, 333, 337, 339, 342, 344, 349, 350, 353, 354, 363, 365; páginas: 23, 158, 192, 208, 231, 247, 288, 296, 319, 328, 400 y 416.

Año VIII — (Guatemala, 3 de junio de 1899): números 367, 370 y 371; páginas: 16, 39 y 48.

— XXX —

FERNANDEZ (JESUS)

La Semana Católica — Periódico Religioso — Consagrado al Divino Corazón de Jesús — Redactor: Jesús Fernández. — Tipografía Sáñchez & de Guise — Año VI — Guatemala, 20 de abril de 1898. — Números 309 y 310. — MONOGRAFIAS DE LOS TEMPLOS DE GUATEMALA — El Calvario.

El señor Fernández describe los templos de la Ciudad de Guatemala, mas, al dar cuenta de su origen e historia de su traslación, se refiere a la existencia de los mismos en la Antigua Guatemala, respecto del Calvario dice: «Allí en ese templo y antes de su reedificación fue donde desplegó su celo el Venerable Pedro de San José Betancourt, como Terciario que era y fue un modelo entre sus herma-

nos, hasta que fundó la Orden Hospitalaria de Bethlem y aún a pesar de ello; esas ermitas eran las que recorría con la cruz sobre los hombros hasta su amado Calvario, que encerraba en su recinto la XII, XIII y XIV Estaciones del *Vía-Crucis*, y en esa Iglesia oró con aquella heroica fe que le obtuvo del Cielo gracias y favores que el proceso Diocesano instruido para su Beatificación y las tradiciones nos cuentan».

«Cuadro especial de las antiguas costumbres de Guatemala fue el *Vía-Crucis* que practicaban los Terciarios de San Francisco desde esta Iglesia hasta el Calvario, pasando por las ermitas, los viernes de Cuaresma, y en que se evocaban tantísimos recuerdos históricos muy sobre todo de la época del Venerable Pedro Betancourt, quien con su carácter especial imprimió en esas prácticas piadosas algo que las inmortalizaba. No sin razón el Calvario guarda el retrato que parece ser más auténtico de aquel personaje, obra de nuestro pintor Rosales, y en que se representa al Venerable con el fraje de Terciario».

«Por la noche, recordando la célebre práctica del *Vía-Crucis* o de los Nazarenos, que con los Terciarios y devotos cubiertos con túnicas y capuces hacía en antiguos tiempos el Venerable Hermano Pedro, allá en la Antigua, todavía yo alcancé en Guatemala personas que abandonando sus casas a las doce de la noche llevando linternas, seguían las Estaciones desde San Francisco hasta el Calvario, arrodillándose ante las puertas cerradas de los templos y ermitas, y que aunque eran pocas, conservaban esos viejos recuerdos de otra edad en el tiempo de Cuaresma y Semana Santa. ¡Era entonces tan sencilla y pacífica la vida en Guatemala!»

Refiriéndose al pintor Merlo, de quien se cree que pintó un retrato del Hermano Pedro, dice:

«Este pintor era un buen terciario de San Francisco, que murió como ya lo vimos en 1739; conoció al Venerable Hermano Pedro, y tanto que fue llamado como testigo en el Proceso Diocesano de la Beatificación. Era pues uno de aquellos Terciarios que cuidaban del Calvario y aun habitaban en el patio de las celdas.

— XXXI —

ASTURIAS (FRANCISCO)

HISTORIA/DE LA MEDICINA/EN GUATEMALA/por/FRANCISCO ASTURIAS/
Guatemala Impresa en la Tipografía Nacional/1902.

«El nunca bien ponderado «Hermano Pedro de San José de Betancourt», fundó en el año de 1653 dos hospicios, uno de convalecientes y el otro para niños. No siendo él suficiente para auxiliar a los dos hospicios, fue auxiliado por tres Franciscanos, que junto con él y con verdadera abnegación se dedicaron al manejo de los establecimientos» (Pág. 100). Cita al respecto a Fuentes y Guzmán.

— XXXII —

BETHENCOURT (JOSE LUIS DE)

«RASGO BIOGRAFICO DEL V. PEDRO DE BETHENCOURT» — Tipografía de R. J. Benítez. — Tenerife. — 1912.

Tenemos noticia de este folleto por la obra de don Antonio Batres Jáuregui: «La América Central ante la Historia», tomo segundo, páginas 122, 124 y 139. Asegura que el autor tenía parentesco con el Hermano Pedro y que de su «interesante y poco conocido bosquejo» tomó algunos datos para el capítulo XI de su historia.

XX XIII

RODRIGUEZ CERNA (JOSE)

José Rodríguez Cerna/El Libro de las Crónicas/Guatemala/Tipografía «El Jardín», 10 C. O. N. 28/1914. (Carátula dibujada por Campins).

Es una colección de crónicas, antes difundidas en diarios y revistas. Entre ellas una, intitulada «EL HERMANO PEDRO» (págs. 56, 57 y 58), describe el lugar en que reposan los restos del beato franciscano, cuya virtud elogia. Da impresiones de una visita del autor al venerado sepulcro, el primer sitio que solicita su atención en Antigua. Evoca la figura del émulo de San Vicente de Paul, por su caridad, y de San Francisco de Asís, por su humildad y pureza: «Las alas eucarísticas de la oración golpean la madera funeraria; y la cera derrite su blancura, mientras los indígenas conversan en voz baja con el muerto... El oído, en esta tumba, puede recoger el eco de las evangélicas historias de Pedro de Bethancourt, como a través de un obstáculo de roca el perenne discurrir de unas aguas que no se ven... Ante su sepulcro, nuestra alma comprendió que a veces hay que doblar las rodillas, si no por la plegaria, por la emoción, que muchas veces es lo mismo».

En otra crónica, EL MILAGRO DE LOS CLAVELES (págs. 59, 60 y 61), recoge una de las más poéticas leyendas del Hermano Pedro. Una muchacha y su seductor son sorprendidos por el padre de aquélla, quien venga en la sangre del mancebo su honra mancillada. El hermano Pedro, que siempre estuvo en el lugar y en la hora en que la caridad lo había menester, presta los últimos piaños auxilios al joven agonizante. Al día siguiente, casi con el alba, se presenta la muchacha al Hospital de Belén y solicita la ayuda de su santo fundador para entrar a un convento; sólo quiere, como último acto de su vida terrenal, visitar la tumba de su desgraciado amante, cuya locación ignora, y llevarle unas flores. «Sígueme, que esto es por voluntad de Dios», le dice Pedro, quien sin vacilar se dirige hacia el lugar en que los criados del vengador han enterrado secretamente el cadáver; ella lo sigue, dócil y quebrantada, «y fue el milagro, porque el delantal con que ella se cubría los ojos se colmó de claveles en que se convertía la sangre del muerto, y que cayeron desbordados en lluvia silenciosa sobre la tumba...»

— XXXIV —

SANCHEZ Y MONROY (Pbro. D. CARLOS)

COMPENDIO/de la vida y milagros del/Venerable Hermano/PEDRO DE SAN JOSE BETANCOURT/Fundador de la Orden Belemita/Seguido de los datos biográficos de la Madre/Encarnación Rosales. Reformadora/de las Hermanas Belemitas Hijas del Sagrado/Corazón de Jesús/por el/Pbro. D. Carlos Sánchez y Monroy/Imprenta de la Tip. San Antonio—Templo de la Recolección/Guatemala, C. A.—1916. — Biblioteca de Arturo Taracena.

8o. menor—58 págs.; en la segunda la licencia de la Autoridad Eclesiástica: Guatemala, 3 de agosto de 1916. — Eugenio Novi, Srio. — Registrada en el libro correspondiente de impresiones, Fo. 109, No. 378. — La 3a. página con un grabado en que se figura al H. Pedro cuando vagaba por las calles nocturnas de Antigua pidiendo sufragios para las almas del purgatorio y llamando a la contrición, al tañido de su campanita. Otro grabado (pág. 21), reproduce una fotografía de la tumba del Siervo de Dios.

El autor advierte en su prólogo («Dos Palabras») que, para redactar su compendio, ha tomado principalmente los datos vertidos en un libro en italiano que contenía el proceso de Beatificación del Venerable Pedro (Suponemos que sea el de fray Giuseppe de la Madre di Dio, Roma 1739), conservado entre otros, referentes a la fundación y crónica de su Orden, por las Religiosas Belemitas de Guatemala. Protesta que su obra no encierra pretensiones literarias, llanamente sujeta a la verdad histórica; la escasez de los ejemplares antiguos que tratan de la vida del Beato Pedro fue el estímulo que lo movió a escribir.

El 1r. Cap. se intitula «Patria del Hermano Pedro». Nació en Casna (?) y Villafor, isla de Santa Cruz de Tenerife, el 21 de marzo (?) de 1626. Piadoso desde niño, «un hombre rico de Tenerife lo pidió para llevárselo a la Corte de Madrid, España, pero no duró ahí mucho tiempo» (?). Inspirado por Dios y aconsejado por su confesor, salió de su casa «sin otros recursos que dos panes» (?). Tuvo la suerte de tener por confesor al R. P. Villalobos (?) de la Compañía de Jesús.

Cap. II: «El Hermano Pedro se resuelve a abandonar el país» (?).

Ya en Guatemala, un pariente suyo (?) le aconseja entrar al colegio de San Borja. «Sin dejar de aprovecharse en los otros estudios» (?) escolló en la lengua latina y salió para Petapa. En el propio capítulo dice que el Convento de Belén se convirtió en el primer Hospital de Convalecientes (?); en último caso, sería lo contrario, pues ambas instituciones fueron naciendo de las prácticas de caridad y piadosas de Pedro, antes hubo hospital que convento.

En el Cap. III, «Milagros del Hermano Pedro», recoge muchas de las tradiciones referentes al poder sobrenatural de Pedro: su dominio sobre los animales; la conducción del Cristo Sepultado de Santa Catarina, desde el templo de San Francisco; una mano invisible le abría las puertas de la iglesia de la Merced; etc. Y los subsiguientes capítulos tratan similares materias, como resurrecciones, la conversión de Fray Rodrigo, bilocaciones, y otros actos que ponen de relieve la inmensa caridad y profunda fe del maravilloso lego.

En el Cap. XI, «Asperezas», dice: «Había en el convento de Belén un oratorio pequeño con el piso de ladrillitos llamados axulejos; el lugar donde el Hermano Pedro se arrodillaba tenía hundidos los ladrillos, pasaba allí noches enteras en oración y se azotaba el cuerpo. Y a todos los visitantes se les mostraba aquél lugar. Era tal la veneración que el Rmo. señor Arzobispo García Peláez profesaba al Hermano Pedro, que cuantas veces fue a la Antigua, visitó los Santos Lugares, como él los llamaba y siempre entró de rodillas a esa santa capilla. En un corredor próximo a la capilla, había en la pared un hueco semejante a una alacena, plano en su base y redondo en la parte superior. Ahí se metía el Hermano Pedro a orar según la tradición, solamente cabía arrodillado y encorvado, en aquella posición mortificante pasaba algunas horas. En el fondo de ese hueco había pintado en la pared al óleo la imagen de Jesús Crucificado, San Juan y la Virgen Santísima. Eran estos monumentos históricos muy apreciados; pero desgraciadamente llegó a la ciudad el español José María Fernández, logró del presidente Barillas que le diera la iglesia y convento de Belén, instaló ahí una maquinaria de aserrar madera y fábrica de muebles; aquel hombre sin consideración ninguna destruyó la capilla, la alacena, rompió una pared del templo, porque se le negaron las llaves, entró, lo profanó; hubo que desocuparlo a toda prisa y pasar las imágenes, vasos sagrados y ornamentos a la iglesia inmediata de la Escuela de Cristo».

Tras relatar otros actos virtuosos y su muerte, habla (Cap. XV) de la «Devoción al Hermano Pedro», muy extendida en Guatemala y aún fuera de nuestras fronteras, y conservada y aún acrecida a través de los años, no obstante verse limitada oficialmente por la iglesia; así, el arzobispo Casanova y Estrada no aprobó algunos actos de veneración, consistentes en adornar la tumba con albas colgaduras, decir una misa y exponer el santísimo, un 25 de abril. Un sacerdote salvadoreño, Pbro. don Víctor Medina escribió una novena, la única que hay del Hermano Pedro, y aunque deficiente, fue laudable en su objeto».

«Favores Póstumos» se intitula el Cap. XVI, y son interesantes algunos casos que sin comentario relata: A la esposa del sacristán de San Francisco, quien desesperada fue a depositar a su hijito muerto frente a la tumba del H. Pedro, sobre el pavimento, le hizo el milagro de volvérsele a la vida. El párroco de San José recibió comunicación de un hombre, atropellado por un vehículo, a quien según los médicos debía amputársele una pierna; cumpliendo la recomendación, el padre oró al H. Pedro, clamando su intervención, y el doliente sanó por completo. Con un ex-voto de gratitud, se colocó la declaración al lado de la tumba de Pedro. Doña Carmen de Kreitz, salvadoreña, padecía de un cáncer en el estómago. Ya desahuciada por la ciencia, implorando al H. Pedro, sanó y vivió más de diez años. La esposa de don José Sanz, devota del H. Pedro, estuvo a las puertas de la muerte; vió que llegaba el Beato de Antigua a curarla, y sanó; desde entonces su familia celebra una función de gracias cada 25 de abril. La misma señora de Sanz pidió por una amiga, la señora de Ordóñez, quien salió felizmente de un parto laborioso, sin la intervención quirúrgica que los médicos creían indispensable.

Otro dato interesante, se refiere a los recursos para la deseada canonización: «En Roma los religiosos carlistos, que tienen iglesia y casa del Quirinal en su mayoría española, eran los encargados de lo relativo al archivo capital de los belemítas. Según informes recibidos en la época del Concilio Vaticano 1870 su-

pimos que tenían en depósito tres millones, supongo que de liras, destinado a gastos de canonización del Venerable Hermano Pedro. Se formó este capital con las contribuciones de los conventos de México, Guatemala, Habana, Ecuador y Lima, y el crédito que ha ido aumentándose con los años. Según informes de los belemitas reformados hoy sólo existe un millón y quinientas mil liras (1914), lo demás se ha gastado con autorización de la Santa Sede en canonizaciones de otros santos. Esta cantidad está ahora destinada a la canonización del Hermano Pedro y Madre Encarnación Rosales, guatemalteca, Reformadora de las Belemitas».

En último capítulo (XVII) trata del «paquete misterioso», en el que se supone que dejó el H. Pedro algunas prcfecías...

Aunque incurre en leves errores, la obra del padre Sánchez Monroy, es interesante y verídica. Al final, agrega una «Novena/Para implorar la intercesión del Venerable Hermano Pedro de San José Betancourt Fundador/de la Orden Belemita. Compuesta por el Pbro. D./Carlos Sánchez y Monroy./Para rezarla sólo en privado, no en público».

Dicha novena está muy bien escrita, adecuada a la vida del Beato antigüeño y, por tanto, resalta su originalidad entre otras piezas del mismo género. Termina con la siguiente Oración: «Concédenos Señor lo que humildemente pedimos en esta novena, váganos para ello la intercesión piadosa del Venerable Hermano Pedro, que por vuestra gloria y nuestro bien, nos concedáis su pronta Beatificación, sea él protector de nuestras familias y lazo que a todas nos una en la caridad de Nuestro Señor Jesucristo. Amén».

— XXXV —

HIDALGO (ENRIQUE A.)

LATAS/Y LATONES/Poesías/de/Enrique A. Hidalgo/Guatemala/Tipografía Sánchez & de Guise/8a. Avenida Sur, No. 24/1916.

189 pp. incluyendo índice, un «vocabulario de chapinismos», un «Prólogo» del licenciado Francisco Quinteros Andrino y «Dos Palabras» del escritor José Rodríguez Cerna.

Hidalgo, malogrado ingenio guatemalteco, siguió las huellas de Pepe Batres, en el estilo joco-serio, descollando por la amenidad de sus temas y la fácil y perfecta forma de su verso.

En la página 179, se inserta un poema intitulado «La Prueba», en que se recoge la tradición antigüeña sobre la forma en que, declarada la vocación religiosa de don Rodrigo de Arias Maldonado, hizo aprendizaje de humilde y caritativo entre las manos de Pedro de Bethancour. Poema que transcribimos en seguida.

En la paz de la estancia un candil parpadea,
un sollozo se extingue y un suspiro aletea
con el suave aleteo de la casta paloma
que agoniza en el césped. Un silencio imponente
santifica el recinto. Se percibe el aroma
de la carne podrida que satura el ambiente.

Se prolonga el silencio y se impone la calma.
Del candil a la lumbre se perfila en el lecho
una madre que tiene un dolor en el alma,
un infante en los brazos y una llaga en el pecho

Del cansancio de un día de faena tediosa
bajo el plomo del cielo el suburbio reposa.
Un tenorio pasea la lascivia ante una
ventana que se abre con temor. La sorpresa
de dos ojos de fuego y una boca de fresa
se dilata en la calle. Tras el monte la Luna
arrincona su lumbre. Una estrella dormita
sobre el cono truncado del volcán. El ladrido
del mastín centinela es el único ruido
que interrumpe a intervalos la quietud infinita.

La oración se desmaya en los labios del lego,
la sonrisa florece en la boca del niño
y suspende la madre la ternura de un ruego
para ver la esperanza a través del cariño
que refleja la risa del infante. Ha soñado,
al dormirse tranquilo junto al pecho llagado,
con los ángeles rubios y las vírgenes bellas
que vestidas de nubes salpicadas de estrellas
en los cielos imprimen la piedad de sus huellas.

Rechinan de repente los goznes del postigo...
Silencioso en la estancia penetra don Rodrigo.
Ya no luce en el porte la altivez del soldado;
el modesto atavío y el semblante severo
no denuncian al héroe que esgrimía el acero,
requería de amores y triunfaba en vedado.
Es otro don Rodrigo de Arias Maldonado.
El franciscano yérguese al ver al caballero;
toma el candil, lo acerca a la faz, lentamente,
de la enferma, y exclama mirando al visitante
que los dardos recibe de un recuerdo en la mente:
—«Marqués de Talamanca: aquí tenéis delante
el infortunio inmenso de la mujer que un día
oyó de vuestros labios el grito «ya eres mía»
y vos la abandonásteis... Miserias y pesares
empujáronla al vicio y el vicio en la vereda
arrastró su hermosura, la puso en almoneda
y el nácar de su carne manchó en los lupanares.
¡Mirad lo que de ella vuestra impudicia ha hecho!»
—Y su mano se apoya en la frente, con calma,
de la madre que tiene una llaga en el pecho
y el martirio incesante de un dolor en el alma.

Dos miradas se esconden. La del lego fulgura.
Se prolonga la pausa, el ambiente satura
el olor nauseabundo de la carne llagada,
y en el alma del hombre que ocultó la mirada
un reproche se hunde como una estocada.

El franciscano sigue: —«Mirad de qué manera
probar espero ahora, señor de Maldonado,
si os anima el intento de abrazar mi carrera,
si con frases mentidas no me habéis engañado...
¿Prometisteis que haríais aquello que yo hiciere?
Está bien; imitadme». Y en la llaga asquerosa
de la mujer, el lego súbitamente posa
los labios un instante. Después lame la llaga;
y del triste recinto en la paz angustiosa
se amedrenta un asombro y una queja se apaga.

Y de pie don Rodrigo reconstruye en la mente
una escena olvidada de otros tiempos y siente
un dogal en el cuello y un bochorno en la frente.

La voz del franciscano del éxtasis le arranca:
—«Os corresponde el turno, Marqués de Talamanca». .
Y el Marqués, el que fuera burlador de la vida,
deposita sus besos en la carne podrida
y sus lágrimas riega sobre el pecho llagado.

¿Es leyenda? ¿Es historia? En verdad que lo ignoro.
Mas, historia o leyenda, de los siglos de oro
son imágenes fieles el soldado y el lego.

De los dos uno hizo don Miguel de Cervantes
y así fue por el mundo el ilustre manchego
reparando injusticias y venciendo gigantes.

— XXXVI —

BATRES JAUREGUI (ANTONIO)

LA AMERICA CENTRAL/ANTE LA HISTORIA/TOMO II/Impreso en los Talleres de Sánchez & de Guise/Guatemala.—Colofon—Se acabó de imprimir—en los talleres de «Sánchez & de Guise»—8a. A. S. No. 24—de Guatemala—el día XV de septiembre del año—MCMXXII.

El Capítulo XI (págs. de la 121 a la 149) se intitula «EL HERMANO PEDRO Y FRAY RODRIGO DE LA CRUZ», y aunque se incluye en la obra que el autor dió a las prensas en 1920, fue un ensayo anterior e independientemente concebido,

que por su extensión y estilo no encaja bien en el cuerpo del libro; comprendiéndolo sin duda así, el licenciado Batres Jáuregui puso al pie de la fecha de su composición: Enero 10. de 1917.

El autor hace un encendido panegírico del Hermano Pedro, a través de una síntesis biográfica, a la cual adita algunos casos maravillosos trasmítidos tradicionalmente. Evoca al personaje:

«En la lejanía de nuestra historia, en medio de crueidades y miserias, abominaciones y pequeñeces, cncuéntranse alturas humanas, que muestran la estética sublime de la abnegación y el heroísmo, por el amor al prójimo, sirviendo de venerable ejemplo a las generaciones venideras y conservando viva en las almas el ansia de lo infinito. Rodeado de mística claridad, con ambiente de paz ingenua, aparece en los tiempos álgidos, el Hermano Pedro, ardiendo en misericordia, para aliviar el dolor e impartir consuelo a la desgracia. Varón inmaculado, alma sencilla, luz de celeste fe, pasó por el mundo como viva protesta contra las impías rudezas de la conquista, cual contraste cristiano de tanta desolación. Suscita la Providencia hombres como San Juan de Dios, San Vicente de Paul, San Francisco de Asís, Fr. Antonio Margil de Jesús y el Venerable Bethencourt; panaeas humanitarias, para contrarrestar la acerbadía de los dolores que devoran las almas enfermas. Al través de los años, surge la virtud de nuestro santo — amparador de pobres, enfermos y afligidos — con el melancólico perfume de las flores de la Cruz, que esmaltan las orillas del río Pensativo. Al consagrarse este capítulo al piadoso Hermano Pedro, se transporta la mente al medio en que brotó la caridad apostólica de su corazón magnánimo, entre las lidiandades horrendas de aquellos oscuros años. Ese dulce nombre evoca reminiscencias de nuestra infancia, fervientes preces ancestrales, añoranzas de antaño, nostalgia celeste, orgullo nacional, por una gloria purísima».

Reseña su nacimiento, familia y primeras impulsiones de servir a Dios: «Ya en plena vida sentíase aquel hombre impulsado misteriosamente a singulares destinos. Diríase que había nacido para figurar como apóstol de caridad y mansedumbre, en el Centro de América; para sufrir con los que lloran, y padecer con los que padecen. Hay voces secretas que empujan, con divino influjo, a misiones irresistibles, sugiriendo en todos los instantes, un pensamiento decisivo».

«El Hermano Pedro aspiraba a imitar la abnegación de los primeros cristianos que abrazaron con fe aquella religión, nacida en un establo, en chozas, patibulos, catacumbas y mazmorras de cautivos, y fue predicada, mantenida y confirmada con el martirio y la sangre; religión que ha de vivir de la caridad, de la mansedumbre y del amor universal. Un ser que participa del padecimiento de todos los dolores, fue nuestro santo, despertando muchas almas dormidas, pudo con su ejemplo y exhortaciones, extirpar vicios y suavizar asperezas entre gente dura y soberbia. Aquel monje piadoso vivió del corazón y no del cerebro».

«Pedro aparece cual emblema de caridad, como encarnación de ese amor inefable que deja huellas de sus besos en la frente de los desgraciados; pero besos ungidos con el bálsamo del consuelo, brotando de los corazones generosos, como el de aquel Venerable asceta, respetado y querido en Guatemala, con fe sencilla y tradicional. El altruismo es principio, suma y compendio de la religión cristiana, el recuerdo del venerable Bethencourt vivirá siempre entre los benefactores de la humanidad doliente, y ha de ser timbre de gloria para la patria. No puede presentarse ideal más perfecto de los transportes del corazón, de sus arrebatos y de-

liquios, de los impulsos a lo sobrenatural, que nuestro santo; y por los portentos de religioso amor».

«La historia del Hermano Pedro va esmaltada de piadosas tradiciones, que caracterizan la época en que prodigara la caridad, con humilde solicitud por todos los dolores, prescindiendo de los bienes de este mundo. Más que la historia de un hombre es la epopeya de su alma heroica, llena de sufrimiento y virtudes —mística flor, flor del edén! La dulzura de tu perfume se esparce aún a orillas del río Pensativo, extendiéndose por el mundo!»

«En la muy Leal Ciudad de los Caballeros de Santiago de Guatemala, ¿quién no sabía de los prodigios estupendos que obraba el Siervo de Dios? Hoy mismo aprendemos desde niños los rasgos tradicionales de su diáfana existencia, consagrada a prodigar el bien; de su espíritu efusivo, dotado de intuiciones celestes y sublime compasión por todos los infortunios».

Refiriéndose a la fama de santidad que perpetúa la memoria del Hermano Pedro, después de exponer otros de sus hechos y algunas leyendas, concluye: «Perdiéronse las cenizas del Adelantado, Conquistador de Guatemala, y las de su esposa, la Sin Ventura; no se sabe en dónde están las del primer obispo Marroquín, ni se encuentran las del soldado historiador Bernal Díaz del Castillo... Solamente el cadáver de nuestro santo está ahí, como si piadosa la tierra hubiese querido salvarlo de los vaivenes de la suerte y de la inclemencia del tiempo. Los terremotos asoladores no se atrevieron a destruir esa reliquia, amparada por la amorosa fe de un pueblo que se prosterna ante el humilde y caritativo asceta, vivo aún en los recuerdos místicos de todos los que adoran al que enjugó ojos con llanto, curó llagas y consoló aflicciones, sin esperar en este mundo nada por ello. *Nihil in-dae sperantes.* Ahí, sobre la tierra que recibió sus lágrimas y guarda sus despojos; bajo el cielo que iluminara sus ideales y suspiros; entre las ruinas que conmemoran su dulzura angélica, su humildad ingénita, su benéfica labor y sus virtudes heroicas; rindamos homenaje de acendrada y piadosa veneración. Hay lugares que hablan. En ese asilo funeral de la caridad se conservan los restos de un apóstol cuyo corazón fervoroso reverberaba de amor y ardía en misericordia. *Sunt lacrimae rerum.* Y diríase que suscitan llanto aquellos viejos muros — llenos de dolorosas memorias — que se esforzaron en momentos de horror para no desplomarse a los embates del terremoto, celosos de guardar la santísima presea, blasón de virtud excelsa, ánfora de celeste esperanza, para los espíritus creyentes. En esa cripta sagrada, ante esa oración de piedra, que durante siglos, ha venido despidiendo místico aroma de piedad sublime, se absorbe el pensamiento al estar junto a las reliquias mortales de un bienaventurado ilustre. Parece que los ruegos recibieran del cielo, en ese santuario — refugio de las almas afligidas — un soplo puro y benéfico, que trae la bendición de Dios. Todo impone silencio. Sólo la plegaria que lleva el acento de la desventura, puede tener eco, en donde el culto de la tribulación llama a la inmortalidad sobre el altar de la muerte».

«¡El Hermano Pedro será glorificado en los altares, venerado en el Panteón Nacional, y bendecido por los guatemaltecos! Vivió en presencia del Señor, su Dios, y murió como un santo! *Vita sua abscondita est cum Christo in Deo.* Aportemos, con nuestra devoción, una chispa de oro a su corona de gloria.

Y, finalmente, apostrofa al Hermano Pedro: «¡Apóstol de caridad: fue vuestra vida un manantial de consuelo, vuestra muerte una transfiguración; y siempre será vuestro recuerdo una efusiva enseñanza, y vuestro nombre timbre celeste!»

tial de perpetua gloria para Guatemala! ¡Ah, entre la bruma de los siglos, brilla vuestra dulce imagen como sugestiva protesta de piedad y amor por los desvalidos, contra la sórdida ambición, y culto infame al becerro de oro; contra el insano delirio de una humanidad, que hoy se debate, demente, descreída, entre charcas de sangre!»

Don Antonio Batres Jáuregui visitó en Roma, en el año de 1914, el Convento General de las Belemitas, y dice haber constatado en esa ocasión un gran interés y fervoroso entusiasmo por la memoria del Hermano Pedro; criterio que con hechos justificó la Superiora Sor María Luisa Salinas, oriunda de Nicaragua, quien en mayo de 1916 estuvo en Guatemala, deseosa de recabar datos sobre la vida del Venerable Siervo de Dios y empeñada en instar a la Curia Eclesiástica para que activase sus gestiones, a efecto de obtener la canonización del noble nefactor de Antigua.

— XXXVII —

GARCIA Y ARTOLA (Pbro. VICENTE)

VIDA/DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS/PEDRO DE SAN JOSE BETANCOURT/(Hermano Pedro)/Por el Pbro. Vicente García A./Sacerdote de la Misión/Con licencia de la Autoridad Eclesiástica/Guatemala, C. A./Editores:/Sánchez & de Guise./1930. (En la carátula un grabado que representa al H. Pedro frente al portón en ruinas del convento de Belén).

Licencia: «Puede imprimirse. — Guatemala, 9 de noviembre de 1930. — Francisco Lagrula — Visitador de los S. S. de la Misión en Centro América. — Imprimase. — Luis — Arzobispo de Guatemala. — J. Luis Montenegro y Flores — Canónigo Secretario. — Reg. Libr. de Imprs., folio 53. — No. 424. — Palacio Arzobispal de Guatemala, 11 de noviembre de 1930». — Prólogo del autor, fechado en Panamá, 22 de octubre de 1930. Le parece que la figura del H. Pedro, más que cualquier otra, es apta a despertar la atención e interés de los lectores, y aspira a obtener dos resultados, emular con la narración de sus heroicas virtudes, despertando en los corazones generosos el deseo de imitar aquella vida ejemplarísima, y por otra parte, «hacer surgir una ola de entusiasta gratitud y confianza en su intercesión, para que siendo grande el número de los que le invoquen, en privado por ahora, se obtengan milagros notables que debidamente comprobados, aceleren el día en que le veamos colocado en los altares».

Esta biografía se publicó primeramente en el semanario de propaganda católica, «El Apóstol», en los años de 1917 y 1918, y las circunstancias del terremoto que por esa época arruinó la capital de Guatemala impidieron a muchos adquirir o conservar la colección completa de los números en que apareció la obra del padre García. En 1930, a instancias del público, se pensó en reimprimirla, en forma de folleto, con la aprobación y aún particular simpatía del arzobispo de Guatemala, monseñor Luis Durou y Sure, «quien le auguraba el mejor éxito y la consideraba llamada inmediatamente a satisfacer en su Arquidiócesis una piadosa necesidad»; sin embargo, el padre García manifestó en el prólogo su intención de corregir y ampliar más tarde dicha biografía.

Consta el librito de 106 páginas, en 8o. menor, incluyendo el índice, y está distribuida la obra en XXXIII capítulos y un epílogo, en el que consta la protesta del autor y sus deseos por la canonización del Venerable Tercero. Está ilustrada con los siguientes grabados: «La Santísima Virgen en Petapa alienta al Venerable Hermano Pedro», (entre pp. 12 y 13), «Al son de una campanilla exclamaba: «Santo Dios...» (entre pp. 16 y 17), «Ruinas del templo de San Francisco, de la Antigua Guatemala. En la capilla de la Tercera Orden reconstruida después de 1773, se encuentra la tumba del Hermano Pedro» (entre pp. 32 y 33), «Fray Rodrigo de la Cruz, primer general de la Religión Bethlemítica» (entre pp. 80 y 81), «Tumba del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt» (entre pp. 90 y 91), «La Madre Encarnación, reformadora y primera superiora general de las Hermanas Betlemitas» (entre pp. 100 y 101).

El autor sigue en lo principal la bien documentada obra del padre fray José García de la Concepción, hasta calcando frases íntegras, aunque indudablemente tuvo a la vista otras biografías y el proceso de Beatificación. En cuanto a la fecha del nacimiento del H. Pedro, toma la de José Luis Bethencourt (21 de marzo de 1619), sin duda poco cierta. Mas todo el texto se basa en datos fidedignos y, aún en la exposición de hechos milagrosos, se ciñe a las tradiciones más arraigadas en el pueblo de Guatemala y a la disposición de testigos juramentados en el proceso instruido por la curia.

(Nota: Como este trabajo se publicó en 1917/18, exactamente igual, y resulta ocioso detallar esa primera impresión informal, debemos colocar aquí su ficha bibliográfica, siguiendo nuestro orden cronológico).

— XXXVIII —

BRAÑAS (CESAR)

ANTIGUA/Versos que en/Elogio de la Augus/ta Ciudad escribió/César Brañas.
(Carátula dibujada por el autor). — Imprenta Royal. — Guatemala. — MCMXXI.

El poeta reúne en este volumen los poemas de su juvenil iniciación en las letras, inspirados por el ambiente, denso de recuerdos y leyendas, de su ciudad natal. En esta obra, florida primicia, ya se anuncia el César Brañas que hoy se destaca en primera fila entre los escritores de Guatemala. No podía por menos de ceder al imperativo influjo del medio, y evoca también la figura del Hermano Pedro en varias de sus composiciones. En una, intitulada «Antigua Mia» (pág. 30), hay esta estrofa:

«Asoman a un balcón dolientes pasionarias,
 saturá una nostalgia sensual mi juventud,
 y mientras galantea gentil Rodrigo de Arias,
 hace gemir su esquila el suave Bethancourt...»

En otra: «Noche de la Colonia» (pág. 39):

.....
Alguien de pronto suavemente narra
el último suceso del convento
de Betlém, del Hermano Pedro, el Albo...»

Dedica un soneto (pág. 89) al caballero Rodrigo de Arias Maldonado quien, andando el tiempo, agregaría a su rancia nobleza un título piadoso y, siguiendo el ejemplo del Hermano Pedro, llegaría a ser la cabeza de la Orden Bethlemitica:

DON RODRIGO

A la memoria de Enrique A. Hidalgo, que en suaves versos cantó una leyenda de fray Pedro Betancourt y fray Rodrigo de la Cruz.

Alma ancestral, alma pretérita
de algún abad en mí renace,
yo viví, muchos siglos hace,
en esta Antigua benemérita.

Delata mi abolengo ibero
esta mi ansia de aventura:
también yo tengo la locura
del ingenioso Caballero!

Por estas rúas solitarias
—mi nombre oíd: Rodrigo de Arias—
pasée mi bética actitud.

Y tras romántica aventura,
seguir me vieron la locura
del suave Pedro Bethancourt...»

Más tarde (en 1921) escribió los dos poemas que transcribimos a continuación, publicados en el diario *El Imparcial*, en 1925.

REZOS A PEDRO BETHANCOURT

**Hermano Pedro: Junto a esta vetusta piedra
que tú tal vez besaste, te elevo mi plegaria:
en ella a ti asciende mi alma solitaria
con la humildad confiada de la yedra!**

Hermano Pedro, hermano,
ya comprendí tus sueños, ya puedo amar tu vida:
sé la virtud que esparce el vuelo de tu mano
al bendecir en éxtasis la tierra redimida.

El desencanto estéril, el desencanto vano,
no turba ya mi soledad florida:
renace en tierra nueva la gracia de tu grano
y es juventud de nuevo, mi juventud perdida!

Como Francisco y como tú, hermano, ya conozco
que el gesto humilde puede más que el semblante hosco,
y sé librar del mundo mi amor y mi virtud.

Lámparas de milagro prendiéronse en mi sombra,
oigo una voz de amor que con amor me nombra,
y vivo mansamente mi nueva juventud.

II

Hermano Pedro, hermano: ya conquisté tu suave
paz y tu mansedumbre, tu suave mansedumbre:
todo yo soy amor para la muchedumbre,
y a mí mismo me amo, cual amo a Dios y al ave.

Fraternidades cándidas sugiérenme la cumbre
y el mar, el sol de oro y la caricia grave
de un niño que se angustia por algo que no sabe
ni qué es, y que es acaso, la herida de tu lumbre!

De oscuras asechanzas mi fe y mis sueños guardo,
levanto a Dios mi alma como se yergue un nardo
al margen de un camino de calcinada arena...

Y mientras el breviario repaso con unción,
una campana de oro dentro de mi alma suena
las aleluyas blancas de mi resurrección.

— XXXIX —

ANONIMO

GLORIA DE GUATEMALA CATOLICA. — La Santidad del H. Pedro es admirada por los moradores de la Antigua Guatemala en el siglo XVII. — Decreto en que Roma reconoce la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios. —«El Pueblo» — Semanario Organo de la «Unión Católica» — Guatemala, Año III, 22 de enero de 1925—Número 82.

(Biblioteca de Arturo Taracena.)

Pequeña biografía del beato antigüeño, escrita en estilo llano y claro. El primer capítulo refiere las circunstancias de su nacimiento y llegada a Guatemala. El segundo trata de la providencial fundación de su instituto hospitalario de convalecientes. El tercero del fervor con que celebrara la Pascua de Navidad. Y el cuarto de su muerte y funerales; calcando las noticias de Juarros. Por último, bajo el acápite: «Los narradores de su santa vida», menciona las obras del padre Manuel Lobo, el doctor Francisco Antonio Montalvo y fray José García de la Concepción, y agrega informes sobre el proceso de beatificación; historia, finalmente, la promulgación del decreto que su santidad Clemente XIV mandó asentar y publicar en las actas de la Sagrada Congregación de Ritos, con fecha 25 de julio de 1771, y que se reimprimió en Guatemala, traducido al español, en el año siguiente; ese documento declara de grado heróico las virtudes teológicas y morales del Hermano Pedro de San José Bethancourt.

— XL —

SANCHEZ & DE GUISE (Calendario de la Tipografía).

Esta Casa, establecida en 1893, publica desde 1898 su calendario —almanaque popular—; actualmente es propietaria de aquélla la señorita Victoria Sánchez.

En el No. 28, correspondiente al año 1926, se insertó una ligera sinopsis de la vida del Hermano Pedro, con motivo del tercer centenario de su nacimiento. En elogio del piadoso Tercero consigna: «Realizó así una obra importantísima y digna que enaltece su memoria; vivió para sus enfermos como para sus niños bien amados, en comunidad de goces y penas, con la ingenua bondad de su alma que parecía reflejarse en su semblante apacible».

Refiriéndose al sucesor de Pedro, dice: «Hay un episodio curioso, casi ignorado: es el que se refiere a los momentos de decisión que tuvo don Rodrigo de Arias al abandonar el mundo por el claustro. Acabarado su ánimo con los desengaños que le dieran la ingratitud de la corte y el egoísmo de sus compatriotas, renunció a las pompas del mundo el año de 1664 (?), trocando en el cenobio de Belén, su ilustre nombre por el de fray Rodrigo de la Cruz. Don Rodrigo manifestó a Betancourt que estaba dispuesto a formar parte en la religión Belemítica. El Siervo de Dios quiso probar la fe del mancebo, ordenándole que se vistiera con su mejor traje para presentarse a las carnicerías de la ciudad, con el objeto de llevar personalmente, en un palo, la carne para la alimentación de los enfermos del Hospital de Convalecientes, y luego se encargara de conducir, en un cesto, las verduras del mercado, para la misma casa de caridad. Don Rodrigo cumplió, tal como se lo mandara el Hermano Pedro. Las gentes que vieron en las calles la actitud del marqués de Talamanca, conduciendo en los brazos carne y verduras, creyeron que había perdido la razón: la sociedad entera comentó el caso, doliéndose del estado en que se hallaba don Rodrigo; pero al día siguiente se supo con honda sorpresa que el famoso marquesado de Talamanca se había extinguido en los umbrales de un monasterio. Vistió el hábito de belemita, renunciando los honores y títulos mundanos y despreciando las comodidades materiales que le brindaban su nombre ilustre y sus cuantiosas riquezas».

Agrega, en otra parte: «En el Calvario de esta capital se encuentra un retrato de cuerpo entero pintado al óleo, de Pedro de Betancourt, del artista Rosales.

copia del que trazó, en febrero de 1666 Tomás de Merlo». Trae un grabado, que representa al H. Pedro, con su famosa campanilla, frente al portón de su convento en ruinas.

— XLI —

ASTURIAS (RICARDO)

Paleografió el «Testamento del Hermano Pedro de San José de Betancur», cuyo original se conserva cuidadosamente en el Archivo Municipal de esta ciudad. Se publicó en «Anales de la Sociedad de Geografía e Historia», órgano de la institución del mismo nombre, Año II, número 3. — Guatemala, C. A., marzo de 1926. páginas de la 324 a la 334. Hay algunas discrepancias entre su texto y el que publicó en 1808 fray Juan José de Barberena. Transcribimos en seguida el Testamento y el Codicilo, intercalando entre paréntesis las frases o palabras que difieren en el texto paleografiado por el padre Barberena; al lector le será fácil comprobar tales diferencias, en modo alguno substanciales, así como leer indistintamente cualquiera de ambos textos. TESTAMENTO:

«En el nombre de Dios Ntro. Señor que vive y reina en los cielos, y en la tierra amén.

Notorio sea a todos los que la presente Carta de mi testamento última y final voluntad vieren, como Yo el hermano Pedro de San Josef Betancur de la Orden tercera de Penitencia del Abito descubierto vecino de esta Ciudad de Santiago de Guatemala, natural que soy de Tenerife Isla de la gran Canaria del lugar llamado Estasma (Chasna) y Villaflor, hijo lexítimo que soy de Amador Gonzales de la Rosa difunto, y de Ana Garcia vecina que fué de dicho lugar, y juzgo lo es, y está viva; estando como estoy, y me siento enfermo, y adolecido de achaque y enfermedad qe. me ha sobrevenido, más en mi acuerdo, y buena memoria, la qe. Dios Ntro. Señor fue servido de medar, porque le haga infinitas gracias, creiendo como bien, fiel y verdaderamente creo en el misterio inefable de la Santísima Trinidad. Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y una esencia Divina, y en todo lo que tiene predica, y enseña nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana, regida y gobernada por el Espíritu Santo: en esta Fe (en cuya Fe) y creencia he vivido y protesto vivir, y morir, detestando lo qe. en contrario por persuasión diabolica por tentación ocurriere (ocurriese) a mi pensamiento, e imaginación, eligiendo en ayuda (en mi ayuda) y patrocinio (patrocinio) a la que es Madre de Pecadores, fuente de piedad y auxilio de afligidos la Reina de los Angeles, siempre Virgen María Señora nuestra y Madre de Dios, consevada sin macula de pecado original, al glorioso Arcángel San Miguel, mi Ángel Custodio, Angeles y Arcángeles, Querubines y Serafines de la Corte Celestial, al Príncipe de la Iglesia, y Padre mio San Pedro, a San Pablo Apóstoles a mi Padre San Francisco, y Glorioso Patriarca San Josef para que en el acatamiento Divino interceda por mi alma y la presenten, y alcancen perdon de mis culpas, y pecados, recelandome de la muerte que es natural a toda criatura viviente, cuya ora es incierta deseando me haye con la disposición más necesaria cumpliendo en esta parte con lo que debo á Cristiano, hago, ordeno, y dispongo mi Testamento última, y final voluntad en la manera siguiente: 1a.—Encomiendo, y ofrezco (ofrezco y encomien-

do) mi alma a Dios Nuestro Señor que la crió, y redimió con el infinito presio de su Sangre, muerte y Passion por cuyos meritos le suplico haga misericordia (haya misericordia) de ella.

2a. Mando el cuerpo a la tierra de qe. fue formado, es mi voluntad sea sepultado en la Yglesia del Convento del Señor San Francisco en la Capilla entierro de los hermanos Terceros como yo lo soy segun va referido, cuya Sepultura pido de limosna por el amor de Dios Señor Nuestro (Señor mio) como tambien mi funeral, y entierro atento a no tener Propio, ni caudal alguno: acompane mi cuerpo el Cura, y sacristan de la Santa Iglesia de la Parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, en cuya feligresia vivo en la Casa albergue de Pobres convalecientes titulo Belén, y le acompanen assi-mismo los sacerdotes que voluntariamente, y de limosna quisieren acudir, a los cuales, y dicho Cura con la misma intención (misma intervención) y amor de Dios les pido lo hagan, y que me encomienden a Dios Nuestro Señor, pidiendo lo mismo alas demas personas que acudieren a esta obra de piedad y misericordia.

3a.—Declaro que de la dicha Isla vine a estas partes el año pasado de seis-cientos, y cincuenta, y a esta Ciudad (y en esta Ciudad) llegue por el año subsecuente de cincuenta y uno, y desde entonces he asistido en ella hasta el tiempo presente, cuya declaración hago a instancias, y para que conste.

4a.—Declaro que habiendo sido admitido pr. hermano de la Orden tercera de mi Serafico Padre San Francisco, y por la obligación de tercero de avito descubierto ocupandome en algunas cosas del servicio de dicha Orden y Calvario que es a su cargo, fue la Divina Magestad servido, que con agunas limosnas que se me dieron para que comprase un Solarcillo, y que en el pudiese poner Escuela de Niños, que fuesen enseñados, e industriados en la Dotrina Cristiana, hube y compre un Solar y Sitio que quedo por muerte de María Esquivel, difunta con una casita de paja en que tuve escuela, admiti niños, y otras personas que se industriaron, y enseñaron, y se ha continuado, y al dicho sitio se han agregado otros pedazos de solares que estaban contiguos y cercanos qe. al presente esta todo uno, y esta capaz, en el que (en el cual) con limosnas que para este fin han dado los Fieles Cristianos, dispuse hacer como esta fecha una Enfermeria para que en ella se recogiesen, y agregasen algunas personas pobres que saliendo curados de los Hospitales o de sus Casas por necesidad binesen a convalecer a ella en especial forasteros, y muchas personas pobres que para recuperar la salud, necesitaban de abrigo, regalo y socorro, haciendo dicha enfermeria con animo e intencion de ocurrir a Su Magestad el Rey Nuestro Señor en su Supremo y Real Consejo de Indias, a pedir como he pedido licencia para que en ella se fundase Hospital de Convalecientes y que la casa tuviese por titulo Belen; en cuya razón habiendo hecho informacion del bien y utilidad que en lo referido se seguia, y sigue sin ningun perjuicio de los Hospitales antes bien con conveniencia de ellos, y en esta razon informados los Señores Presidentes, y Oidores de la Real Chancilleria que en esta Ciudad reside su Señoria el Señor Obispo de este Obispado y Cabildo de esta Ciudad, como a quienes consta la necesidad referida fue S. M. servido de expedir (servido expedir) Real Cedula para que más por extenso se le informase, y del fundamento que havia, y propios con que poder ser (con que podia ser) dotada en cuya conformidad se ha informado, y remitido los papeles necesarios. Y con esta atencion, y estando como se ha estado a la disposision de lo que S. M.: que Dios guarde ordenarse para (ordenase y para) la ereccion de dicho Hospital y en el y

dicha casa poderle fundar, movido del celo cristiano, y piadoso (y **piedad**) qe. insto el hacer dicha Enfermeria, se han admitido y servido (y **recibido**) en ella muchas personas pobres asi **Españoles** como Mestisos, Indios, Mulatos, y Negros, libres que en ella han sido cuidados, y asistidos, y regalados durante su convalecencia con las muchas limosnas qe. Dios Nuestro Señor ha sido servido den (**se den**) a este fin que ha sido con tanta liberalidad, y sobera, que haviendo havido ocasion de concurrencia de doce y quince, personas convalecientes, y demas han sido todos alimentados y socorridos con todo regalo, mediante estar tan estendida esta devocion, que estan dispuestas treinta Personas, vezinos del lugar, quienes en cada un dia del mes envian la comida, y alimentos necesarios al sustento de dichos convalecientes, socorriendolos con otros regalos, mediante lo qual con brevedad llegan a conseguir restauracion de la salud, y fuerza en ella. Para cuyo servisio, y buena disposicion de todo cuidado, y decencia (**diligencia**) necesaria, se han agregado a dicha Casa, muchos hermanos Terceros de avito descubierto. que viviendo como viven en ella asisten a todo lo referido, siendo como todos lo son (**todos son**) personas virtuosas y exemplares en su proceder, celo y inodestia y los hermanos que al presente estan, son Rodrigo de la Cruz, que antes se llamaba Dn. Rodrigo Arias Maldonado: Francisco de la Trinidad que antes se llamaba D. Francisco de Estupinian: Nicolas de Santa Mariana (de Santa Maria): Nicolas de Ayala: Juan de Dios, que antes se nombraba Juan Romero, y Antonio de la Cruz, que fue (**quien fue**) a los Reyes de Espana a los negocios, y consecucion de la dicha licencia, y tambien asiste y frequenta la dicha Casa Nicolas de León, aunque de presente está fuera de ella por cuyo cuidado corre a asistir a los Convalecientes, cuidar de su servicio, y la solicitud de limosnas extravagantes, y acarrear la comida con que son alimentados mientras asisten qe. todo lo declaro pra. que siempre conste.

5a.—Y el estado en que esta, y la forma con que se acude interin que otra cosa ordena Su Magestad, de cuya piedad, y Santo celo se espera el permiso para la fundacion de dicho Hospital, que ha de ser debajo de su proteccion, y amparo Real, como se le ha suplicado, y pedido, y con la sumision y debido acatamiento y en la parte que yo puedo, (**y en la parte que yo puedo con la sumision y debido acatamiento**) lo hago con las instancias necesarias, y debidas, como su humilde fiel Vasallo (**humilde Vasallo**) debajo de cuya proteccion llegado el caso, y havida licencia, se ha de fundar dicho Hospital con subordinacion de S. M. y de su Señoria el Señor Presidente de la dicha Real Audiencia (**dicha Audiencia**) Gobernador, y Capitan General de este Reyno para (**en su nombre para**) todo lo que convenga: siendo como ha de ser la asistencia de el en quanto al servicio de Convalecientes, cuidado de sus personas, y pedir las limosnas, la de hermanos Terceros de abito descubierto, eligiéndose por las dos Cavezas Eclesiastica y Secular. Hermano Mayor qe. en el servir, y acudir a todo lo conveniente a dicha Casa. sea el menor, y el más aproposito para todo, segun su celo humildad y Virtud, forma que me parece será la mas segura a la conservación, y aumento de la casa, sin que por insinuarla yo se escuse la que pueda ser más aproposito al bien de todo lo referido, fin y motivo que en todo se ha de tener.

6a.—Declaro que habiendo sido Nuestro Sr. servido se hiciese, y acabase la Casa, y Quarto de Enfermeria, que en ella con limosnas se ha edificado, y otro de altos que se está haciendo y desde el principio que llevados de devoción y celo piadoso asistían muchas personas devotas, habiéndose destinado un Oratorio, ador-

nado con la desensia posible, mediante la asistencia de hermanos asi los que al presente hay como otros que han fallecido, se establecio rezar a Prima la Corona de la Virgen Maria Señora Nuestra, y que asistiesen uno o dos de los hermanos Terceros con las personas devotas qe. concurriesen, ha sido Dios Nuestro Señor servido se continue sin que se haya faltado ningn. dia del año como tampoco a las demas horas de Oracion exersicio que se hacen en la dicha Casa, que para que en ella permanezca este Santo exersicio—sin que sea otro el fin qe. me lleva, ni lo permita su Divina Magestad—se asienta y lo declaro para que fundandose dicho Hospital o en el interim que llega el permiso continuandose se observe.

Es lo primero como va referido rezar en lugar de Prima, y ora de ella la Corona de la Virgen Santisima, siguiese despues el dar de comer a los Pobres, y mientras comen leerse por uno de los hermanos a quien toca de turno uno de los Capitulos de un libro espiritual, acabado (acabando) de comer dar gracias, rezando una estación al Santissimo Sacramento por bienhechores, y difuntos. (vivos y difuntos). Sobre tarde a hora de las dos juntos los hermanos, y convalecientes, leer, y esplicarse una meditación, y capítulo del Libro que dió a la estampa el Venerable Tomas de Kempis titulo Contentis Mundi. A la hora de las quatro los hermanos que se hallan sin ocupación presisa con los convalecientes repiten la Corona de la Virgen.

A las siete de la noche se vuelve a repetir la Corona a que han de asistir todos los hermanos como lo han hecho. A ora de las ocho y cuarto, se asperjan Celdas y Enfermeria por el hermano a quien toca de turno, ala ora de maitines se levantan todos los hermanos, y repiten la Corona de la Virgen. Lunes, miercoles y viernes de todo el año exersicio de disciplina entre ocho y nueve de la noche.

Que todas estas cosas estan dispuestas, y se tienen por costumbre: como tambien, y lo mas principal el oir Misa, llevar en silla los Enfermos (**llevar en ella a los Enfermos**) imposibilitados a los Templos, en dias destinados por devoción para comulgar.

Iten declaro que en la dicha casa está asentado por devoción celebrar el Nacimiento de Christo Señor Nuestro como festividad tan solemne, y del titulo que ha de tener, y tiene esta Casa por llamarse Belen. El dia vispera de Navidad desde la oración que comienza la deseada Noche Buena, y tan feliz para nuestro remedio, se congregan muchas personas devotas que llevando la Imagen de la Virgen Señora Nuestra, y del Glorioso Patriarca San Josef. en memoria de la llegada a Belen, por la Ciudad, y Calles se trae en estación, repitiendo a Coros el Rosario. La vispera de los Reyes en memoria de la adoración que hicieron al Verbo Divino, se traen a los Santos Reyes desde el Convento de la Merced a esta Casa repitiendo (**rezando**) a coros el Rosario.

Celebranse assi mismo en el oratorio de esta Casa las nueve festividades de la Virgen Señora nuestra confesando y comulgando los hermanos y convalecientes, y rezando incesantemente a Coros el Rosario y para ello se admiten muchas personas devotas qe. concurren haciendo la misma diligencia.

Hácese novenario por todos los bienhechores que se inclinan a hacer bien a esta Casa nueve dias antes de el de la Cancelaria de qe. y de todo hay memoria, y de otras obligaciones aquello devuen (**a que deben**) asistir los hermanos que con atención (**con atención**) segun va referido a que esto que es del agrado de Dios permanezca sin descaecer en cosa alguna como lo confio en su misericordia, y

bondad, lo repito encargando a mis hermanos asi los que al presente (a los que al presente) estan, como los que en adelante hubiere lo continuen, y hagan con lo demás que Dios Nuestro Señor les dictare.

Declaro assí mismo que con licencia que he tenido para salir de noche, y avos (y a voz) en cuello, y con campanilla de mandeos (de mandar) sufragios para (por) las Animas del Purgatorio y socorro para los que pueden estar en mal estado, lo he hecho muchos años ha por todas las Calles de la Ciudad. Por lo qe. mira a acto (a este acto) de piedad, encargo a mis hermanos que el que se hallare para ello, pidiendo lisencia lo continue, como tambien el hacer memoria de las Animas, escribiendo los difuntos repartiéndolos a Casas particulares que con devoción reciben el que les cabe en suerte, para encomendarlo a Dios, de cuya devoción se ha conseguido el tener las Hermitas de Animas: la una a la entrada de la Ciudad, camino de San Juan donde asiste (donde ha sido) Josef Romano, y Andres de Villa mis hermanos, y en la que esta en el camino de Jocotenango donde asiste (ha sido) Pedro de Villa assí mismo hermano corre pr. el cuidado de esta Casa, y ha estado al mio mandar decir las misas de la limosna que para sufragio de las Animas se recoje, y lo ha de ser ala del hermano mayor que cuidare (que ayudare) de la Casa, y proveerles de lo que sobra de las limosnas a los tales hermanos, y los que eligiere en adelante, y de asentar lo que dieren, y las misas, y sacerdotes. a quien se encargue tomando recibo para dar cuenta, todo lo qual, como dependencia de los hermanos de esta Casa anoto, para memoria de todo, y que la tengan del bien obrar, que permanezca (permanese).

Declaro como va referido que la dicha Casa, Enfermeria, Quarto de altos que se esta haciendo, Camas, Ropa, Bienes, Ornamentos, Caliz, que son tres, y las imagenes cuadros y demas cosas que hay (imagenes que dieron) es, y pertenece a dicha Casa, y ha procedido (ha procedido) de limosnas que para ellas se han dado, y aunque no está por memoria, estoy satisfecho del ajuste que de todo darán mis hermanos, y compañeros para que fecho inventario corra su cuidado por ellos, y en especial por el hermano mayor. Y con el deseo que tengo de la perpetuidad, y permanencia de esta Casa, y que en ella siendo su Magestad servido permanezca obra tan pia, quanto útil, y necesario a Pobres Convalecientes sin que en esta parte se entienda atribuirme ni usar de acción en más de lo que me toca mediante la experiencia que tengo, y he hecho del hermano Rodrigo de la Cruz, lo propongo por hermano mayor de esta Casa, el qual por su virtud, selo piadoso, y devoto, le hallo mui aproposito (muy al proposito) para ello asi por lo referido, como por su capacidad qe' tambien ha empleado, suplicando y pidiendo a sus Señorías el Señor Presidente, y Obispo de este Obispado, como a quienes ha de tocar en lo espiritual y temporal el amparo de esta casa, y su erección y disposición como a Patrones que en la parte que puedo llamo y nombro—debajo de la subordinación en todo lo que S. M. fuere servido ordenar, y mandar—le nombren (se nombren) y encarguen dicho cargo al dicho hermano Rodrigo de la Cruz, y en interin permitan lo use como en confianza de su buen proceder por mi enfermedad se lo he encargado entregandole de todo llaves, y disposición que fio desempeñara de todo, y obrará con el celo que deve a sus obligaciones: queriendo que en lo venidero—si me es permitido—se asiente el que el hermano mayor por su muerte proponga el que lo puede suceder esto por la experiencia que podrá tener el susodicho de la persona que fuere más apta al ejercicio del cargo, sin que tampoco por esto se a visto entrometerme a mas de lo que tocara en esta parte, en

que solo llevó el fin en el asiento, que corriendo por Principes tan Cristianos, se asegura en todo, y mas con su patrocinio que desde luego invoco para todo, y para en caso que S. M. sea servido de conceder la licencia, y permiso que en esta razón se ha pedido, sea necesario hacerse escriptura de fundación, poner Constituciones, declaraciones, circunstancias, calidades, y otras cosas convenientes a que pueda ser llamado por haber sido Dios Nuestro Señor servido. Yo halla sido en algo parte para esto, o conducir sus limosnas en mi falta y muerte nombro al dicho hermano Rodrigo de la Cruz. Y a mis albaceas, para que asistan alo susodicho, y a las capitulaciones que puedan ser necesario hacer y expresar, y les otorgo para ello a todos, y a cada uno insolidum y al hermano mayor que a la sazón fuere—ahora propuesto por el que yo dejo en dicha forma, o por elección y voto de los hermanos que hubiere (*hubiese*) en la Casa, y en caso (*en caso*) que no se proponga habiendo lugar se ha de permitir—el poder, y facultad para todo, con libre y general administración, que para todo sea necesario (*todo necesario*) y forzoso los quales han de poder hacer en dicha razón las declaraciones, constituciones, clausulas, y otras disposiciones a todo convenientes, que en la forma necesaria pudiendo y tocandomo lo apruebo, y ratifico para su validación y firmeza.

Declaro que he sido sindico de la Tercera Orden, y al presente desde la elessión próxima fecha lo soy, y como tal es en mi poder la limosna a ella tocante, hay Libro pr. donde consta lo que es y esta en parte, y caxa separada, encargo se dé cuenta al comisario y Ministro para que eligiendo sindico se le entregue dicha limosna, libros (*libro*) y lo demás que le tocaren que se halla en mi selda y para cumplir este mi testamto' en lo que va expuesto, (*ha expresado*) y sus clausulas que contiene (*contiene*) nombro por mis Albaceas al maestro D. Alonzo Sapata de Cardenas, Cura Rector de la Santa Iglesia Cathedral, al Prebistero (*Maestro*) D. Alonzo de Henriquez, y Bargas, que lo es de la Parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, al Maestro D. Bernardino de Obando Presbitero, a los Capitanes Gregorio de la Cerna, Bravo, y Luis Abarca Paniagua, el primero Regidor de esta Ciudad, y el segundo Notario (*tesorero*) de la Santa Cruzada, y al dicho hermano Rodrigo de la Cruz, a todos y a cada uno otorgo el poder, que de derecho se requiere al uso de este cargo que han de poder usar, y cada uno insolidum, con libre, y general administración, aunque sea pasado el año fatal, que desde luego (*porque desde luego*) les prorrogo el termino necesario.

Y aunque no tengo, ni manejo bienes propios en poco ni en mucho, causa pr. no señalar alas mandas forzosas, cosa alguna cumpliendo con lo que por derecho se deve, en caso de que al presente viva Ana García (*la dicha Ana García*) mi madre, la nombro por mi heredera en los bienes derechos, y acciones que me puedan tocar, y caso sea fallecida, lo ha de ser mi ánima.

Esto de nuevo bolviendo a declarar para que en todo conste (*que todo conste*), que los bienes que se hallaren, son y tocan a esta Casa, y de limosna dada a ella (*fueron a ella*), en que solo he tenido el cuidado de recogerla, y pedirla, y lo que toca a la Tercera Orden esta separado y mio (*y que mio*) propio de que pueda disponer, no tengo real, ni maravedi (*maravedis*). Revoco, y anulo, soy por ninguno. y de (*for pot ninguno, de*) ningun efecto, y valor (*ni valor*) otros Testamentos, mandas. Codicilos. Poderes para testar, y lo que en su virtud se haya hecho para que no valga (*no valga por tal*) ni haga fée en juicio, ni fuera de el, salvo este que quiero valga pr. tal testamento, ultimia, y final voluntad, que por tal otorgo y se ha de cerrar, que es fecho en la Ciudad de Santiago de Guatemala en veinte días

del mes de abril de mil y seiscientos, y sesenta y siete años.—Pedro de San José Betancur (**Betancurt**).

CODICILLO OTORGADO POR EL MISMO HERMANO PEDRO DE SAN JOSEF BETANCUR:

«En nombre de Dios Nuestro Señor Amen. En la Ciudad de Santiago de Guatemala en veinte, y dos dias del mes de abril de mil seiscientos (mil y seiscientos), y sesenta, y siete años. Ante mi el secretario (el escribano) de S. M. Publico del numero y testigos, estando en el Hospital qe. ha por titulo Belen en la Sala de Enfermeria de Convalecientes Pedro de San Josef Betancur hermano de Abito descubierto de la Orden Tercera estando como está enfermo en cama de achaque, y enfermedad que le ha sobrēvenido, y en buena memoria, y acuerdo segun lo que demuestra en su rasonar de que assi mismo soy fee dixo: que pr. quanto el susodicho tiene fecho y otorgado su testamento cerrado, y otorgado (que otorgó) ante mi el susodicho Secretario (el Escrivano) ayer veinte y uno de este mes, y nuebamente se le han ofrecido algunas cosas que piden declaracion, para que la haya, sin que en manera alguna sea visto alterar, ni innobar en dicho su Testamento, que en todo se ha de guardar por tal, y por su ultima y final voluntad declara lo siguiente:

Primeramente, que esta Muy Noble y Leal Ciudad, y su Cabildo movido de caridad, y zelo piadoso, á su pedimento hizo merced á la Casa de Belen, y para los pobres que en ella se albergan de un pedazo de Solar y Sitio que esta en el paraje que llaman el matadero viejo, cerca de la huerta de la Casa de los Remedios, y entrada al (ilegible por la polilla) Pueblo de Santa Anna, el qual al presente esta cercado de dos tapias, y con Puerta, declara que como de la merced consta, es, y pertenece á dicha Casa de Belen, y sus Pobres, y que el costo de sus Cercas, ha sido de limosnas que para este efecto han dado los Fieles,

Ytem declara que en poder del Lizenciado Christobal Martinez, Clerigo Presbitero estan ocho marcos de plata corriente, que el dicho Hermano le entregó, dedicados a que (para que) se haga un Calix, una Salvilla, y Vinageras (**Vinagreras**), que juzga tiene ya acabado, y lo que restare de Plata (de dicha plata), ha de ser para un incensario (**Ynsensario**), y Naveta, todo perteneciente (pertenece) á la dicha Casa de Belen, y es de limosnas que se han dado para ella; por cuenta de su hechura (de hechura) no se ha dado ninguna cosa, y será justo que se de parte de las limosnas que se dieren se satisfaga de lo que fuere (lo que fuere), de qe. ha de tener cuidado el hermano Rodrigo de la Cruz u otro por quien corriere el cuidado de la Casa y de conducir lo susodicho a ella.

Item declaro, que habiendo dispuesto que el hermano Antonio de la Cruz fuese a los Reynos de España, donde le era forzoso con negocios propios, se le encargó la solicitud de los que tocaban á esta Casa, en quanto a el permiso, y licencia pedida a S. M. para la fundación de Hospital de Convalecientes; y para lo que se pudiere ofrecer pidió dicho hermano Pedro de San Josef Betancur (**Pedro de San José**), cincuenta ps. que se librasen en España, librolos con todo efecto y buena voluntad el Capitan D. Francisco Delgado de Naxera Alguacil Mayor de esta Ciudad: y aunque no hay razón si ha sido necesario pedirlos, o se han entregado, atendiendo a ser justo dar satisfacción a lo que se debe, en la parte que puede disponer, que constando del entrego, o pidiendo esta cantidad por dicha razón el dicho Capn. Don Francisco de Naxera (**Delgado de Naxera**), de las limosnas y socorros

que Dios Nuestro Señor fuere servido de dar, se entreguen (enteren) y paguen con lo que mas demandare el susodicho, atendiendo a que lo susodicho se libró para gastos y beneficios de la dicha Casa.

Con cuyas declaraciones, como va (como há) referido, quiere se observe (que se observe), guarde, y en todo cumpla el dicho su testamento, y este instrumento que por via de Codicilo otorga estando como va referido en buena memoria y lo firmó siendo testigos el licenciado D. Alonso de Espinosa Presbítero, Ignacio de los Reyes, y Juan de Useda vecinos de esta Ciudad. Y dandoselo a firmar no pudo por la gravedad del achaque, firmolo uno de los testigos. A ruego, y por testigo: D. Alonso de Espinosa.—Ante mi Estevan Davila Secretario (Escribano) Pùblico.»

— XLII —

RODRIGUEZ CERNA (JOSE)

«EL VENERABLE HERMANO PEDRO DE BETANCOURT».—Diario de Centro América—Año XLVI, Núm. 13,215—Guatemala, viernes 19 de marzo de 1926.—Página quinta.—

(Biblioteca Nacional)

Enamorado del tema, el cronista guatemalteco aprovecha la circunstancia de cumplirse el tricentenario del nacimiento del Hermano Pedro para reseñar su vida, desde que, tempranamente, «el misticismo hirvió en él con la mocedad, al calor del sol isleño; y allá fue donde el pie divino le estrujó en los lagares del espíritu, para extraer los vinos que él ofrendara después largamente al Señor». Rodríguez Cerna exalta su prosa elegante y fina, ante la figura «del hombre de Dios, el Siervo de la piedad infinita»; «la naturaleza obedeció al sencillo taumaturgo y el domesticado prodigo se echó temblando a sus pies»; «la tiniebla se apartaba con respeto ante el sumo sacerdote de la caridad y del amor»; «el cuerpo miserable supo de los más duros castigos, de las más rudas penitencias»; finalmente: «Ven a mí... le dijo Jesús cuando las puertas de diamante de la gloria se abrieron al paso de Pedro de Betancourt, que a ellas llegó escoltado de niños, de moribundos y de convalecientes...»

— XLIII —

El Pueblo—Año IV—Guatemala, 15 de marzo de 1926—Número 137.

Trae en primera página un artículo de redacción que se refiere a una iniciativa de la «Unión Católica» aceptada por la «Confederación de la Antigua Guatemala» y relativa a conmemorar el III centenario del nacimiento del V. H. Pedro, el 19 de marzo de 1926.

En Antigua se reunieron todas las asociaciones religiosas, a efecto de elaborar un programa, invitándose a la municipalidad para que tomara parte en los festejos, así como a las poblaciones adyacentes a la cabecera de Sacatepéquez. En vista de la coincidente celebración de San José, parte de dichos festejos se transferían para el día 21 de marzo.

En la capital, por el mismo motivo y circunstancia de pender también las ceremonias rituales de Semana Santa, la celebración del III centenario del Hermano Pedro se dejaba para después de la Semana Mayor.—

En el propio número de este órgano de la «Unión Católica», dicha institución hacia un llamamiento a todas las asociaciones religiosas y en particular a los fieles, para que elevasen preces implorando la canonización del H. Pedro y con la misma intención dedicaran la comunión del día 19 de marzo de ese año.

El pueblo—Año IV—Guatemala, 19 de marzo de 1926—Número 138.

Toda la edición es dedicada al tercer centenario del nacimiento del H. Pedro. En la primera plana se reproduce un cuadro que representa al Beato de Antigua en oración, a los pies de una imagen de la Virgen venerada en Petapa. Se reproduce el texto del «Testamento auténtico del Venerable Hermano Pedro de San José de Betancourt», con algunas notas, tomado del folleto que en enero de 1808 publicó el jeje de los Terciarios Franciscanos, Juan Joseph de Barberena. Insértase igualmente el programa de los festejos que ese día debían efectuarse en la Antigua Guatemala, y un informe sobre la disposición acordada por la Sociedad de Geografía e Historia, de contribuir a conmemorar la fecha, mediante la publicación en «Los Anales», su órgano de publicidad, de una biografía del H. Pedro, debida a la pluma de don Victor Miguel Díaz, y el Testamento del Siervo de Dios, tomado del Archivo Municipal.

Con el título «Vida y Obras del Hermano Pedro», se da otra reseña biográfica del Beato de Antigua, en tres capítulos que respectivamente tratan de su nacimiento, la fundación del Hospital de Belén y la religión Bethlemitica, y la actuación de Fray Rodrigo de la Cruz. •

Completan la edición dos informaciones sobre la edificación, material y espiritual, del convento de Belén en la Antigua y su extensión en América, y otra sobre la «Fundación de las Betlemitas; además, una composición poética de don Emilio C. Maldonado h., fechada en Guatemala a 19 de marzo de 1926 y dedicada a don Pedro Urrutia h. Dichos versos forman parte de un libro, «Rimas», que no llegó a publicar el autor, y se intitulan «El Milagro del Virtuoso Varón». Poco afortunado en el metro y la rima y sin inspiración, el autor medra difícilmente en un plano prosaico, por debajo de la verdadera poesía. La única emoción es la que dimana de la figura del Hermano Pedro, que no puede evocarse sino dentro de una aureola de santidad. El autor inventa una leyenda, uniendo dos tradiciones populares sobre el poder milagroso del Beato Pedro. Es una noche, oscura y triste; Pedro ambula por las calles y al son de su campanilla entona su admonitivo estribillo: «Acordaos hermanos...», tratando de despertar en las almas del confiado vecindario el temor de Dios y el amor a las buenas obras. El Beato llega a una casa en que un leproso sufre, sobre el tremendo dolor de su enfermedad, la muerte de la esposa; Pedro cura al leproso y hace resucitar a la mujer.

El Pueblo—Año IV—Guatemala, 10. de abril de 1926—Número 139

«La celebración del Tricentenario del Hermano Pedro en la Antigua Guatemala—De la redacción.

«Con la fe cristiana ha conservado también la Antigua el intenso cariño hacia el hombre que fue su morador más ilustre, su adoptivo hijo el Hermano Pedro de San José Betancourt». Y dice haber demostrado ese cariño la conmemoración del tercer centenario del nacimiento del Beato, cuya crónica reseñamos en seguida:

A las tres horas, llenando el primer punto del programa, más de 200 hombres

desilaron en solemne procesión de San Francisco al Calvario, rezando el Vía-Crucis por el mismo trayecto que acostumbrara el hermano Pedro. La noche anterior, dos compañías de marimba ejecutaron un concierto, en el atrio de San Francisco, ante numerosa concurrencia; todo el amplio local estaba adornado y profusamente iluminado por obsequio de la Empresa Eléctrica de Antigua. A las siete de la mañana del domingo, hubo una comunión general en el templo de San Francisco. La corporación municipal obsequió un retrato del Hermano Pedro, óleo que se colocó en uno de los salones del Hospital, casa de caridad que desde esa fecha lleva el nombre del fundador del Hospital de Belén, por acuerdo del poder ejecutivo y como merecido homenaje a la ejemplar caridad del Siervo de Dios. El Concejo dirigió un mensaje de congratulación y un saludo a la municipalidad de Villa Flor, cuna del Beato Pedro. Toda la ciudad estaba adornada con gallardetes, cortinas y ramos, y la alborada del día 19 se anunció con repiques en todos los templos de la ciudad. A las 8 horas se obsequió un desayuno a los recluidos de las cárceles departamentales.

El día 21 continuó la celebración, iniciándose con misa y comunión general en San Francisco, a las 7 horas; y una misa mayor que fue contribución de la «Unión Católica», solemnizada por el coro del Patronato del Sagrado Corazón de Jesús; se adornó lujosamente la iglesia y se formó un altar especial. Terminada la misa, subió al púlpito el presbítero Manuel Benítez y pronunció un elocuente panegírico del Hermano Pedro.

Acto simbólico fue la manifestación infantil que reunió a numeroso concurso de niños en la Capilla de la Orden Tercera, de San Francisco, colocando los infantes gran copia de ofrendas florales en la tumba del H. Pedro. La municipalidad de Antigua, recordando también el amor de Pedro por los niños y la fundación de su escuela popular, creó el premio anual para el alumno que sobresalga por su aprovechamiento y conducta entre todos los colegios de Antigua; esa distinción se denomina «Premio Municipal Bethancourt».

En ese mismo número del semanario «El Pueblo», se inserta un artículo intitulado «El Hermano Pedro», de don Pío Arés; es un breve y bien escrito panegírico del insigne benefactor de Guatemala; entre otras cosas dice: «La Antigua, legendaria ciudad, hoy hundida en el sueño de pétreas ruinas, donde cada muro abandonado canta un himno de gloria a un pasado grandioso, menguaría mucho su encanto en la página del libro de la historia, si no flotara como un lamento brillantísimo la figura de una atracción maravillosa del Hermano Pedro».

— XLIV —

DIAZ (VICTOR MIGUEL)

«EL FUNDADOR DE LA ORDEN BELEMITICA PEDRO DE SAN JOSE BETANCOURT».—Diario de Centro América—Año XLVI.—Núm. 13,215.—Pag. quinta.—Guatemala, viernes 19 de marzo de 1926.—

Biblioteca Nacional—

Con motivo de cumplirse el III centenario del nacimiento del Hermano Pedro, publica una reseña biográfica, dando un giro novelesco a la exposición de los he-

chos piadosos y heroicos del Tercero, y agrega algunas anécdotas legendarias y sentencias.

Como dato nuevo y curioso, aunque posiblemente inexacto, anota que el Venerable Pedro sembró con sus propias manos un datilero en el sitio de Pedro de Almengol, a fines del año 1653; palma que fue arrancada por las corrientes que una copiosa lluvia causó el día 4 de octubre de 1881. (Es comprobado que la fundación del hospital de Convalecientes se hizo a fines de 1653, y antes de vivir en la casita de María Esquivel habitó Pedro en la de Diego Vilches y en las celdas del Calvario; de manera que no es muy creíble que fuese al sitio de Almengol a sembrar dicha palma. Hay si la tradición de que Pedro sembró un esquisúchil, frente al Calvario, a mano derecha, al entrar; árbol de origen canario, como Pedro, y que aún se mira en el mismo lugar, pudiendo ser el que sembrara aquél o sustituido por el célo de los Terceros que siguieron conservando su memoria.)

* * *

«TERCER CENTENARIO DEL HERMANO PEDRO/LUMINOSA FIGURA DE LA EPOCA COLONIAL/APOSTOL DE LA CARIDAD Y PRECURSOR DE LA ENSEÑANZA». — *El Imparcial.* — Números 2132, 2133, 2134 y 2135, correspondientes a los días 17, 18, 19 y 20, respectivamente, del mes de marzo de 1926.—Guatemala.

—Archivo de *El Imparcial*.

Cuatro artículos tendientes a conmemorar el III centenario del nacimiento del Hermano Pedro. En el primero habla de su abnegación para con los leprosos, por cuya suerte y alivio manifestó particular interés, cuando esos dolientes vagababan por la ciudad repudiados de todos y faltos de asilo. Al señalárseles un sitio al Poniente de la ciudad, donde quedaron concentrados, con prohibición de salir y acercarse al río de El Portal, hasta dicho lugar apestado llegaba diariamente el piadoso lego y sus manos distribuyeron bienes y consuelo entre los infelices proscritos: «Al lecho de los leprosos, donde sufrían hondos dolores y amarguras, llegó siempre la caridad de Betancourt, manifestándose aún más noble, levantada y generosa que la de Isabel de Hungría y la de la Condesa de Gibela de Flandes. ¡Ejemplo admirable de bondad que constituye la fama que alcanzara aquel abnegado apóstol que fue la providencia de los menesterosos y el amparo de los oprimidos».

El artículo segundo contiene una síntesis biográfica del insigne Varón; reúne las profesiones que, en diversas ocasiones, hizo el Hermano Pedro sobre la conversión de don Rodrigo de Arias, justamente cumplidas. Concluye: «Era en su hospital la personificación de la caridad: su voz grata y suave, intérprete de su gran corazón, resonaba en los recintos de congoja y de tristeza como un himno de amor y de misericordia».

En el tercer artículo relata su enfermedad, muerte y solemnes honras; siguiendo textualmente las noticias de Juarros acerca de las sucesivas exhumaciones de sus restos, conservados fervorosamente por el clero y el pueblo.

En el cuarto, y último, describe la famosa calle de la nobleza, la Capilla de la Tercera Orden y la iglesia de Belén, así como sus altares e imágenes principales. Habla de otro virtuoso fraile, el padre Esteban de Adoain, quien según el rumor público sabía confidencialmente algunas predicciones del Hermano Pedro,

pareciendo corroborarlo así el temor que repetidas veces, manifestó aquél desde el púlpito, al predicar al pueblo de una gran ruina «de una ciudad nueva que se edificaría al pie del Cerro de Nuestra Señora del Carmen; de una peste en el país y una gran catástrofe en Europa». Temores tradicionalmente transmitidos y que algunos fervorosos admiradores del Beato antigüeño tuvieron presentes con ocasión de los terremotos de 1917/18, la epidemia de gripe y la conflagración europea (Se insinúa que fray Esteban de Adoain pudo saber confidencialmente de Pedro esas predicciones, las mismas que según cree don Victor Miguel Díaz encierra el paquete misterioso, pero el padre Adoain nació en 1808). Concluye dicho trabajo: «El Siervo de Dios, el varón magnánimo, el alma blanca, duerme el sueño eterno desde lejanos tiempos. Su noble actitud en el mundo para con los desolados lo agiganta ante la deslumbrada pupila del pueblo de Guatemala. Tal vez solamente Juan de Dios en el mundo, reflejando en el azul claroscuro de sus ojos piadosos la bondad para con los infortunados, es más grande que él. ¡Sirvan de ejemplo sus virtudes en esta patria que tanto amamos!»

* * *

«Pedro de San José Betancourt». — Anales de la Sociedad de Geografía e Historia. — Año II. — Tomo II. — No. 3. — Guatemala, C. A., marzo de 1926.

Reproduce los datos de sus otras reseñas biográficas y transcribe otros sobre la vida del sucesor de Pedro, fray Rodrigo de la Cruz, debidos a la pluma del historiador costarricense Fernández Guardia. Concluye: «Corto fue el paso del Hermano Pedro por la tierra, y por lo mismo, más admirable y meritoria aún la hermosa tarea que logró llevar a cabo considerada bajo el punto de vista de la caridad».

— XLV —

DIAZ (VICTOR MIGUEL)

La Romántica Ciudad/Colonial/Guía para conocer los monumentos/Históricos de la Antigua Guatemala por/Victor Miguel Díaz/De la «Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala» Obra publicada por la Municipalidad de la Capital del año de 1927/Guatemala, C. A./Tipografía Sánchez & de Guise/8a. Avenida Sur No. 24. — Carátula con un retrato de Don Pedro de Alvarado y, en el reverso de la pasta, el «escudo de la Colonia». — Prólogo de Rafael Arévalo Martínez. — Sigue inserción del punto de acta de la sesión municipal de 19 de mayo de 1927, «Dictamen del señor Concejal don Eduardo Mayora» y nómina de la municipalidad de la Capital de 1927. — 130 págs. — Copiosamente ilustrado.

Recorrer las calles de Antigua, admirar los vestigios de su pasado esplendor y evocar a la vista de sus venerables ruinas la vida de la Colonia, impone el numeroso y reiterado recuerdo de la vida y hechos del Hermano Pedro, que dejó en las almas, a salvo de toda ruina, perdurable estela de bondad. De ahí que al escribirse un libro que describe los monumentos de aquella ciudad, el autor tropie-

ce a cada momento con la figura del piadoso Tercero y, algo más, se deleite en rememorarlo, como prototipo superviviente de lo que en la vida colonial significó elevación espiritual y amor a los hombres.

«Santa Catarina Mártir» (pág. 53): «Poseía la iglesia una imagen de Jesús sepultado (que hoy se halla en esta capital), de la que se cuenta una tradición relacionada con el Hermano Pedro».

«La Cruz del Milagro» (pág. 61): «... clausuraron la calle que de la Concepción conducía a Belén, pasando por la séptima calle y siguiendo hacia el Oriente del templo de San Francisco, vía que mucho frecuentaba Pedro de Betancourt».

«Nuestra Señora de Belén» (pág. 69): «Al Sur de la Ermita de Santa Cruz, junto al río Pensativo, se hallan las ruinas del templo primitivo de la iglesia y convento de Belén, fundada el año de 1653, por Pedro de Betancourt, que no pudo ver terminada su obra por haberlo sorprendido la muerte». Adelante agrega: «El templo guardaba algunas obras de arte costosas y el convento una biblioteca y documentación histórica valiosísima (?); entre éstas figuraba el paquete misterioso que dejó al morir Pedro de Betancourt, con prohibición absoluta de abrirla, hasta pasado cierto tiempo: ese documento fue enviado hace años al Vaticano, de orden del arzobispo de Guatemala. Refiere la tradición que el citado documento contiene vaticinios de aquel célebre personaje».

«El Hospital del Hermano Pedro» (págs. 69, 70, 71 y 72): «Hay un lugar que al visitarlo trae a la memoria muchos recuerdos. Nos referimos a las ruinas del Hospital que fundó Pedro de Betancourt, que se halla frente a las del Santuario de Guadalupe, en la esquina del Callejón de la Escuela de Cristo, o de San Miguel. Hasta hace pocos años había, hacia la plazuela, una portada de piedra con puerta de madera y grueso aldabón de hierro; esa portada la destruyó un temblor del 25 de diciembre de 1917. En el interior se ven escombros de la casa de la caridad de aquel hombre generoso. Hubo allí casa para peregrinos y una enfermería destinada a convalecientes. En uno de estos aposentos estaba el nicho fabricado en una pared, en el que dormía el fundador del Hospital. Los belemistas tenían obligación de conducir al hospital a los enfermos, llevándolos en hombros y de asistir a la capilla a los condenados a muerte, acompañándolos al último suplicio. Separado del hospital, en amplio rancho pajizo, estableció su escuelita de primeras letras Pedro de Betancourt, el hombre raro, cuyas virtudes han excitado la admiración del pueblo, traspasando su fama las fronteras patrias. Todo lo que a sus manos llegaba lo destinó a los menesterosos y a la niñez: jamás se dió por satisfecho por grandes que fuesen los bienes que les procuraba: su caridad nunca se entibió, las dificultades no lo hicieron retroceder en la carrera difícil y gloriosa en la que se empeñara; la maledicencia y la calumnia (?) se estrellaron ante aquel hombre todo humildad, todo humildad y mansedumbre. La historia le designa como el fundador de la enseñanza popular entre nosotros, en aquella época de multiplicadas contradicciones, de intereses opuestos, de codicias y de ambición odiosa en que casi todos estaban envueltos. La feliz idea del Hermano Pedro de fundar la primera escuela gratuita en el país agiganta su noble figura a través de los tiempos. El cariño que sembró en su camino vivirá como el recuerdo de sus virtudes. El hospital de Convalecientes prestó grandes servicios a los desvalidos desde su fundación. Los indios que buscaban el lenitivo a sus dolores en dicha casa quejábanse con los hermanos Belemistas de las duras faenas a que los sometían los jueces de milpa que recorrían constantemente los pueblos cercanos de la

capital: las vejaciones con los naturales llegaron a tal extremo, que al saberlo el monarca expidió una cédula prohibiendo el nombramiento de los tales jueces de milpa; creyóse que la queja había sido inspirada por los belemitas, resultando de esto mala prevención de la audiencia para con los religiosos del hospital. En la época en que gobernaba el reino el mariscal don Pedro de Rivera y Villalón, invadió la epidemia de la viruela haciendo grandes estragos entre la raza indígena. Fray Rodrigo de la Cruz había muerto en México; pero el régimen de la casa hospitalaria era el mismo desde los tiempos de su fundación; no se permitía la entrada a las salas de convalecientes variolosos, lo que habría sido de fatales consecuencias para los que sufrían otras enfermedades. La Audiencia tomó a mal la actitud de los belemitas; más tarde algunos sujetos principales que figuraban en la administración pública, empeñáronse en que se diera asilo en la misma casa hospitalaria a varios peninsulares y como recibieran negativas de parte de los belemitas, se creyó que éstos eran decididos protectores de los indios y de los criollos, en lo que no estaban equivocados; los belemitas, inspirados en los procedimientos de fray Rodrigo de la Cruz, abrazaron la causa de los desvalidos por la que tanto habían trabajado no pocos varones ilustres de Guatemala. (Archivo Municipal)».

«San Francisco» (pág. 77): «Descansa el sueño eterno en la citada capilla de la Tercera Orden, el hermano Pedro de San José Betancourt, fundador de una escuela de niños pobres, de una casa de posada para caminantes, del hospital de convalecientes y de la Orden Belemítica», (Siguen los datos de Juarros sobre su entierro y ulteriores exhumaciones).

«La Ermita del Calvario» (pág. 80): «Fuentes y Guzmán nos refiere en sus crónicas que a los costados de la Ermita estaba el patio de los laureles, con un hermoso jardín; el patio de las celdas donde vivían los que cuidaban del Calvario y de las Capillas del Via-Crucis. Entre los Terceros figuró Pedro de Betancourt, antes que fundara la Orden Hospitalaria de Belén».

«CASA DEL PINTOR MERLO» (pág. 85): «...pintó magníficos retratos de personajes notables y uno de gran tamaño de Pedro de Betancourt, de quien fue contemporáneo».

«La Casa del Marqués de Talamanca» (pág. 89 y siguientes): «A Pedro de Betancourt le estaba reservado, no sólo ser el fundador de la orden Belemítica, sino también llamar a su seno hombres de mérito que le secundaran en su empresa. El influyó de manera decisiva en el ánimo de don Rodrigo de Arias a que profesara en la misma orden de religiosos. Habrían transcurrido tres meses desde que fray Rodrigo de la Cruz hacía compañía al Hermano Pedro cuando la salud de éste comenzó a resentirse; los días de vigilia, las noches de fatiga, los continuos ayunos y las horas largas de penitencia, todo esto contribuyó a que contrajera graves dolencias, extenuado y débil no quiso interrumpir sus labores acostumbradas, hasta que su cuerpo completamente doblegado cayó en el lecho, expirando el 25 de abril de 1667. Fray Rodrigo de la Cruz fue el primer general de la religión belemítica, trabajó por ella con diligente interés, como digno sucesor de Pedro de Betancourt».

Entre los numerosos grabados que ilustran el libro, figuran: «El hermano Pedro solicitando limosnas en las calles para alimentos de sus enfermos de su hospital» (reproducción de un cuadro de 1808, pág. 42). «Verdadero retrato del

hermano Pedro de Betancourt» (pág. 54). «El hermano Pedro consolando a los enfermos en su hospital» (pág. 60). «La tumba del Hermano Pedro» (pág. 76).

— XLVI —

XIMENEZ (Fray FRANCISCO)

Biblioteca «Goathemala»/De la Sociedad de Geografía e Historia/Volumen II/ Historia de la Provincia de San Vicente/de Chiapa y Guatemala/de la orden de predicadores/compuesta por el R. P. Pred. Gen./Fray Franciseo Ximenez/hijo de la misma Provincia/de la Orden de N. Rmo. P. M. G. fr. Antonio Cloché/Prólogo del/Br. Jorge del Valle Matheu/De la Sociedad de Geografía e Historia/de Guatemala/Tomo II/Guatemala, Centro América/Diciembre de 1930.

En la página 333, en el curso del capítulo XIII, intitulado «Celébrase Capítulo intermedio en Guatemala y muertes de algunos Religiosos», hallamos este párrafo: «No quiero omitir un caso muy notable que trae el P. M. Molina en sus apuntamientos por lo que puede importar para nuestra enseñanza. Dice pues que este año de 1662 día de Pascua de Reyes murió en Guatemala Pedro de Mendoza escultor insigne, muy buen cristiano y virtuoso, devotísimo del Nacimiento de N. S. que cuando oía tocar a maitines la noche de Navidad se enternecía y lloraba. El hermano Pedro de S. José Betancurt fundador del Hospital de Belém estando en la Iglesia de la Merced en oración sobre la sepultura de Pedro de Mendoza que era su compadre oyó que desde ella le dijo: **Compadre Pedro, cuenta, que se hila muy delgado en la otra vida.** De lo cual quedó asombrado Pedro y de allí adelante se mortificó mucho más de lo que acostumbraba».

— XLVII —

RODRIGUEZ CERNA (JOSE)

José/Rodríguez Cerna/Tierra/de Sol y/de Montaña/Editorial B. Bauzá-Barcelona.—1930.

Toda una parte de la obra se intitula «Estampas de la Antigua», evocando particularmente la figura del Hermano Pedro. En la página 235 (Acuarela Antigüeña) se lee: «Y en la noche, brilla como un alma errante en busca de otras almas, el seráfico candilejo de Pedro de San José Bethancourt». Un capítulo: «EL HERMANO PEDRO» págs. de la 242 a la 246), contiene una síntesis biográfica del beato fundador de la Orden Bethlemita. Se adivina que los años han acrecentado el interés del autor por el virtuoso personaje de la colonia. (Sabemos que Rodríguez Cerna corroboró expresamente tal opinión, enunciando su propósito de escribir una biografía completa del H. Pedro). Concluye: «Y así empuñó el cetro del sacrificio y se ilustró el pecho con el toisón de oro de la caridad este sencillo varón de dolores, que al enjugar el sufrimiento ajeno quitó brutalidad a la Colonia y enjugó también la frente en agonía de Jesús de Nazaret...»

EL MILAGRO DE LOS CLAVELES (págs. 247 y siguientes), es el capítulo

que finaliza la obra. El autor rehace la composición inserta en su «Libro de las Crónicas» primeramente escrita para el periódico, «enemigo de toda labor de reposo mental», y la pule con delectado empeño.

— XLVIII —

DIAZ (VICTOR MIGUEL)

Historia de la Imprenta en Guatemala/Desde los Tiempos de la Colonia/Hasta la Epoca Actual/por/Victor Miguel Díaz/Enero de 1930/Tipografía Nacional/Guatemala, C. A.

Carátula con la fachada de la Tipografía Nacional, pues la edición se hizo para conmemorar la fecha de la inauguración de ese edificio. 181 págs. Ilustrado con numerosos grabados, entre ellos un retrato del autor. Prólogo del director de la institución, señor Nicolás Reyes O. Al final se incluye un trabajo de Guillermo Espinoza C., intitulado: «El Linotype—La mano que informa al mundo» y fechado en Guatemala: en «Villa Rosa», a 25 de diciembre de 1929.

En el capítulo dedicado a fray Payo Enriquez de Rivera (pág. 7) dice: «Fray Payo presidió los funerales de Pedro de Betancourt, imponentes ceremonias que sólo pudieron compararse con las que se hicieron en honor al obispo Marroquín, en 1563»; honras que en seguida reseña: «El 26 de abril de 1667, por la mañana, enorme muchedumbre concurrió a la conducción de los restos mortales del Hermano Pedro; salió el cortejo del hospital de Belén, para encaminarse por la calle del Oratorio, o de San Miguel, a la iglesia de la Escuela de Cristo, en la que una guardia militar rodeó el cuerpo, de orden del Capitán General don Sebastián Alvarez Rosica de Caldas. Luego, a las pocas horas, inicióse nuevamente la marcha rumbo al templo de San Francisco, por la calle de los Pasos. Después del féretro caminaba el obispo Fray Payo, luego los miembros del Cabildo Eclesiástico; el presidente de la Real Audiencia; fray Rodrigo de la Cruz (ex-marqués de Talamanca), varios belemitas; las congregaciones y vecinos principales. Este entierro fue el más solemne que se verificó en la época del preclaro obispo».

Finalmente, en el capítulo intitulado «Documentos Históricos», en que se consigna los más importantes que posee Guatemala, incluye (pág. 59): «Testamento del Hermano Pedro Betancourt».

— XLIX —

BROTO (P. FRANCISCO)

VIDA de la Sierva de Dios/MADRE MARIA ENCARNACION ROSAL/Fundadora de las Betlemitas, Hijas del Sagrado Corazón de Jesús/por el/P. Francisco Broto, Misionero Hijo del Corazón de María/Editorial y Librería del Corazón de María/Mendizábal, 67. — Madrid/1931.

80. mayor—422 pp. — Numerosas ilustraciones, entre ellas una que representa al Hermano Pedro curando enfermos en su Hospital. Aprobaciones: Nihil Obstat

— Antonio Naval, C. M. F. — Censor, Madrid, 21 de agosto de 1930. — Imprimi Potest — En nombre del Rvmo. Superior General: Francisco Naval, C. M. F. — Subdirector General. — Nihil Obstat — Juan Manuel Fernández, C. M. F. — Censor. — Imprimatur — J. Francisco Morán. — Vic. Gral. — En la Introducción (11 pp.), que contiene la protesta del autor, éste dice haber tenido como fuentes los escritos autobiográficos de la Madre Encarnación y la Vida escrita por la M. María Asunción, así como otros testimonios escritos u orales; la fecha en Bosa, a 25 de abril de 1930.

Trata de la piadosa vida de la insigne quezalteca, pues nació en la metrópoli altense, el 27 de octubre de 1815. Necesariamente se refiere a la institución Betlemítica y a su beato Fundador, el Hermano Pedro (pp. 35 y siguientes), del cual hace una síntesis biográfica: «La vida del Hermano fue un tejido de obras admirables, empleada toda en llevar el consuelo y el socorro allá donde reinaban la miseria y la aflicción, en promover la mayor gloria de Dios, en reparar los escándalos y en trabajar incesantemente por el bien supremo de las almas, que es su salvación eterna».

La madre Encarnación Rosales, según se ve por esta biografía, se inspiró en la vida del Hermano Pedro, al punto de destacarse como reformadora, con virtudes y dotes que la ponen a la altura de un Fray Rodrigo de la Cruz. Debe ser muy interesante la lectura de sus memorias, pues por algunas composiciones poéticas que incluye el autor se forma concepto de su clara mente y profunda religiosidad, he aquí una décima a la Virgen de Dolores:

«¡Dios te salve, Reina llorosa,
lleva de grande amargura!
¡Dios te salve, Virgen pura,
triste, afligida y hermosa!
Por tu soledad penosa
y por tu pena excesiva,
haz que en mí la gracia viva,
haz que logre feliz suerte,
y Tú asisteme en mi muerte
como madre compasiva».

Como dato curioso (pág. 238), encontramos en este libro, relatado por la Madre Encarnación, el único caso de una vejación a la memoria del Hermano Pedro, que en vida soportó con gusto tantas humillaciones pero, en cambio, ha tenido y tiene general veneración póstuma, dice: «... permitió un día (el Señor) que de Guatemala llegara a mis manos una carta de improperios y palabras muy ofensivas contra mí y toda mi comunidad, y hasta contra nuestro Hermano Fundador, que fue lo que más me afligió, por venerarlo como a un santo». Y es triste conocer el origen de tales quebrantos: «Todo procedía —agrega— de cierta envidia que algunas monjas tenían a las nuestras porque el señor Gobernador de la mitra había concedido a las Betlemitas, por mucha deferencia, la gracia de tener al Santísimo Sacramento en sus oratorios privados y a las demás religiosas les había negado este favor».

Por lo demás, en la imitación de las operaciones del Hermano Pedro, aunque

no lo alcanza en caridad, la madre Encarnación Rosal elevó su espíritu, hasta morir en fama de santidad.

— L —

JUAREZ Y ARAGON (J. FERNANDO)

EL HERMANO PEDRO: Conferencia pronunciada en la Ciudad de Antigua Guatemala, con motivo de la celebración de la «Feria de Verano», el día 3 de marzo de 1933. (Posteriormente publicada en el semanario «Antigua», febrero de 1934.

A grandes rasgos, traza la biografía del Siervo de Dios, elogiando sus virtudes que en vida perfumaron de prodigio la vida de la ciudad colonial y en muerte se recuerdan con veneración, haciendo de su tumba una peregrinación de fieles que acuden a reclamar una parte de la inmensa caridad que tuvo para todos y a fortalecerse en renovada esperanza, en perpetuo testimonio de supervivencia para el varón que edificó a los hombres de su tiempo: «Y es que el hermano Pedro de San José Betancouth (?), a pesar de los años y de los siglos, no ha muerto. Por rara coincidencia su sepulcro venerado guarda sus restos bajo la sombra amiga de bóvedas silenciosas, que soportan las columnas recias de un templo allá en el oriente de la ciudad y es que su sepulcro, cual un sol resplandeciente, tiene día y noche emanaciones de esa luz radiante de amor y de ternura que al envolver los corazones, calma dolores, mitiga penas y alienta espíritus con un rayo de esperanza».

— L I —

MENESES (J. AUGUSTO)

ORACION AL HERMANO PEDRO —versos criollos— Revista «Nosotras, Núm. 21.
— Guatemala, septiembre de 1933.

Meneses es un poeta de la presente generación, y el criollismo una de las fases de su literatura, acaso la más acusada. Aunque deliberadamente busca los motivos del ambiente y de propósito emplea los modos vulgares y aún las peores perversiones del lenguaje, su buen gusto y sentido del ritmo lo salvan de caer en extremos ingratos a las letras. El poema transcrita en seguida, es fiel expresión de continuada escena que se observa ante la tumba del Hermano Pedro, con quien sus devotos hablan familiarmente develándole las intimidades de su alma y las tribulaciones de su vida. Particularmente los indígenas, dialogan confiados y fervorosos con el santo, a quien creen propicio a la raza, y le hablan en castilla, temerosos de que al hacerlo en su lengua no los entienda bien el hermano Pedro, que era español...

He aquí el poema de Meneses:

ORACION AL HERMANO PEDRO

Yo te dija en mi ranche
que vendriya a mirarte hermane Pegre,
pa contarte mis peno,
pa decir lo que sienta hermane Pegre.

Pa vos son estas plores,
pa vos los candelo,
pa vos tabien los traigue
tus pushite de pon que me vendió el marchanto,
hermane Pegre.

Poro oyime un tantite,
ya que sabes de veres lo que pase a los pogre,
mi Tatite siñor, mi hermane Pegre.

Yo tengue mis vaquito
mis chenquite, mis cabro,
que los merqué en la peria
con el pure trabaje y sudor de mi prente
hermane Pegre;
y mi mujer la Antoña
tiene tabién sus cocha, sus gayine, sus gaye,
porqu'eyé's mere arecha y pa moler planchado
cuando se'stá alentade, mi hermane, hermane Pegre;
y entre los dos tuvimes
un par de dos hijito,
que la mujer Tatite se los parió en el ranche.

Poro saber que seja mi Sante Pagre eterna,
quiace no más tres diye
que s'empermó mis hijo,
que s'empermó la Antoña,
que se morió mis vaque,
que la gayine blanque se echó a correr cantande,
quel chuché condenade solo escarbande joyos
y pa riba ajuyande se pase todel noche
mi Tatite siñor, mi hermane Pegre.

Porese te lo diga, porese te lo cuente,
pa qu'espantes los bruja, los males agüisote
que andan entre mi ranche
chivándose daltire, hi hermane, hermane Pegre.

Solo vos, solo vos que chiyás por los pogre,
 que mirás sus desgracio vas hacer tus milagre,
 solo vos, solo vos, mi hermane Pegre;
 y porese te pida
 que curés a mis hijo, que curés a la Antoña,
 que curés a mis vaque, porquiasinó este vieja
 se va parar los pata diaquíá a pasomañá,
 mi hermane Pegre.

Te lo diga sintiende,
 te lo pida llorande pa que miagás milagre;
 porque vos sos muy güene,
 porque vos sos mi Pagre,
 porque vos sos mi Sante, Hermane Pegre.

He aquí otra composición de Meneses, antigüeño, en cuyo espíritu de poeta opera la tradición devota del beato Tercero:

HALO DE SANTIDAD

Las rosas del santo Hermano Pedro
 cómo enredan la tarde
 en la clara persiana de sus pétalos.
 Llenas de aroma escuchan
 la oración del que toca
 por tres veces la tumba.

Son blancas.
 Vienen del paraíso
 en góndolas de nieve
 por el río de luz de las estrellas,
 y en un terso remanso de perfumes
 ahogan lentamente
 la dulce letanía de las tórtolas.

Al contorno,
 la miel de la esperanza
 emociona el ambiente de gorriones.
 Todos somos gorriones
 cuando se habla de este
 nuevo Francisco americano.

Las rosas revientan de la tierra
 con vaho de las madrugadas
 lo mismo que las hostias,
 y son blancas,
 y son santas.

Rosas de caridad,
 rosas celestes,
 los céfiros de octubre arrodillan la tarde
 en un rojo paréntesis de amor,
 y en el camino
 bajo el ala vibrante del recuerdo,
 mi oración
 con los brazos tirados a las cumbres
 comulga a cuatro vientos el lejano milagro
 de los sueños. . .

El poeta Augusto Meneses ha seguido investigando, en el alma del pueblo de su ciudad natal, las tradiciones que conservan la fama de santidad del Siervo de Dios. En el número del diario «El Imparcial», correspondiente al 4 de mayo de 1935, publicó un interesante estudio, intitulado «Devociones de América — EL VIA-CRUCIS DEL HERMANO PEDRO». Como una prolongación en el tiempo del fervor de aquel maravilloso lego, todavía hoy, el Viernes de Dolores, se reúnen más de dos mil hombres para recorrer en devota procesión los pasos del via-crucis, entonando plegarias en voz alta en todo el trayecto que el manso Hermano santificara antes, de la media noche hasta el alba, llevando sobre los hombros la cruz de la redención.

— L I I —

ARCHILA LEMUS (JOSE)

«SILUETAS LUMINOSAS»—(Trabajo calificado en primer lugar entre los presentados al «Concurso de la Flor Regional», abierto en la Antigua Guatemala durante la celebración de la «Feria de Verano», Antigua, Año II—Antigua Guatemala, 25 de marzo de 1934—Número 16.

«Un ilustre historiador connacional al tratar del obispo Marroquín, dijo que era la figura más blanca de la Colonia, nosotros podríamos decir, con sobra de justicia, que Bethancourt fue la figura más luminosa en la última mitad del siglo XVII, y en un parangón desapasionado resultan ventajas para el belemita: El primero llegó al teatro de sus memorables hechos, en el séquito sumuoso del primer capitán general a sustituir al capellán de la expedición conquistadora; el segundo llegó sin más compañía que su piedad a sustituir por el amor la suerte cruel de una raza esclavizada; aquél plantó su tienda bajo las arcadas confortables de un templo, éste plantó la suya en el estercolero donde gemía la miseria; el uno llegó a ceñir una mitra; el otro llegó a ostentar una aureola, y de la mitra penden pedrerías mundanales, pero de la aureola irradian claridades de cielo. Marroquín hizo mucho bien, pero disfrutaba de poder, de servidores sumisos y de obligadas reverencias; Bethancour hizo todo el bien que pudo, y no mandaba sino su voluntad puesta al servicio de los otros, no le servían sino su corazón abierto para todos, y no le reverenciaba sino la gratitud de los menesterosos. Monseñor fun-

dó una escuela, la primera para niños analfabetos; el belemita fundó otra escuela, la primera para niños indigentes, y el analfabeto puede ser un potentado, pero ay! el indigente es siempre un desgraciado. El bondadoso obispo tuvo colaboradores incondicionales para diseminar la simiente de sus favores, el dulce Hermano Tercero sólo contó con sus brazos para prodigar el pan de sus virtudes. El abnegado religioso santanderino puso los fundamentos de una catedral para mayor esplendor del culto, el divino canario levantó un hospital de humildes pajas para acallar dolores insondables y suavizar angustias infinitas, y en la catedral se dilata el espíritu por los senderos de la fe, pero en el hospital se cicatrizan heridas y dolores por las rutas embalsamadas de la caridad; ambos se decoran con los mirajes por la esperanza, pero la esperanza del uno va fuera de los linderos de la vida, allá en lo incierto, desconocido y problemático, y la esperanza del otro sólo va fuera de los umbrales de una puerta, hacia donde pulula la vida, tangible, seductora y rozagante. El ilustre peninsular, en fin, es el bien envuelto en sedas, brocados y áureos ornamentos, a donde se llega postrado de rodillas, y el preclaro isleño es el bien inquebrantable, aunque cubierto de harapos, descalzo y sin sombrero, a donde se llegaba cabalgando en los hombros del propio isleño. Dos almas con destino a la gloria por los caminos del bien, sólo que el sendero del uno era amplio y esplendoroso, y el camino del otro era un verdadero viacrucis.» ANTIGUA—AÑO II—Antigua Guatemala, 8 de abril de 1934—Número 17. Continúa en este número la publicación del trabajo de Archila Lemus, leído en los Cursos de Verano: el autor evoca a Betancourt por las calles silentes de Antigua y reivindica su carácter de guatemalteco: «porque la mariposa no ama el sitio donde rompiera su crisálida sino el cáliz en donde encuentra dulce néctar; el arroyo no retrocede al manantial que le dio origen, sino sigue adelante besando ásperos riscos y lamiendo arenas infecundadas», y compara al hermano Tercero con la flor de Antigua, que es bella dentro de su humildad, aromada sin ostentación: la violeta. Sigue una somera mención de los hechos emanados de la inmensa caridad de Pedro. ANTIGUA—Año II—Antigua Guatemala, 15 de abril de 1934—Número 18. Termina en este número el encendido panegírico del señor Archila Lemus. Refiere la conversión de don Rodrigo Arias de Maldonado y alude a la propagación de la hermandad betlemita, concluye: «Por fin, Bethancourt murió para los hombres en el mismo escenario de sus hechos generosos, pero nació para la inmortalidad en las auras trasmigrantes de la fama. En la Antigua tiene su tumba y su tabernáculo en muchos corazones!... Pereció el hombre, pero vive el santo: falta su acción; pero palpita su ejemplo; murió su materia deleznable pero su recuerdo es inmortal. Al evocar su imagen luminosa la humanidad se descubre reverente, y es que hay prestigios que nunca mucren, memorias que no se olvidan y glorias que jamás se desvanecen.»

— L I I I —

DIAZ (VICTOR MIGUEL)

HISTORIA DE LAS ARTES EN GUATEMALA.—1934.—Folletín del Diario de Centro América—Pags. de la 102 a la 108.

Vierte nuevamente los datos de Juarros sobre la inhumación y posteriores exhumaciones de los restos del Hermano Pedro. Luego, hace otra reseña biográfica

del insigne Tercero, reproduciendo cuanto ha dicho en sus citados trabajos, y en ocasiones hasta las mismas frases. Anota que el marqués de Talamanca dejó el mundo y entró al cenobio de Belén en el año de 1664 (Fecha inexacta, sin duda, pues muy poco tiempo —tres meses según el propio don Victor Miguel Díaz, pocas semanas según otros— pudo vivir aquél en compañía del Venerable Pedro, quien murió en 1667). Insiste también en la noticia, que no hemos podido comprobar, de que el Hermano Pedro hizo un viaje a España, en compañía de un amigo, antes de venir a la América. Agrega además otro dato cuya procedencia ignoramos, faltando en el dicho de los primeros biógrafos, a saber: que Pedro llegó enfermo a Guatemala y debió internarse aquí en un hospital.

Ilustra dicho estudio una interesante imagen del Hermano Pedro, tocada del hábito belemita (que desde luego no llegó a usar), en actitud devota ante un Cristo, puesto éste sobre una calavera, en una mesa donde se exponen unos cilicios. El fondo es un cielo por el que descienden hacia el Beato rayos de luz y donde revuelan tres querubines. Es un admirable grabado en metal, tomado de un lienzo que perteneció a la señorita Concepción Ortiz Urruela. Al pie se lee: V. P. Fr. Petrus AS. Ioseph de Betancur—Fund. Ord. Hospital Fratrum Bethlemitarum cuius virtutes in gradu heroico approbavit. Clem. XIV. P. M. 25 julii 1771.

— L I V —

MORALES CHACON (JOSE LUIS)

«Cosas del Hermano Pedro»—

Bajo el acápite anterior, Morales Chacón ha publicado varias leyendas del beato Tercero, en el semanario *Antigua*, año II, que se publica en Antigua Guatemala. Algunas coinciden en la memoria popular con hechos que en el siglo XVII se tuvieron por ciertos y portentosos, y que luego se declararon por numerosos testigos en el proceso de beatificación del Siervo de Dios; tal por ejemplo la que aparece en el número 27, de 17 de junio de 1934, intitulada «La Leyenda de las Vigas». En cambio otras son producto de la fantasía del autor, o relato anónimo apócrifo, como «El milagro de los panes», inserto en el número 36, de 19 de agosto de 1934; he aquí una breve reseña: Pedro y el hermano Juan (?) marchan hacia los pueblos de Sacatepéquez, atacados de una enfermedad endémica (?). Para los efectos de su relato, ya en la cuesta de Las Cañas, al sólo salir de Antigua, presenta el autor a los dos peregrinos desfallecidos, de cansancio, hambre y sed; Pedro se disloca un tobillo y ya no puede seguir caminando (?), frustrándose su caritativo empeño; mas convierte una enorme piedra (?) en pan, y, de un árbol hace salir raudales de agua. Allí quedan, hasta el día siguiente, en que un hombre misericordioso lleva en sus hombros a Pedro (?), hasta la población vecina.

Acaso, con mal éxito, quiso el autor relacionar dos hechos diversos: la frustrada evasión de Pedro, cuando regresó de Petapa, y el milagro de los panes, operado un día de San José, en que una pequeña ración de pan alcanzó para enorme concurso de mendicantes.

— L V —

ARRIOLA C. (JULIAN)

«La Nochebuena del Hermano Pedro:—El Imparcial, Guatemala, martes 25 de diciembre de 1934.

El señor Arriola es un antigüeño que ha sorbido en el ambiente de su ciudad natal las tradiciones ingenuas y grandes de la vida del Hermano Pedro; no es un escritor de profesión y aporta a la biografía del Siervo de Dios la misma sencilla devoción con que numeroso pueblo acude a arrodillarse ante la tumba del Beato Tercero. En el artículo en referencia, halla ocasión para develar el candoroso júbilo de Pedro al celebrar el nacimiento de Jesús, en su admirable Belén que fue escuela de fervores, a la par que refugio abierto siempre a los afligidos.

INDICE

— PRIMERA PARTE —

(BIOGRAFIA)

I	Evocación	Pág.	3
II	Cuna y Linaje	"	5
III	Precoces Anuncios	"	11
IV	Vocación	"	15
V	La Llamada	"	19
VI	Evasión	"	21
VII	El Viaje	"	23
VIII	En Goathemala	"	25
IX	El Estudio	"	29
X	Vida Ejemplar	"	31
XI	Un Voto y un Milagro	"	35
XII	Tentación	"	37
XIII	Tercero Penitente	"	39
XIV	El Calvario	"	41
XV	Hijo de Francisco	"	45
XVI	Pedro Danza Frente al Arca	"	49
XVII	El Solar Bethlemitico	"	51
XVIII	Párvulo Entre Párvulos	"	53
XIX	Fundación del Hospital	"	55
XX	Prodigiosos Recursos	"	57
XXI	La Cuaresma	"	61
XXII	La Prueba Heroica	"	65
XXIII	La Cátedra de Pedro	"	69
XXIV	La Sala de Armas	"	73
XXV	La Voz de Alarma	"	77
XXVI	Emulo de Francisco	"	81
XXVII	Pastor de Almas	"	83
XXVIII	Navidad	"	87
XXIX	Oración	"	91
XXX	Rescatando Almas	"	93
XXXI	Empeño de Calzillas	"	97
XXXII	Conversión de Rodrigo	"	101
XXXIII	Padre de Pobres	"	107
XXXIV	El Testamento	"	111
XXXV	Resignación	"	115
XXXVI	Todo se ha Consumado	"	119
XXXVII	Retorno a la Tierra	"	123
XXXVIII	Supervivencia	"	127
XXXIX	Canonización	"	131
	NOTAS	"	133

— SEGUNDA PARTE —

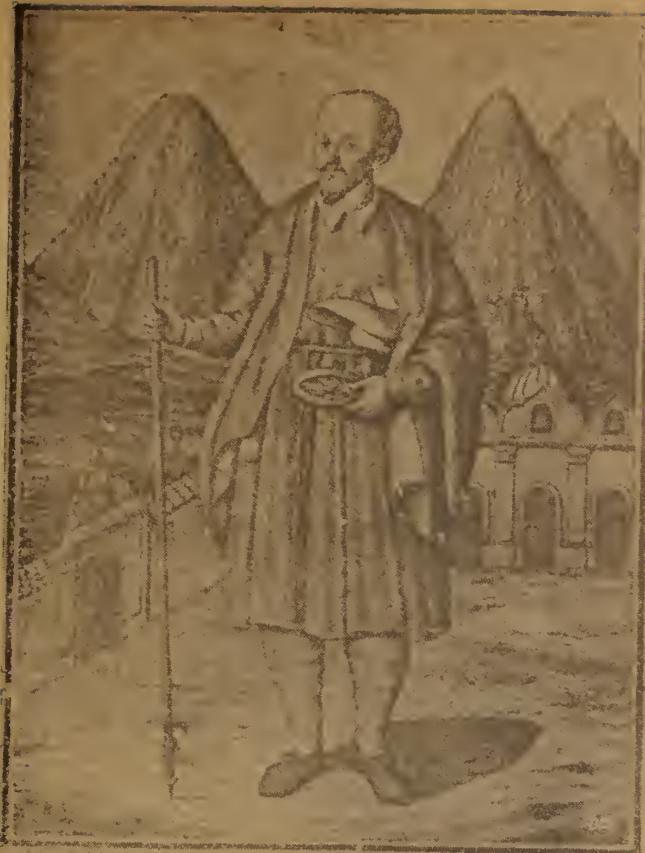
(BIBLIOGRAFIA)

	Págs.
Anónimos	184-205
Archila Lemus, José	227
Archivo Colonial de Guatemala, papeles sueltos del	164
Arriola C., Julián	230
Asturias, Francisco	193
Asturias, Ricardo	207
Bancroft, Hubert Howe	177
Barberena, Juan Joseph de	168
Batres Jáuregui, Antonio	199
Beristain	169
Bethencourt, José Luis	194
Broto, J. Francisco	222
Brañas, César	203
Casanova y Estrada, Ricardo	174
Della Madre di Dio, Fray Giuseppe	163
De los Reyes Angel, P. Gaspar	151
Díaz, Víctor Miguel	216-218-222-228
El Pabellón del Rosario	187
El Pueblo	214
Fernández, Jesús	192
Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio de	176
García de la Concepción, Fray Joseph	160
García Peláez, Francisco de Paula	172
García y Artola, Vicente	202
Gómez Carrillo, Agustín	181
Gracián Berruguete, Francisco	148
Hidalgo, Enrique A.	197
Juarros, Br. Domingo	172
Juárez y Aragón, J. Fernando	224
La Antorcha Centroamericana	170
La Semana Católica	191
Lobo, P. Manuel	145-148-161
Melián de Betancourt, Fr. Pedro	157
Mencos Franco, Agustín	178-179-199
Meneses, J. Augusto	224
Milla y Vidaurre, José	175
Montalvo, Francisco Antonio de	149
Morales Chacón, José Luis	229
Muñoz de Castro, Pedro	152
Preámbulo	141
Rodríguez Cerna, José	194-214-221
Rossi, Antonio de	162
Sánchez & de Guise	206
Sánchez y Monroy, Pbro. Carlos	195
Varona de Loayza, Gerónimo	143
Vásquez, Fr. Francisco	156
Ximénez, Fr. Francisco	221



V.P.FR. PETRUS A S. IOSEPH DE BETANCUR

*Fund. Ord.Hospital.Fratrum Bethlemitarum cuius virtutes
in gradu heroico approbavit. Clem. XIV.P.M. 25.Iulii 1772*



El P.R. Pedro de S^{an} José Betancourt Terri
no profeso de santo descubierto de N.S. de Guadalupe
de Guatam^a y fundador del Hospital de conve-
nientes de ella con el santo Belen. año de 1802

†
Pedro de San José
Betancourt

(Firma del Hermano Pedro).



“El V. P. Fr. Pedro de S. José Bethancour anda de noche por las calles pidiendo sufragios por las almas del purgatorio y por la conversión de los que están en pecado mortal, y les echa sus saetas.”

“El V. P. Fr. Pedro de S. José Bethancour anda de noche por las calles pidiendo sufragios por las almas del purgatorio y por la conversión de los que están en pecado mortal, y les echa sus saetas.”



BEATI MORTUI QUI IN DOMINO MORIUNTUR

EL VENERABLE SIERVO DE DIOS

Fray Pedro de San José Betancourt

APOSTOL DE LA CARIDAD.—FUNDADOR DE LA ORDEN BETLEMITICA

NACIO EN TENERIFE EN MARZO DE 1626

MURIO EN ESTA CIUDAD EL 25 DE ABRIL DE 1667

LA POSTERIDAD AGRADECIDA

VIENE A VENERAR SU MEMORIA EN ESTE SEPULCRO

GRATITUD 1901

*P. Pedro de San José Betancourt
B. A. B.*

Tumba del Hermano Pedro en la capilla de San Francisco, en Antigua. Leyenda de la lápida colocada en la tumba del Siervo de Dios. Firma que, ya muy enfermo, puso al calce de su testamento.



Pesada de siglos, sonora de recuerdos: la campanilla de Pedro conserva la dulce voz con que antaño llamara a los habitantes de Antigua: esquila de piedad y caridad.

Bastón ahorquillado en que se apoyaba Pedro (véase Cap. XXIV. pág. 74), mientras oraba y meditaba en su tinajera.

El bastón y el rosario del Siervo de Dios, inseparables testigos de sus andanzas caritativas, y de los encuentros que tuvo con el Demonio.

Varias reliquias del Hermano Pedro que, bajo tres llaves y guardadas por tres sellos, se conservan en el Arzobispado de Guatemala.

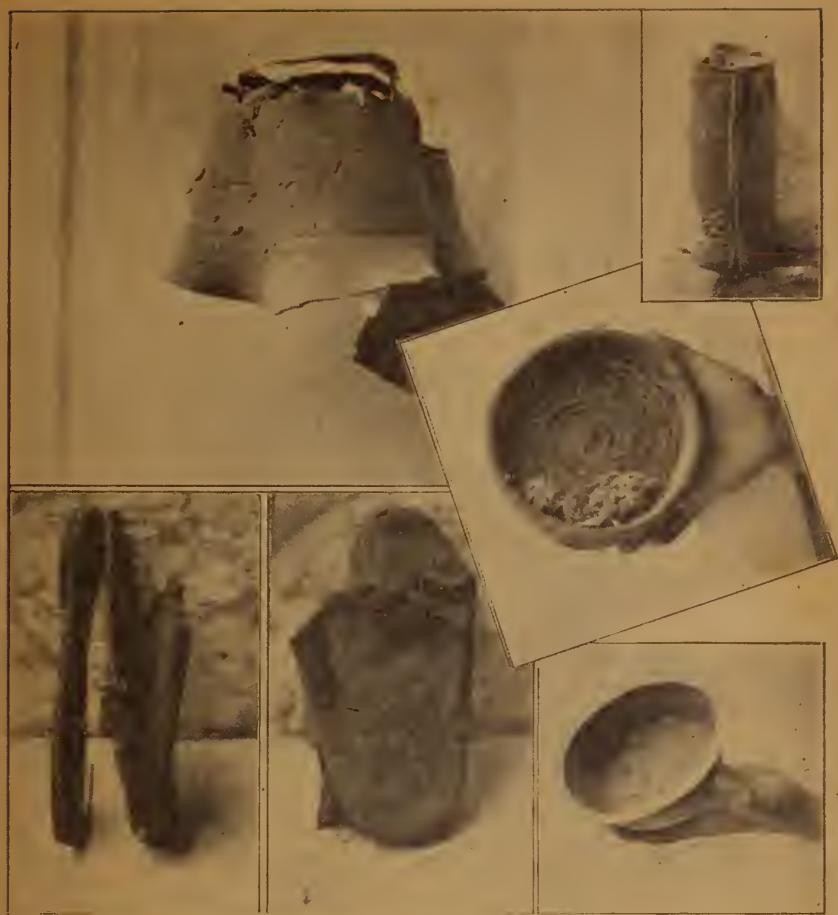




Ropa interior de Pedro, que éste adornaba con espinas, testigo superviviente que hoy traiciona, indiscreto, la medida de su mortificación y humildad.

Pedazos de la capa del Hermano Pedro, salvados de la voracidad piadosa que convirtió todas sus prendas en reliquias.

Forro del colchón que ponía en el suelo, a menudo sobre una escalera, para reposar corto lapso de la noche.



El sombrero que Pedro nunca se puso, pues siempre se le halló des-
cubierto, en presencia de Dios. No llegó a escapar tampoco esta prenda
al fervor público, que royera el ala para conservar los pedazos como re-
liquias.

Calzado del Siervo de Dios, recio, como para seguir subiendo sin
cansancio las empinadas sendas del sacrificio.

Bota de cuero en que tomaba agua, cuando no sació su sed en las
humildes cuencas de sus manos.

Canastillo de esparto en que llevaba sus **tortillas**.

Escudilla de lata, en que comía su miserable ración de frijoles.



Esta obra se terminó de escribir
el día 25 de abril de mil nove-
cientos y treinta y cinco años, en el
268 aniversario de la muerte del
Venerable Siervo de Dios, Pedro de
San José Betancur. Dibujó y es-
culpió la portada Fr. W. Schaeffer.
Se acabó de imprimir en la "Unión
Tipográfica", andados nueve días
del mes de junio - fecha en que cele-
bra la Iglesia la Pascua del Espí-
ritu Santo, - del propio año, en la
Nueva Guatemala de la Asunción.

L a n d o s D e v o





Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01225 3995

